WA
PUBLISHING
KAMILLA
ORESVARD
LA SOGA DE LA DESHONRA

WA
PUBLISHING
KAMILLA
ORESVARD
LA SOGA DE LA DESHONRA

LA SOGA DE LA DESHONRA

Kamilla Oresvärd

Traducción de Osvaldo Rocha

1

El empapelado púrpura de la habitación relucía como si tuviera hilos dorados entretejidos en los patrones. Las cortinas echadas impedían el paso de la luz, pero los luminosos números rojos del radio reloj indicaban que era mediodía.

Una pintura al óleo colgaba sobre la cabecera. A la tenue luz de la lámpara, pude ver a la mujer del cuadro. Estaba sentada bajo un árbol, vestida con un ligero vestido blanco y tenía un cachorro en el regazo. Parecía tan apacible. Como si nadie pudiera llegar jamás a ella.

Cerré los ojos e intenté imaginar que era yo la que estaba sentada bajo el árbol en lugar de estar acurrucada entre las sábanas sucias. Me dolía el cuerpo y, con la lengua, podía sentir los dientes delanteros que se habían soltado. Había sobrevivido una vez más.

2

Las frambuesas han pintado la crema de rosa y el merengue se ha vuelto chicloso, pero a Gustav Stark no parece importarle, así que se zampa los últimos restos de la pavlova que Mona horneó el fin de semana pasado. Está sentado a la mesa en la amplia cocina de Villa Björkås y a su lado, en el suelo, está Coco. La perra observa con atención cada uno de sus movimientos. La mano de Gustav está un poco temblorosa y, en ocasiones, se le cae la comida al suelo. Pero Mona sospecha que esto no se debe a su edad, sino más bien al hecho de que le cuesta resistirse a los ojos suplicantes de Coco.

Sonríe y se vuelve hacia la ventana para mirar hacia fuera.

—Oh, no. Está nevando —dice, sorprendida al ver los grandes copos blancos que se arremolinan en el aire.

—Típico de abril —comenta Gustav, y se lleva la cuchara a la boca y mastica—. Se avecina una tormenta.

Mona asiente. Nunca se sabe con el caprichoso mes de abril. Un día brilla el sol y al día siguiente hay una nevasca. Pone la taza en la cafetera y, mientras espera, mira la tormenta de nieve, que ahora cae con mayor intensidad. Contempla la pasarela sobre el estanque, que ha quedado cubierta de nieve, y los patos escondidos entre los juncos.

Entonces se pasa un dedo por la cicatriz que tiene en la sien, pero baja la mano casi al instante. Parece que se ha convertido en una mala costumbre. Los siete puntos de sutura han desaparecido y la herida se ha curado, aunque sigue estando roja y la piel se tensa cada vez que la toca. Pero podría haber sido mucho peor.

—¿Todo bien? —pregunta Gustav, y da un fuerte sorbo a su café.

La pregunta saca a Mona de sus pensamientos y se vuelve hacia él.

—Sí, sí, todo bien —contesta, intentando sonar más animada de lo

que se siente en realidad.

Gustav asiente lentamente con la cabeza y dice:

—¿De verdad? —Las llamas de las velas brillan en sus ojos oscuros coronados por gruesas cejas.

Mona siente como si el viejo Gustav pudiera leerle el pensamiento, así que aparta la mirada. Tiene razón. No está bien. Aunque hayan pasado cuatro meses desde el asesinato de Pierre y el ataque en su casa, está lejos de superarlo. Nadie lo ha superado. O tal vez solo Gustav, a pesar de que él también resultó afectado. Por suerte, él y Coco estaban ilesos cuando los encontraron, encerrados en una de las jaulas de la antigua clínica veterinaria que él conserva en su sótano.

Confiaba en que tendría muchos años para encontrar una manera efectiva de protegerse a sí misma y a sus seres queridos de Alexander. Pero se equivocó. Cometió el error de relajarse al creer que estaba a salvo, y eso le costó la vida a su mejor amigo.

—Bueno, no, no todo está bien —dice, cogiendo la taza de la cafetera, y se sienta a la mesa—. Creo que es peligroso ser amigo mío.

—Sí, en eso tienes razón —asiente él—. Desde que volviste a Vargön, no ha habido un momento de calma en este pueblo. Sin embargo, yo diría que las ventajas superan a las desventajas.

—¿A qué te refieres? —pregunta ella, inclinando la cabeza.

—Dejando todos los horrores a un lado, la vida en el pueblo se ha vuelto mucho más entretenida desde que volviste.

Mona sonríe, contenta de escuchar esas palabras, aunque no se sienta convencida de que quedarse en Vargön sea lo mejor. Pero ¿cómo podría dejarlo todo? No quiere vivir sin sus hijos. Aunque Anton parece alejarse cada vez más de ella. Tampoco quiere dejar su hermosa casa ni a sus amigos ni a Hedda, quien se ha convertido casi en una hija para ella. Se le revuelve el estómago al pensarlo. Mira a Coco, que sigue mendigando delante de Gustav. Pero la

dolorosa verdad es que no importa si se queda o si se va: Alexander siempre la encontrará.

El sonido de su teléfono móvil irrumpe en el silencio y Mona se levanta de inmediato, agradecida de que se hayan interrumpido sus ominosos pensamientos, para acercarse a la encimera de la cocina. En el exterior, se puede ver que el cielo se ha vuelto de un oscuro gris acerado mientras la aguanieve repiquetea contra la ventana. A la luz de una de las farolas, Mona ve una figura que camina por el parque, con los hombros encorvados y la cabeza inclinada hacia delante para protegerse de la lluvia y el ventarrón, pues parece un viento cortante. La tormenta de la que hablaba Gustav estará muy pronto sobre ellos.

Al levantar su móvil, ve que se trata de un número desconocido. Con la luz de las velas parpadeando sobre la mesa, observa por el rabillo del ojo que Gustav se ha inclinado para acercar a Coco un trozo de merengue. Entonces acepta la llamada.

—Mona Schiller —responde.

3

La música retumba en sus oídos y los bajos palpitan con fuerza en su cuerpo mientras Hedda Magnusson recorre el camino de acceso hasta Villa Björkås y se detiene. Cuando apaga el motor, la música cesa y solo se oye el golpeteo de las duras gotas de lluvia en el techo del vehículo. Se queda allí, inmóvil, con las manos en el volante y mira hacia fuera. La nieve ha desaparecido, dando paso a la lluvia, que hace bullir el agua del estanque. La gran casa blanca se alza majestuosa frente a sus ojos.

Se aparta un largo mechón de pelo oscuro de la mejilla y levanta las muletas que ha puesto en el asiento del copiloto. En unas pocas semanas más le quitarán ese maldito yeso. Es la segunda vez que tiene que llevarlo, después de haber estropeado las dos fracturas operadas mientras hacía thai boxing. El médico se enfadó con ella y la regañó porque era demasiado pronto para volver al ring. Pero tomarse las cosas con calma nunca ha sido lo suyo. Por suerte, se trata del pie izquierdo, así que aún poder conducir.

Respira hondo y abre la puerta del coche. El ventarrón sopla con fuerza y la obliga a empujar la puerta abierta con el brazo para poder salir. Siente las frías gotas de lluvia, y entonces sube los hombros, pone las manos en las muletas y cierra la puerta del coche con el codo.

Maldice al resbalar sobre la grava, pero recupera el equilibrio de inmediato y continúa. El corto trayecto hacia las escaleras de la entrada es suficiente para que la lluvia le moje hasta la piel. Tirita de frío.

Solo quiere entrar, darse una ducha caliente y meterse en la cama bajo el grueso edredón para ver una película. Necesita despejar la mente. No tanto por el pie, pues este se curará, sino por la traición de Belinda Bauer.

Sube la escalera de piedra, que el agua pluvial ha oscurecido. El frío

viento agita su larga cabellera y la azota contra su espalda. Le resulta una locura pensar que Belinda sea su madre. Ha estado más de un año en su vida sin decir una palabra al respecto. Y no solo ha estado allí todo ese tiempo, sino que consiguió hacerla trabajar como stripper en sus clubs. ¿Qué clase de madre haría eso? Solo una que está podrida por dentro.

Finalmente abre la puerta y entra en el calor de la casa.

—¡Hedda! —grita Mona—. ¿Eres tú?

—¡Sí! —responde, sentándose en el sofá del vestíbulo, y coge su zapato mojado para tirar de él.

Coco viene a saludarla y poco después llega Mona, trayendo consigo el aroma de un perfume especiado.

—Espera, déjame ayudarte —dice, agachándose para quitarle el zapato, y lo pone en el zapatero—. Oh, por Dios —dice, mirando a Hedda—. Estás toda empapada.

El pelo de Hedda gotea y hay chorros de agua bajando por su rostro.

—Lo sé —responde, mirándose los pantalones de chándal en color gris, que ahora lucen oscuros por la humedad—. Está lloviendo a cántaros.

—Sí —dice Mona, cogiendo una toalla del aseo de invitados. Se la entrega a Hedda y se alisa el flequillo rubio. Hedda se seca la cara y, al momento de bajar la toalla, se encuentra con la mirada de Mona.

Mona tiene un brillo especial en esos ojos azules cuando dice:

—He aceptado un nuevo encargo.

4

La tormenta de ayer ha pasado por completo, dejando un cielo limpio y azul. Mona aparca el coche frente a la villa blanca de Strömslund, en Trollhättan.

—Allí vivíamos —dice ella, con el sol brillando en una de las ventanas ajimezadas.

Hedda asiente y levanta la vista hacia la casa, una hermosa villa de principios del siglo pasado con verandas acristaladas tanto en la planta baja como en la planta superior.

—Vaya —dice, meneando la cabeza—. Ahora me doy cuenta de que nunca he estado en este barrio. Y he vivido en Trollhättan toda mi vida.

—¿De verdad? —dice Mona, sorprendida, dirigiendo la mirada hacia un ciclomotor eléctrico de color rosa que está aparcado junto a los coches en la amplia entrada del garaje. Parece normal aquí, pero en el otro lado de la ciudad, donde creció Hedda, sería un ave rara.

—¿Crees que sea de Sophie? —pregunta Hedda, al notar lo que Mona está mirando.

—Puede ser —dice, mirando a Hedda de soslayo. Ahora parece estar de acuerdo en que el encargo vale la pena, pero al principio no lo vio de esa manera. Dijo que se trataba solo de «una mocosa que se había olvidado de avisar» o «una adolescente malcriada que solo piensa en sí misma».

Sin embargo, aunque Sophie sea una chica malcriada, sus padres están preocupados. A tal punto que incluso han decidido contratar sus servicios para encontrarla. Hay muchos padres y madres a los que les da igual dónde estén sus hijas, pero está claro que los Öberg no son de ese tipo. Solo por eso merece la pena aceptar ese encargo. Además, necesitan el trabajo. No por el dinero, desde luego, sino

porque es la mejor manera de mantener la mente ocupada.

Mona abre la puerta del coche.

—¿Vamos? —pregunta, y Hedda asiente. El sol le calienta el rostro mientras camina por el amplio sendero del jardín. Observa a Hedda. El yeso en su esbelta pierna parece pesado, pero consigue avanzar con agilidad y pulsa el timbre de la casa.

La puerta se abre y aparece Susanne Öberg con una blusa de cuello lavallière en color blanco marfil y una chaqueta negra. Se ve tal y como la recuerda Mona. Alta y esbelta. Incluso lleva el mismo estilo de pelo corto.

—Me alegro de volver a verte después de todos estos años, aunque hubiera preferido que fuese en mejores circunstancias —dice Mona, entrando en la casa.

—Han pasado dieciséis años —contesta Susanne, mirándola de arriba abajo—. Fue en el Tribunal de Distrito de Vänersborg, ¿te acuerdas? Eras jueza de primera instancia y yo era la abogada defensora. Mi cliente fue condenado a dos años de prisión por abuso de confianza con agravantes y fraude de contabilidad. Además, se le prohibió hacer negocios durante cinco años.

Mona suelta una carcajada.

—Pero qué buena memoria tienes —exclama, extendiendo la mano —. Ella es Hedda, mi colega en el despacho.

—Encantada —dice Susanne, estrechando la mano de Hedda—. Pero ¿qué ha pasado? —Las mira con aire de preocupación—. Tú, con ese pie —le dice—. ¿Y tú? —Se vuelve hacia Mona—. Tu nueva carrera parece algo peligrosa.

Mona se lleva una mano a la sien. Se ha maquillado sobre la cicatriz y ha intentado cubrirla con el pelo, pero a Susanne no se le escapa ningún detalle.

—Nada de qué preocuparse —contesta con una sonrisa, aunque Susanne tiene razón. Su trabajo ha sido peligroso más de una vez.

Susanne se queda mirándola un momento y luego se encoge de hombros. Entonces la siguen a través del amplio vestíbulo.

—Tengo que ir al trabajo después de nuestra reunión —explica—. Estoy trabajando en una OPI. Una salida a bolsa. —Mira a Hedda como para asegurarse de que entiende lo que eso significa—. Es pesadísimo. Me paso día y noche currando, y ahora sucede esto —dice, meneando la cabeza, mientras entran en la cocina—. Os presento a Rasmus. Mi marido —dice, señalando a un hombre delante de ellas—. Y el padre de Sophie.

Mona sonríe antes de que Rasmus desvíe la mirada hacia algo que está detrás de ella. Se gira y ve que ahora hay una chica alta y delgada al lado de Susanne.

—Y ella es Madeleine. La hermana pequeña de Sophie —dice, poniéndole un brazo alrededor de la cintura.

—Hola, Madeleine. O tal vez te llaman Madde, ¿no? —dice Mona, sonriendo al ver lo parecidas que son madre e hija.

—Solemos llamarla Madeleine —responde Susanne en lugar de la chica, y esta se zafa del abrazo de su madre para acercarse a una de las sillas de la mesa. Extiende una mano delgada hacia un plato de panecillos, pero una sobria mirada de Susanne la hace retirarla al instante.

Todas se sientan a la mesa y, mientras Rasmus sirve el té, Susanne comienza a hablar:

—Sophie lleva desaparecida desde el viernes y tenemos la esperanza de que vosotras nos ayudéis a encontrarla.

Mona asiente con la cabeza.

—Nosotras también esperamos poder ayudaros. Pero ¿qué os ha dicho la policía? —pregunta, sonriendo y agradeciendo a Rasmus con un gesto de la cabeza mientras este le rellena la taza.

—No hemos hablado con la policía.

Mona se detiene en sus movimientos con la taza de té a medio

camino hacia la boca.

—Un momento. ¿Sophie lleva tres días desaparecida y no os habéis puesto en contacto con la policía?

Susanne la mira a los ojos y dice:

—Tú y yo sabemos que no nos ayudarán. Sí que podemos presentar una denuncia, pero el caso acabará bajo una enorme pila de papeles en algún escritorio. Estos casos no son prioridad, sobre todo porque ya desapareció en otra ocasión y luego volvió a casa. —Da un sorbo a su té y deja la taza—. Además, no quiero que esto se vuelva el tema de la pausa de café —continúa—. No hace falta que todos los policías de la ciudad sepan que mi hija ha desaparecido y estén cotilleando sobre ello.

Mona asiente con la cabeza. Susanne tiene razón. Dados los antecedentes, la policía no asignará muchos recursos al caso. Y también tiene razón en que habrá cotilleos, pero esa no debería ser su principal preocupación en este momento.

—Puede que le haya pasado algo —dice, mirando a Susanne a los ojos.

—Sí, pero es muy probable que vuelva a casa pronto. Como he dicho, no es la primera vez que desaparece sin avisar, así que no creemos que esté en peligro.

—Pero, si creéis que no está en peligro y que va a volver por sí misma, ¿para qué nos habéis llamado? —pregunta Hedda.

Susanne se vuelve hacia ella y asiente con aire pensativo.

—Es una pregunta muy pertinente. Esta es la situación: toda nuestra vida gira en torno a Sophie. ¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo? ¿Volverá a casa? ¿Estará bien? No sé cuántas veces hemos estado aquí con la cena preparada y no ha aparecido, aunque ya lo habíamos acordado. —Menea la cabeza—. Es muy desgastante vivir así. Esto tiene que terminar. —Mira a su marido y este asiente con la cabeza—. Creo que, si llegamos al fondo de la cuestión, es decir, si averiguamos lo que está pasando realmente en su vida de una vez

por todas, tal vez podamos ponerle fin y todo vuelva a la normalidad.

5

Anton Asplund se acerca caminando por el pasillo de la comisaría de Trollhättan. Una caja de cartón vacía se interpone en su camino y está a punto de empujarla con el pie, pero, al oír las voces alegres de sus colegas reunidos alrededor de la máquina de café, el ligero empujón se convierte en una fuerte patada y la caja sale volando.

El sonido de la risa de su colega Bodil Thulin le hace apretar la mandíbula. Necesita una amiga ahora mismo, pero ella prefiere estar junto a la máquina de café, riéndose con los demás.

Su bebé tendría ahora casi seis meses. Gabbi tendría una bonita barriga redonda y el bebé estaría moviéndose allí, en la seguridad de su vientre. Se estiraría y tal vez se chuparía el dedo, y Gabbi le cantaría y le hablaría del mundo exterior.

Estuvieron luchando tanto tiempo por ese embarazo. Se debatieron entre la esperanza y la desesperación durante años. Toda su energía y su dinero se dirigían a un solo objetivo: hacer realidad el sueño de tener un hijo. Finalmente, después de una larga espera, llegó la alegría eufórica del embarazo de Gabbi, pero entonces tuvieron que afrontar el profundo dolor de su pérdida.

Anton pasa junto a Bodil con largas zancadas sin mirarlos ni a ella ni a los demás. Cuando las voces se callan, se da cuenta de que lo han visto. Siente las miradas a sus espaldas y una parte de él tiene ganas de girarse para decirles que se vayan al diablo, pero se contiene. En lugar de ello, entra en su despacho y cierra la puerta con fuerza. Cuelga la chaqueta del gancho y se sienta, con la mirada puesta al frente en su escritorio. Necesita café. Pero esperará hasta que todos se hayan dispersado fuera y hayan empezado a trabajar para ir a por una taza.

Mira la pantalla del ordenador y lo enciende, y en ese momento se abre la puerta y Bodil entra. Él mantiene la mirada puesta en la pantalla del ordenador, pero su visión periférica le permite ver que

Bodil se acerca a la silla de visitantes y se sienta. Como de costumbre, trae consigo un olor a tabaco y a corral, pero esta vez huele también a café.

—Toma —dice, dejando una taza frente a él en el escritorio y una carpeta a un lado.

Anton mira la taza azul y el vapor que sale de ella. Le ha echado un chorrito de leche, como a él le gusta. A pesar de eso, dice:

—No, gracias.

—Vale —contesta ella, reclinándose en la silla y estirando las piernas.

Se vuelve hacia el ordenador, que ya se ha puesto en marcha, e introduce su contraseña. Antes de apartar la mirada, puede ver un asomo de tristeza en los ojos de Bodil, pero no es su culpa. Ella es la que ha lastimado sus sentimientos, y no al revés. No quiere su café. Puede dárselo a sus amigos allí fuera.

Como si supiera lo que está pensando, Bodil dice:

—Estaba contando algo que pasó el fin de semana. Por eso nos estábamos riendo.

—Ya veo —dice sin mirarla. Antes no había esa distancia entre ellos. Bodil era una de las pocas personas con las que podía relajarse. El silencio solía ser un lugar cómodo en el cual podían descansar, pero ahora es incómodo y preferiría que Bodil lo dejara en paz.

—Hace mucho tiempo que no traes esos deliciosos bocadillos de masa madre que solías hornear —dice Bodil.

Anton cierra los ojos por un instante y vuelve a abrirlos. Bodil le tiende una mano, pero él no se siente con ánimos de hacer lo propio. El silencio se adueña de la habitación hasta que Bodil dice:

—¿Te has enterado de que una chica se ahorcó junto a la iglesia de Trollhättan?

Anton niega con la cabeza y continúa en silencio.

—Petra me ha pedido que lo investigue.

Al escuchar esas palabras, Anton levanta la vista y se encuentra con la mirada de Bodil a través de las gafas redondas de esta. Una de las bisagras sigue pegada con cinta adhesiva de color plateado, a pesar de que se rompió hace varios meses.

—Ya veo —responde, poniendo ambas manos sobre el escritorio—. ¿Y qué quiere que haga yo?

Bodil baja la mirada.

—No sé, estaba pensando…

Ahora entiende por qué ha ido a su despacho para llevarle el café. Quiere que le diga que está bien que Petra le haya dado el encargo a ella y no a los dos. Pero ¿por qué habría de hacerlo? ¿Por qué debería ponérselo fácil a los demás si nadie lo ayuda?

Se reclina hacia atrás en la silla, cruza los brazos y siente que el respaldo se hunde ante su peso. Observa en silencio a Bodil, cuyas manos secas y agrietadas buscan la caja de snus en el bolsillo como si fuera un salvavidas. Mira su pelo cortado en casa y, como siempre, enmarañado. Lleva un jersey polar naranja de estilo ochentero y unos vaqueros desgastados.

—Entonces, ¿por qué has venido? —pregunta al fin.

—¿Qué? —dice ella, sorprendida, sacando la maldita cajetilla de snus de su bolsillo.

—Pues, si no voy a trabajar en el caso, no hace falta que vengas a parlotear al respecto.

Bodil se queda mirándolo por un momento.

—Vale —asiente ella—. Pensaba que…

—Ya puedes irte —interrumpe Anton, que solo quiere estar en paz. Está cansado de este baile.

—Pero…

Bodil hace un intento por extender su mano, pero Anton se aleja.

—Quiero que te vayas —insiste él.

Bodil asiente con la cabeza y se levanta despacio. Lo mira unos segundos, y luego se guarda la tabaquera en el bolsillo y sale del despacho.

Se siente totalmente vacío al ver la espalda de Bodil mientras esta se marcha. También ha perdido a Bodil. Pronto, no tendrá a nadie.

En ese momento se da cuenta de que ella ha dejado la carpeta en el escritorio y está a punto de llamarla, pero se contiene. No es su secretario. Debe hacerse cargo de sus cosas.

Se vuelve hacia el ordenador, pero su mirada se desvía hacia la carpeta. ¿Por qué Petra le habrá pedido a Bodil que investigue un suicidio? ¿Sospechan que se trata de un delito? Mira una vez más hacia la puerta y coge la carpeta y la abre sin más.

Lo primero que ve es una foto. Es un primer plano de una mujer joven. Tiene los ojos cerrados y un brillo en las largas pestañas. Fue una noche fría, así que debe ser el efecto de la escarcha. Su rostro blanco ha quedado congelado en una máscara. Sus labios son de un azul pálido y el largo pelo se ha enrollado alrededor de la cara. El labio inferior se ve hinchado y agrietado y tiene una mancha debajo del ojo derecho.

Anton pasa a la siguiente foto. La misma joven, pero ahora se la ve colgada de un árbol con una gruesa cuerda alrededor del cuello. Detrás de ella se ve el campanario rojo de la iglesia de Trollhättan con el cielo negro como telón de fondo.

6

Mona se inclina hacia delante sobre la mesa con las manos ahuecadas alrededor de la taza de té y dice:

—¿Podríais contarnos cómo era antes de que se volviera así?

Susanne suspira, pasándose la mano por los oscuros rizos cortos.

—Éramos una familia normal. Y Sophie era normal. Tenía un caballo y le encantaba montar. Ahora, Madeleine tendrá que cuidar de Spencer. —Mira a su hija y continúa—: Jugaba al tenis. Sacaba buenas notas. Y tenía amigos. —Gesticula con las manos—. De hecho, tenía tantos que la casa siempre estaba llena de gente, pero luego se alejó de ellos.

—Sophie se ha vuelto una adolescente rebelde —lamenta Rasmus —. Nunca pensamos que nos pasaría algo así.

Susanne lo mira asintiendo con la cabeza con aire de resignación.

—Es agresiva y gritona. Ha descuidado los estudios y ya no quiere vivir en esta casa con nosotros. Pero apenas tiene quince años. No podemos permitir que se mude, así que hemos hecho lo posible y hemos amueblado la casa de la piscina para que viva allí. De esa forma, tiene la opción de seguir viviendo con nosotros, pero aparte. Esto ayudó a tranquilizar un poco las cosas.

—Pero solo por un tiempo —añade Rasmus—. Luego, volvió a ser lo mismo.

—No entiendo cómo hemos podido llegar a esto —lamenta Susanne con un suspiro—. Sophie era la niña más buena del mundo cuando era pequeña.

Todos guardan silencio y los padres de Sophie miran hacia el vacío como si hubiesen caído en un pozo de viejos recuerdos.

—Pero ¿a qué creéis que pueda deberse el cambio repentino de Sophie? —pregunta Mona—. Imagino que ya os habéis hecho esa pregunta.

—Sí, por supuesto —responde Susanne—. Ya hemos tratado de hablar con ella al respecto, pero no hemos conseguido ninguna respuesta.

—Tal vez porque nunca estás en casa, ¿no? —La voz aguda de Madeleine atraviesa la habitación y todos se vuelven hacia ella.

—¿Y cómo crees que pagamos por todo esto? —dice Susanne como si fuera una cobra enfurecida—. ¿Tu ropa, tu campamento de veleros y todo lo demás? ¿Crees que es gratis?

Madeleine busca a Rasmus con la mirada antes de bajar la vista hacia la mesa.

—Lo siento —dice Susanne, acercándose a la chica, pero esta se aparta. Entonces se dirige a Mona—. Estoy un poco nerviosa. Madeleine tiene razón. Trabajo demasiado, pero no entiendo qué tiene que ver eso con que Sophie sea como es. Conozco a muchas personas que trabajan casi tanto como yo, pero sus hijas no han sufrido esa metamorfosis.

Mona asiente con la cabeza y la habitación queda en silencio.

—¿Y tú? —pregunta Hedda al fin, volviéndose hacia Rasmus—. ¿A qué te dedicas?

—Soy consultor de liderazgo. Tengo una pequeña empresa.

—¿Y trabajas todo el tiempo, al igual que Susanne?

Rasmus se limita a negar con la cabeza.

—Entonces podrías ver a Sophie un poco más a menudo.

—Eso quisiera.

—¿No puedes?

—No —responde él—. Francamente, Sophie no tiene ningún interés. Lo he intentado, créeme.

—Entiendo —dice Hedda.

—¿Cuándo ocurrió ese cambio? —pregunta Mona después de un momento de silencio.

—Hace algunos años —dice Susanne.

—¿Y no está relacionado con algún hecho en particular?

—No. Al menos, no que yo sepa.

Mona mira a Rasmus y a Madeleine de manera inquisitiva, pero ambos niegan con la cabeza.

—¿Tiene novio?

—No —contesta Susanne de inmediato.

—No que vosotros sepáis —corrige Hedda.

Susanne se queda mirándola un instante.

—Exactamente —dice ella con sequedad, y el silencio se apodera de la cocina una vez más.

—Habéis mencionado que esta no es la primera vez que desaparece. ¿Podríais decirnos más al respecto? —pregunta Mona, llevándose la taza de té a la boca.

—Bueno, no hay mucho que contar, excepto que se va sin decir nada y vuelve cuando necesita dinero o ropa limpia.

—¿Cuántas veces ha hecho eso?

—He perdido la cuenta —responde Susanne, gesticulando con las manos.

—Un número aproximado —insiste Mona.

—Unas diez veces más o menos.

—Entiendo —asiente Mona—. Me gustaría hablar de esto con la policía. Aunque no den prioridad a este tipo de casos, me parece que es mejor informarlos al respecto. Puede haberle pasado algo. Quizá esté herida y necesite ayuda.

Susanne resopla.

—O tal vez solo quiere atención. Porque de eso se trata, ¿no? Solo piensa en sí misma y no en nuestra preocupación. —Mira a Mona a los ojos—. Sé que puede sonar algo duro, pero estoy muy cansada de toda esta situación.

—¿Estás de acuerdo? —pregunta Mona, volviéndose hacia Rasmus.

Él asiente con la cabeza y dice:

—Lo importante es llegar al fondo de todo para ponerle fin, pero, sinceramente, no sé qué es lo mejor. Tal vez necesitemos más ayuda como padres, y tal vez Sophie necesite hablar con alguien, pero no sé si eso llevará a alguna solución. —Menea la cabeza—. Creo que hemos hecho todo lo posible para que tenga una buena educación. Le hemos dado todo lo que hemos podido. —Mira a Madeleine—. Es verdad que Susanne y yo nos hemos dedicado al trabajo, pero solo queremos lo mejor para nuestras dos hijas.

7

Parece como si un tornado hubiera pasado por la pequeña casa de la piscina y hubiese lanzado todo por los aires y luego lo hubiera dejado caer. Mona ve montones de ropa y objetos por todas partes. La mesita de centro está repleta de todo tipo de cosas, desde platos sucios y bolsas de patatas fritas vacías hasta joyas y maquillaje. El fregadero de la cocina está desbordado y la puerta del baño está abierta de par en par. Entre las mantas y almohadas de la cama desordenada se ve un portátil, y en un escritorio junto a la ventana hay un PC de juegos. Mona arruga la nariz. Huele como si algo en todo este desorden se estuviera pudriendo.

—Sí, así es como se ve ahora —dice Susanne, recogiendo unos pantalones del suelo.

—Espera —dice Mona, extendiendo la mano—. Déjalos ahí. Es mejor no tocar nada aquí hasta que sepamos qué le pasó a Sophie.

Susanne suelta los pantalones de inmediato.

—Por supuesto. Tienes toda la razón —contesta, ruborizada.

—¿Ha estado alguien más aquí desde que Sophie desapareció, aparte de nosotros? —pregunta Hedda, apoyándose en una de sus muletas.

—No. Solo yo he venido algunas veces para ver si ha vuelto, pero no he tocado nada —explica Susanne, y después mira alrededor de la habitación—. Si lo hubiera hecho, os aseguro que no se vería ni olería así.

—¿No suele verse así? —pregunta Mona, haciendo un gesto con la mano—. Yo diría que los dormitorios de las adolescentes no son los más ordenados en general.

—Sí, es cierto, pero, para ser sincera, no vengo muy a menudo. Sophie no me quiere por aquí. Siempre se enfada y dice que soy una

entrometida, así que me mantengo alejada. Es más fácil así.

Mona asiente con la cabeza. Ella no tuvo que pasar por lo que describe Susanne, pero la actitud de Anton en los últimos tiempos le hace imaginar lo duro que debe ser.

—Volverá cuando haya pasado este duro periodo de su vida —dice Mona en un intento de consolarla—. Y ya verás que seréis las mejores amigas.

—Espero que tengas razón.

—Sí, seguro que todo se soluciona. Pero, ahora mismo, a Hedda y a mí nos vendrían bien unos minutos a solas para poder echar un vistazo por aquí. Te avisaremos en caso de que encontremos algo.

Susanne parece vacilar al principio, pero luego asiente. Justo antes de desaparecer por la puerta, se detiene, se gira hacia ellas y dice:

—Estaré justo al lado. Podéis gritarme si hay algo.

—Vale —contesta Mona, mirándola mientras cierra la puerta tras de sí, y luego recorre la habitación con la mirada—. Pero ¡qué revoltijo! —exclama, apartando un zapato con el pie.

Hedda asiente con la cabeza y enseguida se sienta pesadamente en el borde de la cama.

—Solo un dormitorio cutre de adolescente —dice, extendiendo la mano para coger el portátil. Entonces siente que algo se engancha y, al levantar las sábanas, ve que se trata del cable de alimentación, que aún está conectado a la toma de corriente. Pero también hay otra cosa—. Mira esto —dice, levantando la vista.

—¿Qué es? —pregunta Mona, acercándose a la cama, donde ve que hay tres teléfonos móviles alineados. Frunce el ceño y mira a Hedda de manera inquisitiva.

8

Anton se sienta de mala gana en la silla de visitas de la inspectora Petra Tallberg. Le ha enviado un correo electrónico convocándolo a una reunión a las once. No tiene la menor idea de lo que quiere, pero tiene la sensación de que no es algo bueno.

Mira a su alrededor mientras ella termina lo que está haciendo en el ordenador. Es un despacho impersonal. No tiene fotos ni decoración de ningún tipo. Petra pulsa «Enter» y se gira para mirarlo mientras él piensa que es raro que ni siquiera tenga una estantería.

Petra se quita las gafas y las deja con cuidado en el escritorio que tiene delante.

—Anton —dice—. Estoy preocupada por ti.

Él levanta las cejas de manera inquisitiva.

—Tú no eres así —continúa, inclinándose hacia delante.

Él abre la boca, pero no tiene tiempo de protestar antes de que ella levante una mano.

—Entiendo que estás pasando por un periodo difícil. Pero esto no puede seguir así. No podemos tenerte así. Es hora de que vuelvas a la carga.

—¿Cuál es el problema? —replica Anton sin comprender. Está en la comisaría todos los días. No ha faltado nunca.

—Ya no te importa tu trabajo.

Anton la mira a los ojos y nota cierta compasión. Es entonces que se da cuenta de la situación. Bodil debe haberse quejado de él. Aprieta la mandíbula, invadido por la ira. No permitirá que se diga que no está haciendo su trabajo. Sobre todo alguien como Bodil, que suele quedarse a cotillear junto a la máquina de café. Por otro lado, lo

último que quiere es la compasión de Petra Tallberg.

—¿En qué te basas para decir eso? —rebate con seriedad—. Me preocupa mi trabajo. De hecho, pocos se lo toman tan en serio como yo.

Petra se queda mirándolo con aire pensativo.

—Ah, ¿sí? Por ejemplo, le pedí a Bodil que te informara sobre el caso de la chica de la iglesia. ¿Lo has investigado?

Anton piensa en la carpeta que Bodil le dejó en el escritorio. Ahora entiende que tenía la intención de hablarle sobre el tema, pero no le dio la oportunidad. Básicamente, la echó del despacho.

—Y eso no es todo. También estás descuidado la higiene —continúa Petra de manera implacable antes de que él tenga tiempo de responder—. Mira tu camisa, por ejemplo, lo sucia que está.

Anton mira hacia abajo y ve la mancha de kétchup que le cayó ayer en el área de la barriga. Iba a cambiarse, pero se olvidó de hacerlo.

—Esto es así —la voz de Petra se vuelve más fuerte—: si no te recompones, tendrás que estar de baja. Te he dado tiempo, pero no puedo darte más. No podemos tenerte aquí sentado en tu despacho sin hacer nada.

La mira fijamente. ¿Estar de baja por enfermedad? Irse a casa a holgazanear lo volvería loco.

—No. —Menea la cabeza—. Quiero trabajar. Puedo trabajar.

Petra lo mira como si dudara de lo que dice.

—Háblame del caso de la iglesia y la chica muerta —le pide—. He visto las fotos y me gustaría saber más.

Petra sigue mirándolo, como si estuviera sopesando qué hacer a continuación, antes de coger las gafas y ponérselas de nuevo para volverse hacia el ordenador.

—La encontraron colgada en un árbol cerca de la iglesia de

Trollhättan —explica con la mirada puesta en la pantalla—. Al principio, pensamos que era un suicidio, pero la mayoría de los indicios apuntan a que es un caso de asesinato.

—¿Qué sabemos? —dice él, inclinándose hacia delante.

—Encontramos una escalera portátil debajo de ella. A primera vista, podría pensarse que la chica la usó para colgarse, pero, según My y los demás forenses, esto no cuadra.

—¿Por qué no?

—No es la única que subió a la escalera.

Anton inclina la cabeza de forma inquisitiva.

—My notó que algo no estaba bien, así que se hizo una reconstrucción y resultó que las huellas en el suelo no eran consistentes con el peso del cuerpo de la chica ni con el patrón de movimiento que se habría producido si, en efecto, ella hubiera subido a la escalera, se hubiera enrollado la soga alrededor del cuello y luego hubiera pateado la escalera.

Anton recuerda la foto de la chica muerta como si la tuviera delante. Sus ojos cerrados, su rostro casi apacible, excepto por el hematoma y el labio agrietado, lesiones que también sugieren que se trata de un caso de asesinato y no de un suicidio.

—¿Quién la encontró?

—El conserje de la iglesia. Cuando llegó a trabajar temprano por la mañana, la vio colgada del árbol. Debió ser una sorpresa horripilante.

—¿Y qué hizo cuando la vio?

—Parece que se lo tomó con mucha calma. Dice que colocó la escalera para bajar a la chica, pero que cambió de opinión cuando vio que estaba muerta. Esto coincide con las huellas que encontramos en el suelo. Y parece que también le tomó el pulso.

—¿Y qué hacía una escalera portátil allí?

—Están renovando la iglesia.

Anton asiente con la cabeza, pero, antes de que tenga tiempo de comentar que le parece extraño que el conserje haya tomado el pulso al cadáver de la chica, Petra continúa:

—La forense cree que ya estaba muerta cuando la colgaron del árbol. Además, no llevaba ninguna identificación, lo cual es bastante inusual para un suicidio.

Anton asiente una vez más y dice:

—¿Tampoco llevaba un móvil?

—No.

—¿La asaltaron?

—No lo sabemos, pero sus heridas sugieren que fue agredida físicamente. —Petra se queda mirándolo, reclinándose en la silla—. Quiero que trabajes en la investigación con Bodil. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Sí —responde él, levantándose—. Empezaré con ello ahora mismo.

Una vez dicho esto, se gira y comienza a andar hacia la puerta, pero se detiene cuando Petra lo llama:

—¡Anton! Por favor, no hagas que me arrepienta.

9

Los golpes en la puerta son tan débiles que apenas se oyen. Mona tiene la impresión de que no es Susanne quien llama a la puerta y le hace una señal a Hedda para que cubra los móviles.

—¡Entra! —grita.

La puerta se abre y Madeleine aparece frente a ellas, recorriendo la habitación con sus grandes ojos oscuros. Mona percibe en ellos una mezcla de preocupación y curiosidad. Tiene trece años, pero parece mayor. Es alta y delgada como una modelo. Los pantalones negros ajustados revelan la delgadez de sus piernas, pero el jersey gris, dos tallas más grande de la que le corresponde, oculta el resto de su cuerpo.

—Hola, Madeleine —dice Mona—. Entra.

La chica da un paso y se detiene justo en el umbral. Mona nota que a Madeleine no le sorprende el alboroto en la habitación y concluye que ha estado allí más a menudo que su madre.

—¿Querías algo? —le pregunta Hedda, dejando el portátil en la cama.

Madeleine la mira de soslayo y se encoge de hombros. Se baja las mangas del jersey cubriéndose las manos.

Mona coge una manta de los pies de la cama y luego se acerca a Madeleine y se la pone sobre los hombros.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera? —pregunta—. Pareces casi congelada.

—Un rato —contesta, envolviéndose en la manta.

Mona asiente con la cabeza y continúa:

—Hace frío, aunque haya sol. ¿Por qué no has entrado?

La chica se encoge de hombros una vez más, pero no dice nada.

—¿Querías decirnos algo? —pregunta Mona al fin.

Madeleine abre la boca como si fuera a decir algo, pero vuelve a cerrarla y mira hacia un lado. Mona interpreta que debe sentirse incómoda y cree saber por qué.

—Si quieres contarnos algo a mí y a Hedda, no te preocupes, que no vamos a decírselo a nadie.

Madeleine la mira, asiente con la cabeza y esboza una ligera sonrisa.

—Siéntate un momento —dice Mona, dando una palmada en el sofá —. Dime, ¿cómo es tener a Sophie como hermana?

Madeleine aparta un jersey y se sienta. Luego se rasca la nariz con un dedo largo y delgado.

—En general, nos llevamos muy bien, pero a veces nos peleamos.

—¿Sobre qué?

—Nada en especial —contesta, encogiéndose de hombros—. Ya sabes, esas cosas que pasan entre hermanas.

—Sí, lo sé —afirma Mona con una gran sonrisa—. Tengo dos hijos y sé cómo puede ser el amor de hermanos.

Madeleine asiente con la cabeza y continúa:

—Sí, Sophie y yo somos muy diferentes. Pero tenemos una buena relación. Amor de hermanas, como dices.

Después de decir esto, se queda callada y Mona mira hacia la pantalla del ordenador en el escritorio.

—¿Tú también juegas? —pregunta Mona con la intención de que Madeleine se relaje.

—No. —Niega con la cabeza—. Yo no tengo un ordenador como ese, y tampoco tengo permitido acercarme a él.

—Entiendo. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar tu hermana?

—No. —Niega con la cabeza una vez más—. Ni idea.

—Ah, vamos —dice Hedda, inclinándose sobre su pie—. Eres su hermana —continúa, intentando meter uno de sus dedos bajo el yeso para poder rascarse—. Las hermanas se cuentan cosas. Estoy segura de que te ha dicho algo.

Madeleine la mira con los ojos muy abiertos y menea la cabeza.

—No, de verdad. No sé dónde está. Si supiera algo, ya lo habría dicho.

—Hemos encontrado esto —dice Hedda, levantando la colcha para mostrarle los tres móviles—. ¿Sabes por qué Sophie tiene tantos teléfonos?

Madeleine se queda mirándolos un momento y niega despacio con la cabeza.

—Ni idea.

—Entonces, ¿no sabes nada de nada?

—No, de verdad. No sé nada, pero… —Se mete la uña del dedo índice en la boca y comienza a mordisquearla.

—Pero ¿qué?

La chica deja escapar un fuerte suspiro y baja la mano.

—Creo que se ha metido en problemas.

—¿Por qué lo crees?

—Ha cambiado mucho. Está triste. Y además… —Se calla y se queda pensativa, con la mirada perdida.

—Además ¿qué? —pregunta Mona con suavidad.

—A veces tiene moratones y heridas, y las cubre con maquillaje. Una vez le pregunté cómo se los había hecho, pero no me lo quiso decir.

Mona mira a Hedda de soslayo y asiente con la cabeza.

—Tu madre ha dicho que Sophie no tiene novio.

Madeleine se mira las manos en el regazo.

—¿Tú crees que tiene novio? —pregunta Mona con cuidado—. ¿Y que fue él quien le hizo los moratones y la puso triste?

Madeleine levanta la vista y asiente con la cabeza.

—Sí. Tiene novio. No lo conozco, pero llamó ayer.

—¿Te llamó a ti? —pregunta Mona, sorprendida.

—Sí

—¿Y qué te dijo? —pregunta Hedda, enderezándose.

—Me preguntó por Sophie —contesta, volviéndose hacia ella.

Mona frunce el ceño. Susanne acaba de decirles que Sophie no tiene novio, pero ahora la hermana afirma que esa información es incorrecta.

—¿Y tu madre no sabe nada de eso?

Madeleine menea la cabeza.

—No. —Tira de la manta para cubrirse un poco más—. Sophie nunca le ha hablado de él.

—¿Por qué no? —pregunta Hedda.

—Supongo que debe ser porque… —Hace una pausa—. No es el tipo de mi madre.

Mona asiente. Está segura de que Susanne tiene una idea específica del tipo de chicos con los que deben salir sus hijas.

Madeleine se levanta y dice:

—Tengo que irme ya.

—Antes de que te vayas, ¿podrías darme el nombre y el número de móvil de ese chico? —dice Hedda—. Puedes enviármelo a este número.

Madeleine recibe el número de Hedda. Envía la información y se dirige a la puerta. Al momento de coger la manija, se detiene y se vuelve hacia ellas.

—Solo quería decíroslo porque tal vez podría ser importante. Que su novio tampoco sabe dónde está.

10

La iglesia de Trollhättan está construida en ladrillo rojo con un estilo neogótico y reposa sobre un peñasco en medio del espumoso sistema de canales del río Göta. En el lado sur se puede observar el campanario, que se alza hacia el cielo azul, y el sol, que calienta su techo de cobre pintado en color verde.

Anton ha aparcado junto a dos furgonetas blancas en las que se lee «Contratistas del río Elva». Mientras él y Bodil se acercan a la iglesia, entorna los ojos para escudriñar su cara, pero no consigue leer nada en ella. En cualquier caso, supone que Bodil debe estar contenta porque ya se ha disculpado con ella mientras venían de camino. Entiende que su comportamiento no ha sido el mejor. No debería molestarle que las personas hablen y se rían. Ahora solo espera que puedan dejar todo atrás para poder seguir trabajando juntos. Aunque, en el fondo, no cree que vuelva a ser lo mismo, y se siente afligido por ello.

Mira hacia la arboleda. Al lado de una casita de ladrillos rojos que está situada frente a la entrada de la iglesia, ve a la forense My Nilsdotter. Tiene las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta azul y su pelo desordenado parece un nido de pájaros. Comienzan a caminar hacia ella, que se gira hacia ellos como si sintiera su presencia.

My tiene estrabismo y por ello siempre cuesta saber a qué ojo mirarla. Pero hoy es difícil mirarla a los ojos por otra razón. Lo mira con cara de pena y compasión. Todos se han enterado de lo que pasó. Está decidido a marcharse si My se atreve a decir algo sobre la pérdida del bebé. No está dispuesto a andar por allí dando lástima.

My no está sola. Lo saluda con un gesto de la cabeza y luego se dirige al hombre alto y delgado de pómulos muy marcados.

—Anton Asplund —dice, extendiendo la mano.

—Goran Pavić —responde el hombre, levantando una enorme y nudosa mano para estrechar la de Anton.

—Goran es adiestrador canino —explica My, señalando hacia los árboles, donde una perra de pelaje amarillento corre de un lado a otro por la ladera del bosque con la nariz pegada al suelo.

Anton asiente con la cabeza. No ha tenido oportunidad de conocer a Goran, pero sabe que su perra tiene una asombrosa capacidad para captar la más mínima pista. El cuerpo ya no está allí, puesto que el coche de la policía lo ha recogido para llevárselo a los forenses, pero puede haber rastros. Y, si los hay, la perra los encontrará.

—¿Y cómo va todo? —pregunta Anton.

—Todavía no hay nada —contesta Goran, y los cuatro observan en silencio mientras la perra sigue olfateando entre los troncos de los árboles y las rocas, abriéndose paso sobre la hierba muerta, las ramas y las hojas marchitas.

Anton se vuelve hacia My y dice:

—He visto algunos coches de los Contratistas del río Elva en el aparcamiento. ¿Están trabajando dentro de la iglesia?

My asiente con la cabeza. Anton se rasca la barba de tres días y se queda mirándola.

—¿Y tú les has dado el visto bueno?

—Sí. La perra ha buscado dentro y no ha encontrado nada. Pero tampoco esperábamos que hubiera algo, porque la iglesia está cerrada desde el viernes y nadie ha podido entrar.

Anton asiente una vez más con la cabeza y todos se quedan en silencio, mirando a la perra afanada en su búsqueda con el hocico pegado al suelo.

—Eh, Anton… —dice My, pero él le da la espalda.

—¿Qué raza es? —le pregunta a Goran para dirigir la charla a otro tema. Presiente lo que My quiere decirle, pero no tiene ánimos de

escucharlo ahora.

—Es un labrador retriever.

—¿Y cuál es la diferencia entre este y un labrador normal?

—Podría decirse que son la misma raza, pero el retriever es de complexión más esbelta y, en general, tiene una mayor disposición para el trabajo.

—¿Y cuáles son sus especialidades como perra de búsqueda?

—Sangre, semen, saliva y cadáveres. Y te puedo decir que es la mejor en su área. —Goran sonríe con orgullo, mirando a la perra.

—Es una ayuda extraordinaria —interviene My, dando un paso hacia Goran—. Puede buscar en casi cualquier lugar y dar alguna indicación para que nosotros o el CNF (Centro Nacional Forense) sepamos de antemano por dónde investigar.

Goran se estira y asiente con una sonrisa.

—Vosotros sabéis mejor que nadie lo difícil que es encontrar una gotita de sangre o semen. Por no hablar de la saliva, que ni siquiera se puede ver a simple vista. Pero Mimmi puede encontrar cualquier cosa. —Deja escapar una carcajada—. Incluso puede encontrar manchas de sangre y de semen en la ropa lavada. Ya hemos probado lavando la ropa a máquina varias veces y sigue encontrándolas.

Anton está a punto de decir algo cuando se oye un estruendo que proviene del interior de la iglesia.

11

—Vamos a visitar a Lussan —dice Mona, pisando el acelerador.

Hedda asiente con la cabeza y coloca las muletas a su lado en el asiento del copiloto del Land Rover. Después se inclina para poner la calefacción del asiento a tope y maldice para sí misma. ¿Cómo es posible que haga tanto frío en abril? Tiene pensado irse del país en cuanto pueda para no tener que congelarse el culo. Cualquier país, siempre y cuando sea más cálido.

Lussan también vive en la zona de Strömslund y, según explicó Susanne, es la mejor amiga de Sophie y también la de mayor edad. O, mejor dicho, era su mejor amiga antes de que todo cambiara y se distanciasen. Susanne se lamentó de ello varias veces durante la conversación. Según ella, Lussan es la clase de amiga que todo el mundo debería tener en su vida, de manera que Hedda no puede evitar preguntarse cuáles son los criterios de Susanne.

Se reclina en su asiento y cierra los ojos.

—¿Cuánto conoces a Susanne? —pregunta, sintiendo que el agradable calor del asiento empieza a subir por su espalda.

—Más o menos —contesta Mona, encendiendo la radio—. Nos conocimos antes de que yo me mudara a Londres. Las dos éramos abogadas, así que teníamos a mucha gente en común. Y también nos veíamos en el tribunal de distrito de vez en cuando. Pero nunca formó parte de mi círculo de amigos cercanos. Tal vez porque es un poco más joven que yo. Pero la he seguido a través de LinkedIn y sé que ha pasado de ser tan solo una joven promesa a convertirse en socia de Jungmann & Heed, uno de los bufetes de abogados más reputados de Suecia.

—¿No te parece extraño que haya contactado contigo?

—No. —Menea la cabeza—. Ella sabe lo que hago desde hace mucho tiempo, y, bueno, si no quiere ir a la policía, no quedan

muchas opciones para conseguir este tipo de ayuda.

—Es cierto —asiente Hedda—. Entonces, ¿tú crees que le pasó algo a Sophie o se largó por su cuenta?

—Es imposible saberlo. —Aprieta el volante. Lleva los guantes puestos y comienza a tamborilear con el dedo índice al ritmo de la música—. Todavía no sabemos lo suficiente, pero, si nos guiamos por lo que han dicho Susanne y Rasmus, que suele desaparecer de esta manera, podría pensarse que simplemente lo ha hecho una vez más. Pero, si es como ha dicho Madeleine, que el novio está preocupado, entonces, no creo que se haya ido por su propia voluntad.

—A menos que quiera alejarse de él.

—Exacto. Lo mismo estaba pensando —asiente Mona—. Esos moratones no indican nada bueno.

—Pero, entonces, ¿por qué llamó a Madeleine para preguntar por ella?

—Tal vez le preocupa otra cosa, ¿no?

Hedda asiente despacio con la cabeza.

—Quieres decir que tal vez tiene miedo de que Sophie le haya dicho algo que no quiere que se sepa.

—Exactamente.

—¿Crees que Madeleine sabe algo más?

—Puede ser —responde Mona—. En cualquier caso, estoy segura de que Sophie habla más con Madeleine que con Susanne. Será muy interesante escuchar lo que el novio tiene que decir.

—Y Lussan.

—Sí —asiente, activando los intermitentes—. Por otro lado, he estado pensando que Susanne y Rasmus parecen muy pasivos. ¿No crees que es un poco extraño?

—¿A qué te refieres?

—A que no hacen nada. —Gesticula con la mano—. ¿Por qué no buscan a sus amigas? ¿O por qué no revisan sus cosas? Esos teléfonos móviles, por ejemplo. Deberían haberlos encontrado. Se me ocurren muchas cosas que yo habría hecho en su lugar.

Hedda asiente y recuerda a Susanne explicándole qué es una OPI. Quizá no sabía que significaba OPI, pero Susanne no tenía por qué darlo por sentado. La había hecho sentir estúpida.

—Tal vez sea la falta de tiempo —dice Hedda—. Susanne está ocupada con su salida a bolsa, y Rasmus no parece muy disponible.

—Pero ¿qué puede ser más importante que la desaparición de su hija?

Hedda se encoge de hombros.

—Por eso nos han contratado, ¿no? Para investigar la desaparición.

Hedda se vuelve hacia el otro lado para mirar por la ventana. Piensa en cómo será tener a Susanne como madre. Está claro que es una madre exigente. De esas que tienen grandes planes para sus hijos y que suelen estar enfadadas. No, enfadada no es la palabra correcta. Decepcionada es la palabra que Susanne preferiría para hacerle saber a Sophie que no ha hecho lo que se esperaba de ella. Decepcionada y triste. Eso pesa más en una hija que ver a su madre enfadada. Sophie no debe tenerlo fácil, aunque, en apariencia, tenga todas las condiciones ideales.

—Sabes —dice, volviéndose hacia Mona—. Susanne cree que es una buena madre porque da dinero y cosas a sus hijas, pero no está presente. No se preocupa por sus hijas. Pero ¿por qué es así?

Hedda se calla al darse cuenta de lo que acaba de decir. Estaba hablando de Susanne, pero sabe que Mona se pone muy sensible cuando sale el tema de cómo debería ser una buena madre. ¿O tal vez lo decía por su propia madre? Y también su padre. Estaba allí físicamente, pero siempre borracho o con resaca. En todo caso, no lo ha dicho por Mona.

—Eh, no lo decía por…

Mona agita una mano y la interrumpe.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero también me molesta que se culpe solo a Susanne. Su marido también podría haber asumido un poco más de responsabilidad.

—Estoy de acuerdo, pero no creo que ella le permita tener iniciativa propia. Susanne parece el tipo de persona que quiere tener el control sobre casi todo. Y, ahora que lo ha perdido, está desesperada y no sabe qué hacer.

Mona se queda mirándola.

—Por eso se ha puesto en contacto con nosotras.

—Sí, es verdad, pero puede que Sophie simplemente necesite a su madre. Tener quince años y ser una chica es una mierda. Estoy segura de que Susanne es el tipo de madre que presiona a sus hijas hasta el cansancio, esperando que sean unas princesas exitosas; de lo contrario, todas son unas fracasadas, incluida ella. No me sorprendería que Sophie se haya rebelado contra ese control. No sabe decir que no, así que ha recurrido a esto.

Mona asiente con la cabeza y dice:

—Sí, Susanne debe ser muy exigente, pero estoy segura de que solo quiere lo mejor para Sophie y está preocupada por ella. El hecho de que nos haya buscado es prueba de ello.

—Mmm, tal vez —dice Hedda con el ceño fruncido. Le cuesta entender por qué Mona insiste en defender a Susanne. O puede ser que busque excusarse por sus propios fallos. Aunque ahora es una buena madre, abandonó a sus hijos cuando estos eran adolescentes y se marchó a Londres con su nuevo marido. No fue muy responsable por su parte. Decide cambiar de tema—. También tenemos los tres móviles.

—Sí, lo sé —suspira Mona.

—Supongo que estás de acuerdo en que esto no sugiere nada bueno.

Nadie tiene tres móviles solo por diversión. La única razón que se me ocurre es que tiene diferentes vidas y quiere mantenerlas separadas.

Cuando le mostraron los móviles a Susanne, dijo que solo uno de ellos, un iPhone 12, era el verdadero teléfono de Sophie, y que nunca había visto los otros dos modelos más baratos. Los recibió con desagrado como si estuvieran llenos de gérmenes y, una vez que los cargaron, descubrieron que todos estaban protegidos por una contraseña y nadie de la familia Öberg la conocía.

—Esto no pinta nada bien —dice Mona, sintiendo un estremecimiento—. ¿Qué crees que esté haciendo?

—Debe estar vendiendo algo ilegal.

—¿Como drogas?

—Sí —dice Hedda y después baja la voz—. O sexo.

Mona inhala con fuerza y dice:

—Esperemos que no.

Hedda asiente y luego se vuelve para mirar las casas a su paso, cada una más grande que la anterior.

—¿Has hablado con Belinda? —pregunta Mona de repente.

—¿Qué? —responde Hedda, volviéndose rápidamente hacia ella—. ¿Para hablar de la venta de sexo?

—No —dice Mona, frunciendo el ceño—. Para hablar de nada.

Hedda menea la cabeza y vuelve a mirar hacia las casas.

—¿No piensas hacerlo?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque puede que sea tu madre —dice Mona con voz serena.

—Eso no lo sabemos. Además, si realmente lo fuera, renunció a ese

derecho cuando nos abandonó a mí y a mi hermano. —Agita la mano—. No quiero hablar de ello.

Mona se calla. Tal vez sea momento de ceder, aunque no suele ser buena en eso. Es muy raro que acepte un «no» sin más. Pero esta vez se queda en silencio durante un buen rato, hasta que gira por una calle estrecha recién asfaltada y frena delante de un gran chalet de ladrillo rojo.

12

La puerta de la iglesia se abre de golpe y Anton entra corriendo. El suelo y los bancos están cubiertos de cartones protectores y hay una serie de andamios en medio del pasillo. Sobre la deformada lámpara de araña que yace en el suelo, parcialmente cubierta por laminillas de yeso que han caído del techo, el polvo se arremolina a la luz de las altas vidrieras de colores.

—¡Ha sido culpa mía! —grita una voz. Anton mira hacia arriba y ve que un trabajador de la construcción, agachado en lo alto del andamio, llama su atención con la mano—. Iba a arreglar algo, pero se me fue de las manos. La lámpara era demasiado pesada. ¿Qué le ha pasado?

—Está arruinada —dice Bodil, colocándose al lado de Anton.

Anton dirige la mirada a un hombre que se acerca a ellos con pasos autoritarios y lleva una camiseta azul con el logotipo de la iglesia en el pecho.

—¡La iglesia está cerrada! No podéis estar aquí —grita el hombre.

—Somos de la policía —explica Anton—. ¿Tú eres el conserje de la iglesia, Niklas Johansson?

El hombre se detiene en seco y mira a Anton y Bodil antes de asentir con la cabeza.

—Tenemos que hacerte algunas preguntas sobre el hallazgo que hiciste ayer.

—Vale —asiente Niklas Johansson con seriedad, arrugando la frente al contemplar la destrucción en el suelo. Se dirige al hombre que está en lo alto del andamio—. Seguimos más tarde. Ahora tengo que ocuparme de esto.

El trabajador levanta el pulgar, lanza una mirada a Bodil y Anton, y

luego comienza a bajar del andamio para inspeccionar los daños.

—Es una verdadera tragedia lo de esa chica —comenta Niklas—. ¿Queréis que…? —Extiende una mano para sugerir que vayan a otro sitio—. No se puede renovar una iglesia sin causar un barullo. Creo que será mejor ir a un lugar más tranquilo para hablar en paz.

Apenas tiene tiempo de terminar la última frase antes de que se ponga en marcha una rectificadora y sus potentes chirridos reboten contra el alto techo arqueado y las paredes desnudas.

—Sí, vamos —dice Anton alzando la voz para hacerse oír.

Una vez fuera, Niklas cierra las puertas tras ellos, lo cual extingue el ruido ligeramente. Se vuelve hacia ellos y los observa con atención.

—¿Qué estáis renovando? —pregunta Bodil.

—Ah, son muchas cosas —responde Niklas, juntando las manos al frente—. Vamos a revocar y pintar, y también vamos a reemplazar la mesa del altar y el púlpito y a colocar una pila bautismal adicional. También vamos a construir una nueva área para el coro en la parte delantera de la iglesia y vamos a renovar la cocina. Ah, sí, también vamos a poner nuevos aseos.

—¿Y cuál es tu función en todo esto? ¿Cuál es la función de un conserje de iglesia? —pregunta Bodil.

Niklas carraspea.

—Bueno, la pregunta sería más bien qué no hago aquí. Estoy a cargo de casi todo. Por el momento, soy responsable del proyecto de renovación, pero hago de todo en general, desde la jardinería y la gestión de la propiedad hasta cavar tumbas. Y tratar con personas también ocupa buena parte de mi tiempo.

Anton asiente y dice:

—Entonces, ¿podría decirse que conoces bien la iglesia?

—Sí, así es.

—¿Reconociste a la chica que encontraste?

—No. —Niega con la cabeza—. Nunca antes la había visto.

—¿Estás seguro?

La mirada de Niklas no muestra ninguna vacilación.

—Totalmente. Puede que se haya cruzado en mi camino alguna vez, pero no es algo que recuerde.

—Entiendo. ¿Podrías decirme qué pasó cuando la encontraste?

Niklas asiente y su larga exhalación se vuelve un suspiro, como si ya hubiera dicho lo mismo cien veces.

—Vine ayer por la mañana para dejar entrar a los trabajadores. Dejé el coche en el aparcamiento y luego comencé a andar hacia la iglesia. Cuando llegué a la colina, vi algo colgando de uno de los árboles. —Se rasca la mejilla pensativo—. Al principio no pude ver lo que era porque aún estaba oscuro. Solo noté que había algo grande colgando. Pero, al acercarme un poco más, vi que era una persona.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las cinco.

—¿Tan temprano?

—Sí, los trabajadores empiezan al amanecer y así tengo tiempo de preparar el café. —Se vuelve hacia Bodil—. Les gusta que esté listo cuando llegan.

—Es muy considerado de tu parte.

Anton sonríe con desánimo.

—Hago lo que puedo para que todos se sientan bienvenidos en la casa de Dios.

—Así que viste que había una persona colgada del árbol —dice

Anton—. ¿Qué más puedes decirnos?

Niklas traga saliva con fuerza.

—Vi que era una chica. —Se calla y fija la mirada en algo que está detrás de ellos.

—Sí, entiendo —continúa Anton—. ¿Y qué hiciste?

La mirada de Niklas vuelve a posarse en ellos.

—Supe de inmediato que estaba muerta.

—Pero ¿cómo lo supiste? —interrumpe Bodil.

Niklas se vuelve hacia ella y dice:

—Hacía frío, pero no se veía vapor saliendo de su boca. Luego vi la escalera volcada en el suelo y la levanté. Pensé que, si había la más mínima posibilidad de salvarla, tenía que bajarla de allí. —Baja la mirada—. Pero era demasiado tarde. Ya estaba muerta.

—¿Y qué hiciste después?

—Me quedé allí de pie y, no sé… —Gesticula con las manos—. Comprobé el pulso en uno de sus pies. Quería estar seguro. Pero tenía razón: la chica no tenía pulso.

—Actuaste con frialdad —comenta Bodil—. No cualquiera es capaz de manejar a una persona muerta de esa manera.

—Estoy acostumbrado.

—¿Acostumbrado?

—Como conserje de la iglesia, estoy acostumbrado a ver personas muertas. Es parte del trabajo y no me resulta extraño. Aunque, bueno, en este caso ha sido diferente.

—Pero eso de comprobar el pulso —dice Anton—, no es algo que hagas normalmente como conserje, ¿o sí?

—No, por supuesto que no —responde, meneando la cabeza—. Pero

tengo experiencia en el sector sanitario. Allí comprobábamos el pulso del pie. En el arco del pie, la arteria dorsalis pedis, y en la parte interior del pie, detrás del tobillo, la arteria tibialis posterior. Pero, como he dicho, no esperaba sentir ningún pulso.

Anton se queda mirando a Niklas. No recuerda haber conocido a una persona más fría que él, pero le parece lógico que sea así por su constante proximidad a la muerte. Y su formación en enfermería explica por qué ha procedido de manera clínica.

—¿Qué ocurrió después?

—Dudé si debía intentar bajarla del árbol. Era horrible verla allí colgada y, además, los trabajadores estaban por llegar. Pero decidí que era mejor llamaros primero. En todo caso, bajarla no mejoraría nada. —Se queda mirando a ambos—. Me disculpo si he hecho algo que no debía.

—¿Como qué? —pregunta Bodil.

—Como destruir pruebas. —Mira a Bodil, gesticulando con las manos—. No estaba seguro de lo que vosotros tenéis que hacer en un caso de suicidio, pero pensé que sería mejor no estorbar. Si he cometido algún error, lo siento.

—No, no has hecho nada malo —dice Bodil—. Al contrario.

Niklas asiente con la cabeza y parece aliviado.

—Pero ¿la iglesia estaba cerrada cuando la encontraste?

—Sí.

—¿Quién tiene llave?

—Yo tengo llave. Yo, y los curas. Pero no vienen desde que se cerró la iglesia por las renovaciones.

—¿Y de dónde crees que salió la escalera?

—No creo, sé que es de los trabajadores y que la dejaban fuera durante la noche, así que no debe haber sido difícil conseguirla.

Anton asiente despacio con la cabeza.

—¿Podrías mostrarnos aquí fuera cómo la encontraste exactamente?

—Sí, claro —responde, y salen hacia la luz del día.

Más allá de la casita de ladrillos rojos, en la pendiente boscosa, Anton ve a My y a Goran, que parecen haber ampliado su zona de búsqueda entre árboles nudosos y hierba amarilla. Anton observa que la perra se detiene y olfatea algo en el aire, y luego se gira y comienza a correr a toda velocidad hacia ellos. Percibe que Niklas se pone tenso a su lado y los tres se quedan completamente quietos cuando la perra se les acerca. Al llegar a ellos, baja la cabeza para olfatear los zapatos de Niklas y suelta un ladrido.

13

Hedda recorre la habitación con la mirada. Hay una alfombra gruesa y de color claro en el suelo, pinturas al óleo de colores vivos en las paredes blancas y un sofá en la esquina que podría dar cabida a veinte personas. No sabe nada de diseño, pero está segura de que aquí no hay nada de IKEA.

El nombre real de la amiga de Sophie es Louise.

—Pero podéis llamarme Lussan —explica con voz aflautada, y luego pregunta si puede tomar algo.

Hedda tiene que contener una sonrisa. Suena como una señora de mediana edad, no como una chica de quince años.

—Me alegra que hayamos podido reunirnos tan pronto —dice Mona, inclinándose hacia delante en el sofá—. Intentaremos no retenerte demasiado tiempo.

—No hay problema. Haría cualquier cosa por Sophie. —Lussan se revuelve la larga y brillante cabellera y Hedda tira de manera inconsciente de un bucle de la suya con los dedos—. ¿Qué es lo que queréis saber de ella?

Mona la mira con seriedad por un momento y luego dice:

—Sophie ha desaparecido.

Lussan abre sus grandes ojos azules y se cubre la boca con una mano.

—¿Ha desaparecido? ¿De verdad? Susanne no quería decirme nada. —Baja la mano y la pone en el pecho—. Ya no pasábamos tiempo juntas, pero temía que le pasara algo malo. Ha cambiado mucho y no va al instituto desde hace mucho tiempo, pero no tenía ni idea de esto. ¿Qué le habrá pasado?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Y esperamos que puedas ayudarnos.

—Sí, claro. Pero ¿cómo?

—¿Por qué no empezamos por tu amistad con ella?

Lussan asiente con la cabeza.

—Sophie y yo habíamos sido siempre las mejores amigas. Nos conocemos desde que éramos bebés y compartíamos prácticamente todo. Pero con el tiempo…

Lussan se calla y Hedda se queda mirándola. Conoce muy bien el tipo de Lussan. Tiene un gran dormitorio que una sirvienta debe mantener limpio, tiene un teléfono móvil de último modelo, nunca le falta dinero y siempre consigue lo que se propone. Debe tener unas notas estupendas y la confianza en sí misma a tope. Viene de un entorno en el que todo está bien siempre que te vaya bien en el instituto y no arruines tu reputación o la de tu familia. Cuando era más joven, Hedda conoció a muchas Lussans que la hacían sentir inferior porque no tenía ropa cara y porque no sabía comportarse en sociedad ni guardar las apariencias, igual que ahora.

—Pero ¿qué? —pregunta Hedda, soltando el bucle de pelo que tenía enrollado en el dedo, molesta por haber caído tan fácilmente en el mismo sentimiento de inferioridad.

Lussan la mira a los ojos, ignorando su tono irritado.

—Sophie empezó a cambiar —dice—. Al principio eran cosas pequeñas. Como decir que no podía estar con nosotras, pero luego yo descubría que había estado en una fiesta. Y comenzó a vestirse de otra forma. De repente, no le importaba lo que llevaba. Era normal que viniera al colegio con un jersey viejo y gastado —explica con una sonrisa—. Bueno, puede sonarte un poco ridículo, pero Sophie nunca hacía eso antes. Pero lo peor fue el día que llegó al colegio con el pelo teñido de negro. Casi me muero de verla así. Y encima parecía hecho en casa.

—Sí, debió ser espantoso —comenta Hedda.

Mona carraspea y pregunta:

—¿Consiguió un nuevo grupo de amigas?

—Sí, supongo —contesta, gesticulando con las manos—. Se alejó por completo de nosotras. Ya no sé quién es. No le importan los estudios. Dicen que también sale mucho de fiesta. —Lussan se queda con la mirada perdida y después mira hacia abajo—. ¿Podéis imaginar cómo me hace sentir eso? He perdido a mi mejor amiga.

—Sí, es muy triste —dice Hedda, meneando la cabeza, y en ese momento recibe una mirada severa de Mona.

—Has dicho que tenías miedo de que le pasara algo. ¿Por qué?

Lussan levanta la vista.

—Por lo que acabo de decir. No es ella misma. Es como si le hubieran lavado el cerebro y ya no pudiera pensar por sí misma.

14

La primera vez que cobré, tenía trece años y ocho meses de edad, y el precio fue media botella de vodka. Después me sentí sucia. Compartí la botella con mi amiga y me tragué la vergüenza y el asco junto con la bebida, pero nunca le dije cómo la había conseguido.

Después de eso, fue como si hubiera perdido el control. Empecé a ir a fiestas y a hacer amistades más alocadas que las anteriores, y de repente me invitaban a todas partes. Los chicos querían tenerme cerca. Les gustaba cuando me pasaba de la raya.

Al cabo de unos meses, todo el mundo me veía como una puta, pero no me importaba. Lo que importaba era que quisieran que viniera y que me invitaran. Había conseguido la validación que buscaba y me sentía alguien. Y de eso se trataba.

15

Anton camina hacia la sala de reuniones a través de una comisaría desierta. Uno de los jóvenes ambiciosos está sentado delante de su ordenador y la luz azul de la pantalla le ilumina el rostro. Levanta la vista cuando Anton pasa y se saludan mutuamente con un gesto de la cabeza. Hace solo seis meses, él también se sentía como uno de ellos, con sus veintinueve años y varios casos resueltos en poco tiempo. Pero ahora se siente viejo y cansado.

El equipo de investigación está reunido en la sala de reuniones y él es el último en entrar.

—¿Puedes cerrar la puerta? —dice Petra sin levantar la vista.

Anton cierra la puerta, un poco más fuerte de lo debido, y se sienta en la silla disponible más cercana. El espacio es muy estrecho y junto a él está sentado Bellini. Huele a ajo y algunas canas se asoman fuera de su oreja. Anton piensa que parecen patas de araña y se estremece de incomodidad.

Los asistentes charlan de temas sin importancia alrededor de la mesa mientras Petra intenta conectar el ordenador a la pantalla. Como de costumbre, parece que la reunión se retrasará por problemas técnicos. Petra se agacha y saca un cable para volver a enchufarlo. Entonces levanta la vista y dice:

—Bodil. Comienza con tu presentación mientras llega un informático para solucionar esto.

Bodil asiente con la cabeza y se pone de pie.

—Sabemos quién es la chica de la iglesia —explica—. Se llama Laleh Djalali. Quince años de edad, con domicilio en Kronogården. Sus padres acaban de identificarla y vendrán mañana temprano.

Anton mira por la ventana. La lluvia parece flotar bajo el cielo gris del crepúsculo. El cuerpo de la chica ha sido preparado y

embellecido para sus padres. La ropa que llevaba parecía estar en buen estado, así que decidieron conservarla. No siempre es así con las víctimas de asesinato. Muchas veces tienen la ropa hecha jirones, sucia y manchada de sangre. Pero en su caso, la blusa, la chaqueta y la falda estaban enteras y sin manchas. De hecho, solo faltaba la ropa interior. Quien le hizo esto decidió dejarla sin bragas.

—¿Así que el forense ya ha terminado? —pregunta Bellini.

—Tenemos un informe preliminar. Entre otras cosas, se explica que tenía lesiones en el abdomen.

—¿Se ha confirmado que fue violada?

—Sí. —Bodil asiente con gravedad y se sienta en el borde de la mesa, dejando su bota sucia en el aire—. En varias ocasiones.

—¿Novio? —pregunta Bellini.

—No lo sabemos. Mañana vamos a preguntárselo a los padres.

Anton carraspea y dice:

—Creemos que el asesino intentaba hacerlo parecer un suicidio. El cuerpo fue lavado de manera meticulosa, como para destruir los rastros.

Bellini asiente con la cabeza.

—¿Había restos de semen?

—Sí, pero por desgracia no nos sirve para identificar al asesino. No está registrado.

—¿Huellas dactilares? —indaga Bellini de manera lacónica.

Bodil niega con la cabeza.

—No, pero la autopsia encontró rastros de drogas en su cuerpo. Anfetaminas y cocaína.

—Estimulantes —dice Petra, que ha dejado el ordenador y se ha reclinado en su silla—. ¿Llevaba mucho tiempo usando drogas?

—No tenemos pruebas que lo sugieran. Pero podría haber una conexión entre el uso de drogas y las lesiones. Las cicatrices y el estado general del cuerpo sugieren que había sido maltratada durante algunos meses, y esto coincide con el tiempo que habría estado usando drogas. También podría explicar por qué usaba este tipo de drogas. Tal vez alguien quería que estuviera desinhibida o adormecida, o quizá ella misma.

El silencio impera en la sala hasta que alguien carraspea. Mientras tanto, Anton piensa en la conversación que tendrán mañana con los padres de la chica. Será doloroso tener que verlos afrontar lo que le ha pasado a su hija.

—¿Y el móvil? —dice Petra al fin, y Anton levanta la vista—. Tengo entendido que ha sido recuperado. ¿Funciona?

—Sip —contesta Bodil, bajándose de la mesa—. Gracias a él pudimos identificarla.

—¿Y habéis encontrado algo que sirva? ¿Nombres? ¿Mensajes? ¿Redes sociales?

—Estamos trabajando en ello, pero hasta ahora no hay nada que pueda ayudarnos a identificar al asesino o a explicar qué ocurrió. Solo hay llamadas y mensajes de texto a la familia y algunas amigas.

Petra asiente con la cabeza.

—¿Y dónde lo habéis encontrado?

—En el lecho del río seco, por la central eléctrica de Hojum.

—¿Así que alguien estuvo allí y lo tiró desde el puente?

—Sí, o puede que haya pasado en un coche —dice Anton.

—¿Y no encontrasteis huellas dactilares en él?

Anton niega con la cabeza.

—Solo las suyas —dice, lanzando una mirada a Bodil. Siente una especie de nostalgia por los viejos tiempos, cuando una mirada bastaba para comunicarse con ella. Se vuelve hacia Petra—. Como sabéis, están renovando la iglesia. Ya hemos hablado con todos los trabajadores, pero no han visto nada. Como es natural, están angustiados por la forma en que se utilizó la escalera, y el hombre que la dejó fuera de la iglesia se puso mal y tuvo que irse a casa cuando se dio cuenta de lo ocurrido. Pero, aparte de la escalera, no creo que haya ninguna conexión con ellos.

En ese momento se abre la puerta y entra un chico del Departamento de Informática. Petra le hace señas para que se acerque y luego dice:

—¿Y el conserje de la iglesia? ¿Qué fue eso de la perra?

—Parece que la perra reaccionó a sus zapatos —explica Bodil—. Los forenses creen que el hombre debe haber pisado algo que dejó un rastro en sus zapatos, pero no hemos encontrado nada concreto.

Petra asiente y se mueve para dejar espacio al informático.

—Es un lugar extraño para dejar un cadáver, ¿no?

—¿Porque está al lado de una iglesia? —pregunta Anton.

Petra asiente con la cabeza.

—Como he dicho, alguien quería hacer que pareciera un suicidio. Sospechamos que el asesino quería que el cadáver fuera encontrado rápidamente. Tal vez sabía que la iglesia estaba siendo renovada y que alguien la encontraría a la mañana siguiente. Además, pudo maniobrar con bastante seguridad, puesto que los alrededores de la iglesia están oscuros y desiertos por la noche. No hay casas cerca —explica Bodil.

—¿Y sus padres? —Petra parece angustiada de una manera que resulta rara en ella—. ¿Ya saben lo que le pasó?

Bodil niega y mira hacia la mesa, y Anton vuelve a sentir malestar

en la boca del estómago.

—Sí, pero no todo. Esperamos informarlos mañana.

Petra asiente con la cabeza y dice:

—Laleh Djalali. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Es un nombre iraní —contesta Bodil.

Por su parte, Anton deja de prestar atención, absorto en el informe de la autopsia. Sus náuseas aumentan a medida que lo revisa con detalle, imaginando cómo se produjo cada contusión, herida y moratón de la chica asesinada.

16

Mona despierta y se sienta en la cama. La luz del alba se cuela por el hueco de la cortina. Entonces vuelve a oír el sonido que la despertó. Aparta las sábanas, se acerca a la ventana, descorre la pesada cortina y mira hacia fuera.

Todo está cubierto de blanco. El clima ha cambiado otra vez y ahora caen grandes y pesados copos de nieve que se acumulan en el suelo. La quitanieves pasa con un estruendo y sigue por la curva.

Menea la cabeza, confundida. El tiempo está muy raro, incluso para abril. Tal vez la secta apocalíptica con la que tuvo que lidiar el verano pasado tenía razón: el fin del mundo está cerca. Las olas de calor, los enjambres de saltamontes en África, las pandemias, los incendios forestales y las inundaciones parecen indicar que es solo cuestión de tiempo.

Suelta la cortina y se acerca al gancho junto a la puerta para coger su albornoz. «No es de extrañar que la Madre Tierra se haya cansado de la manera en que la tratan», piensa mientras se envuelve en la gruesa y suave tela y camina por la casa silenciosa.

Cuando llega a la cocina, encuentra a Hedda sentada a la mesa con la mirada puesta en el ordenador. Coco está tumbada en el suelo a sus pies, roncando con fuerza.

—Buenos días —saluda Mona. La perra levanta la cabeza con cansancio al oír su voz, pero pronto vuelve a dormitar—. ¿Estás estudiando?

—Sí —asiente Hedda sin levantar la vista, y Mona nota que hay una grieta en el suelo de madera. Da un paso largo sobre ella y saca una taza de café del armario—. Menudo tiempo, ¿no? —dice, encendiendo la cafetera.

—Sí, está muy loco —responde Hedda, aún sin levantar la vista.

Mientras espera el café, Mona mira hacia los estanques. El agua gris y ondulante, igual que sus recuerdos de lo que pasó en esta cocina. Se toca la cicatriz que tiene en la sien. Todavía no consigue recordar todos los detalles, pero el médico dice que es normal cuando se ha pasado por un acontecimiento traumático. En realidad, estuvo muy cerca de perder la vida.

Aparta la mano de la cicatriz y se queda mirando a Hedda. Parece como si ella sintiera su mirada, pues levanta la vista con una expresión inquisitiva en el rostro.

Mona coge la taza y se acerca a la mesa.

—¿Qué te parece si intentamos llamar al novio otra vez? Puede que tenga más que contar sobre Sophie que su amiga.

Lussan no aportó nada nuevo. Dijo que Sophie había cambiado, pero no pudo darles ninguna información específica sobre por qué podría haber sucedido esto o con quiénes tenía trato. Para alguien que afirma haber sido su mejor amiga desde que eran pequeñas, mostró muy poco interés en Sophie y su vida. Solo dijo sentirse mal por haber perdido su amistad, pero luego siguió adelante con su vida e hizo nuevas amigas.

Mona coloca el móvil en la mesa, entre ella y Hedda, y pulsa en la última llamada realizada. Ha sido difícil contactar con el novio de Sophie. Tras varios intentos durante la tarde y la noche de ayer, se dieron por vencidas. Ahora el teléfono sigue sonando mientras Mona se encuentra con los ojos oscuros de Hedda al otro lado de la mesa.

—Debe ser de los que no contestan si no reconocen el número —dice Hedda, rascándose la nuca con el bolígrafo.

Mona asiente con la cabeza, decepcionada, y estira la mano para terminar la llamada, pero entonces oyen que ha sido recibida.

—Sí —contesta una voz cansada.

Mona mira a Hedda al tiempo que dice:

—¿Tú eres Svempa?

Solo hay silencio.

—¿Quién lo pregunta? —dice, esta vez con una voz más dura.

—Mi nombre es Mona Schiller. Estoy trabajando bajo encargo de los padres de Sophie Öberg. Como sabes, está desaparecida, así que me han pedido ayuda para encontrarla.

Vuelve a haber un largo silencio y Mona se queda mirando el teléfono.

—¿Hola? —pregunta.

—Todavía estoy aquí. —La voz vuelve a sonar como antes—. ¿Y qué tengo que ver yo con eso?

17

La madre de Laleh tiene un rostro escuálido enmarcado por un hiyab negro que le cubre el pelo, el cuello y los hombros. El llanto y la falta de sueño le han enrojecido los ojos, que ahora vagan con inquietud por la habitación. A Anton le cuesta enfrentarse al dolor de la madre, así que se dirige al padre de Laleh, quien lo mira con el rostro serio.

—Me llamo Kabir Djalali y ella es mi mujer, Prisha —dice, estrechando la mano de Anton de manera vigorosa.

—¿Qué le han hecho? —pregunta Prisha, ajustándose el hiyab con mucha ansiedad—. ¿Dónde está su ropa? ¿Qué ha pasado?

—¿Su ropa? —repite Bodil, frunciendo el ceño—. Pero eso es lo que llevaba puesto, ¿no?

—¡No! Esa no es su ropa —replica la mujer, gesticulando con las manos y haciendo una mueca despectiva—. Mi niña nunca se pondría algo así.

Los zapatos de tacón alto, la falda corta y la blusa delgada bajo la chaqueta corta que deja al descubierto la barriga son algo totalmente inapropiado para Laleh, según su madre, pero también para el frío que hace por las noches.

—Alguien deshonró a nuestra hija. Y después la vistió con estas ropas. Ella nunca se ha vestido así.

Anton la mira, pensativo. La ropa podría ser parte del crimen perpetrado sobre su hija, pero también puede ser que llevara una vida que sus padres no conocían.

—La colgaron al lado de una iglesia. ¿Por qué? —dice Kabir con sequedad, lapidando la discusión sobre la ropa.

—Aún no lo sabemos —responde Anton—. Puede haber varias

razones, pero lo más probable es que hayan elegido ese lugar porque está apartado y vacío. Hay menos riesgo de ser atrapado allí. —Gesticula hacia la mesa—. Por favor, vamos a sentarnos para hablar con calma de lo sucedido.

Los ojos de Kabir están llenos de tristeza, pero también de una profunda rabia bien justificada. La mirada de Anton se desliza por su brazo al notar que empuña la mano en repetidas ocasiones, como si estuviera luchando por contener la ira, pero al fin se controla y se sienta en la silla. Prisha permanece de pie, balanceándose inquieta de un lado a otro con la mirada puesta en Anton.

—¿No quiere sentarse? —le pregunta con amabilidad.

Ella niega con la cabeza, se lleva la mano a la boca y la aprieta contra los dientes como si buscara retener todo lo que quiere salir.

—Siento muchísimo lo que le ha ocurrido a su hija —comienza Anton—. Ya hemos iniciado una investigación y haremos todo lo posible para averiguar lo que ha sucedido. Pero necesitamos su ayuda. ¿Laleh mencionó algo sobre adónde iba o con quién se iba a reunir el lunes por la noche?

—Dijo que iba a estar con su prima —solloza Prisha—. Pero ¿por qué no estaba allí?

—Vamos a investigarlo. Nos gustaría hablar con su prima.

Prisha asiente y, una vez más, se lleva la mano cerrada a la boca y la muerde.

—La colgaron al lado de una iglesia —repite Kabir, como si no fuera consciente de lo que ocurre en la sala—. Ya sabes cómo son las cosas para nosotros —dice, dirigiéndose a Anton—. Ya sabes cómo se trata a la gente como nosotros en esta sociedad. Antes nos necesitaban, pero ahora no valemos nada. Ahora solo nos escupen y nos agrupan en un área para evitar tratar con nosotros, y cuando algo sucede siempre es culpa nuestra.

Anton quisiera poder negarlo y decirle que no es verdad, pero la familia Djalali vive en Kronogården, un barrio construido en los

años sesenta como parte del «proyecto por el millón de viviendas» del Gobierno sueco. Pero la situación era distinta en esos años. En Trollhättan, el desarrollo industrial trajo consigo al fabricante de automóviles Saab, que empleaba a miles de personas.

Hoy en día, los puestos de trabajo han desaparecido y la zona se ha convertido en un crisol de personas con orígenes, lenguas, experiencias y necesidades muy diferentes y que viven su vida en una ciudad propia dentro de la ciudad.

De repente, Kabir golpea la mesa con la mano.

—No lo he olvidado —dice, y unas gotas de saliva escapan de su boca—. Recuerdo cuando ese hombre entró en nuestro colegio y atacó a los profesores y los estudiantes con una espada. Quienquiera que haya hecho esto a nuestra hija debe ser detenido antes de que más personas resulten heridas.

18

Huele a comida tailandesa y a humo de tabaco en las escaleras de la calle Olleniklas väg, en Vänersborg, cuando Mona extiende la mano y pulsa el timbre. Han acordado reunirse con Svempa en su casa, pero ahora no está tan segura de que sea una buena idea. No sabe quién es este chico, y dados los moratones de Sophie, podría tener cierta propensión a la violencia.

Da un paso atrás cuando oye ruido proveniente del interior del piso. Mira el pie herido de Hedda y se maldice por haberla traído aquí. Un segundo más tarde, la puerta se abre y su mirada se posa en un par de grandes ojos oscuros de ciervo.

—¿Svempa? —pregunta sorprendida. Se esperaba que un chico con ese nombre fuera el típico chaval con una gorra y granos en la cara, pero no este emo que lleva una sudadera negra con un emoji triste en el pecho.

El chico le hace un gesto afirmativo con la cabeza y luego mira a Hedda. Recorre con la mirada el hueco de la escalera como para asegurarse de que están solos y dice:

—Entrad.

Lo siguen por el estrecho vestíbulo abarrotado con zapatillas de varios colores. Mona observa las puertas blancas de los armarios de la cocina mientras caminan hacia el salón. Svempa señala un sofá azul y las dos se sientan allí. Él se da la vuelta, coge la silla que está frente al escritorio, la hace rodar por el suelo y se sienta sin decir nada.

—¿Estás libre hoy? —pregunta Mona con una sonrisa.

Svempa niega con la cabeza.

—No estoy trabajando —dice, sin devolverle la sonrisa, y empieza a tamborilear con el dedo índice sobre uno de sus muslos. Ahora

entiende a lo que Madeleine se refería cuando dijo que no creía que Svempa fuera el tipo de Susanne.

—Entonces, ya sabes por qué estamos aquí.

—Por Sophie.

—Sí. Llamaste a su hermana para preguntar por ella. ¿Por qué?

Al escuchar esto, Svempa se encoge de hombros y se sube las mangas de la sudadera con capucha que parece ser varias tallas más grande de la que le corresponde.

—Porque no la encuentro. Creí que ella sabía algo.

—¿Cuándo viste a Sophie por última vez? —pregunta Mona.

Vuelve a encogerse de hombros y mira hacia otro lado. Mona se está cansando de la actitud indiferente de Svempa.

—¿Te encoges de hombros porque no lo sabes o porque no te importa? —dice Mona con brusquedad.

Svempa se queda mirándola sin decir nada.

—Yo creo que todavía te importa —continúa Mona—. Si no, no buscarías saber dónde está. Así que voy a preguntarlo de nuevo. —Se inclina hacia delante y habla despacio—: ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Este fin de semana —responde sin más.

—¿Y qué pasó entonces?

—Nada. —Parece estar a punto de encogerse de hombros, pero se detiene—. Estuvo aquí para pasar un rato, pero tuvo que irse.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Mona levanta las cejas de manera inquisitiva.

—¿No lo sabes?

—No. —Las largas pestañas arrojan sombra sobre las pálidas mejillas mientras menea la cabeza—. Dijo que iba a encontrarse con alguien o algo así.

—¿Con quién?

—No lo sé, es lo que estoy diciendo.

Mona apoya la espalda en el respaldo del sofá.

—¿Así que tú y Sophie teníais pensado pasar un rato juntos y de repente ella se va y no tienes ni idea de adónde?

Svempa asiente ligeramente con la cabeza.

—Me suena un poco extraño.

—Ah, ¡¿sí?! —Rueda la silla unos centímetros hacia atrás—. Pues me importa una mierda lo que pienses, pero así fue.

Todo queda en silencio y Svempa comienza a tamborilear de nuevo con el dedo sobre su pierna. Se oye el sonido de los niños que juegan en el patio y el zumbido del ventilador del ordenador.

—Encontramos tres teléfonos móviles en casa de Sophie —dice Hedda, rompiendo el silencio.

Svempa se vuelve de inmediato hacia ella.

—¿Sabes por qué tiene tantos?

Él niega lentamente con la cabeza.

—Escucha, Svempa —dice Mona con calma—. Al igual que tú, queremos encontrar a Sophie y asegurarnos de que está bien. Ni Hedda ni yo somos de la policía, así que no nos importa si está haciendo algo ilegal. Pero puede haberse metido en problemas y necesita nuestra ayuda.

Svempa levanta la vista hacia ella.

—Entonces —insiste, mirándolo a los ojos—, ¿puedes decirnos por qué tiene tantos móviles?

19

El atentado del que habla Kabir ha quedado grabado para siempre en la memoria de este pueblo. Un joven solitario de veintiún años descargó su odio contra profesores y alumnos y después se suicidó ante la presencia de la policía. Todo había sido planificado. Por la mañana, se maquilló la cara de blanco y se pintó una gruesa línea negra alrededor de los ojos. Se vistió con un uniforme casero que consistía en un casco militar alemán, un largo abrigo negro y botas negras. A continuación, se dirigió al colegio Kronan armado con una espada y un cuchillo y atacó a los alumnos y profesores de piel oscura. Tres personas fueron asesinadas en ese día doloroso y terrorífico.

—Lo recuerdo bien —dice Anton—. Nadie lo ha olvidado, pero ¿qué tiene que ver eso con Laleh?

—Ya se sabrá en su momento —dice Kabir, juntando las manos.

Anton no quiere que el padre de Laleh piense que el asesinato tiene una motivación xenófoba. No cree que sea el caso. Lo mira a los ojos y dice:

—Me apena mucho lo que le ocurrió a su hija. Haremos todo lo posible para encontrar a la persona responsable. —Entonces se dirige a Prisha—: ¿No quiere sentarse? Creo que se sentirá más cómoda.

Al escuchar esto, las lágrimas silenciosas de Prisha estallan en un llanto incontrolado. Kabir se levanta para rodearla con los brazos y le da unas palmaditas en la espalda para tranquilizarla.

—Dijo que iba a estar con su prima —dice Prisha, sollozando en repetidas ocasiones, como si se aferrara a eso para no tener que oír más sobre el asesinato.

Dejan que Kabir la consuele hasta que los sollozos disminuyen de manera paulatina y Anton se levanta.

—Le ruego que tome asiento, por favor —suplica, sacando una silla.

Ella lo mira por un momento, sollozando aún, y se sienta. Bodil le tiende un pañuelo y le pone el resto del paquete delante.

Anton abre una carpeta que contiene todos los informes de la investigación. Aunque sabe lo que hay en ellos y lo que necesita decir, le parece más adecuado tenerlos delante.

—Ya tenemos el informe de la autopsia —dice—. La mayoría de las pruebas sugieren que su hija habría sido violada antes de ser asesinada, pero también tenemos evidencia de que estaba drogada en ese momento.

Al oír esto, Kabir se sacude como si lo hubieran abofeteado.

—Mi hija no se droga —responde con dureza—. Eso está mal. Los resultados de sus pruebas son erróneos.

—Lo siento, pero no, no hay ningún error. Se le han encontrado rastros de cocaína y anfetaminas. —Anton se siente desconcertado ante la reacción de Kabir. Parece casi como si pensara que es peor que Laleh se drogue a que la hayan violado.

—¡¿Qué?! —grita Prisha, mirando a Anton y a Bodil de manera consecutiva—. ¿Está diciendo que fue violada? ¿Alguien drogó y violó a mi niña? ¿Y después la asesinó y la colgó de un árbol? —Oculta la cara entre las manos y se desploma sobre la mesa entre sollozos.

Bodil la mira, se ajusta las gafas y se dirige a Kabir.

—¿Usted y su hija tenían una buena relación?

—¿Perdón?

—Mi pregunta es, ¿cuánto sabía de ella? ¿Es posible que Laleh les ocultara cosas? —explica—. Su hija dijo que iba a estar con una prima, pero está claro que estaba en otro lugar. Además, presenta una serie de lesiones que, según los análisis forenses, no solo se produjeron en la noche del asesinato, sino que fueron infligidas de manera continuada a lo largo de algunos meses. Esto último nos

parece muy inquietante.

Kabir se queda mirándola sin decir nada.

—¿Laleh tenía una relación con alguien? —pregunta Anton.

La madre deja de sollozar y se incorpora. Menea la cabeza con espanto, mirando a su marido.

—Era una buena chica. No tenía novio —contesta ella.

Antes de que ella termine de hablar, Kabir ya se ha levantado.

—¡Prisha, ya es hora de irnos! —dice con voz severa—. No pienso quedarme ni un minuto más. Estos policías nos están mintiendo. Están inventando cosas sobre Laleh para denigrar a nuestra familia.

Anton lo mira sorprendido. ¿Por qué querrían hacer algo así? Al contrario, han tratado de protegerlos al callar los peores detalles. Pero tampoco puede culparlo. Es su manera de reaccionar ante un hecho horripilante. Necesita más tiempo. Seguirá sufriendo igual la pérdida de su hija, pero será más racional.

Por ello, cuando Kabir coge a Prisha del brazo y dice que se marcharán, Anton no hace ningún intento de detenerlos.

20

Svempa pone los pies en el suelo y no deja de arrastrar su silla de un lado a otro del parqué. Las risas de los niños se han apagado en el exterior y el respaldo de la silla chirría cuando se reclina. Mona recuerda que Lussan comentó que era como si le hubieran lavado el cerebro a Sophie. Ahora se pregunta si Svempa podría estar detrás de algo así, pero le cuesta creerlo. El chico apenas habla.

—¿Puedes responder? —pregunta Hedda con dureza—. ¿Sabes algo de los móviles?

Svempa permanece callado.

—Su familia está preocupada por ella —dice Mona, intentando hacerlo hablar. Parece conseguirlo cuando Svempa deja de mover la silla y levanta la vista.

—¿De verdad? ¿Están preocupados? —inquiere con voz dura.

—Claro que están preocupados.

Svempa suelta una carcajada. Una risa apática y burlona que no encaja con su aspecto escuálido.

—Si la madre de Soffan está preocupada, no creo que sea por el bien de su hija.

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que está preocupada —dice Mona.

—Se nota que no la conoces —resopla Svempa.

Hedda carraspea y dice:

—Creo que debes explicarte. No entendemos qué quieres decir.

—Que no le importa. Solo quiere tener algo de que presumir. Todo iba bien con Soffan si llegaba a casa con las mejores notas, si

ganaba competiciones de tenis y si quedaba con la gente adecuada, pero Susanne nunca pregunta cómo está su hija o qué quiere. Solo se preocupa de sí misma y de mantener las apariencias.

Mona entiende por qué tiene esa opinión, pero no cree que las cosas sean blancas o negras. Susanne quiere que sus hijas sean exitosas, es cierto, pero no está convencida de que lo haga solo para quedar bien, como dice él. Quiere a sus hijas y desea que triunfen en la vida. Por eso debe exigirles. ¿Está mal? Mona no lo cree.

—¿Sois novios? —le pregunta Hedda.

—Sí. Bueno… —contesta, y parece replegarse otra vez dentro de su caparazón—. No exactamente.

—Pero a ti te gustaría, ¿no?

—¿Has visto a Sophie?

—Sí, en fotos.

—Entonces, ya tienes una idea. —Pone una pierna sobre la otra y se inclina hacia atrás—. ¿Quién no querría follársela? —Su intento de parecer duro suena falso y Mona esboza una sonrisa.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo contesta.

—Dieciocho.

—Y Sophie tiene quince —añade Hedda.

—Sí. —Se encoge de hombros—. Es legal.

Mona asiente con aire de fastidio. Pero ¿qué le ha visto Sophie a esta persona? No parece haber nada de encantador en este chico malhumorado y renuente. Lo mira por un momento y se responde que debe ser por sus bonitos ojos.

—¿Cómo os conocisteis? —le pregunta.

Svempa señala con la cabeza el ordenador.

—¿Por Internet? ¿En algún chat o tal vez en un sitio de citas?

—No. Por los videojuegos. Soffan también solía jugar. Un día comenzamos a charlar, y eso es todo.

—¿Así que os conocisteis y surgió una afinidad?

—Sí, podría decirse que sí. Vino aquí y, bueno…

La habitación queda en silencio.

—La hermana de Sophie dijo que ha visto moratones y heridas en el cuerpo de Sophie —dice Hedda.

Svempa se estremece al oír estas palabras.

—¿No sabes nada de eso?

Al ver que Svempa niega con la cabeza, Mona entorna los ojos, pero no surte efecto, pues el chico sigue en silencio.

—¿Desde cuándo os conocéis? —pregunta Mona.

—Un año, más o menos.

—Más o menos al mismo tiempo que Sophie empezó a sentirse mal.

Se queda mirándola mientras se rasca el brazo.

—¿Y eso es solo una coincidencia?

—No es por mí, joder —contesta con vehemencia.

—¿Por qué es entonces?

Svempa se enfrenta a su mirada de manera desafiante, pero es derrotado muy pronto. Baja la mirada y menea la cabeza.

—¿Y qué hay de los móviles? —pregunta Mona—. ¿Está vendiendo

drogas? ¿Es por eso por lo que los tiene?

21

La lluvia mezclada con nieve vuelve a caer del cielo gris acero mientras dejan atrás el piso de Svempa. Conducen por la calle Gropbrovägen, bordeando una barrera roja que protege las villas pulcras y sus jardines primaverales contra el ruido.

—¿Tú crees que sabe algo sobre los móviles pero no quiere hablar? —pregunta Hedda.

—Tal vez. —Mona acelera y adelanta a un coche que exhibe un cartel verde de práctica de conducción en la puerta del maletero—. Pero me pregunto por qué. Él también quiere encontrarla.

—¿Para protegerse? —sugiere Hedda.

—Sí, o para encubrir a Sophie y lo que está haciendo.

Hedda libera un fuerte suspiro antes de decir:

—Joder, tengo un mal presentimiento. Creo que está vendiendo sexo.

—Yo también me temo algo así —contesta Mona. Aunque no conozca a Sophie en persona ni tenga un vínculo emocional con ella, la sola idea de que una chica de quince años venda su cuerpo la hace sentir mal. Sophie es una niña.

—Eso explicaría los moratones y las heridas que nos mencionó Madeleine. —Hedda se ajusta las muletas que tiene apoyadas en los muslos—. No todos los putañeros son amables. Al contrario.

—Lo sé. Pero espero sinceramente que nos equivoquemos.

Mona piensa en la foto de Sophie que Susanne le envió. Eligió una en la que Sophie lleva el pelo rubio recogido en media coleta y mira a la cámara con una enorme sonrisa. Se ve tan contenta que Mona no puede evitar preguntarse cómo se verá en la actualidad.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso? —dice Hedda al fin—. No creo que necesite el dinero.

Mona menea la cabeza.

—Nadie parece saber mucho acerca de ella. Es como si nadie la conociera en realidad. Lo más cerca que hemos estado ha sido a través de Svempa, pero tampoco fue gran cosa.

—Volvemos a que Svempa podría estar ocultando algo.

—Para ser honesta, yo creo que ha dicho la verdad. Hemos visto que Sophie también tenía un ordenador para videojuegos. Una vez que se conocieron, debió verlo como una especie de refugio. Un lugar donde podía ocultarse de las exigencias de su madre.

—No parece la clase de chico divertido como para querer pasar el rato con él, a menos que estés muy deprimida.

—Sí, puede que Sophie lo esté —contesta Mona, mirándola de soslayo.

—Sí, pero deberíamos intentar presionarlo un poco más con lo de los móviles, ¿no?

—Mi teoría es esta: Svempa está enterado de que Sophie está vendiendo sexo, pero no sabe más que eso. No da la impresión de poder ayudarnos a avanzar en la investigación, pero creo que tiene tantas ganas de encontrarla como nosotras. Es hermético respecto a lo que Sophie hace, pero es porque… —Mona es interrumpida por el sonido de su móvil y mira la pantalla central del coche—. Es Susanne —dice, aceptando la llamada.

—Hola. Acabamos de hablar con Svempa y…

—¿No os habéis enterado? —interrumpe Susanne—. La han encontrado.

22

Un fuerte golpe en la puerta hace que Anton levante la vista. Petra Tallberg aparece con el pelo oscuro recogido detrás de las orejas y se encuentra con su mirada. Comprende que ha venido para informarse sobre su conversación de ayer, pero ¿de qué tienen que hablar? Él y Bodil están investigando el asesinato, y eso debería bastarle. ¿Qué más quiere de él?

El móvil vibra en el escritorio que tiene delante y lo coge, pero, cuando ve de quién se trata, retira la mano. ¿Qué quiere su madre ahora? No soporta oírla decir una y otra vez que todo estará bien y que él y Gabbi solo necesitan darse más tiempo. Pero, después de pensárselo un momento, elige el menor de dos males y levanta el teléfono hacia Petra.

—Lo siento. Tengo que contestar. Puede ser sobre la iglesia —explica, pulsando para aceptar la llamada.

Petra asiente con la cabeza y se retira de inmediato. Mientras cierra la puerta tras ella, Anton responde:

—¡Hola!

—¡Hola, Anton! Soy yo —dice Mona.

—Sí —dice, reclinándose en su silla para luego mirar al techo. Ve que hay una mosca muerta en el tubo fluorescente encima del escritorio y que una de las placas del techo está torcida. Le parece extraño no haberlo notado antes, pues suele reclinarse y mirar hacia arriba de esa manera.

—Seré breve —comienza Mona—. Tengo entendido que habéis encontrado a una chica muerta junto a la iglesia de Trollhättan. Una chica que se suicidó.

Así que eso es lo que quería. La noticia ya está en Internet, así que todo el mundo debe haberse enterado. Pero su madre y todos los

demás seguirán creyendo que se trata de un suicidio hasta que se haga público lo que ha ocurrido en realidad. Pero ¿por qué lo llama ahora para preguntar al respecto?

—Es correcto —dice Anton.

—¿Quién es?

Cierra los ojos y deja escapar un profundo suspiro.

—Sé que no quieres responder —dice Mona al oír su suspiro—. Pero necesito saberlo.

—Ya, siempre es importante cuando se trata de ti, ¿no?

Mona guarda silencio por un momento y él no sabe si es porque está sorprendida u ofendida. Pero será mejor que se acostumbre. A partir de ahora, dirá las cosas como son. Ya está harto de que se entrometa en sus asuntos.

—Estoy buscando a una chica desaparecida —explica Mona—. Y me temo que podría ser ella. Su familia está muy preocupada y quisiera poder tranquilizarlos diciéndoles que no es su hija.

Anton se inclina sobre el escritorio.

—¿A quién estás buscando?

—Es una chica de quince años. —Vacila un momento, pero continúa—: Se llama Sophie Öberg y lleva ya cinco días desaparecida. Sus padres se han puesto en contacto conmigo.

—¿Y por qué contigo?

—No quieren involucrar a la policía.

—Ah, ¿sí? —Frunce el ceño—. ¿Y por qué no?

—Ellos tienen sus razones.

—Sí, claro, pero, si quieren encontrar a su hija, deberían ponerse en contacto con nosotros.

—Es lo mismo que les he dicho, pero se pusieron en contacto conmigo y es su decisión. Dicen que su hija ya ha desaparecido antes y consideran que no está en peligro.

—Ya veo —contesta él, recordando la horrible imagen de Laleh colgada. Sus padres tampoco creían que estuviera en peligro.

—Conozco a la madre —dice Mona—. Son una buena familia, pero la chica se les ha vuelto un poco rebelde.

Anton hace clic en una carpeta del ordenador y después abre uno de los ficheros. Una imagen de Laleh Djalali aparece en la pantalla. Aunque sabe que no es ella, pregunta:

—¿Puedes describirme a la chica físicamente?

Tras una breve vacilación, Mona contesta:

—Rubia, pelo largo, ojos azules y muy esbelta. Es…

—No es ella —interrumpe Anton.

—¿Cómo lo sabes?

—No es ella —repite él—. Tendrás que conformarte con eso.

23

Las sombras se agitan sobre el suelo mientras Mona camina por el parque Björkåsparken al anochecer. El cuerpo ambarino de Coco se mueve entre los negros troncos de los árboles cuando de repente la perra se detiene y parece escuchar en la oscuridad. Mona también se detiene, pero no oye más que el ruido lejano del tren nocturno que pasa por Vargön. O quizá también el sonido gélido procedente de las montañas, un viento que silba a través de las cavernas.

Sube las escaleras a toda prisa y siente una ola de alivio cuando el sonido de su móvil la devuelve a la realidad.

—Hola, Mona —dice Susanne, casi sin aliento—. Te he llamado tan pronto como he podido. ¿Has averiguado algo sobre la chica que encontraron?

—Puedes estar tranquila —contesta Mona—. No es Sophie.

—¡Oh, Dios mío! —exclama, sollozando de alivio—. Me temía lo peor. No sé qué habría hecho si fuera ella. Pero ¿estás segura?

—Sí. He hablado con Anton y me ha confirmado que no es ella. Lo ha dicho con tanta seguridad que sospecho que la chica muerta ya ha sido identificada.

El alivio que sintió Mona al comprobar que no era Sophie pasó muy pronto. Entiende que, cuanto más tiempo pase, mayor será la probabilidad de que le haya ocurrido algo grave. Además, la chica que encontraron muerta es la hija de alguien más, y esas personas deben estar pasando por una pena indescriptible.

De pronto, una nueva idea surge en su mente: la chica muerta no es Sophie, pero podría ser una amiga suya.

—¿Habéis conseguido desbloquear los móviles? —pregunta Susanne.

—No. Hemos probado con todas las contraseñas que se nos han ocurrido, pero no hemos tenido éxito.

Mona se vuelve hacia la casa y ve la cálida luz de Villa Björkås filtrándose a través de los altos troncos de las hayas.

—Pero tal vez los técnicos de la policía consigan desbloquearlos —dice, acercándose al sendero que lleva a la casa.

—Sí, pero no vamos a involucrar a la policía —dice Susanne de inmediato—. Ya te lo he explicado.

—Sí. Pero también temías que fuera ella la que encontraron, así que no debes estar tan segura de que está bien.

Susanne se queda callada después de oír esas palabras. Cuando Anton le preguntó por qué los Öberg se habían negado a denunciar la desaparición de su hija a la policía, Mona no pudo darle una buena respuesta, en parte porque ella misma no lo entiende del todo. El miedo de Susanne a las habladurías y el hecho de que no crea que Sophie se encuentre en peligro son argumentos poco convincentes, sobre todo ahora que su hija lleva cinco días desaparecida.

—Por supuesto que estaba preocupada, pero no es ella. Tendré que hablar con Rasmus para decidir si debemos hacer algo más o seguir esperando.

Después de todo, Susanne parece mostrar ciertas dudas y tal vez esto conduzca a una denuncia policial.

—¿Alguna otra noticia? Hace rato, cuando estabas en el coche, ibas a decirme algo —dice Susanne.

—Sí. Hoy hemos hablado con Svempa.

—¿Quién?

—Svempa. El novio de Sophie. —Mona contempla la luz de las ventanas y anhela el calor de su hogar y estar con Charles, que debe estar esperándola con una copa de vino, pralinés de chocolate y un cálido abrazo—. Aunque es más bien su amigo, no su novio —

continúa, mirando a Coco, que corre delante de ella hacia la casa.

—Es lo que he estado diciendo todo el tiempo —dice Susanne, triunfante—. Sophie no tiene novio.

—Y tenías razón. Pero son amigos.

—¿Y os ha dicho algo útil?

—Para ser sincera, no. Parece que Sophie pasaba mucho tiempo con él últimamente, pero él tampoco sabe dónde está.

Se queda mirando los narcisos amarillos junto al muro de la casa, sopesando por un instante si debería decirle que ella y Hedda piensan que Sophie está vendiendo sexo, pero descarta esta opción. No es el momento ni la manera. Preferiría estar segura antes de sacar el tema. En lugar de eso, dice:

—También quería preguntarte sobre las lesiones de Sophie.

—¿Lesiones? —Susanne suena genuinamente sorprendida—. ¿De qué estás hablando?

—Svempa nos ha dicho que Sophie suele tener moratones. —Mona lo utiliza para no involucrar a Madeleine, pues no quiere traicionar la confianza que se ha ganado—. ¿Sabes algo de eso?

—No —responde Susanne con vacilación—. Solo recuerdo que tenía moratones en el brazo hace unos meses, cuando se cayó con el ciclomotor. ¿Podría ser eso?

—¿El ciclomotor rosa es suyo?

—Sí.

Mona frunce el ceño, pues recuerda que el ciclomotor eléctrico que vieron en el camino de acceso a la casa parecía casi nuevo, sin rasguños ni abolladuras.

—Pero no parecía dañado. —Mona abre la puerta y Coco entra corriendo en la casa—. Se veía en perfecto estado.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi cuando estuvimos en tu casa.

—Sí, bueno, pero la gente puede caerse sin que haya daños, ¿no? —Carraspea—. ¿O acaso insinúas que estoy mintiendo?

—No, claro que no. Pero tal vez Sophie no dijo la verdad.

—¿Cómo crees que se hizo esos moratones entonces si no fue con el ciclomotor? —pregunta Susanne.

Mona se pregunta una vez más si debería decirle lo que piensa. No, aún no. ¿Y si ella y Hedda están equivocadas? Primero, tienen que confirmarlo.

—¿No crees que sería mejor denunciar su desaparición de todos modos? Han pasado varios días y no tenemos ninguna pista de dónde puede estar. No está en ningún hospital ni en la casa de ninguna amiga o amigo.

—Tal vez tengas razón. Pero vamos a esperar hasta mañana. Si no ha vuelto para entonces, contactaré con la policía.

Una vez que terminan la conversación, Mona entra en la casa y siente el calor en el rostro. Charles sale de la cocina y la recibe con un beso en la mejilla. Le entrega una copa de vino y se sientan juntos en el sofá. Mientras saborea el zinfandel, se siente aliviada de que Susanne haya entrado por fin en razón.

24

Charles está en el baño. Mona lo oye cepillarse los dientes y hacer gárgaras, y después lo oye silbar una tonadilla. Estas cosas la hacen sonreír. A veces piensa que debería pedirle que se mude con ella, pero ¿por qué habría de arriesgarse a destruir algo tan bueno? Se ven cuando les apetece y se lo pasan muy bien juntos. Aunque, por otra parte, tiene miedo de volver a dejar que alguien entre en su vida. No tanto por ella, sino por él.

Se levanta del sillón para ir a la cocina. Ha estado pensado en Anton desde que habló con él. Muestra la misma melancolía que tenía de niño y le preocupa lo que esa oscuridad pueda hacer con él a estas alturas de su vida. Acaba de perder a su bebé no nacido y está todo el día en contacto con el lado más maligno de la humanidad. La idea la aterra.

Coge su móvil del banco de la cocina y comienza a explorar los grupos de Facebook de la zona para saber qué está escribiendo la gente sobre la chica muerta de Trollhättan. Todavía no han mencionado el caso en las noticias, pero en las redes sociales hay varias publicaciones y comentarios. Se especula sobre lo que podría haberle pasado, si se suicidó o si fue asesinada, pero no se dice nada que la relacione con Sophie. Mona se sobresalta al ver una foto de la iglesia y lo que parece un cuerpo colgado de un árbol. Amplia la foto, pero no sirve de nada, pues resulta imposible distinguir los rasgos faciales en la imagen pixelada. Además, puede que ni siquiera sea ella. Podría ser más bien un montaje hecho por algún perturbado.

Hasta hace unos meses, Mona no tenía una cuenta de Facebook, pero se ha dado cuenta de lo útil que puede ser para mantenerse al día de lo que ocurre en la zona. Allí encuentra información sobre todo tipo de cosas, desde gatos perdidos hasta sucesos más grandes y serios, como este. Su rechazo anterior hacia las redes sociales se debía a que no quería ser localizada, pero ha quedado claro que Alexander sabe dónde está de todas maneras. Por el contrario, ha

descubierto que le agrada pasar tiempo en Facebook e Instagram. Tal vez incluso demasiado.

Camina despacio hacia el salón, con la mirada fija en la pantalla de su móvil, pero algo le hace levantar la vista hacia la televisión. Se trata del telediario cultural de la noche en el que ahora aparece una mujer de unos cuarenta años con el pelo rubio y alborotado.

La cámara se desplaza hacia el presentador, que va vestido con un traje malva y un pañuelo a juego en el bolsillo del pecho.

—Bienvenida, Eva Rönnberg —dice él, poniendo una mano sobre la brillante mesa blanca que hay entre ambos—. Tengo entendido que creciste en Estocolmo, pero llevas muchos años viviendo en Vänersborg. Fuiste policía durante años, pero ahora trabajas como escritora, polemista, conferenciante y presentadora de televisión.

—Sí, así es. —La mujer asiente con una sonrisa.

Mona ha oído hablar de Eva Rönnberg y del trabajo que realiza, así que se sienta a ver la entrevista.

—¿Qué te hizo cambiar de carrera? —le pregunta el anfitrión.

—Cuando trabajaba como agente de policía, trataba con menores y jóvenes que tenían problemas de diversa índole. Sobre todo, chicas. Y me pareció que podía ayudar más en el espacio público creando conciencia sobre cuestiones relacionadas con los problemas de las chicas.

—Sí, de hecho, has escrito ya tres libros de periodismo narrativo sobre las agresiones, violaciones y demás vulnerabilidades de las jóvenes. Los tres han sido éxitos de ventas y han generado mucho debate. Y ahora también estás bajo los reflectores con Deshonra, un programa de actualidad en el que te adentras en territorio salvaje con el objetivo de dar caza a depredadores sexuales que hacen la vida imposible a sus víctimas, muchas de las cuales son menores de edad.

—Así es. —Asiente ella con seriedad—. Hoy en día, muchas menores son contactadas en línea por hombres que se hacen pasar

por otra persona, y las consecuencias pueden llegar a ser terribles. Esto es lo que queremos evitar.

—Además, el programa ha sido nominado al premio Kristallen en la categoría de programa social del año. ¿Cómo te sientes?

Eva Rönnberg deja escapar una tímida sonrisa.

—Muy bien. Es una prueba de que lo que hacemos es urgente y nos motiva a seguir luchando contra este tipo de delitos, como el grooming.

—Pero ¿qué es el grooming? Podrías explicarlo para los que no lo saben.

El presentador mira sus papeles y la cámara hace zoom en ella.

—El grooming se produce cuando los adultos contactan con menores con intenciones sexuales, ya sea para conocerse en persona o para explotar y abusar sexualmente de ellos o ellas a través de medios tecnológicos, como cámaras web y teléfonos móviles.

—¿Cómo funciona?

—Puede darse de diferentes maneras, pero lo más común es que el primer contacto suceda en foros de chat o sitios web de juegos. El adulto suele fingir que es otra persona. Todo está muy calculado. Saben qué hacer y qué decir para llevar a las víctimas adonde ellos quieren. Como es lógico, hay todo un estudio previo y un seguimiento meticuloso para hacerlas caer en la trampa, Y, gracias a la tecnología actual, el agresor puede tener contacto con cientos de víctimas a la vez, algunas de tan solo ocho años.

El presentador menea la cabeza y mira a Eva con preocupación.

—Pero, como padre, ¿cómo puedo saber si mi hija está siendo víctima de grooming? —Se pone una mano en el pecho—. Yo también tengo hijas y sé que la mayoría viven en sus móviles, pero ¿cómo se puede controlar esto? Parece imposible.

Eva asiente y dice:

—Tienes toda la razón, y es un problema enorme. Sin embargo, no hay una respuesta exacta sobre cómo prevenirlo. Una vez que las cosas han ido demasiado lejos, las víctimas no suelen querer hablar de lo que ha pasado. Además, muchas veces están en una situación de chantaje. Si el agresor ha conseguido una foto, por ejemplo, puede amenazar con mostrarla a los padres o a los amigos, y la víctima no ve otra opción más que acceder a lo que el agresor quiera para no ser expuesta. —Eva levanta la vista y mira hacia la cámara—. Pero hay ciertas cosas a tener en cuenta como padre, amigo o adulto responsable.

»Si notas que el o la menor empieza a retraerse, tiene menos apetito, duerme menos o pierde interés en hacer cosas que antes le parecían divertidas, pueden ser señales de que algo no va bien. Se debe actuar ante la más mínima preocupación. Y, en los casos en los que la víctima ha llegado hasta el punto de verse con su agresor, podemos notar señales como el vestirse de forma diferente o maquillarse. Y también puede haber marcas en el cuerpo en forma de hematomas o heridas. Yo diría que debemos estar atentos a todo tipo de cambios.

—Eva Rönnberg, muchas gracias por venir esta noche para hablar de este tema tan urgente, y mucha suerte con el premio Kristallen.

25

El agua del lago Vänern es de un color gris oscuro. Presenta una gran cantidad de espuma en esta fría mañana, cuando Anton se detiene frente a la ventana de la cocina para mirar hacia fuera. Piensa en lo que podría suceder si se adentrara en el frío lago. En teoría, su temperatura corporal bajaría de manera súbita y su pulso aumentaría antes de que su ritmo cardíaco se interrumpiera. Poco después, su corazón se detendría o su cerebro no recibiría suficiente oxígeno. Acabaría perdiendo el conocimiento y moriría. Sería su fin.

Se aleja de la ventana para sentarse pesadamente delante de la mesa, donde hay una taza de té y un bocadillo. Da un mordisco mientras piensa que lo más probable es que se ahogase antes de que el frío le llegara al corazón y al cerebro. Sin el aislamiento térmico suficiente, su cuerpo se vería forzado a generar calor propio, de manera que las venas de sus brazos y piernas se contraerían hasta que los músculos dejaran de funcionar por la falta de oxígeno. A causa de esto, no podría mantener la cabeza por encima del agua. Está acostumbrado al agua, pero, en esas condiciones y sin algún tipo de ayuda para flotar, ni siquiera los mejores nadadores podrían durar más de treinta minutos antes de ahogarse.

Un sonido interrumpe sus pensamientos y se da la vuelta. Gabbi entra en la cocina, con su amplio albornoz rosa flotando alrededor de su cuerpo y sus pantuflas arrastrándose por el suelo. Apenas lo mira al pasar con su largo pelo sin lavar sobre los hombros.

—¿No vas a trabajar hoy? —pregunta, sacando una taza de café del armario.

—¿Por qué? —contesta él, sorprendido de verla levantada—. ¿Tú tampoco?

Dice lo último de manera automática, pues ya sabe que Gabbi no irá al trabajo. Hoy tiene cita con el psicólogo, y los días que va al psicólogo prefiere no hacer nada más.

Gabbi deja la taza en el banco con un fuerte golpe y Anton siente su mirada, pero no puede mirarla a los ojos. Sigue pensando que, si hubiera luchado o gritado más fuerte, o si hubiera hecho cualquier otra cosa, tal vez el bebé seguiría vivo. Aprieta las mandíbulas. No puede evitarlo, aunque no sea su culpa que ella haya sido secuestrada y que su bebé haya muerto. Sabe que está mal. Es Gabbi. Su Gabbi. Pero no puede detener estos oscuros pensamientos.

—Ya sabes que no —responde Gabbi, abrazándose a sí misma.

Anton deja la taza de té sobre la mesa, se acerca a ella y la atrae hacia él.

—Lo siento —dice con la boca muy cerca de su pelo.

Siente el cuerpo rígido de Gabbi. No es suave y maleable como solía ser. Y percibe el olor a mugre en el pelo cuando ella reposa la cabeza sobre su pecho.

—Anoche dormiste muy intranquilo —comenta Gabbi.

—Ah, ¿sí? —pregunta, aunque es consciente de que se despertó varias veces y estuvo dando vueltas en la cama.

—¿No has cambiado de opinión?

—¿Sobre qué? —responde, aunque sabe a qué se refiere Gabbi.

—Ya sabes, venir conmigo a terapia para hablar del tema.

Su móvil suena de repente, así que suelta a Gabbi y retrocede unos pasos para cogerlo de la mesa. Es un mensaje de Bodil. Van a visitar a los padres de Laleh, la chica muerta.

Levanta la vista hacia ella y dice:

—No puedo. Tengo que trabajar.

Sin embargo, la realidad es que no quiere que ningún psicólogo hurgue en su cerebro. Debe lidiar por sí mismo con esta depresión.

26

—¿Os ha costado llegar? —pregunta Eva Rönnberg con una sonrisa, invitando a Mona y a Hedda a entrar en la gran villa.

—No, en absoluto —contesta Mona—. Conozco Brätte bastante bien. De pequeña, iba a la escuela de equitación que está por aquí.

—Hurra por las escuelas de equitación —comenta Eva con una sonrisa más amplia—. Ahí se han criado muchas de nuestras líderes a lo largo de los años.

—Sí. Se requiere mucha responsabilidad y entrenamiento constante para controlar a esos colosos de cientos de kilos. Y también ayuda a crear conexiones con otras personas.

—Totalmente de acuerdo —asiente Eva, mirando a Hedda.

—Pero no me mires a mí —dice Hedda, menando la cabeza—. Yo nunca he montado un caballo en mi vida.

—Tal vez sea hora de empezar —dice Mona con una sonrisa, mirando alrededor del enorme salón, que parece el vestíbulo de un pequeño hotel con esa chimenea y esos cuatro sillones de cuero colocados alrededor de una mesa de cristal. Se sienta, provocando un crujido en el cuero rígido del sillón, y se vuelve hacia Eva—. Enhorabuena por tu nominación para el premio Kristallen.

La cara de Eva se ilumina al escuchar esas palabras.

—Gracias. Sí, es genial. Es algo con lo que he soñado. Imagina que Deshonra llegue a ganar. Nuestra lucha podría llegar a más personas.

Mona asiente con la cabeza. La pasión de Eva es extremadamente contagiosa.

—Agradecemos mucho que te hayas tomado el tiempo de

ayudarnos.

—¡Por supuesto! —exclama Eva con seriedad—. Siempre que pueda ayudar de alguna manera, lo haré con gusto. ¿Hay algo en particular que os haya llevado a poneros en contacto conmigo?

Eva no quiere perder tiempo con charlas de cortesía, sino que va directa al grano. A Mona le gusta este tipo de persona.

—Cuando te vi ayer en el programa cultural, me pareció que muchas cosas coincidían con la hija de nuestra cliente, como lo del cambio de personalidad.

—Me alegro de que te hayas puesto en contacto conmigo. Y de que vivamos tan cerca. Son apenas unos cuantos kilómetros entre Brätte y Vargön. Tal vez podamos seguir en contacto en el futuro.

Eva Rönnberg sonríe. Sin maquillaje y con el pelo rubio rizado y recogido en media coleta, no se parece mucho a la mujer que Mona vio ayer en la televisión, pero reconoce la misma forma de gesticular con las manos para reforzar las palabras que dice.

—Pero, volviendo al tema, dices que la chica mostró un cambio de personalidad. ¿Qué crees que lo provocó?

—Para ser sincera —explica Mona—, sospechamos que está vendiendo sexo. Y solo tiene quince años.

Eva asiente con la cabeza y su rostro se tensa de inmediato.

—Según una encuesta realizada por la Junta Nacional de Salud y Bienestar entre las estudiantes de instituto y universidad, la edad media para empezar a vender sexo es de unos quince años. Así que, por desgracia, es más común de lo que crees.

—Es una maldita pena —dice Mona.

—Sí. El tráfico sexual de mujeres adultas tiene lugar de manera bastante abierta en sitios web de escorts, sin embargo, el tráfico sexual de menores se hace de forma encubierta, por razones obvias. Pero la demanda es enorme. El problema es que aquí la policía no tiene suficientes recursos para este tipo de delitos, y muchos

criminales se salen con la suya.

—¿Y siempre son hombres? —le pregunta Hedda, estirando el pie enyesado sobre la alfombra que tiene delante.

—Sí, es lo más frecuente —responde, mirando a Hedda—. Pero es probable que haya muchas más mujeres que cometen este tipo de crimen de lo que muestran las estadísticas. Es difícil detectarlas porque no suelen ser denunciadas o condenadas ni buscan ayuda. Además, estamos algo limitados como sociedad, en el sentido de que nos cuesta creer que una mujer pueda excitarse sexualmente con una persona menor de edad, a pesar de que muchas víctimas declaran haber sufrido abusos por parte de una mujer.

—Entiendo —asiente Hedda.

—Sin embargo, parece que, cuando hay mujeres involucradas, estas suelen ser más bien ayudantes —continúa Eva—. También hemos constatado que es más probable que haya mujeres cuando el dinero es la principal motivación, en lugar del deseo sexual. El mercado de la pornografía infantil es enorme, y esas fotos y vídeos se difunden en los rincones más oscuros de Internet, sobre todo el material más fuerte.

27

Kabir Djalali se termina el té, deja su vasito vacío en la mesa con un golpe seco y se queda mirando a Anton y a Bodil. En la pared que está detrás de él cuelga un tapiz con un motivo extraído de Las mil y una noches. También hay una estantería llena de todo, desde fotos familiares enmarcadas y cajitas de dátiles hasta baratijas y flores de seda en jarrones artísticos.

—Es un racista el que la asesinó —dice Kabir, colérico.

Prisha se levanta de su asiento junto a su marido.

—Voy a hacer más té —dice, alejándose hacia la cocina con el susurro de su falda.

Anton la mira alejarse pensando que ya ha oído eso muchas veces y no quiere volver a hacerlo. Se acomoda en el desgastado sofá de cuero marrón mientras Kabir insiste en que se trata de un crimen de odio.

Anton preferiría que dejase de pensar así, o al menos que dejase de hablar de ello. Tiene miedo de las consecuencias que sus palabras puedan tener, sobre todo si consigue atraer a otras personas.

—Por supuesto que no queremos descartar la posibilidad de que el asesinato de su hija esté relacionado con la xenofobia —dice en un intento de tranquilizarlo—. Pero todavía no hay nada que sugiera algo así. Más bien, parece que hay otros motivos.

—¡Bah! —Kabir gesticula con ambas manos—. La colgaron fuera de una iglesia. ¿No crees que eso lo dice todo?

—Ciertamente, no lo creo.

—Ah, ¿no? —Kabir se inclina hacia delante—. Nómbrame otro motivo, si puedes.

—Teniendo en cuenta los abusos a los que fue sometida, parece más bien la obra de un delincuente sexual. —Alcanza el vasito de té que está en la mesa—. Y preferiría que dejara a un lado la teoría sobre la xenofobia mientras investigamos. De lo contrario, será aún más complicado encontrar al autor del crimen.

Al escuchar estas palabras, Kabir entorna los ojos al máximo y se queda mirando a Anton por un momento. Pero, justo cuando la situación comienza a ponerse incómoda, suena el timbre de la puerta y Kabir dice:

—Esa debe ser Azara, la prima de Laleh. —Se levanta y se sube los pantalones, que le quedan demasiado grandes en la cintura—. Si no me necesitáis más, tengo que prepararme para una reunión con mis hermanos.

Anton abre la boca para protestar, pero Bodil se adelanta.

—Sí, claro. No hay problema. Hablaremos con Azara y Prisha.

Anton la mira de soslayo. Bodil tiene razón. Es mejor que Kabir no esté presente. Es obvio que Prisha no es tan abierta cuando está Kabir, y tal vez suceda lo mismo con Azara.

Kabir asiente con la cabeza.

—Vale, entonces me voy —dice, metiéndose el extremo de la camisa azul dentro de los pantalones. Anton y Bodil le agradecen su tiempo y lo observan mientras abandona el salón. Lo oyen intercambiar unas palabras en persa con Prisha en el pasillo y después todo queda en silencio.

Poco después, Prisha entra en el salón con una chica. A Anton le llama la atención lo parecidas que son en todo, desde los ojos y los rasgos faciales hasta la ropa.

—Ella es Azara, la prima de Laleh —dice, y Anton y Bodil se levantan para saludarla.

—Kabir está muy enfadado conmigo —explica Azara nada más sentarse. Incluso la voz es similar a la de Prisha—. Y lo entiendo. Estuvo mal que dijera que Laleh estaba en mi casa, pero me daba

mucha pena. —Mira a Prisha—. Kabir se volvió muy duro. Ya no la dejaba hacer casi nada. Antes no era así, y eso afectó mucho a Laleh.

—No deberías haber mentido —condena Prisha con severidad, meneando la cabeza.

Azara la mira con ojos llorosos.

—Lo sé —dice, bajando la mirada—. Tal vez aún estaría viva.

28

Eva se levanta del sillón, da unos pasos rápidos y se detiene frente a las cestas junto a la chimenea. Se agacha y coge un leño de abedul para echarlo en la chimenea. Entonces se vuelve hacia ellas y gesticula con las manos.

—Este tema me cabrea muchísimo —comenta con un rizo rubio cayéndole sobre la frente—. Por eso estoy haciendo el programa y por eso he escrito los libros. Los padres de familia deben hablar con sus hijos e hijas para advertirles de que esa persona que les escribe por Instagram, el sitio de videojuegos o el foro de chat no siempre es el chico o chica que dice ser, sino un viejo asqueroso.

Vuelve a su sillón y se sienta.

—Es una pena que los agresores se aprovechen de las menores que tienen problemas o que sufren de baja autoestima. Las atraen al hacerles sentir que alguien las ve y las comprende, que alguien las aprecia. Todo eso las hace sentir un poco mejor. Piensan que por fin alguien entiende de verdad cómo se sienten. Es increíble que consigan controlar a sus víctimas a través de Internet.

Eva mira hacia la puerta de entrada y su rostro se llena con una sonrisa.

—¡Hola! Me alegra que hayas venido —dice, y se vuelve hacia Mona y Hedda—. Este es mi marido, Fredrik.

El hombre que está en el vestíbulo tiene la cabeza afeitada, ojos castaños y un aspecto rudo. Se quita la parka y la arroja sobre una silla. Hay algo en este hombre que le resulta vagamente familiar, pero Mona es incapaz de ubicarlo.

—Hola, ¿qué tal? —dice él con el típico acento de Estocolmo, saludando con un firme apretón de manos.

—Fredrik también trabaja en el programa de televisión, pero en la

investigación y la parte editorial —explica Eva—. Podría decirse que fue la lucha en común lo que nos unió.

—Ah, ¿sí? —Mona se vuelve hacia Eva—. ¿Cómo fue?

—Nos conocimos en la Feria del Libro de Gotemburgo. Fuimos invitados a la misma sección para hablar de nuestros libros recién publicados, y los dos resultaron ser sobre el grooming. Solo que el mío era un libro de periodismo narrativo y el de Fredrik era una novela policiaca.

Fredrik sonríe a Eva y se inclina para darle un tierno beso en la mejilla. Se sienta en el sillón vacío y dice:

—¿Estáis buscando a una chica desaparecida?

—Así es —contesta Mona—. No sabemos qué ha ocurrido con ella, pero ayer, cuando vi a Eva en televisión, pensé que la chica que estamos buscando podría haber sido víctima de grooming y que quizá vosotros podáis darnos alguna pista que nos ayude a localizarla.

Fredrik asiente con rostro serio y dice:

—Antes se decía que los niños no debían aceptar caramelos de extraños. Los llamaban «viejos malos». Creo que eso sigue siendo válido para las niñas más pequeñas, pero a las adolescentes suelen corromperlas y seducirlas con otras cosas. Por ejemplo, promesas de conseguir un trabajo de verano o convertirse en modelo, hasta que caen en la trampa y quedan atrapadas. Y después se pone cada vez peor.

—Solemos decir que las fotos son la puerta de entrada —dice Eva —. Es muy fácil que una menor reciba dinero en Swish como pago por una foto, aunque no siempre entienden qué es lo que está ocurriendo en realidad. Es una retribución rápida pero abstracta, porque la foto desaparece y las cien coronas están en la cuenta. Como si nada hubiera pasado.

—Sí, pero aquí es donde comienza el verdadero infierno —añade Fredrik—. Una vez enviada la foto, la víctima ya no tiene ningún

control sobre ella. La foto puede utilizarse con fines de chantaje y, por temor a que salga a la luz, la víctima accede a reunirse con el agresor, que obviamente no es la persona con la que ha estado hablando. Entonces ocurren los abusos sexuales y, a medida que estos se intensifican, las víctimas quedan destrozadas física y psicológicamente. Por desgracia, es bastante común que este tipo de abuso tenga consecuencias fatales. —Hace una pausa—. Cuando no pueden aguantar más y no ven otra salida que quitarse la vida.

Mona asiente con la cabeza, preguntándose si eso es lo que le sucedió a la chica que encontraron colgada en Trollhättan. Tal vez no encontró otra salida después de verse en una situación desesperada como la que describe Fredrik.

—Pero una transferencia por Swish debería ser fácil de rastrear, ¿no? —dice Hedda—. El pedófilo se arriesga mucho con eso.

Eva se vuelve hacia ella y asiente con la cabeza.

—Sí, es verdad. Pero hay que recordar que a estas alturas ya ha conseguido manipular a la víctima hasta el punto de que es muy poco probable que se lo cuente a alguien o que lo denuncie. La víctima tiene miedo y vergüenza de que todo salga a la luz por la manera en que podrían reaccionar sus familiares y conocidos.

—Pero tienes toda la razón —afirma Fredrik—. Todo lo digital deja huellas. Y en los casos en los que se llega a interponer la denuncia policial, suelen ser pruebas irrefutables para demostrar los delitos en línea. Por ese motivo, siempre recomendamos denunciar. Solo es cuestión de guardarlo todo.

Mona asiente mientras observa las llamas en la chimenea. Eva y Fredrik están haciendo un trabajo fantástico para crear conciencia y prevenir este tipo de delitos y abusos.

—En el programa de ayer, dijiste que los padres deberían estar al tanto de todos los cambios que se produzcan en sus hijos e hijas, y mencionaste la presencia de moretones y heridas, entre otras cosas. ¿A qué te referías exactamente?

29

Anton observa a Azara. Saber que su prima podría no haber sido violada y asesinada si no fuera por ella debe ser una carga muy pesada, casi insoportable, que tendrá que llevar el resto de su vida.

—¿Cuándo la viste por última vez? —le pregunta.

Azara levanta la vista y se encuentra con su mirada.

—Hace mucho. La última vez fue hace varias semanas.

—¿Y no tienes alguna idea de con quién iba a verse cuando dijo que estaría contigo?

La chica niega con la cabeza mientras coge el borde de la manga de su cárdigan negro, que retuerce y hace girar con los dedos.

—Solo teníamos contacto a través de mensajes de texto, y daba la impresión de estar bien. —Retuerce el tejido de punto mientras sus anillos brillan—. Yo solo quería ayudarla —dice en voz baja, bajando la mirada.

Anton asiente y se vuelve hacia Prisha.

—Recuerdo que tuvo una reacción bastante enérgica al ver la ropa que llevaba Laleh cuando fue encontrada.

Prisha asiente y sus labios se tuercen en una mueca de disgusto.

—Nunca he visto esa ropa. No era de Laleh.

Anton coge una foto y la pone delante de Azara.

—¿Y tú? ¿Has visto esa ropa antes?

Azara mira la foto con la delgada blusa negra, la falda corta, los zapatos de tacón alto y la brillante chaqueta corta que los técnicos fotografiaron sobre una superficie de plástico blanco.

Azara niega con la cabeza.

—No, nunca. Laleh no se vestía así.

—¿Hay alguien más con quien podamos hablar? —interviene Bodil, dirigiéndose a Prisha mientras Anton recoge la foto—. Tal vez alguna amiga de Laleh sepa algo sobre la ropa.

Prisha le dirige una mirada a Azara y dice:

—Esa chica, Rosie.

—Sí —asiente Azara, volviéndose hacia Bodil—. Si alguien sabe algo, es ella. Conoce a Laleh desde hace muchos años.

—Rosie es uno de los pocos contactos que encontramos en el móvil de Laleh —dice Bodil, dirigiéndose a Prisha—. Hemos intentado localizarla, pero no hemos tenido éxito. ¿Tiene su dirección?

—No —dice Prisha, negando con la cabeza—. Solo sé que vive por aquí. Venía con frecuencia y Laleh también iba a su casa, pero no sé exactamente dónde vive.

—¿Tiene algún apellido? —pregunta Bodil.

Prisha se muerde el labio inferior al tiempo que niega despacio con la cabeza. Anton la mira sorprendido. ¿Cómo es posible que sepa tan poco sobre la mejor amiga de su hija? Si no sabe el apellido de su amiga, tampoco es de extrañar que no tenga ni idea de qué clase de vida llevaba Laleh.

—No es que Prisha no tenga interés —explica Azara con voz dura, clavando sus ojos oscuros en él—. Pero no tiene tiempo. Trabaja todo el día, y cuando llega a casa tiene que cocinar, asegurarse de que los niños hagan los deberes, lavar la ropa, limpiar; es decir, todo lo que se requiere en un hogar con un marido y tres hijos. Kabir no hace nada. Se supone que debería tener más tiempo para ayudar desde que perdió su trabajo, pero es al revés. Solo pasa el rato con sus amigos, quejándose de cómo están las cosas. —Coge su móvil del bolso y busca entre sus contactos—. Toma —dice, anotando algo en un bloc de notas. Arranca el papel y se lo entrega a Anton—. Se apellida Lehto y esta es su dirección. Espero que

pueda ayudaros.

—Gracias —contesta Anton, recibiendo la nota.

Mientras la lee, Prisha se levanta para acercarse a la estantería, de donde coge una fotografía.

—Esta es nuestra Laleh —dice, sosteniendo un grueso marco plateado con una foto de dos chicas con hiyab. Una es la hermana menor de Laleh, con quien ya han hablado, pero que ahora está en su dormitorio. La otra es Laleh, quien aparece mirando seriamente a la cámara con sus grandes ojos oscuros.

«¿Qué te habrá pasado? —piensa Anton—, ¿llevabas una doble vida?». Al menos, eso es lo que sugiere la ropa que llevaba puesta cuando fue encontrada. O quizá, como afirma el padre, tuvo la mala suerte de cruzarse con una persona que le tenía un odio tan fuerte que fue capaz de cometer ese crimen atroz.

Anton aparta los ojos de la fotografía y mira a Prisha.

—¿Usted también cree que Laleh ha sido víctima de un crimen de odio?

—No sé qué creer. —Los ojos se le llenan de lágrimas—. Kabir está muy enfadado. Siente mucha ira.

30

Decidí empezar a cobrar. Encontré un sitio web donde se ofrecían citas sexuales. Leí lo que habían escrito otras personas, lo copié y escribí que era una chica de cuerpo firme y pechos turgentes y que buscaba un hombre de verdad.

Publiqué el anuncio y, un par de minutos después, comenzaron a llegar las respuestas. Era como si esos hombres estuvieran allí todo el tiempo, vigilando el sitio y esperando a que surgiera algo nuevo para abalanzarse. Recibí tantos mensajes que ni siquiera tuve tiempo de leerlos. Eran preguntas interminables sobre mí y sobre lo que podía hacer.

Elegí uno que parecía normal. Me recogió en el aparcamiento del Folkets Park. Llegó en un Volvo blanco con tapicería de cuero que olía a coche nuevo y condujo hasta la zona industrial de Stallbacka. Las ventanas estaban empañadas y A Bed of Roses, de Darin, sonaba en la radio. Pero yo solo quería vomitar. Fue entonces cuando conseguí mis primeros moratones.

31

—Pueden ser contusiones, cortaduras o quemaduras —explica Eva.

Estas palabras reviven malos recuerdos en Hedda y se pasa las manos por los brazos como si quisiera sacudirse la sensación de incomodidad. Percibe la mirada de Fredrik y levanta la vista, pero, cuando este le sonríe, desvía la mirada de nuevo.

—A lo que me refería cuando hablé de las lesiones en la entrevista —continúa Eva—, es que algunas chicas enfrentan la ansiedad por medio de conductas autolesivas.

Hedda se abraza al reposabrazos del sillón pensando en los tres teléfonos móviles de Sophie y dice:

—Vender sexo también puede ser una conducta autodestructiva.

—Exacto —dice Eva, volviéndose hacia ella—. Algunas dejan que los hombres las exploten sexualmente. Con la misma facilidad con la que desarrollan bulimia o usan una aguja, una hoja de afeitar, un mechero o un cuchillo.

Mona menea la cabeza y dice:

—Sí, ya he oído hablar de las autolesiones, pero me cuesta entender por qué alguien buscaría hacerse daño para aliviar la ansiedad.

Eva suspira antes de contestar:

—Es muy complejo, pero, en esencia, se trata de un intento por desviar sentimientos y pensamientos difíciles. Al final, el dolor físico es más fácil de soportar que el sufrimiento psicológico. Pero tienes razón. Las autolesiones solo ayudan en el momento; a la larga, solo hacen que estas chicas se sientan peor. Es un círculo vicioso muy difícil de romper.

—¿Habéis notado algún patrón en términos del entorno familiar o

la crianza de estas chicas? —pregunta Mona.

—En ciertos casos, puede ser que algún trastorno mental esté detrás de este tipo de comportamiento, pero lo más común es que la chica haya tenido una infancia tormentosa y, como consecuencia de ello, se sienta defraudada y abandonada. A menudo también resulta que han sido objeto de alguna clase de abuso sexual.

Hedda se hunde en sus recuerdos. Ha conocido muchas chicas rotas y atormentadas que hacían todo lo posible por librarse de esa aplastante ansiedad. El peor caso fue el de Marre. La recuerda con sus jerséis negros de manga larga que le ocultaban las marcas en los brazos. Eran heridas diagonales que se encontraban en diversas etapas de curación después de que ella se las hubiera infligido a sí misma con una hoja de afeitar. Algunas eran cicatrices blancas en relieve y otras eran heridas sin cicatrizar de color rojo sangre. También tenía pequeñas cicatrices redondas de color rojo azulado causadas por haber presionado cigarrillos encendidos contra su piel. Pero también se hizo otras cosas. Hedda se vuelve hacia Eva y dice:

—Hay muchas formas de hacerse daño. Herirse es una, pero también hay personas que simplemente deciden vivir de una manera salvaje, sin preocuparse por nada, abusando del alcohol y de las drogas, conduciendo con exceso de velocidad y follando con todo el mundo. —Menea la cabeza—. ¿Sabíais que hay foros y chats donde la gente se incita a lastimarse? Dan consejos sobre diferentes maneras de hacerlo y se vuelve una especie de competición.

De allí sacó Marre la inspiración para lo que hizo antes de ir al centro de rehabilitación por primera vez. Esa noche, Hedda no podía localizarla y se puso nerviosa. Siempre tenía miedo de que Marre hiciera una locura.

Corrió hasta el piso que estaba junto al canal y la madre de Marre le abrió la puerta. La pobre mujer no tenía ni la menor idea de que su hija estaba en la habitación de al lado masticando una botella de cristal. Los fragmentos le habían cortado la boca y la sangre le corría por la barbilla, manchándole el pecho de rojo. Esa fue la escena que Hedda se encontró cuando entró en la habitación.

No tuvo más remedio que decepcionar a Marre esa noche. Le había

prometido que nunca diría nada a su madre, pero sintió que no podía enfrentarlo sola en esa ocasión. Era demasiado extremo y perturbador. Y solo tenía trece años.

La madre la ingresó en el centro de rehabilitación, pero salió seis meses después y siguió con su vida anterior. Después de eso, estuvo entrando y saliendo del centro durante años, hasta que, un día, se suicidó.

—Mi amiga ya no está viva —dice Hedda, y todos se vuelven hacia ella—. Se hizo daño durante años hasta que no pudo aguantar más y se tiró delante de un tren. Pero creo que, de todas las cosas que se hizo a sí misma, la peor fue cómo dejó que la trataran todos esos putañeros.

Eva la observa en silencio mientras asiente con la cabeza.

—Siento mucho lo de tu amiga. Es un tipo de comportamiento autodestructivo cada vez más común, y la diferencia es que allí es otra persona la que provoca ese daño. Pero el hecho de que la persona en cuestión permita que un hombre le haga lo que quiera no exime al hombre de la culpa. Sigue siendo un criminal por explotar a esas jóvenes de la peor manera posible.

32

Anton mira fijamente los labios de Bodil. Ve que se mueven, pero no escucha lo que dice. Es como si estuviera en la habitación, pero al mismo tiempo fuera de ella, al margen de todo, atrapado en los estridentes latidos de su corazón. Entonces escucha las palabras de Petra sobre el trabajo y el compromiso y se obliga a volver en sí.

—La prima la encubrió —explica Bodil a Bellini mientras el corazón de Anton sigue latiendo como si estuviera en la sala de máquinas de un viejo barco—. Insiste en que solo quería que Laleh tuviera la oportunidad de tener una vida normal, ya que el padre siempre intervenía en todo lo que hacía. No sabe con quién podría haber estado Laleh, pero nos dio la dirección de su mejor amiga. Por desgracia, ha sido muy difícil contactar con ella. Nadie abre en el piso y tampoco contesta al teléfono. También es raro que la madre sepa tan poco de la mejor amiga de su hija. Es…

Anton siente una insoportable picazón en las piernas. Tiene que salir. Se levanta deprisa y todas las miradas se vuelven hacia él.

—¿Qué pasa, Anton? —pregunta Bodil.

Anton menea la cabeza sin saber qué decir.

—Eh, tengo mucha hambre —dice, aunque, en realidad, la idea de comer le produce náuseas. Pero es lo único que se la ha ocurrido para escapar de aquí. Esboza una sonrisa tensa—. Voy a comprar algo de comer. ¿Alguien más quiere algo?

Bodil y Bellini se miran entre ellas y luego, a Anton.

—Mandadme un mensaje cuando os hayáis decidido —dice él antes de abandonar la habitación, aliviado de poder escapar, pero terriblemente preocupado por lo que le está sucediendo. Se siente casi febril. Las noches sin dormir están empezando a pasarle factura. Las pesadillas sobre el bebé, la oscuridad y la maldad y todo lo que ha ocurrido desde que su madre volvió al pueblo no lo

dejan dormir. Mona afirma que solo quiere ayudar, pero es en torno a ella que ocurren todas las desgracias. Vargön siempre había sido un pueblo tranquilo, pero las cosas han cambiado.

También sueña con Alexander y lo machacan los pensamientos de lo que realmente sucedió entre él y su madre.

Sale deprisa a la calle y siente que el aire fresco lo reconforta. El sol brilla y se oye el gorjeo de un pájaro. Aparte de algunos puntos blancos donde no llega el calor del astro, toda la nieve ha desaparecido y la primavera anuncia su llegada. Hay esperanza de nueva vida, como suele ser en esta época del año.

Mientras atraviesa el aparcamiento, una joven con hiyab y una falda hasta los pies pasa por allí y Anton se queda mirándola. Le recuerda a Laleh, pero no a la Laleh que está en la morgue, sino a la que su madre, Prisha, le ha descrito.

Se sienta en el coche, se reclina hacia atrás e intenta calmar su pulso acelerado. Cierra los ojos y Kabir aparece en su mente. ¿Por qué está tan convencido de que su hija fue víctima de un crimen de odio? ¿Es porque vive en un mundo donde los crímenes de odio son muy comunes? ¿O es que acaso está explotando la idea de que su hija fue víctima de la xenofobia para ocultar algo sobre ella?

Dos chicas pasan cerca de él y una de ellas se ríe a carcajadas. Abre los ojos y sacude la cabeza. El sonido de las risas lo saca de sus pensamientos. Entonces se le ocurre una idea insólita: ¿podría usar a Alexander? Está en la prisión de Skogome, conocida como el búnker del sexo con justa razón. Allí están los peores delincuentes sexuales de Suecia, y Anton está seguro de que ahora mismo deben estar hablando del asesinato de Laleh y de lo que podría haberle ocurrido. Es probable que alguno de ellos sepa algo. Y, después de la rueda de prensa que Petra dará esta tarde, se hablará aún más del tema. Tal vez pueda convencer a Alexander de que lo ayude.

Aprieta el volante. Es una idea estúpida en todos los sentidos, pero lo intentará de todos modos. Irá a Skogome a hablar con Alexander y escuchará los rumores y lo que los otros reclusos tengan que decir. Y también piensa llegar al fondo de lo que pasó entre él y su madre de una vez por todas.

Un golpe en la ventana lo hace estremecerse. Se gira y parpadea como si acabara de despertarse por la mañana. Bodil está mirándolo desde el exterior. Anton la observa por un momento antes de pulsar el botón para abrir la ventana.

—Joder, Anton —exclama Bodil—. ¿Sigues aquí? Dijiste que te ibas hace una hora.

33

Mona camina con Eva y Fredrik a cada lado a lo largo de una valla de madera blanca que rodea un pasto fangoso. La pareja le habla de los campos y bosques que pertenecen a su granja, del establo y del camino flanqueado de abedules donde los retoños comienzan a asomarse como un destello lila verdoso contra el cielo azul.

Hedda se ha quedado en la casa. Mona tiene la sensación de que los Rönnberg ocultan algo. No sabe qué es, pero le pareció que lo mejor sería que Hedda se quedara para echar un vistazo. No tuvieron oportunidad de hablar, pero está segura de que Hedda lo entendió de inmediato.

Pasan por delante de una cabaña roja y Mona levanta la vista al escuchar un leve rumor de música que parece venir de la ventana entreabierta. Eva nota esto y la señala.

—Es una de las cabañas para huéspedes. Y también tenemos un pequeño apartamento junto al establo.

—¿Para alquilar? —pregunta Mona.

—No —contesta Eva, meneando la cabeza—. Pero siempre hay algunas ocupantes. En este momento tenemos tres chicas alojadas aquí, pero a veces hay más, y en ocasiones hemos alojado también a las madres.

Mona mira sorprendida hacia la cabaña.

—Entonces ¿esto es una especie de hogar para atención y tratamiento?

Eva suelta una carcajada.

—No, no. Las personas que vienen aquí no buscan tratamiento, sino que necesitan alejarse de algo o alguien. Puede ser un entorno familiar en el que sufren abusos o porque se han metido en alguna

situación de la que les resulta difícil salir por sí mismas.

—¡Ah, ya entiendo! —exclama Mona, mirando a Eva—. Es una enorme responsabilidad la que estáis asumiendo.

—Sí, pero créeme que es necesario.

—Me lo imagino. —Mona escucha la voz de Billie Eilish y se pregunta quién es la persona que está allí dentro—. ¿Solo ayudáis a chicas?

—Sí. —Eva estira un brazo hacia Fredrik para engancharlo al de él —. Algunos chicos también lo tienen difícil, no cabe duda, pero las chicas suelen ser las más vulnerables y hemos optado por establecer esa limitación.

—Hacéis un trabajo increíble —celebra Mona, preguntándose si su intuición se ha equivocado esta vez—. ¿Y de dónde viene ese gran compromiso?

—Cada uno tiene sus razones. —Lanza una mirada a Fredrik y este asiente—. Cuando trabajaba como agente de policía, veía que muchas chicas caían en las garras de hombres repugnantes. Tuve que enfrentarme con la prostitución y la trata de personas y vi más mierda de la que puedas imaginar. Pero en la policía era muy poco lo que podíamos hacer. Encerrábamos a alguien y salían dos más. Luego empecé a escribir artículos de opinión y, cuando se publicó mi primer libro hace cinco años, me di cuenta de que podía hacer más informando y concienciando a los padres y a las chicas sobre los riesgos. El problema es que la situación se ha agravado mucho en los últimos años y la red está repleta de esos depredadores.

—Entiendo —asiente Mona, notando que Fredrik está un poco incómodo, y se dirige a él—. ¿Y tú?

—Yo también tengo experiencias que me han hecho querer ayudar a combatir este problema —contesta sin más.

Mona entiende que Fredrik no quiere hablar, así que cambia de tema.

—Tengo la impresión de que te conozco de algún lugar —dice

Mona, deteniéndose—. Pero no consigo ubicarte.

—Tal vez el nombre Medikenz te ayude a recordar —contesta, volviéndose hacia ella.

—Ah, por supuesto. —Mona echa a reír y reanuda su marcha. No se había dado cuenta de que Fredrik Rönnberg es en realidad Fredrik Wiglander—. No te había reconocido por el apellido. Y el corte de pelo —explica con una gran sonrisa, dándose unas palmaditas en la cabeza—. En aquellos tiempos tenías más pelo.

Fredrik se contagia de la risa de Mona y asiente con la cabeza. Leyó sobre Fredrik en la prensa económica sueca cuando vivía en Londres. Tras seis años como director general del grupo mediático Medikenz, Fredrik dimitió cuando la empresa estaba a punto de salir a bolsa. El consejo de administración justificó la cuantiosa indemnización diciendo que era esencial que el nuevo director tuviera acceso a los conocimientos y la red de Fredrik, lo cual él había prometido compartir. Pero se especuló que había gato encerrado, porque resultaba extraño que quisiera abandonar la empresa en ese momento.

También recuerda que unos años más tarde publicó una novela policiaca que generó cierto interés. No tanto por el libro en sí, sino porque el autor apareció en la televisión y fue entrevistado varias veces. Pero nunca publicó más libros. Al menos, no que ella sepa. Así que, en lugar de libros, ahora tiene una granja, un programa de televisión y un gran compromiso con las chicas vulnerables.

—Parece que ha pasado una eternidad desde que dejé el mundo de los negocios —dice Fredrik—. Pero nunca me he arrepentido. Esta vida es mucho mejor. Aquí estoy haciendo algo importante. Además, disfruto de vivir en el campo, cerca de la naturaleza y de los animales. Sobre todo, de los caballos, mi gran pasión. ¿Montas a caballo?

—Sí —responde Mona.

—Entonces, tienes que volver para que podamos dar un paseo juntos. Tenemos una escuela de equitación y seis caballos, así que aquí hay todo tipo de opciones.

—Con mucho gusto —dice Mona—. Pero ¿cómo compagináis la granja y los caballos con la escritura y la producción televisiva?

—No lo hacemos todo nosotros solos. Un hombre de una de las granjas vecinas nos ayuda con esta granja. Y las chicas que viven aquí también ayudan. —Fredrik se detiene y la mira con rostro serio —. No es que las utilicemos como mano de obra gratuita, pero la mayoría se sienten bien al tener algo que hacer, pues esto ayuda a encaminar la vida en la dirección correcta. Además, yo diría que no hay nada más curativo que los animales, y los caballos en particular parecen tener un sexto sentido para percibir cómo nos sentimos.

Mona asiente con la cabeza, pues entiende exactamente lo que quiere decir. No hay mejor remedio para un día triste que un largo paseo a caballo en la naturaleza.

Caminan en silencio a lo largo del establo pintado de rojo que se refleja en los brillantes charcos de agua. La grava cruje bajo sus pies y se oye el melodioso canto de un mirlo en el tejado.

—¿A quién estás buscando? —pregunta Eva de repente.

Mona se detiene y vacila un momento, pero decide sincerarse al respecto.

—Una chica de quince años que se llama Sophie Öberg.

Eva se queda mirándola y Fredrik también se detiene.

—¿Has dicho Sophie Öberg? —pregunta él, y Mona frunce el ceño ante la pregunta.

—Sí. ¿La conoces?

—Estuvo aquí.

—¿Qué? Pero ¿cuándo? —pregunta Mona, estremecida.

Mira a uno y otro y Eva está a punto de decir algo cuando Fredrik habla en su lugar:

—Eva no quiere que hablemos de esto. Cuando las chicas vienen a

nosotros, confían en que no diremos a nadie que están aquí. Pero es diferente si se trata de Sophie.

Mona mira a Eva. Una ráfaga de viento le sacude el pelo rubio y coge un rizo para ponérselo detrás de la oreja. Observa a Fredrik al tiempo que se muerde el labio inferior.

—Así es —dice al fin—. Sophie llegó aquí hace un mes. No se encontraba bien y tuvo que quedarse unos días en el apartamento de huéspedes con Alma.

Mona vuelve a mirarlos de manera sucesiva. El cuerpo grande y rudo de Fredrik y el cuerpo pequeño y delicado de Eva. Son como un caballero y una princesa que han creado un santuario para las almas heridas.

—Pero ¿por qué acudió a vosotros? —pregunta con vacilación.

—Porque había visto el programa. La televisión sigue teniendo un impacto increíble, como debes saber.

Mona asiente despacio con la cabeza.

—Pero ¿qué la hizo venir? ¿Qué la hacía sentir tan mal?

Eva la mira a los ojos.

—Ya he hablado demasiado —dice, meneando la cabeza—. No voy a hablar de las razones por las que vino a nosotros. De lo contrario, estaría violando nuestro acuerdo de confidencialidad.

Mona frunce el ceño y dice:

—Pero ¿y si eso nos ayudara a encontrarla…?

—No importa —la interrumpe Eva con voz severa—. Como he dicho, es fundamental que las chicas puedan confiar en nosotros. Que se sientan seguras. Para nosotros, la confianza lo es todo. Si perdemos eso, no nos queda nada. Y entrar en ese tipo de detalles sería cruzar la línea.

—Pero ¿sabes dónde está? Si lo sabes, deberías decírmelo.

—No, no lo sé —contesta Eva, meneando la cabeza.

Mona se queda mirándola un instante. No sabe qué pensar. Sophie estuvo aquí porque se sentía mal y necesitaba escapar de algo. Pero ¿de qué? ¿Y dónde estará ahora? Si Eva no lo sabe, tal vez alguien más lo sepa.

—Ya veo. ¿Puedo hablar con esa chica, Alma, con la que estaba viviendo?

Eva se queda mirándola en silencio, pero, al cabo de unos instantes, asiente.

—Si Alma quiere. No vamos a obligar a nadie.

34

Los trofeos de caza con cuernos de ciervo proyectan sombras sobre la chimenea blanca. A Hedda le parecen garras a la luz parpadeante del fuego. Levanta una mano y enrosca los dedos para imitar la forma de las sombras y la risa de una bruja malvada. Sonríe ante su infantilismo, baja la mano y mira la hora en su móvil. Mona lleva diez minutos fuera con los Rönnberg. Les dará otros cinco minutos.

Un minuto más tarde, se cansa de esperar, coge las muletas y se levanta. Decide que es hora de dar una vuelta por la casa.

Mira hacia las escaleras en un extremo del pasillo. La barandilla es de madera oscura ornamentada y los escalones están cubiertos por una alfombra verde. Duda un momento, pero decide empezar por la planta baja y sigue por la primera puerta de la izquierda.

Entra en una cocina grande y luminosa con persianas de madera oscura y una anticuada estufa de leña en color negro al lado de una estufa más moderna. Pero lo que más llama su atención es la nevera de vinos y se acerca a ella. Es tan enorme que podría caber dentro. Su mirada recorre los estantes llenos de botellas blancas, marrones y verdes. Piensa que nadie se daría cuenta si cogiera una. Acerca la mano a la manija, pero luego se arrepiente. ¿Cómo va a llevarse la botella si tiene que usar las muletas?

Sale de la cocina y se adentra en la casa. Atraviesa un comedor que conduce a un gran salón con una gigantesca alfombra oriental de colores brillantes y luego sale a un pequeño pasillo oscuro.

Se detiene un momento apoyándose en las muletas mientras mira las tres puertas cerradas y decide comenzar por la habitación del fondo.

Abre la puerta y se detiene, parpadeando ante la intensa luz del día que entra por las grandes ventanas. Una vez que sus ojos han dejado atrás el encandilamiento, ve que se trata de un despacho con un escritorio en el centro de la habitación. Hay varias estanterías

blancas montadas en una de las paredes y están repletas de libros. Se dirige al escritorio y se sienta en una anticuada silla giratoria que cruje bajo su peso. Pasa la mano por el protector de cuero marrón que cubre la superficie del escritorio y sus ojos se fijan en una foto con marco plateado donde se ven unos sonrientes Fredrik y Eva posando delante de la casa.

Al levantar la vista, nota que hay dos sillones a cuadros junto a las grandes ventanas y, delante de ellos, un trípode con una cámara. Frunce el ceño y se levanta para acercarse. Enciende la cámara de inmediato y busca entre los botones del menú hasta encontrar la carpeta de archivos. Pulsa en la última grabación y una joven rubia aparece en la diminuta pantalla, sentada en uno de esos sillones a cuadros. Hedda frunce el ceño una vez más al notar el hematoma bajo el ojo derecho y el vendaje alrededor de la muñeca.

La chica mira a la cámara. Dice algo, pero no hay sonido. Hedda se agacha para buscar el control de volumen y encuentra todo menos eso. Al volver a mirar la pantalla, descubre que la chica se ha levantado del sillón y ha comenzado a desabrocharse la blusa. Hedda se levanta, frunciendo el ceño todavía más. La chica parece moverse de manera lenta y premeditada. «¿Qué está haciendo? —piensa Hedda—, ¿se está desnudando delante de la cámara?».

En ese momento se queda petrificada. Oye un sonido y escucha con atención. Cuando el sonido se intensifica, se da cuenta de que es un vehículo que se acerca a la casa. Hace un último intento de encontrar el volumen, pero comprende que debe desistir cuando el vehículo se detiene frente a la casa.

«Mierda», exclama, extendiendo la mano para coger la cámara, pero se detiene. Eva y Fredrik se darán cuenta de que ha sido ella quien la ha cogido. En lugar de eso, saca su teléfono móvil y filma la pantalla de la cámara mientras el ruido del motor se apaga en el exterior. Mientras oye que se cierra la puerta del coche, apaga su móvil y se lo guarda en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Coge las muletas y avanza deprisa a través de las habitaciones con largos saltos. Sabe que debe volver al vestíbulo antes de que entren en la casa, pero no puede sacarse de la cabeza las imágenes de la chica que acaba de ver. Había algo familiar en esa chica. No la

conoce, pero sí esa mirada atormentada, esas uñas mordidas y esos brazos hechos jirones. Debe ser una de las chicas que vienen en busca de ayuda. Una víctima. Lo raro es que se desnudara delante de la cámara aquí, en casa de los Rönnberg.

Hedda llega al vestíbulo al mismo tiempo que se abre la puerta de la casa. Pero, en lugar de Fredrik o Eva, ve entrar a un hombre de complexión grande con botas pesadas, un quepis en la cabeza y un mono con la cremallera subida hasta la barbilla. Entra con paso firme, pero se detiene al notar la presencia de Hedda y la mira con sorpresa.

—¿Sí? —dice Hedda con todo el aplomo que puede reunir.

El cuerpo del hombre parece encogerse al tiempo que desvía la mirada y se relame los labios.

—Caballos —dice por fin.

Hedda frunce el ceño.

—Vale —dice sin comprender—. Pero no aquí, ¿verdad?

—No, solo… —Se pasa el dorso de la mano por la nariz y se sorbe los mocos—. ¿Eres una de las chicas?

—¿Las chicas? —Niega con la cabeza. ¿De qué está hablando?

El hombre no contesta, sino que se queda callado.

—Estoy aquí para hablar con Eva Rönnberg —dice Hedda—. Estamos investigando el caso de una chica desaparecida.

El hombre asiente con la cabeza y la observa en silencio.

—Entonces, será mejor que me vaya —dice al fin.

—Vale —responde ella, aliviada de haberse librado de él, pero tampoco quiere dejarlo ir sin más—. ¿A quién buscabas?

El hombre frunce el ceño, quitándose el quepis para rascarse la calva.

—A Fredrik.

—No está aquí. Pero puedo decirle que lo ha buscado…

—El ayudante —dice, dándose la vuelta, y se aleja con pasos pesados. Sus botas dejan huellas húmedas en el suelo.

«Qué persona más rara», piensa Hedda mientras oye el traqueteo del coche fuera de la casa. Al mirar su reloj, se da cuenta de que Mona lleva fuera casi cuarenta y cinco minutos. Así que comienza a andar con las muletas una vez más, convencida de que aún le queda tiempo para otra vuelta por la casa.

35

Se oye un fuerte golpe cuando una pezuña patea la cuadra y detrás de los barrotes de color verde militar se ven unos ojos brillantes y unas orejas puntiagudas. Aunque es la primera vez que está aquí, los olores, los sonidos y el calor hacen que Mona se sienta como en casa nada más entrar en el establo.

Se abre una puerta al fondo y unas pezuñas recubiertas de acero resuenan en el suelo cuando una delgada chica con trenzas oscuras saca un enorme alazán al pasillo. El caballo podría alejarse de ella en cualquier momento, pero se deja embridar con toda tranquilidad. El animal recibe una palmadita en el cuello y la chica se vuelve hacia ellos con una mirada inquisitiva.

—Hola, Alma. Ella es Mona Schiller —explica Eva—. Está buscando a Sophie Öberg por encargo de sus padres y le gustaría hablar contigo al respecto.

Alma dirige una mirada arisca a Mona y luego le da la espalda y, sin decir nada, se acerca a la pared de ladrillo amarilla. Coge un cepillo de un cesto y regresa a donde están. Aún sin decir nada, comienza a cepillar el cuello del caballo con esmero.

Mona mira a Eva y esta se encoge de hombros como diciendo que no puede ayudarla. Tendrá que hacerlo ella sola. «Con gusto», piensa Mona, acercándose a la cabeza del caballo. Alarga la mano para acariciarle el hocico y siente el húmedo y cálido aliento del animal.

—Es un buen caballo —comenta—. ¿Cómo se llama?

Alma menea la cabeza sin dejar de cepillar al caballo:

—Ni lo intentes —dice—. No voy a hablar contigo.

A Mona le sorprende la enorme hostilidad en la voz de Alma. Debe pensar que es de la policía. Las personas que han tenido que lidiar

con la policía en el pasado suelen tener mucha desconfianza. Deja de acariciar al caballo y dice:

—¿De qué no quieres hablar conmigo?

—Ya sabes, de Sophie.

—No soy de la policía si eso es lo que estás pensando.

Al oír estas palabras, Alma se detiene y se vuelve hacia ella. La mira fríamente con sus ojos oscuros y Mona se pregunta de dónde viene tanta frialdad y desconfianza.

—Trabajas para la madre de Sophie —dice al fin—. Es de ella de quien debe haber huido.

—Tal vez —responde Mona, recordando lo que Svempa le dijo sobre Susanne. Alma parece tener la misma opinión y debe ser por eso por lo que ve a Mona como una enemiga. Tiene que hacerle entender que no es así. Acaricia otra vez el hocico del caballo y continúa—: Sophie podría estar en problemas. Necesita nuestra ayuda. Esto no tiene nada que ver con su madre.

Alma se queda mirándola un largo instante y luego empieza a cepillar de nuevo. Después de unos segundos que parecen una eternidad, Alma cede, se detiene y se vuelve hacia Mona.

—Vale. ¿Qué quieres saber? —pregunta de mala gana.

Mona esboza una ligera sonrisa.

—Quiero saber si tienes alguna idea de dónde puede estar.

Alma levanta la mano y se rasca la mejilla con aire pensativo.

—Tal vez —dice sin responder a la sonrisa.

—¿Dónde? —pregunta Mona de inmediato.

Alma se muerde el labio inferior mientras asiente con la cabeza, como si estuviera meditando qué decir.

—Hay un viejo —dice, poniendo una mano sobre el caballo—. Sophie estuvo en su casa y se puso, bueno… No fue muy amable que digamos. Por eso no podía irse a casa. Tenía moratones y cosas y temía que su madre se diera cuenta.

Mona mira a Eva. Se ve tensa. Pero Alma parece estar dispuesta a hablar y espera que Eva no la detenga.

—¿Quieres decir que por eso vino aquí?

—Sí, exactamente —confirma Alma—. Al menos, eso es lo que me dijo.

—Bueno, pero, si ese hombre le hizo daño, no debe estar con él, ¿verdad? Quiero decir, no va a volver con él, ¿o sí?

Alma se queda mirándola un momento.

—Sí —responde sin más.

La mirada perpleja de Mona busca a Eva y a Fredrik y después vuelve a Alma.

—Pero ¿por qué habría de hacer eso?

—No lo sé —contesta Alma, apoyando su mejilla en el caballo.

—¿Quiere hacerse daño a sí misma? ¿Es por eso?

—Es complicado —dice Alma—. Aunque no quiera tener nada que ver con él, no la dejará ir. Está obsesionado con Sophie y con lo que ella hace.

—¿Lo que ella hace?

Alma esboza una sonrisa irónica.

—Él piensa que la madre de Sophie es demasiado dura.

—¿El hombre conoce a Susanne?

—No, no lo creo. Pero sí sabe de ella.

—Sigo sin comprender. —Mona menea la cabeza—. Que ese hombre esté obsesionado con ella no significa que tenga que estar con él, ¿o sí?

Alma acaricia al caballo y comienza a cepillarlo de nuevo.

—Las personas no siempre hacen lo que es mejor para ellas. A veces simplemente hacen cosas estúpidas y no entiendes por qué.

Mona asiente con la cabeza. Alma tiene razón, pero sigue pensando que debe haber alguna razón detrás de que Sophie haya vuelto con el hombre que le hizo daño. Podría ser un chantaje. No es solo por hacerse daño a sí misma, como insinúa Alma. Tal vez este hombre tiene una foto o un vídeo de Sophie que ella no quiere que salga a la luz y por eso hace lo que él le pide.

—¿Sabes cómo se llama o dónde podemos encontrarlo?

—Se llama Oliver, eso es todo lo que sé. O, al menos, así se hace llamar. —Alma mira a Eva de soslayo—. Y también sé que fue él quien la trajo aquí.

Eva resopla, da un paso hacia delante y dice:

—¿Ha estado aquí? Pero ¿por qué no has dicho nada?

Alma se encoge de hombros y cepilla el lomo del caballo con movimientos largos y uniformes.

—¡Alma! —dice Eva con autoridad—. Sophie dijo que quería volver a casa, y ahora cuentas que la recogió uno de esos hombres que queremos encerrar.

—Yo quería decíroslo —replica Alma—. Pero Sophie me hizo prometer que no lo haría.

—Pero por favor …

Alma deja de cepillar al caballo y se vuelve hacia Eva para mirarla a los ojos.

—Tú misma nos dices todo el tiempo que nunca debe romperse una

promesa. Además, eso sucedió hace tiempo. Hace un mes más o menos.

36

Mona busca a Hedda con la mirada tan pronto como entran en la casa y, cuando esta le hace un gesto discreto con la cabeza, se da cuenta de que debe haber encontrado algo. Se vuelve hacia Eva y Fredrik y dice:

—Ya os hemos quitado mucho tiempo. Gracias por toda vuestra ayuda.

—Oh, nada de eso —responde Eva, gesticulando con las manos—. Nos alegra poder ayudar, pero me preocupa mucho lo que ha dicho Alma. Es terrible comprobar que una de nuestras chicas ha desaparecido. De verdad espero que la encontréis.

Mientras Eva dice esto, Hedda se levanta del sillón y coge las muletas.

—¿Qué ha dicho Alma? —pregunta Hedda.

—Te lo diré en el coche —contesta Mona—. Tenemos que irnos.

Hedda se acerca a ella dando saltos con las muletas.

—Vale —dice ella, y luego se dirige a Fredrik—: Alguien ha venido a buscarte. Me dijo que era el ayudante.

Fredrik frunce el ceño.

—Ah, ¿sí? —responde, mirando a Eva con sorpresa.

—Es todo lo que dijo —continúa Hedda—. Llegó con las botas mojadas y parece que se sorprendió un poco al encontrarme aquí. Cuando le pregunté qué quería, me dijo que estaba buscándote.

—Debe haber sido Bjarne —explica Eva, volviéndose hacia Mona—. Es el ayudante del que estábamos hablando antes. —Se vuelve hacia Hedda—. Vive en la granja vecina y nos ayuda con todo tipo de

trabajos. Es muy útil.

Mona asiente con la cabeza y les agradece una vez más la ayuda antes de salir de la casa. Se encuentran de frente con la luz del sol y Mona entorna los ojos. Una vez en el coche, mira a Hedda de soslayo mientras comienza a conducir por el bosque de abedules.

—¿Qué has encontrado? —pregunta llena de curiosidad.

—Un vídeo —contesta Hedda, metiendo la mano en el bolsillo para sacar el móvil—. Encontré una cámara portátil dentro de un despacho y, al reproducir la última grabación, vi esto. —Levanta el móvil con la pantalla agrietada—. Pero, por desgracia, no conseguí activar el audio.

Mona conduce hasta el borde de la carretera vacía y se detiene. Coge el móvil y ve la secuencia de vídeo.

—Pero ¿qué está haciendo? ¿Está quitándose la blusa? —dice sin apartar la vista de la pantalla.

—Eso parece. El problema es que no tuve tiempo para más antes de que llegara Bjarne. Tenía pensado volver para filmar más, pero entonces recibí tu mensaje de que ya habíais llegado a la casa.

Mona asiente, felicitándose a sí misma por haber pensado en enviar un mensaje en ese momento. Habría sido muy difícil explicar a Eva y Fredrik lo que Hedda estaba haciendo en su despacho.

—Parece que le dieron una paliza —comenta Hedda.

Mona asiente pensativa. Hay un hematoma jaspeado debajo del ojo derecho de la chica y tiene el labio inferior agrietado. Piensa en lo que Alma dijo sobre Sophie y se lo cuenta a Hedda, quien emite un silbido en señal de sorpresa y luego dice:

—Joder. Así que Sophie ha estado aquí.

—Sí, y la verdad, no sé qué pensar sobre eso.

—¿Has pensado en esta granja? —dice Hedda—. Una granja de caballos. Qué mejor manera de atraer a las chicas vulnerables, ¿no?

Además, les ofrecen un lugar donde alojarse. Y todo ello sin exigir nada a cambio. Lo único que tienen que hacer es no decírselo a nadie. —Menea la cabeza—. No sé tú, pero todo esto me da mala espina.

—Sí, yo pienso lo mismo —contesta Mona—. Pero, por otra parte, Eva y Fredrik están trabajando en un programa de televisión para revelar abusos contra menores. Estarían arriesgando muchísimo si estuvieran involucrados en algo así, ¿no?

—Sí, puede ser —asiente Hedda.

—Tal vez sea un compromiso genuino. Al menos, eso es lo que parece por lo que dicen.

Ambas se quedan mirando el móvil en silencio.

—¿Y qué vamos a hacer con el vídeo? —pregunta Hedda.

Mona se vuelve hacia ella.

—No sabemos lo que estamos viendo. Podría ser la prueba de que algo va mal aquí, en la granja, pero no tiene por qué serlo. Lo primero que pensé fue que deberíamos enfrentarnos a Eva y Fredrik, pero he cambiado de opinión. Considerando la manera en que hemos conseguido este material, dudo que podamos utilizarlo como prueba. Además, tampoco podemos descartar que sea parte del material que usan para el programa de televisión. —Arranca el coche—. Vamos a esperar un poco —dice, mirando por el espejo retrovisor para asegurarse de que no vienen coches, y mete la marcha para volver a incorporarse a la carretera.

37

Anton tiene la mirada puesta en la carretera que desaparece kilómetro a kilómetro a su paso. El sol brilla tras la cresta de la montaña y una serie de prados amarillos y campos arcillosos flanquean su camino. Todavía no comprende qué le sucedió. Estuvo sentado en el coche durante casi una hora, pero no sintió el paso del tiempo. Claro que recuerda haber pensado en Kabir y en Laleh, en las mentiras de su madre y en Alexander, pero no sabe que pasó el resto del tiempo. Cuando Bodil llamó a la ventana, no entendió nada, pero volvió en sí y mintió diciendo que se había quedado a causa de una llamada telefónica. Parece que Bodil se lo creyó, aunque antes lo miró con extrañeza. Lo último que necesita es que vaya a decirle a Petra que su compañero Anton ha sufrido algún tipo de desmayo.

¿Debería tomarlo como una señal de advertencia? Tal vez sea la falta de sueño la que ha empezado a pasarle factura. Hace mucho tiempo que no consigue dormir una noche entera. Decide que lo mejor será tomarse un somnífero esta noche y dormir hasta tarde.

Mira el reloj en el salpicadero del coche. Ya son las cuatro y la rueda de prensa está a punto de empezar. Cambia la emisora de la radio y sube el volumen. Oye la voz familiar de Petra, quien comienza a hablar de la investigación diciendo que lo que al principio parecía un trágico suicidio podría haber sido un crimen. Explica que se ha puesto en marcha una investigación por asesinato y pide la ayuda del público en caso de haber visto algo en el área de la iglesia que pueda ayudar a la investigación.

El nombre de Laleh ya se ha filtrado, pero, cuando uno de los periodistas pregunta acerca de los rumores de xenofobia, Petra lo descarta con firmeza.

—No hay nada que lo indique —dice con voz dura.

—El padre de la chica opina lo contrario —insiste el periodista—.

Ha hecho varias declaraciones contundentes en las que afirma que no solo fue un asesinato motivado por el racismo, sino que el cuerpo también fue profanado gravemente. Además, insiste en que el hecho de que haya sido colgada frente a una iglesia es un mensaje insultante para todos los musulmanes.

—¿Un mensaje? —responde Petra—. No entiendo de dónde ha sacado eso.

—Solo repito lo que ha dicho el padre.

—Sí, yo también he oído eso. Solo puedo decir que lo siento por la familia de Laleh y entiendo que están pasando por momentos de mucho dolor y frustración, pero me parece muy desafortunado escuchar ese tipo de declaraciones.

Anton nota que Petra se siente presionada. Su voz es más aguda que de costumbre, pero sigue controlando la situación.

—Pero ¿estáis abiertos a esa opción? —pregunta el periodista.

—Sí, por supuesto. En esta fase de la investigación no podemos descartar nada, pero tampoco podemos seguir una sola pista. Sería muy peligroso.

—Entonces, ¿ya tenéis alguna pista?

—No puedo entrar en detalles.

«Maldición», piensa Anton. Así que Kabir ha decidido ignorar sus palabras y sigue difundiendo esa teoría del crimen de odio. Si Laleh se convierte en una mártir, podría tener consecuencias nefastas. Recuerda los disturbios en Malmö tras la quema del Corán. Kabir está jugando con pólvora. Y no solo está poniendo en riesgo la seguridad de otras personas, sino que podría volverse contra él y su familia si resulta que está equivocado.

La rueda de prensa termina mientras Anton sale de la E6 en el cruce de Bäckebol, en Gotemburgo. Poco después, al entrar en la calle Skälltorpsvägen, suena su móvil. Ve que es su madre, así que deja sonar el teléfono hasta que este se calla. Pero Mona vuelve a llamar y Anton acepta la llamada, maldiciendo para sí mismo.

—Acabo de escuchar la rueda de prensa —dice ella sin rodeos.

—Ya veo. ¿Y?

—Tu jefa, Petra, ha pedido ayuda al público y creo que me he topado con información que podría estar relacionada con el caso.

«¿Se ha topado? Mi madre no se topa con cualquier cosa», piensa, y luego escucha lo que le ha dicho Alma.

—¿Así que Sophie Öberg no ha vuelto a casa? —pregunta Anton una vez que Mona ha terminado de hablar.

—No, todavía no. Y, ahora que sé que ese hombre, Oliver, se la llevó de la granja, me preocupa aún más lo que pueda haberle pasado. Susanne se pondrá en contacto con vosotros.

Anton se rasca la cabeza. Puede que Sophie se haya ido con ese hombre, pero tal vez vuelva mañana arrepentida y con resaca.

—¿Cuándo se fue con él? —pregunta Anton.

—Hace unos meses.

—¿Así que esto pasó hace tiempo, antes de que desapareciera?

—Así es.

—¿Y ella ha estado en casa después de eso?

—Sí, pero esa no es la cuestión. —Anton percibe la irritación en su voz—. Lo que Alma me dijo podría servirte en la investigación. Tal vez haya una conexión con Laleh. ¿Ella también sufrió algún tipo de abuso en el pasado?

—Es probable —contesta con sequedad—. Pero no es algo que vaya a discutir contigo.

Anton es consciente de que la hiere con sus palabras, pero no tiene ningún deseo de mostrar consideración. Tiene que lidiar con sus propios problemas. Además, no tiene por qué hablar de Laleh con ella. Tiene que entenderlo de una vez por todas.

—No, claro que lo entiendo. Solo pensaba que… —Mona hace una pausa—. Muchas de estas chicas lo están pasando muy mal y han sufrido abusos sexuales. Tienen baja autoestima y sienten que no valen nada. Su forma de manejar esa ansiedad es recrear la situación de abuso vendiendo sexo. Y no tienen adultos alrededor que las protejan. Están en constante peligro.

Anton sabe bien a lo que se refiere. Lo que cuenta su madre no es nada nuevo. Son chicas problemáticas. Beben, salen de fiesta y muchas veces se drogan. Y es fácil que se metan en situaciones de las que después no pueden salir. Él y sus colegas ven estos casos con bastante frecuencia.

Aunque Laleh no era la típica chica que acaba en una situación así, no hay un patrón único. Laleh no lo tenía fácil, con una madre agotada que no podía seguirle la pista, un padre sumergido en sus reflexiones fundamentalistas y que presionaba a su hija para tener una vida que no quería vivir. Ninguno de los dos fue capaz de decir nada sobre Laleh. Parece que no saben quién era su hija realmente o cuáles eran sus aspiraciones, sino que han pintado una imagen ideal de ella. Por todo ello, es urgente localizar a la amiga de Laleh para hablar con ella.

Anton atraviesa el portón de entrada de la prisión de Skogome al tiempo que dice:

—Gracias por la información. Voy a compartirla con mis colegas. Puede que alguien de la policía se ponga en contacto contigo.

—Ah, ¿sí?

Mona suena decepcionada y él es consciente de que ha llevado las cosas al límite. Pero, por ahora, debe ser así. Aparca el coche y pone el freno de mano.

—Tengo que irme —dice, apagando el motor.

—Entiendo.

Terminan la llamada y Anton sale del coche. Al mirar el alambre de espino enroscado en la parte superior de los altos muros, siente que

lo invade una extraña expectación.

38

Mona levanta la pequeña y afilada pala por encima de su cabeza. El metal resplandece antes de clavarse en la bolsa de plástico y la tierra oscura sale por el agujero. Lleva meses pensando qué hacer con su vida aquí, en Vargön. No sabe si debe quedarse a luchar por un lugar o alejarse para no poner en peligro a los demás. Es una decisión fácil de tomar, así que siempre acaba posponiéndola.

Se levanta y deja la palita en la bolsa para quitarse los guantes de jardinería floreados. Coge su teléfono. Ha intentado contactar con Susanne varias veces durante el día para comunicarle lo que han averiguado sobre Sophie. No contesta, como de costumbre, así que llama a Rasmus en su lugar.

—Rasmus, hola, soy Mona. Me alegra que hayas contestado.

—Ah, ¿sí? —dice Rasmus expectante.

—Espero no molestarte.

—No, pero Susanne no está en casa. Está trabajando.

—Entiendo, aunque también puedo hablar contigo. —No piensa permitir que Rasmus se esconda detrás de su mujer esta vez—. Solo quería preguntar si os habéis enterado de algo nuevo.

—No —contesta él—. Bueno, sí, de hecho, esta mañana Sophie ha enviado un mensaje a Madeleine por Snapchat. Ha dicho que está bien, que necesita un tiempo a solas y que luego volverá a casa.

—Qué bien —comenta Mona con tono mordaz—. Hubiera sido útil que compartierais esa información, ya que estoy investigando la desaparición de Sophie.

—Sí, por supuesto —contesta Rasmus arrepentido—. Pensé que Susanne ya te lo había dicho. Simplemente ha habido un error de comunicación. Me disculpo por ello.

—No, no me lo ha dicho. —Mona da unos pasos por la grava y se detiene, enfadada. ¿Cómo esperan que haga su trabajo si no la mantienen al tanto de ese tipo de cosas? Respira hondo para calmarse—. En cualquier caso, solo quería informarte de algo que he averiguado hoy y por eso te llamo.

Le cuenta que Sophie se quedó unos días en la granja y que luego se fue con un hombre.

—Creo que es bueno que lo sepáis para cuando vayáis a hablar con la policía —dice Mona una vez que ha terminado de contarle.

Rasmus se queda callado, luego carraspea y dice:

—Pero ya ha pasado un mes desde que eso ocurrió, ¿no?

—Sí, así es, pero su amiga ha descrito a ese hombre como alguien obsesionado con Sophie. Ese tipo de hombres no suelen darse por vencidos fácilmente, y eso me preocupa.

—Entiendo, pero hemos decidido esperar unos días más. Sobre todo ahora que Sophie se ha puesto en contacto para decirnos que está bien.

Mona frunce el ceño.

—Pero ¿estáis seguros de que ha sido ella? Tal vez lo ha escrito otra persona. O alguien podría haberla obligado a hacerlo.

Rasmus se queda en silencio una vez más y luego dice:

—No creo que la situación sea tan dramática. Me parece más lógico asumir que Sophie ha escrito ese mensaje.

Mona menea la cabeza. Susanne y Rasmus no parecen entender la gravedad de la situación. ¿O es ella misma la que no entiende? Después de todo, son los padres de Sophie y la conocen mejor que ella. Puede que esté exagerando la situación. Pero, de ser así, no tendría sentido trabajar en este caso.

—Pero ¿queréis que continuemos con la investigación?

—Sí, porque, aunque haya dicho que está bien, queremos llegar al fondo de todo esto para poder volver a tener una vida normal. No vamos a arreglar nada si no sabemos cuál es el problema.

Mona se asoma al jardín y ve el brillo del sol en el estanque.

—Vale, entonces, me gustaría que estemos más en contacto en el futuro para ponernos al día de todo lo que ocurre.

—Sí, por supuesto —contesta Rasmus aliviado, y con esas palabras terminan la conversación.

Mona deja el móvil, se pone los guantes de jardinería floreados y coge la palita que sobresale de la abertura en la bolsa. Huele la tierra y el humus y empieza a rellenar la maceta. Se mira las manos mientras trabaja y vuelve a pensar en Anton. Toda esa rabia que carga no es sana. Pero tampoco puede culparlo. Si no fuera por ella, tal vez lo que les pasó a Gabbi y al bebé nunca habría ocurrido.

Coge una flor y la pone en la tierra de la maceta mientras piensa en la respuesta de Anton, la cual ha dejado bastante claro que no quiere hablar con ella: «Puede que alguien de la policía se ponga en contacto contigo». Le duele que su propio hijo la haya tratado como si fuera cualquier persona, alguien sin importancia.

Se incorpora para ir a sentarse en las escaleras. Coco se acerca y pone la cabeza en el regazo de Mona, así que ella se quita los guantes y acaricia el suave pelaje del animal.

Necesita recuperar a Anton, pero sigue sin saber cómo. Lo único que sabe con certeza es que su hijo no debe conocer nunca la verdad. De lo contrario, lo perderá para siempre. Además, si eso ocurriera, Alexander saldría libre y se vengaría por medio de una demanda por daños y perjuicios. Levanta la vista, preocupada. En ese escenario, lo más probable es que acabara siendo condenada a prisión.

39

Anton ha apretado la chaqueta con tanta fuerza que sus nudillos se han vuelto blancos, pero solo se da cuenta de ello cuando la cuelga con los dedos rígidos. Deja el móvil en la taquilla con cerradura y, cuando la robusta mujer con uniforme azul le acerca una bandeja de plástico para los zapatos, lo sobrecoge una intensa expectación que no sentía desde hace mucho tiempo.

Una vez que ha pasado al otro lado del control de seguridad, se pone los zapatos y un hombre joven y desgarbado lo acompaña por el pasillo. El hombre pone una mano en el equipo de radio que lleva en el cinturón y camina delante hasta que se detiene en una de las puertas para hacer pasar a Anton a una sala de visitas.

Anton se detiene sorprendido y mira a su alrededor. Las paredes están pintadas con un motivo de jungla, con palmeras verdes y un mono feliz. Hay una caja de Lego en el suelo y, en una mesa baja para niños, se ven juegos, papel y lápices de colores.

—Pero ¿qué es esto? —pregunta, volviéndose hacia el guardia.

—¿Qué? —responde, metiéndose los pulgares en la cintura del pantalón.

—Esto —repite Anton, gesticulando con las manos.

—Ah, te refieres a esta sala de visitas. —El hombre mira a su alrededor como si fuera la primera vez que ve todo eso y hace un guiño tras volverse hacia Anton—. Sí, hemos tenido que coger una sala familiar, porque las otras están llenas. —Sonríe y la barba rala se esparce aún más por su cara—. Espero que no sea un problema.

—No, no —dice Anton, y el hombre se despide cerrando la puerta tras de sí.

La habitación queda en silencio, excepto por el zumbido de un ventilador, y Anton se queda allí de pie, mirando un cochecito de

muñeca rosa con un oso de peluche dentro. Un osito con un jersey rojo que le recuerda al que él mismo había comprado para su bebé. Ahora está en una caja de cartón en casa, como todas las demás cosas de bebé que habían acumulado. Debería tirarlo a la basura, porque ningún bebé usará jamás ese maldito oso de peluche.

La puerta rechina y Anton se da la vuelta. Allí está Alexander Schiller, con las manos descansando ociosamente en los bolsillos y mirándolo con una sonrisa consternada. Poco después, la puerta se cierra tras él y se quedan solos en la sala, que ahora se siente un poco abarrotada.

—Me alegra volver a verte —dice Alexander con amabilidad.

Al estrechar su mano, Anton siente la misma extraña calidez y seguridad que la última vez que estuvo aquí, antes de Navidad. No entiende de dónde viene esta sensación. ¿Cómo puede tener tanto carisma un delincuente violento como él?

—Sí —asiente, tratando de sonar tranquilo, y retira la mano.

Los ojos de Alexander muestran una profundidad triste cuando mira a su alrededor.

—¿Quieres que pidamos otra sala?

Anton niega con la cabeza.

—No, está bien. Las otras están llenas. Solo hay esta.

—Mmm. —Alexander se agacha y coge un coche de juguete—. Tal vez podamos intercambiarla con alguien.

—No hace falta —dice Anton sin más.

Alexander deja el cochecito en la mesa y lo mira a los ojos.

—No me parece apropiado estar aquí. Me enteré de lo del bebé. Si supieras cuánto lo siento.

Anton asiente sin más. No quiere hablar de ello.

—Nunca tuve hijos —continúa Alexander—. Tuve ese sueño, pero nunca ocurrió. Es una de las cosas que más me apenan en la vida. Y tampoco tuve ningún contacto con vosotros.

Anton lo mira extrañado. En todos estos años, Alexander nunca dio muestras de estar interesado en él o en Wille. Por el contrario, siempre se mantuvo alejado de ellos.

—¿Quieres café? —pregunta Alexander—. He pedido un poco.

—Sí, gracias.

Anton se sienta en el sillón y Alexander, en el sofá. El sillón es duro e incómodo y parece estar hecho para alguien más pequeño que él. Pero, por otro lado, hay pocos muebles que se adapten a su estatura.

Observa a Alexander mientras este estira la mano para coger el termo. Lleva el cabello oscuro peinado hacia atrás y tiene algunas partes con canas en las sienes. Es evidente que está en forma bajo el pantalón beige y la camisa blanca y sus movimientos son seguros y metódicos.

—Mona nunca quiso que nos reuniéramos —afirma Alexander, levantando la vista.

Anton asiente con la cabeza, aunque no es así como lo recuerda. Pero ya no está seguro de nada. No sabe quién miente y quién dice la verdad y qué pasó o no pasó en realidad.

Alexander se endereza y le entrega uno de los vasos de papel.

—Con leche, ¿verdad?

Anton asiente y recibe el vaso de papel. Alexander prefiere el café negro. La última vez, no quiso tomar café porque, según dijo, tenía un problema de estómago.

—¿Ya estás mejor? —le pregunta Anton.

—¿Mejor? —repite él, inclinando la cabeza y sonriendo.

—Sí, del estómago. La última vez dijiste que tenías molestias.

Alexander se ríe y se reclina en el sofá con el vaso en la mano.

—No era nada serio. Pero, bueno, entiendo que has venido para obtener respuestas a tus preguntas. Y espero poder ayudarte, pero debes saber que nunca diré nada malo de tu madre. Viví con ella muchos años, y en cierta manera todavía la quiero, a pesar de todo lo que me ha hecho.

Anton se queda mirándolo con la respiración agitada. ¿A pesar de todo lo que ella le ha hecho? ¿Acaso se le ha olvidado que está cumpliendo una condena de siete años por tres violaciones con agravantes, una de ellas a una menor? Además, ha sido condenado por agresión agravada contra Pierre Wilkins.

—¿Quieres que empecemos con Emma? —pregunta Alexander.

Anton estruja el vaso, doblándolo. Aún recuerda el hospital y lo cerca que estuvo de coger una almohada y asfixiarla allí mismo.

40

En los primeros siete u ocho meses, tuve relaciones sexuales con más de cincuenta hombres. Se mantenían en contacto conmigo por medio del teléfono secreto que conseguí para ese fin. Estaba lleno de mensajes sexuales, reservas y contactos. La mayoría de ellos me preguntaban cuántos años tenía. Cuanto más joven, mejor, ya que pagaban más. Ninguno de esos hombres dijo jamás que yo era demasiado joven para hacer esto. Solo me miraban con ojos muy grandes y emocionados.

Vendía mi cuerpo a cualquiera que lo quisiera, ya fuera en pisos, baños públicos, coches o en alguna floresta. Y el descaro era cada vez mayor. Lo hacía durante las pausas del almuerzo en el instituto y luego otra vez en la siguiente pausa. Ni mis profesoras ni mis compañeras decían nada. Pero deben haber entendido de qué se trataba.

41

Anton recuerda la sensación de la almohada suave en sus manos y el sombrío arrebato de ira que lo hizo querer usarla para asfixiar a Emma hasta la muerte. Pero entró en razón y se dio cuenta de que matarla no solucionaría nada. En cambio, recibió el castigo que se merecía por la vía legal.

Pone el vaso de café sobre la mesa y dice:

—¿Quién es ella en realidad?

Alexander lo mira a los ojos sin inmutarse.

—Emma es, o fue, uno de los proyectos de Mona. —Inclina la cabeza, pensativo—. Yo diría que se parece un poco a tu madre. Es competitiva y emprendedora. A Mona le gusta ayudar a ese tipo de chicas, por eso la llevó a la empresa.

Anton sabe bien a qué se refiere. Eso es exactamente lo que ha hecho con Hedda. No lo había pensado antes, pero es como si fuera una versión más joven e indómita de su madre. Tienen el mismo ímpetu, nunca se echan atrás, van como una apisonadora y nunca se paran a pensar que sus acciones podrían perjudicar a los demás o a ellas mismas.

—Bueno, supongo que ya has escuchado la versión de Mona —continúa Alexander—. Pero ahora vas a escuchar la mía, desde el principio. Es cierto lo que dice ella, que me encontró en la cama con Emma, pero no había un romance. Fue solo esa vez. —Asiente con la cabeza—. Admito que me sentí halagado por que una mujer tan joven y hermosa como Emma se interesara por mí, pero ella sabía muy bien lo que estaba haciendo.

»Me sedujo y se aseguró de que Mona viniera y nos pillara en pleno acto. —Levanta las manos en alto—. Pero no me malinterpretes. No estoy diciendo que yo haya sido la víctima ni mucho menos, solo quiero contarlo como sucedió. Obviamente, Mona estaba furiosa

y… —Se ríe con amargura, meneando la cabeza—. No creo que haga falta explicarte cómo se pone tu madre cuando se enfada y hasta dónde puede llegar.

Anton asiente con desgana mirando a Alexander a los ojos. No quiere ponerse de su lado, pero él mismo se ha preguntado muchas veces hasta dónde está dispuesta a llegar su madre para conseguir lo que quiere.

—Si bien es cierto que es una de sus fortalezas, también puede ser una debilidad —continúa Alexander—. Y en los negocios era igual. Desde el principio, me pareció que éramos un buen equipo y que nos complementábamos bien. Ella, con sus conocimientos jurídicos y yo, con mi olfato para los negocios. —Frunce el ceño—. Pensé que lo teníamos todo hecho, pero ella se obsesionó con ganar más dinero. Y no le importaban las personas cuyos negocios familiares estaba destrozando.

Anton se queda mirándolo un instante. Es lo mismo que su madre le contó, pero Alexander omite su papel en todo ello. Alguno de los dos debe estar mintiendo.

—Supongo que no hace falta que siga hablando del tema. —Alexander da un sorbo a su café y continúa—: Lo importante es lo que ocurrió después de que me encontró en la cama con Emma. Se enfadó muchísimo y buscó vengarse, así que ideó un plan para que yo no pudiera volver nunca al mundo de los negocios. Y vaya que lo consiguió. Destruyó todo lo que había conseguido en mi vida. Tuvo su venganza y supo cómo llevarla a cabo de manera impecable.

Anton no dice nada, pues prefiere dejar hablar a Alexander para saber el desenlace de su versión de los hechos.

—Mona me tendió una trampa, pero no le salió como esperaba. Emma se obsesionó conmigo, así que solicité que me trasladaran a Suecia para poder alejarme de ella. Pero me siguió. Créeme que no me esperaba que apareciera.

Anton comprende que siempre hay dos caras en una moneda, pero esta le parece una tremenda desfachatez. No cree que su madre se haya inventado todo solo para vengar una infidelidad. Ni siquiera

ella llegaría tan lejos.

—¿Esto quiere decir que eres inocente?

Alexander asiente con la cabeza, mirándolo a los ojos.

—Sí, soy inocente. No hice las cosas por las que me condenaron. Lo que ella dice de mí es falso. —Menea la cabeza sin apartar los ojos de Anton—. ¿De verdad crees eso de que puedes vivir con una persona durante tantos años sin llegar a conocerla por dentro y por fuera? ¿Crees que alguien como ella no se habría dado cuenta nunca de que yo estaba haciendo esas cosas que dice? Es una mujer muy lista. Es educada e inteligente, y tiene una extraordinaria capacidad para analizar a las personas. —Resopla—. A mí también me parece increíble que haya sido capaz de embaucar a todo el sistema judicial.

Anton observa a Alexander con estupefacción. Es imposible que esté preso aquí siendo inocente. Pero que se invente todo esto también es extraño.

—Hay víctimas y testigos de lo que hiciste —dice Anton.

—Sí, por supuesto. Si pagas lo suficiente, puedes conseguir que la gente diga cualquier cosa. Te aseguro que, si viajas a Londres a hablar con esas chicas, te darás cuenta de que viven muy bien.

Anton levanta las cejas.

—¿Estás diciendo que mi madre compró testigos?

—Comprendo que es difícil de creer, pero yo sé lo que pasó.

Anton menea la cabeza y Alexander gesticula con las manos.

—No hace falta que digas nada ahora. Es normal que tengas tus dudas. Pero reflexiona con calma sobre lo que crees que tu madre es capaz de hacer y luego ven otra vez.

Anton menea la cabeza. Le cuesta creer la versión de Alexander. Es tan absurda que simplemente no puede ser verdad. En cualquier caso, tiene que digerirla antes de poder formarse una opinión.

—Ya veremos —dice, y decide cambiar de tema—. ¿Y cómo te tratan aquí?

Alexander se encoge de hombros.

—Podría decirse que bien. Asisto a terapia grupal e individual con un psicólogo para hablar de un problema que no tengo. Y trabajo en la lavandería, donde gano trece coronas por hora. —Suelta una carcajada—. No sé qué voy a hacer con tanto dinero.

Anton esboza una ligera sonrisa.

—No, fuera de broma —continúa Alexander—. No es muy agradable estar encerrado aquí con este tipo de gente. Algunos son bastante normales, pero hay otros que están muy obsesionados con el sexo y no pueden pensar en otra cosa. Hablan de los abusos que han cometido en el pasado y de lo que van a hacer cuando salgan.

Anton asiente con la cabeza y dice:

—Por eso estoy aquí.

—Ah, ¿sí? —Alexander se inclina hacia delante y lo mira con curiosidad.

Anton es consciente de que está a punto de hacer una tontería, pero no puede dejar escapar la oportunidad. Alexander vive entre esos hombres y escucha de lo que hablan todos los días. Si alguien puede enterarse de algo útil, es él. No tiene nada de malo hacer una pregunta.

—No he venido solo para hablar de Mona —explica Anton.

—Ah, ¿no? —Alexander lo mira de manera inquisitiva—. Porque siento que cargas mucho dolor y oscuridad.

—¿De qué estás hablando? —dice Anton, frunciendo el ceño.

—No estás bien. Puedo darme cuenta.

Anton menea la cabeza, intentando fingir que no entiende a qué se refiere Alexander, pero de repente se siente tan cansado de todo y

de todos que la idea de hundirse en las aguas mansas y frías del lago vuelve a parecerle tentadora. Pero ahora está aquí, así que el piloto automático se enciende en su interior. Coge el café y toma un sorbo, pero lo deja en el mismo instante, pues tiene mal sabor.

—Estoy trabajando en un caso de asesinato en el que parece haber algo de explotación y prostitución de menores. Todavía no tenemos mucho, pero un nombre ha surgido en la investigación: Oliver. Y, en vista de que algunos aquí hablan de lo que sucede fuera, pensé que podría resultar conocido.

Alexander lo observa en silencio al tiempo que su voz interior le grita que no debería estar haciendo esto.

—Sí, he escuchado la rueda de prensa —dice Alexander despacio, sin quitarle los ojos de encima—. ¿Quieres que pregunte por aquí de forma discreta?

Anton vacila un momento, pero acaba asintiendo.

42

El pan de plátano, que Mona sostiene en la mano mientras sube por el sendero hacia la casa roja con bordes blancos, todavía está tibio. Detrás de ella, las aguas del lago Vänern salpican contra las rocas y los diminutos brotes velludos de mimbre brotan en los árboles.

Es aquí donde se crio. Ha andado los senderos del bosque detrás de la casa, ha comido los arándanos frescos del monte, ha navegado con un barco de remos y ha pescado percas que después asaban a las brasas en papel de aluminio, y ha nadado en el lago de mayo a septiembre. Se estremece al pensar en ello, pues hoy en día nunca se le ocurriría tirarse al agua, excepto quizá en un día muy caluroso de verano.

Mona tenía apenas unos pocos años de edad cuando sus padres construyeron la casa, en la que vivieron hasta su muerte. Anton fue quien heredó la casa. Y eso era lo justo, pues él fue quien los ayudó a mantener el jardín y quien les traía víveres y medicinas cuando ya eran muy mayores. También fue él quien estuvo en su lecho de muerte mientras Mona estaba demasiado ocupada en Londres. Le duele recordar lo mucho que se perdió durante los años que estuvo fuera. ¿Y para qué?

Sube por el camino del pórtico, llama a la puerta y enseguida coge la manija y la abre.

—¡Hola! —grita Mona.

Oye que alguien se mueve dentro de la casa y poco después ve a Gabbi en el vestíbulo. La luz del sol que entra por la puerta abierta hace brillar las hebras doradas de su pelo.

—No sabes qué alegría me da verte —dice Gabbi, dándole un abrazo.

—Lo mismo digo —responde Mona, devolviéndole el abrazo—. Toma, te he horneado algo —dice, acercándole la bolsa.

—Ah, ¿es un pan de plátano? —exclama Gabbi con una sonrisa menos amplia de la que Mona le conoce.

—Por supuesto —dice Mona, cerrando la puerta tras ella. Cuelga su chaqueta y sigue a Gabbi por el vestíbulo. Se da cuenta de que intenta parecer relajada, pero su dolor es inocultable.

—Anton no está —explica Gabbi cuando llegan a la cocina—. Ha tenido que irse a trabajar.

—Qué pena. Supongo que ahora tiene mucho trabajo.

—Como siempre —asiente Gabbi.

El café ya está listo, así que se sientan a la mesa de la cocina. Mona rodea la taza con las manos, sintiendo el calor. Gabbi ya ha cortado el pan de plátano y lo ha puesto en un plato entre ambas. Mona coge una rebanada y siente el persistente silencio entre ellas mientras muerde un bocado y lo mastica.

—¿Cómo va todo? —pregunta después de terminarse el bocado.

Gabbi baja la vista.

—Es bastante duro, como podrás imaginar. Podría pensarse que ya estoy acostumbrada a sufrir abortos, pero esta vez ha sido diferente. De verdad creí que…

Mona extiende una mano a través de la mesa y la pone encima de la de Gabbi. Ella se queda inmóvil un momento, pero luego retira la mano, coge la taza de café y dice:

—Anton no lo está llevando bien.

—Lo sé —asiente Mona—. ¿Cómo lo está manejando? ¿Habláis entre vosotros o está hablando con otra persona? Porque a mí no me dice ni una palabra.

Gabbi menea la cabeza y dice:

—Así es. Se guarda todo para sí mismo y no me gusta en lo que se está convirtiendo.

Mona inclina la cabeza. Sabe muy bien a qué se refiere Gabbi, pero se trata de su hijo, así que adopta una postura defensiva.

—¿A qué te refieres?

—Se ha vuelto muy raro. —Gabbi la mira a los ojos—. Muy duro y apático al mismo tiempo. Como si no le importara nada.

—Pero por supuesto que sí le importa.

Gabbi no responde, sino que vuelve a bajar la vista y se encoge de hombros. Da un gran bocado a su trozo de pan, lo mastica y lo traga con ayuda de un sorbo de café.

—Ha ido a la prisión —dice al fin, levantando la vista.

—¿La prisión? —repite Mona, sintiendo un escalofrío. La visita de Anton a la prisión podría tener muchas causas, pero ella cree saber la razón, y eso le aterra.

—Sí, para visitar a Alexander —confirma Gabbi, antes de que Mona diga algo.

Mona traga saliva con fuerza. ¿Qué hace Anton con Alexander? Echa un vistazo a su bolso, donde tiene el móvil. Tenía la intención de mostrarle el vídeo que Hedda ha grabado en la casa de los Rönnberg. Tal vez no le agrade la manera en que lo han conseguid, pero igual podría ayudarlo en la investigación. Eso es todo lo que ella quiere. Ayudarlo. Si tan solo la dejara. Pero prefiere mantenerla fuera de todo. Y ahora también sabe que está visitando a Alexander.

—No ha querido decírmelo —continúa Gabbi—. Él cree que no lo sé, pero he visto el permiso de la prisión.

Mona asiente con la cabeza. Sabe que se requiere un permiso para visitar a alguien en la cárcel. No es posible hacerlo sin más. Eso significa que ha estado allí como civil y no como policía.

—No le digas que te lo he dicho. —Gabbi la mira a los ojos—. No creo que se lo tome bien. Pero también quería pedirte… —Inclina la cabeza—. ¿No podrías intentar hablar con él? Sé que no se siente bien, pero prefiere evitarme y mentir. Honestamente, no sé cuánto

tiempo podré soportar estar así.

43

Anton frena ante un reductor de velocidad y nota que hay tres personas vestidas de oscuro que atraviesan la calle agazapadas y desaparecen por un sendero. Él y Bodil se encuentran en el distrito de Kronogården, en Trollhättan, de camino a reunirse con Rosie, la amiga de Laleh. Han quedado en encontrarse fuera del instituto.

Bodil abre la tapa de la cajetilla de snus, provocando que el olor se esparza por el coche, y coge una pizca con los dedos. Anton ha decidido no decirle que Alexander le ha ofrecido ayuda y lo que es peor: que él la ha aceptado.

Coge el volante con fuerza. Aceptar la ayuda de un criminal sexual convicto y además darle información sobre la investigación policial debe ser lo más estúpido que haya hecho jamás. Y, aunque intente convencerse de que es para encontrar al asesino de Laleh, nada puede justificar la enorme falta cometida en el cumplimiento de su deber.

Anton siente la mirada de Bodil y se vuelve hacia ella, pero esta mira hacia otro lado de inmediato. ¿Será que sospecha algo? Él siempre ha creído en la intuición femenina y aquí tiene otro ejemplo de ello. La conoce demasiado bien como para no darse cuenta de que algo anda mal. Hace seis meses lo habría hablado con ella de manera franca y directa, pero ahora es impensable.

Faltan solo cinco minutos para las cuatro cuando pasan por la rotonda y entran en la calle Lantmannavägen. Enseguida entran en el aparcamiento, aparcan el coche y se bajan. Anton ve a otros dos tipos vestidos con sudaderas de capucha de color oscuro. Cruzan la calle y desaparecen. Frunce el ceño, extrañado. Algo está pasando.

—¿Vas a venir? —pregunta Bodil, a unos metros delante de él.

Lanza una mirada escudriñadora a través del espacio delante del edificio, pero, al no ver nada extraño, asiente y la sigue.

Rosie trabaja limpiando un quiosco de cigarrillos los viernes después del colegio y por ello les pidió que vinieran después de su trabajo. Les dejo muy claro que no podían ir al quiosco. Es mejor que se reúnan en el colegio, donde no hay tanta gente.

Y tenía razón. El colegio está desierto. Lo cual resulta un poco extraño, considerando el buen tiempo primaveral. Es como si toda la zona se hubiera cerrado al público, y Anton vuelve a tener la sensación de que algo anda mal. Pero Bodil no parece darse cuenta de ello, pues va y se sienta en un banco, de cara al sol, como si no pasara nada.

Dan las cuatro y cuarto y Rosie sigue sin aparecer, así que saca su teléfono.

—Voy a llamarla —dice Anton.

Bodil asiente con la cabeza, pero ahora tiene una expresión tensa en el rostro. Ya no está disfrutando del sol con los ojos cerrados, sino que recorre el patio vacío, las calles y las casas silenciosas con la mirada. «También ha notado algo extraño», piensa él mientras oye la señal de llamada en su móvil.

Entonces percibe un olor distintivo traído por el viento.

—Hay un incendio—dice, cancelando la llamada en su móvil.

Bodil asiente y mira a su alrededor.

Un segundo más tarde, oyen un fuerte estallido que hace saltar a ambos y ven una nube de humo que proviene del aparcamiento.

—¡Joder! —exclama Anton, pensando de inmediato en las personas vestidas de oscuro que vio antes—. Tenemos que irnos de aquí.

Se apresuran hacia el aparcamiento. Sigue desierto a pesar del potente estallido y del humo. Parece como si toda la gente que vive aquí hubiera sido advertida y se hubiera alejado.

44

Mona sale del camino de entrada, dejando atrás la casa roja. Sigue la carretera sinuosa y, entre los troncos de los árboles y el hastial gris de la casa de verano de los Andersson, vislumbra finas volutas de niebla sobre la superficie del lago.

No puede dejar de pensar en el hecho de que Anton ha visitado a Alexander, y esto le oprime le pecho. No es solo por el miedo a perderlo, sino por el miedo a que caiga en sus garras. Sabe bien de lo que es capaz y cómo puede manipular a la gente para que haga lo que él quiere. En estos momentos, Anton está más vulnerable e inquieto de lo habitual, y Alexander debe notarlo como un lobo que percibe el olor de un animal herido.

Debe evitar que tengan más contacto, pero ¿cómo? Anton no quiere saber nada de ella, y tras su conversación con Gabbi, le ha quedado claro que la situación es peor de lo que pensaba. No solo se ha apartado de ella, sino también del resto del mundo. Excepto, quizá, de Alexander. Se estremece ante esta idea.

El camino de grava da paso a uno asfaltado y el ruido del coche disminuye. Se queda mirando la carretera. Está decidida a no soltar a Anton. Encontrará una solución, como siempre.

Al pasar por la salida de la carretera boscosa que conduce a la cascada conocida como el Velo de la Novia, recuerda lo que sucedió hace un año, poco después de que volviera a afincarse en Vargön. La joven Lisa-Marie fue encontrada muerta. Fue también entonces cuando Hedda entró en su vida. Continúa por la desolada carretera y pasa por el campo de deportes de Hillevi, donde un pequeño practica el lanzamiento de penaltis. Cuando se acerca al paso a nivel, recibe una llamada de un número desconocido y contesta.

—Hola, soy yo.

Tarda un momento en recordar a quién pertenece esa voz.

—¿Eres tú, Alma? —pregunta.

Antes de irse de la granja de los Rönnberg, Mona le dio a Alma su número de móvil y le pidió que se pusiera en contacto con ella si tenía algo más que pudiera ayudar en la investigación.

—Sí, ¿sabes qué? —Alma habla rápidamente, como si tuviera prisa por decir lo que tiene que decir—. He estado hablando con algunas personas desde que viniste. Todavía no sé quién es ese Oliver, pero sé que hace fiestas a las que van muchas chicas. Las llaman fiestas, pero en realidad se trata más bien de invitados que pueden pedir el tipo de sexo que quieran y pagan por ello.

La respiración de Mona se vuelve rápida y agitada.

—Así que el tal Oliver es un proxeneta.

—Sí, más o menos. Las chicas cobran, pero él se lleva la mayor parte. Así que yo diría que es un chulo. Al parecer, muchas de las chicas le deben dinero y esa es su manera de saldar la deuda. Sophie ha estado en esas fiestas varias veces y estoy muy preocupada por ella, por eso te llamo. Pero tienes que prometer que mantendrás la boca cerrada. Nadie debe saber que te lo he dicho. Podría meterme en problemas. Y me refiero a cosas muy jodidas.

—No, no, por supuesto —promete Mona, hundiéndose en su asiento con una serie de pensamientos agolpándose en su cabeza. Aunque ya lo sospechaba, esta confirmación es como una bofetada. Pobre Sophie, y todas las demás chicas que han caído en las garras de Oliver. Y Susanne, ¿cómo se tomará esto? Con todos los sueños y expectativas que tenía para su hija. Todo se derrumbará. ¿O tal vez ya ha sucedido? ¿Será que Susanne ya ha descubierto en qué se ha metido Sophie? ¿Por eso no ha querido denunciar nada a la policía? Quiere proteger a Sophie, y a ella misma, de que esto se haga público.

—De verdad tenía la esperanza de que Sophie, bueno, ya sabes… De que no estuviera involucrada en algo así —comenta Mona—. ¿Y sabes algo que nos ayude a identificar a Oliver para poder encontrarla?

—No, pero hay un rumor.

—¿Qué tipo de rumor?

—Se dice que uno de los clientes de Oliver es una celebridad.

Mona levanta las cejas. Sabe que debe tener cuidado con los rumores, pero que muchas veces pueden llevar algo de verdad.

—¿Una persona famosa de dónde?

—Creo que sale en televisión. Es… —Alma hace una pausa—. Espera—. Se va, pero vuelve pronto—. Es un fastidio. Va y viene todo el tiempo, varias veces al día.

—¿Quién?

—El tipo del tractor. Pero joder… —suspira con fuerza—. Así es esto de vivir en una granja. Pero da igual. No importa. De todos modos, me voy a mudar.

—¿Y adónde te vas a mudar?

—Voy a volver con mi madre. Echó a su novio de allí, así que ahora puedo vivir con ella. Ya he hecho la maleta y me iré de aquí hoy mismo, un poco más tarde.

Mona se da cuenta entonces de que aún no sabe por qué Alma vive en la granja. Todas las chicas van allí para intentar huir de algo, y en su caso parece que tiene que ver con el novio de su madre. Tal vez debería preguntar sobre ello, pero no parece ser el momento adecuado. Alma parece muy feliz de volver a casa.

45

Hedda despega el papel del bollo de canela que ha comprado en la cafetería del hospital mientras observa a la anciana de la mesa de al lado. Su cabello blanco y cardado parece un algodón de azúcar alrededor de su bonita cara y lleva un pañuelo floreado alrededor del cuello. A su lado, en una silla de ruedas, está un anciano vestido con ropa blanca de hospital. La anciana se inclina hacia él y pone su mano arrugada y venosa encima de la del hombre. Lo mira a los ojos, sonríe con cariño y le da un beso en los labios.

Hedda sonríe y da un mordisco al bollo. Qué bonito es ver gente mayor que sigue tan enamorada como para besarse en una cafetería.

Enseguida ve que el hombre dice algo, pero todo lo que sale de su boca son sonidos guturales incomprensibles. Hedda nota la frustración del hombre cuando este comienza a agitar una mano de manera incontrolada y golpea la taza de café, provocando que esta salga volando por los aires y caiga al suelo con estrépito.

Hedda se levanta al mismo tiempo que Wille.

—Siéntate —dice él—. Yo me encargo.

Wille se acerca a la pareja y la mujer lo mira alarmada, pero se calma al verlo agacharse para recoger los fragmentos blancos que han quedado esparcidos por el suelo. Wille dice algo y la mujer se ríe de manera coqueta mientras el anciano de la silla de ruedas mira a Wille.

Hedda comprende la frustración del hombre. Querer decir algo sin poder hacerlo debe ser una mierda. ¿Y si Sophie ha tenido un accidente y no puede comunicarse con el mundo exterior? Ya han investigado esta posibilidad, pero puede que los sanitarios no hayan sido capaces de identificarla y esté en una de las camas de este hospital, incapaz de hablar o en estado de coma.

Wille se levanta y la anciana le da las gracias. El temor de antes ha desaparecido por completo y ahora solo hay gratitud en su rostro, además de esa mirada que Wille siempre recibe de las mujeres; al parecer, incluso de las que rondan los ochenta años. Hedda esboza una sonrisa y se lleva a la boca el resto del bollo de canela.

Al levantar la vista, observa a dos jóvenes enfermeras con pantalones y túnicas azules de cuello en «V» que vienen hacia ellos. Una de ellas se inclina hacia su compañera y le dice algo que la hace reír a carcajadas. En medio de las risas, ambas notan la presencia de Wille y se contonean, y la rubia agita su larga melena.

Hedda se relame la canela y el azúcar de los dedos, mira a Wille y se inclina hacia él cuando este se acerca.

—Gracias por traerme.

—No hay problema. Tú sabes que haría cualquier cosa por ti.

Aunque Wille lo haya dicho en broma, Hedda le pone una mano en el brazo y le da un beso en la mejilla. En ese instante ve la mirada decepcionada de la mujer rubia antes de que esta entre por el pasillo, así que suelta una carcajada.

—¿De qué te ríes? —pregunta Wille.

—No, nada. —Hedda estira la pierna por debajo de la mesa y su pie escayolado golpea una de las sillas por accidente. Wille la detiene y la aparta mientras Hedda le dedica una sonrisa.

Siempre está ahí para ella. La lleva en su coche cuando lo necesita, le da regalos y le hace compañía. Debajo de esa mirada feroz que acaba de asustar a la anciana, hay un tipo amable. Pero, sin duda, también tiene ese otro lado brutal y bandido. Se gana la vida con fraudes, robos y cazas furtivas. Pero tiene sus límites en todo eso, una especie de código ético. O eso cree ella.

Lo observa mientras él se acerca la taza de café a la boca y echa un vistazo a su móvil. Mira esos mechones de pelo oscuro sobre la frente, esos ojos azules puestos en la pantalla y esa sonrisa irónica ante algo que está leyendo. Es entonces que se da cuenta de lo que

está sucediendo y suelta un ligero resoplido. Se está enamorando de él.

Pero no puede permitirlo. Su plan es irse de Vargön y de Suecia. Quiere salir al mundo en cuanto pueda. Para eso va a la universidad. No puede llevarse a un camorrista inculto con tatuajes feos a donde quiera que vaya, por muy amable y simpático que sea por dentro. Wille pertenece a la vida de la que ella quiere alejarse.

De repente, como si percibiera que Hedda está pensando en él, William levanta la vista y la mira a los ojos con una sonrisa. Ella siente un vuelco en el estómago al tiempo que le devuelve la sonrisa.

46

Hay dos coches en llamas en el aparcamiento. Las enormes llamas arrancan la pintura y arrojan nubes de humo negro al cielo. Anton tose y, a través de los rugidos del fuego, oye un griterío. Al mirar atrás, ve que un grupo alborotado de personas vestidas de oscuro se acerca a ellos. Todos llevan máscaras negras y portan objetos como piedras, estacas y tubos de hierro; es decir, cualquier cosa que hayan podido encontrar en el camino y que pueda servirles de arma. Mira a Bodil, que está a varios metros detrás de él, y duda un instante antes de comenzar a correr hacia el coche. La turba observa lo que está haciendo y empieza a correr tras él con fuertes alaridos.

—¡Anton! —le grita Bodil con evidente pánico en la voz. Ella también echa a correr, pero pronto se queda aún más rezagada—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Anton no tiene tiempo para responder. Es muy arriesgado, pero es la única oportunidad que tienen. Saca las llaves del coche del bolsillo de su chaqueta y abre el coche sobre la marcha. Acelera y se lanza dentro del Passat. Cierra la puerta al tiempo que lo arranca y pone la marcha atrás. Choca con un BMW aparcado y el coche se sacude, pero pisa aún más el acelerador y consigue salir de allí. Llega hasta donde está Bodil y para el coche. Mientras ella abre la puerta y entra, él pone el coche en marcha y se alejan de inmediato. Una piedra arrojada por la muchedumbre alcanza el coche y oyen un ruido sordo, ante lo cual Anton acelera, haciendo que los neumáticos chirríen.

—¡Joder! —exclama Bodil entre jadeos, mirando hacia atrás para comprobar que han escapado—. Pensé que ibas… —Se calla y él se vuelve de inmediato hacia ella.

—¿Qué? —dice Anton.

—No, solo… Ah, olvídalo.

Anton asiente con la cabeza, sintiendo el efecto de la adrenalina en

su cuerpo mientras conduce por la calle Lantmannavägen. Entonces ve que algunos coches de la policía ya han bloqueado el cruce y decide detenerse. Una vez fuera del coche, aspiran nuevamente el intenso olor a quemado.

—Será mejor que os vayáis de aquí. Esto se está poniendo muy tenso —les dice un colega armado con equipo antidisturbios.

Oyen estruendos y se agazapan por reflejo cuando algo explota.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta —explica Anton—. Estábamos huyendo de eso. Pero ¿cómo habéis llegado aquí tan rápido?

—Uno de los vecinos ha visto lo que estaba a punto de suceder y nos ha alertado.

—¡Esto sí que está fuera de control! —grita otro policía a todo pulmón para hacerse oír entre una docena de alarmas de coches que han empezado a sonar—. Además, un poco más adelante por esta calle, hay un incendio detrás del colegio Kronan.

—Sí, allí estábamos —explica Bodil—. Nos encontramos con una pandilla de locos, no muy amistosos, por cierto.

El colega asiente con rostro serio y se abrocha la hebilla bajo el casco.

—¿Hay algo que podamos hacer? —pregunta Anton.

El oficial niega con la cabeza y dice:

—Tenemos que asegurar esta zona para que los de Protección Civil puedan entrar a apagar los incendios.

Entonces oyen que alguien grita por la radio detrás de ellos:

—Vale, suéltalo.

Dos compañeros vienen corriendo y Anton y Bodil retroceden para no estorbar.

—Tenéis que alejaros —dice el hombre—. No podéis entrar sin

protección corporal. Hay mucha gente en la plaza y en el colegio. Tenemos que sacarlos de ahí y acordonar la zona. Hay daños en todas partes. Varias ventanas han sido destrozadas en el colegio y en la biblioteca, y todavía no sabemos cuántos coches están en llamas en este momento.

Ven el humo que se eleva hacia el cielo, oyen gritos y alaridos y, de repente, ven que una piedra surca los aires y golpea el coche patrulla más cercano. Anton se agacha y siente la mano de Bodil en su brazo.

—Vámonos de aquí —dice, apartando el brazo.

Enseguida suben al coche y se alejan del lugar con la imagen de la nube de humo y los policías agazapados reflejada en el espejo retrovisor.

47

Hedda oye el sonido de las sirenas de los vehículos de emergencia desde la distancia. Tira la desvencijada revista que estaba leyendo y esta aterriza en el centro de la mesa baja de madera. Levanta la vista y observa que la mujer que está detrás de la ventanilla de cristal de la recepción sigue sentada e inmóvil. Parece estar mirando algo delante de ella. «No es de extrañar que los servicios de asistencia sean tan ineficientes si se emplea a alguien solo para estar sentada, sin hacer nada», piensa, y se dirige a Wille:

—¿Por qué siempre nos hacen esperar, aunque ya tengamos cita? —Mira alrededor de la sala de espera. Las sillas vacías están alineadas a lo largo de las paredes y hay algunos juguetes gastados en un rincón—. No parece que haya montones de gente esperando para entrar.

Wille aparta la mirada del televisor que está fijado en lo alto de la pared.

—¿Cómo estás? —pregunta él.

—¿Que cómo estoy? —Hedda gesticula con las manos—. Pues muy bien, excepto porque tengo que sentarme aquí a perder el tiempo.

Wille sonríe y se inclina hacia delante.

—¿Quieres hablar?

—¿Hablar? —contesta ella, menando la cabeza—. ¿De qué?

—Sobre lo que realmente te molesta.

Hedda levanta las cejas de manera inquisitiva. ¿Es que acaso Wille se ha dado cuenta de lo que siente por él? No puede ser. Ella misma no se había dado cuenta hasta ahora.

—Belinda —dice Wille.

—¡Ah! Claro, si quieres hablar de ella, adelante.

Hedda finge ignorancia, pero por supuesto que entiende lo que quiere decir Wille. Sin embargo, él suele hacerle lo mismo. Nunca quiere hablarle de sus asuntos con Belinda. Hedda supone que es porque él piensa que es mejor que no lo sepa. Pero Wille no parece entender la situación. Lo quiere lejos de Belinda, pues sabe mejor que nadie que no se puede confiar en esa mujer.

Wille también finge no entender.

—¿Aún no has hablado con ella? —pregunta él.

Hedda niega con la cabeza. No se ha decidido. A veces siente el impulso de enfrentarse a ella y preguntarle a la cara si es su madre, pero un segundo después no quiere saber nada de ella.

—Sabes, a veces es mejor hablar ese tipo de cosas para luego poder seguir adelante —dice Wille.

Hedda se queda mirándolo sin decir nada.

—Nunca pensé que diría esto. —Sube los pies a la silla que tiene delante—. Pero eres como Anton. Igual de tensa. Él también va por ahí con cara de querer darle una paliza a todo lo que se ponga en su camino. A él también le hace falta hablar.

Hedda se ríe con cierta amargura.

—No sabía que ahora también eres psicólogo. Pero no puedes compararme con Anton. Es algo terrible lo que les sucedió a él y a Gabbi.

El incidente en el sótano ha hecho que tenga cierta relación con Gabbi. No es que sean amigas, pero existe un vínculo entre ellas. Simplemente mantienen sus distancias. Gabbi, como muchas otras mujeres, siente que debe proteger a su marido de Hedda, aunque ella nunca se haya insinuado a nadie y menos a Anton. Pero sabe que tiene ese efecto en los hombres, aunque no lo quiera.

—Sí, están pasando por momentos difíciles —asiente Wille—. Pero creo que está enfadado sobre todo con mamá. Piensa que ella tiene

la culpa de lo que pasó.

Hedda entiende ese punto de vista, pero Mona es tan víctima como los demás, y aunque haya mentido, lo ha hecho para protegerlos a todos.

—¿Y tú? —pregunta Hedda—. ¿No estás enfadado con ella por haberte mentido?

Wille se encoge de hombros.

—Hasta cierto punto, sí, pero creo que tenía sus razones. Todo eso se fue al demonio, como suele ocurrir con las mentiras. Siempre se sabe la verdad, de una forma u otra. —Se queda mirándola—. En cualquier caso, mi consejo es que hables con Belinda para que sepas por qué os abandonó a ti y a tu hermano. Debió tener una buena razón.

Hedda se queda mirándolo por un momento y luego dice:

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué tendría que haber tenido una buena razón? A veces las personas hacen estupideces por puro egoísmo.

—Pero de todos modos tienes que…

—¿Hedda Magnusson?

Ambos levantan la vista y ven a la mujer de la cabina frente a ellos. Hedda asiente con la cabeza y coge sus muletas.

—Ya era hora —murmura Hedda, aliviada de no tener que lidiar con las preguntas de Wille sobre Belinda.

48

Anton aprieta las manos con tanta fuerza que se clava las uñas en las palmas. No sabe de dónde proviene la ira, pero sí que amenaza con desbordarse. Siente que está a punto de perder el control. Mira el pelo erizado de Bodil, sentada frente a él, en el que unas cuantas hebras grises han empezado a relucir entre las oscuras. Percibe su olor a tabaco, a corral y a diésel y contempla su jersey polar anaranjado, lleno de pelusa y con un agujero a la altura de la cintura.

Solo después entendió lo que Bodil había intentado decirle en el coche. Pensó que iba a dejarla, que la abandonaría en manos de la turba enloquecida para salvarse a sí mismo, y le da mucha rabia que lo crea capaz de algo así. ¿Cómo ha podido llegar a pensar así de él? Si ha intentado ayudarla siempre y en todo momento.

Se ve obligado a reprimir su ira cuando Petra Tallberg entra en la sala con una ensalada de supermercado en una mano y los cubiertos en la otra.

—¿Cómo va todo? —pregunta mientras se sienta y abre la tapa.

—Aún no hemos conseguido hablar con Rosie Lehto. Es una pena que hoy se nos haya escapado la oportunidad, pero no era el momento —explica Bodil.

Petra clava su tenedor en la ensalada, mira a Bodil un instante y dice:

—No, definitivamente no es el mejor momento. Es una locura lo que ha sucedido en Kronogården. Tenemos a cinco personas bajo custodia, pero, según los de antidisturbios, hay unos treinta jóvenes implicados. Bueno, ya sabéis cómo es esto.

Anton asiente con la cabeza, preguntándose hasta dónde habría llegado esa banda de enmascarados y encapuchados si los hubieran alcanzado a él y a Bodil.

—Estuvieron lanzando piedras y disparando cohetes y petardos. Han causado muchos daños en los edificios y también han roto la ventana de un coche patrulla. Por no hablar de los siete coches que han incendiado. Es un milagro que nadie haya salido gravemente herido.

Petra se lleva un trozo de pollo a la boca y mastica tan rápido como habla.

—Pero ¿la situación ya está bajo control? —pregunta Bodil.

Petra traga la comida y contesta:

—Podría decirse que sí, pero, como sabéis, estas cosas pueden resurgir en cualquier momento. Tenemos muchos agentes en la zona para prevenir nuevos disturbios.

—¿Prevenir o provocar? —dice Anton.

—No podemos abandonar la zona —contesta, volviéndose hacia él —, pero entiendo lo que quieres decir. Estoy segura de que hay quienes se sienten provocados por nuestra presencia. Pero no ha sido la policía la que ha dado lugar a estos disturbios.

—¿Crees que haya sido una distracción? —pregunta Bodil.

—¿De qué? —dice Petra, volviéndose hacia ella.

—No lo sé. —Gesticula con las manos—. Tal vez haya un cargamento importante de droga y quieran a la policía ocupada en otra parte. No sería la primera vez que pasa eso.

—Podría ser, pero no tenemos noticia de algo así.

—¿Hemos capturado a algún pez gordo? Recuerdo que, cuando Héctor fue detenido, hubo una serie de disturbios en represalia.

—Sí, yo también lo recuerdo, pero no hemos detenido a nadie. Aunque también está circulando un rumor.

—¿Sobre qué?

Petra revuelve la ensalada y levanta la vista.

—La chica asesinada, Laleh. Hay quienes insisten en que es un crimen de odio.

Anton piensa en Kabir Djalali y su declaración en los medios de comunicación. No ha olvidado su mirada iracunda y a su mujer, Prisha, diciendo que está lleno de odio.

—El padre dice que es un asesinato por motivos raciales y cree que el autor ha elegido la iglesia para indicarlo —explica Anton.

—Así es. Hace poco me llamó un cura que, según entendí, está a cargo de la parroquia local. Ha estado recibiendo montones de preguntas sobre lo que pasó y por qué Laleh fue encontrada en la iglesia.

—Creo que Kabir quiere hacer de Laleh una mártir, y eso podría ser muy peligroso —explica Anton.

—Ya es peligroso —corrige Bodil, dirigiéndose a él. Anton la mira a los ojos y percibe que su indignación y su decepción se han calmado. Tendrá que lidiar con ella más tarde. Ahora mismo, tiene que hacer su trabajo.

—Creo que esto es apenas el inicio —advierte Petra, mirando a Bodil y después, a Anton—. Puede ponerse mucho peor.

49

A veces se enfadaban. Como el que me llevó a un piso vacío donde solo había un colchón en el suelo.

Debería haberme dado cuenta cuando abrió la puerta, y debería haberme dado la vuelta y echado a correr. Pero no lo hice. En lugar de eso, le ofrecí un maldito condón y él me lo tiró de la mano. Como si fuera un insulto. Después de eso, no tuve otro lugar adonde huir excepto a mi interior.

No sé por qué seguí vendiendo mi cuerpo. Cada vez me sentía peor y varias veces me dije que era la última vez. Pero nunca lo fue. Seguía diciéndoles que sí cada vez que se ponían en contacto conmigo. Pero no lo hacía por el dinero. Muchas veces lo tiré. Es solo que se convirtió en una necesidad, una forma de adormecer la ansiedad mientras la deshonra apretaba cada vez más, como si fuera una soga alrededor de mi cuello.

50

Hedda termina la llamada y se gira en la silla del despacho para quedar delante de Mona.

—Era un marido celoso que quería que espiáramos a su mujer, pues sospecha que tiene un amante.

Mona se quita las gafas de leer y hace una mueca de desagrado, de manera que Hedda suelta una carcajada.

—Pero no te preocupes. Ya he rechazado el encargo.

—Bien hecho. Ese tipo de trabajo no es para nosotras —explica Mona, y vuelve a leer los correos electrónicos.

Hedda se lleva la lata de Coca-Cola helada a la boca mientras mira a Mona. Le parece que es una persona única y se siente afortunada de haberla conocido. Además de dejarla vivir gratuitamente en su casa, le paga un sueldo y la anima a estudiar para salir adelante en la vida.

Pero, a pesar de esa enorme generosidad, Hedda nunca llegará a sentir que pertenece a este lugar. No es más que una chica a la que Mona le ha cogido cariño y ha sacado de la alcantarilla. Es solo caridad, como esas personas a las que Mona suele donar dinero de manera anónima. Nadie sabe cuánto durará esto. Puede que dentro de unos meses se canse de ella, de la consultoría jurídica y de Vargön y se mude de nuevo al extranjero. La verdad es que no conoce a esta mujer que, por alguna razón, se cruzó en su camino. Parece tener muchas capas que van desprendiéndose una a una, y es imposible saber en qué acabará todo. Pero está agradecida por las oportunidades que le brinda y las aprovechará mientras pueda.

Vuelve al ordenador y sigue buscando sobre el caso de Sophie. Se ha leído todo lo que ha podido encontrar sobre grooming, explotación sexual y prostitución de menores. Se ha dado cuenta de que hay mucho más sobre esos temas de lo que imaginaba. También

ha intentado conseguir algo sobre Oliver, pero, al no encontrar nada, ha ampliado la búsqueda a sucesos relacionados con iglesias con la esperanza de encontrar alguna conexión con Laleh Djalali. Pero eso también se ha vuelto un callejón sin salida. Solo ha encontrado un par de artículos sobre vandalismo y profanación de tumbas, así como un viejo artículo de cuando TTELA era aún el periódico Elfsborgs Läns Allehanda. En el artículo se habla de dos jóvenes hermanos que «intervinieron de manera admirable» para impedir que un ladrón robara la vajilla de plata de la iglesia. Por otro lado, ha encontrado mucho sobre xenofobia y crímenes de odio, pero en este momento las páginas de noticias están llenas de reportajes sobre coches quemados y paradas de autobús destrozadas en el distrito de Kronogården.

—Han vuelto los disturbios a Trollhättan —dice, girando la pantalla hacia Mona.

—Sí, ya lo he visto —asiente Mona, y da un sorbo a su café.

—Cada vez está peor. Cuando vivía allí, nunca me pareció tan peligroso. Pero ahora… —Hedda menea la cabeza.

Mona levanta las cejas.

—¿Te refieres a cuando eras joven?

—Sí, bueno, voy a cumplir veintiséis este año, así que, sí… —contesta, gesticulando con las manos, y ambas echan a reír.

Por supuesto que aún es joven, es solo que ha madurado bastante desde que se mudó con Mona. Es una persona más responsable y planificadora. Aunque ya había comenzado ese viaje por sí misma cuando tomó la decisión de estudiar para entrar en la universidad, es verdad que antes estaba siempre de fiesta y viviendo como si no hubiera un mañana.

Cuando tenía quince años, como Sophie y Laleh, se creía inmortal y no le importaba nada; pero ahora, cuando ve chicas de esa edad, le parece absurdo. Son solo chiquillas.

—Tal vez deberías llamar a tu padre para ver si no ha quedado

atrapado en medio de los disturbios —sugiere Mona.

Hedda asiente con la cabeza, ya que ella también lo ha pensado, pero ha preferido no hacerlo. Por lo general, no le agrada posponer las cosas, pero ahora es diferente porque sabe que la próxima vez que lo vea tendrán que hablar de Belinda.

—Ojalá pudiéramos atrapar a ese cabrón de Oliver —dice Hedda para evitar tratar el tema de su familia.

Hedda imagina cómo lo hace. El tal Oliver droga a las chicas en sus supuestas «fiestas» para que otros viejos asquerosos se las follen por dinero. Algunas lo hacen por dinero y otras porque se han metido en una situación de la que no pueden salir, tal vez a causa del grooming.

Mona asiente pensativa y se reclina en su silla.

—Me alegro de que Alma haya vuelto a casa. Tal vez ahora pueda tener una vida más normal.

Hedda no está tan preocupada por Alma. Pero Sophie, que no se ha criado en la selva, sino que procede de un entorno protegido en el que nunca ha tenido que luchar por nada, está en mayor peligro. No durará mucho si es verdad que ha caído en las garras de Oliver. Piensa en la chica lastimada del vídeo, preguntándose quién será y qué le habrá pasado. ¿Es una Sophie o una Alma?

—No hay nada más importante que la familia —comenta Mona pensativa, y Hedda la mira con atención. ¿Mona está pensando en su tensa relación con su hijo? Es normal que Anton esté triste, pero está siendo injusto. No es raro que su madre mintiera acerca de su exmarido. Es obvio que el hombre no está bien de la cabeza y ella solo hizo lo que tenía que hacer. ¿Acaso no lo entiende?

Mona parece malinterpretar su silencio, puesto que deja la taza e inclina la cabeza.

—Aún no sabes por qué Belinda hizo lo que hizo. Tal vez tenía sus razones y deberías escucharlas. Primero habla con ella y después tomas una decisión.

Hedda se levanta de manera impulsiva y golpea la lata de Coca-Cola en el acto, pero ella misma logra evitar que se vuelque.

—Suenas igual que Wille —dice, poniendo la lata en su lugar.

—¿Igual que Wille? —repite Mona, mirándola a los ojos.

—Sí, él me ha dicho exactamente lo mismo.

Mona asiente despacio con la cabeza y dice:

—Bueno, a veces pensamos un poco parecido.

—Sí, de tal palo, tal astilla, como suele decirse.

Al momento de pronunciar estas palabras, siente un vuelco en el estómago. No quiere ser como su madre o como su padre. Una perra despiadada que los abandonó a ella y a su hermano, y un borracho bipolar que se automedica. Qué jodidos árboles le han tocado.

—Oye, estaba pensando en algo —dice Mona.

—¿Qué?

—Tal vez puedas hablar con Belinda para ver si sabe algo sobre Oliver y sus fiestas.

Hedda se queda mirándola. ¿Cómo puede pedirle que haga algo así?

51

Huele a bosque y a musgo. El suelo fangoso hace que los zapatos de Mona se atasquen, pero un poco más arriba en la montaña las agujas de pino han formado una alfombra suave en la que se puede andar con facilidad.

Una vez en la cima, se detiene y se da la vuelta, respirando aún con dificultad por el esfuerzo, para contemplar el diminuto pueblo de Vargön. La niebla matutina aún no se ha disipado por completo sobre las casas ordenadas en hileras con sus tejados rojos y negros, las ruinas de la antigua fábrica y el río Göta que atraviesa el majestuoso paisaje.

Conoce todas las calles y rincones y, aunque nadie diría que es un pueblo bonito, a ella le encanta. Respira hondo, dejando que el aroma del terruño le llene los pulmones.

—Vamos, Coco —dice después de haber recuperado el aliento. La perrita mira hacia arriba con la cola golpeteando el suelo y sus patas negras de suciedad. Mona le sonríe con cariño.

Siguen avanzando por el suave sendero y, cuanto más se adentran en el bosque, más la abrazan los altos y oscuros troncos de los árboles y los sonidos del bosque. El sol juega entre los árboles, espolvoreando su halo dorado sobre las rocas cubiertas de musgo y los árboles caídos, que Coco salta con alegría.

Es como si el tiempo se hubiera detenido en las montañas. Son los mismos aromas. El chasquido de los troncos de los árboles y el sonido del viento jugando entre las ramas no han cambiado desde que era niña y paseaba por aquí junto a su abuela.

«Son las montañas que nos hablan», solía susurrarle la abuela, y Mona escuchaba con devoción, intentando comprender lo que eso significaba. La abuela encontraba señales en todo: en el piar de los pájaros, en los excrementos de los animales y en la niebla baja que cubría los prados, pero ella nunca pudo descifrarlas.

Pasa por encima de un arroyo murmurante cuando algo llama su atención. Levanta la mirada y le parece ver la silueta encorvada de su abuela junto a una enorme roca un poco más arriba. Incluso percibe su aroma en el viento y siente como si estuviera con ella, pero el momento mágico desaparece cuando Coco la despierta con un ladrido.

Sonríe al recordar que su padre solía poner cara de tedio y decía que la abuela no tenía todos los tornillos en su lugar. No recuerda que su madre lo contradijera, pero tampoco estaba de acuerdo con él, y Mona cree saber por qué. Su madre, al igual que ella, siempre sintió que había algo en las montañas. Ninguna de ellas atravesó el bosque y las montañas jamás sin sufrir sus efectos. Es como si los pensamientos se aclararan en la naturaleza y sus alturas.

Más adelante en el sendero, Coco se detiene de repente y comienza a olfatearse con una pata levantada. Mona se estremece al sentir que un viento helado la envuelve y por un momento le parece como si hubiera un aliento sobre su cuello. Se gira deprisa, llevada por el instinto, pero el oscuro bosque está totalmente vacío. Sin embargo, comprende lo que esto significa: mientras Alexander esté cerca, ella y sus seres queridos siempre estarán en peligro.

Siente que el miedo la invade. ¿Cómo conseguirá que Anton se aleje de él antes de que sea demasiado tarde? Está atrapado en una oscuridad que lo conduce hacia Alexander como una polilla hacia la luz.

52

Mona aún está en la montaña cuando suena su móvil. Es la voz de Eva Rönnberg, pero está cargada de una incertidumbre que no le ha escuchado antes.

—No sabía a quién llamar —dice Eva—. Acabo de recibir una llamada de la madre de Alma.

—¿Sobre qué? —Mona frunce el ceño.

—Se suponía que Alma iba a volver a casa ayer, pero nunca llegó.

Mona contempla el bosque a su alrededor, recordando lo feliz y emocionada que estaba Alma la última vez que habló con ella.

—Me llamó ayer —explica Mona—. Yo entendí que iba a irse directamente a casa.

—Nunca llegó —dice Eva, y Mona mira el cuerpo ambarino de Coco desapareciendo detrás de las raíces salientes de un árbol—. Espero que no le haya pasado nada —continúa Eva.

Mona menea la cabeza. Otra más no. Levanta la vista y reanuda su marcha a través del bosque.

—¿Y por qué vivía en la granja?

Eva se queda callada durante un momento y luego dice:

—Sabes que no puedo decírtelo.

—Sí, ya he oído tus razones. —Se está cansando de que Eva juegue la carta del voto de confianza cada vez que rehúsa hablar—. Pero me estás llamando para decirme que no ha llegado a casa. Así que, o me lo dices, o terminamos la llamada. Sé que tiene que ver con el nuevo novio de su madre.

—Sí —dice Eva con cierta vacilación—, supongo que debo decírtelo

de todos modos. Esto ya es demasiado. —Suspira—. La historia de Alma es como la de muchas otras, con problemas en casa. Su madre conoció a un hombre y, en pocas palabras, el tipo fue a por Alma. Se vio obligada a huir a la calle y acabó en las drogas y la prostitución. Un día vino a nosotros y, lógicamente, le ofrecimos ayuda.

Mona asiente angustiada. Ya había deducido que la pareja de su madre había abusado de Alma, pero la pregunta es si ese hombre tiene algo que ver con que no haya llegado a casa.

—¿Crees que el novio de la madre le haya hecho algo?

—Oh, espero que no —dice Eva con desesperación—. Ya no vive con la madre.

—¿Y la madre ya ha denunciado la desaparición a la policía?

—No.

—Otra vez la misma idiotez. —Mona gesticula con la mano—. Pero ¿qué le pasa a la gente? ¿Por qué nadie acepta la ayuda de la policía?

—No puedo responder por toda la gente, pero sé que muchas de estas personas no han tenido buenas experiencias con mis antiguos colegas de la policía. No se atreven a confiar en ellos y no creen que vayan a ayudar.

Mona tuvo la misma impresión cuando la conoció en el establo. Las chicas como Alma crecen en un entorno en el que aprenden muy pronto que la policía es el enemigo.

—¿Y tú? —pregunta Mona—. ¿No puedes poner la denuncia?

—Ya sabes que no.

Al escuchar esto, Mona se pregunta si debe hacerlo ella misma. Ni ella ni Eva podrán decir que han asumido su responsabilidad si dejan a Alma a su suerte sin hacer todo lo posible por ayudarla.

—Me pasaré hoy por tu casa para hablar de esto.

En realidad, también tiene que hablar con Eva sobre el vídeo. Solo tiene que hallar una forma de sacar el tema sin causar un lío.

Terminan la conversación y Mona y Coco bajan el resto de la montaña. Sin embargo, un pensamiento la atormenta durante todo el camino de vuelta a casa: ahora hay dos chicas desaparecidas y una tercera que está muerta.

53

Los esqueletos de los coches quemados parecen sonreírles de forma socarrona. La cinta policial de color azul y blanco ondea al viento y las paradas de autobús de Kronogården están rotas y vacías. Anton y Bodil conducen lentamente por las calles desiertas y el suelo cubierto de fragmentos de cristal y hollín negro. Esquivan un carrito de la compra volcado que alguien ha tirado en medio del camino y, por segundo día consecutivo, paran delante del colegio. Una chica delgada con vaqueros negros ajustados y agujeros en las rodillas y botas Dr. Martens con suela de plataforma se levanta de un banco y los mira.

—¿Rosie? —pregunta Anton una vez que han salido del coche, y la chica asiente.

—Vamos —dice ella y, sin mirarlos, se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta, mira hacia el suelo y se adelanta con pasos rápidos.

Anton y Bodil intercambian miradas y empiezan a seguirla.

—Tampoco hace falta ir con tanta prisa —dice Bodil, quedándose atrás.

Rosie mira a su alrededor con evidente nerviosismo y contesta:

—No quiero que me vean con vosotros, ¿entiendes? Se nota de lejos que sois polis. —Anton sonríe con cierta amargura. Ahora mismo son los únicos en la zona y es muy probable que estén generando malestar solo por estar aquí, pero necesitan hablar con Rosie ahora que por fin la han encontrado. Rosie señala con la cabeza hacia un parque infantil vacío—. Allí podemos hablar en paz.

Los tres se ocultan detrás de una casita de plástico roja. Anton mira a su alrededor y siente como si fuera un traficante de drogas a punto de hacer un trato.

—Quiero que quede claro que solo lo hago por Laleh —explica Rosie, metiendo las manos otra vez en los bolsillos de la chaqueta y mirándolos con aire desafiante.

—Y apreciamos que…

—Sí, sí —interrumpe Rosie con impaciencia—. ¿Qué queréis saber?

—¿Sabes algo que pueda ayudarnos a averiguar qué le pasó a Laleh?

Rosie los mira en silencio un momento y luego dice:

—He pensado sobre el tema, pero no creo que pueda aportar mucho.

—Pero era tu mejor amiga —dice Bodil.

—Sí, antes. —Pisotea el suelo con las botas—. Éramos amigas de toda la vida, pero luego nos distanciamos. Ella fue quien se alejó.

—¿Y por qué crees que se alejó?

Rosie se encoge de hombros.

—Ya no queríamos las mismas cosas.

—¿Como qué?

—Teníamos el plan de salir de este barrio. Íbamos a estudiar mucho y a convertirnos en alguien en la vida. Laleh incluso fue al colegio en Strömslund durante un tiempo, pero volvió a Kronan.

—¿Por qué volvió? —pregunta Anton.

—Sintió que no encajaba. —Menea la cabeza—. Debería haber apechugado. Hubiera sido mejor que se quedara.

—Pero ¿por qué si no le gustaba? —pregunta Bodil.

Rosie se queda mirándola y dice:

—En nuestro colegio, la mayoría se gradúan del noveno grado sin

poder acceder a un instituto, mientras que en el lado oeste de la ciudad la mayoría sacan las mejores notas. ¿Dónde crees que es mejor estudiar?

—En el lado oeste —contesta Bodil.

—Claro. Pero pronto se dan cuenta de que no pueden competir.

—¿Por qué?

—Porque a alguien se le ocurrió la brillante idea de mezclar a los inmigrantes con los estudiantes de padres suecos y con buenas notas. Nos quieren sacar de aquí en autobús. Una idea estúpida, en mi opinión. Por supuesto que todo se va a ir al demonio. Muchos aquí apenas hablan sueco y los del otro lado no nos quieren allí.

Anton sabe de lo que habla Rosie. La ciudad está dividida y la E45 es la frontera. La decisión de cerrar el colegio ha recibido muchas críticas y algunas personas incluso han hecho declaraciones en los medios de comunicación. Pero también hay quienes están a favor.

—No es justo que los adolescentes enfrenten las consecuencias de que los políticos hayan jodido la integración —dice Rosie, con un rostro cada vez más irritado—. ¿Por qué las chicas motivadas deben ser arrastradas por las que no pueden o no quieren estudiar? Es el mismo principio detrás de poner a las chicas más estudiosas como silenciadoras al lado de los chicos con déficit de atención. Quizá los profesores se sientan aliviados, pero las chicas estudiosas resultan perjudicadas. —Gesticula con las manos—. Pero ¿a quién coño le importa? Las chicas no dicen nada de todos modos.

Después de decir esto, aleja con un puntapié una piedra que ha sacado de la arena.

—Estoy en mi último año en Kronan, tengo las mejores notas y también trabajo para ganar dinero. Se puede, pero cuesta más de lo normal. Los políticos deberían buscar soluciones para quienes queremos y estamos dispuestas a luchar, en lugar de arruinar las cosas para todos.

—Entiendo —dice Anton, impresionado por el ímpetu de Rosie—.

Tienes razón en lo que dices. Y enhorabuena por todo lo que has conseguido. No debe haber sido fácil.

—Pero ¿qué hay de Laleh? —pregunta Bodil—. Has dicho que no queríais las mismas cosas, ¿no?

Rosie asiente y su rostro adquiere una expresión de tristeza.

—Sí, consiguió una nueva mejor amiga y solo hacía cosas con ella. Incluso dejó de hablarme.

—¿Quién es esa amiga?

Rosie se encoge de hombros y los mira un momento antes de decir:

—Ni idea.

—Entiendes que no serás una soplona si nos lo dices, ¿verdad? —dice Bodil.

La chica no responde, pero parece estar pensando. Entonces dice:

—No sé quién es, pero sé que no era buena para Laleh.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—Su madre dice que Laleh era una chica muy ordenada.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Rosie—. ¿Qué sabe Prisha? Siempre ha dicho que Laleh es muy buena y mojigata, pero estaba muy lejos de ser ese angelito.

—¿A qué te refieres?

—Como he dicho, esa amiga no era buena para ella. Le hizo creer que podía usar un atajo para salir de aquí. —Rosie hace una pausa —. Consiguiendo dinero de… Bueno, ya sabéis cómo.

Anton asiente despacio con la cabeza.

—¿Era prostituta? ¿Quieres decir que de allí sacaba el dinero?

Rosie asiente y baja la vista. La gruesa suela de su bota derecha marca un patrón en la arena mientras arrastra su pie hacia delante y hacia atrás.

—¿Sabes si alguna vez estuvo en una granja en Brätte?

—¿Brätte? —repite, levantando la vista—. No, no lo creo. ¿Te refieres a Brättegården?

Anton conoce bien Brättegården. Es un centro juvenil en el que acogen a chicas con problemas de diversa índole, pero también a las que les han dictado un internamiento en los servicios de psiquiatría infantil y juvenil.

—No —contesta—. Me refiero a una granja de caballos en Brätte.

—No, no he oído nada de eso.

—¿Y te dice algo el nombre de Oliver?

—¿Qué Oliver?

—No tenemos el apellido.

—Pues hay un Oliver en el colegio, pero no creo que Laleh haya tenido nada que ver con él. Digamos que no es su tipo. Y no creo que sea alguien que os interese. —Se muerde el labio inferior—. Pero ahora que mencionas esto de la granja de caballos, recuerdo que una vez me mostró una foto donde había caballos al fondo. Me pareció un poco extraño porque Laleh no tenía ningún interés en los caballos. Quizá eran de esa granja, ¿no?

—¿Nada más? ¿Solo caballos?

—También había un viejo en la foto.

—¿Recuerdas cómo era? —pregunta Anton de inmediato.

Rosie se encoge de hombros y dice:

—No sé. Como un viejo cualquiera. Con una chaqueta gruesa, tipo parka. No recuerdo mucho. Era calvo y parecía bastante viejo.

54

Mona entrecierra los ojos ante la intensa luz en el espejo retrovisor. Al moverlo para no deslumbrarse, no nota que el coche que tiene delante se detiene de repente.

—¡Maldita sea! —grita, frenando de golpe. No llevaba mucha velocidad en la curva, pero habría sido suficiente para que su enorme Land Rover causara daño al pequeño Mini Cooper parado.

Tiene una larga cola de coches delante de ella. Ve luces amarillas que parpadean más adelante, pero no sabe si se trata de un accidente o si son las obras de la carretera lo que está provocando esta congestión.

Entorna los ojos y mira por el espejo retrovisor para averiguar de dónde viene la luz encandiladora. Detrás de ella hay una camioneta negra con faros adicionales en el techo que brillan con intensidad a pesar de que es una tarde con mucha luz natural. «¿Qué clase de idiota conduce así en pleno día?», se pregunta, tratando de distinguir al conductor a través del parabrisas, pero solo puede ver una silueta oscura.

Las luces traseras ovaladas del Mini Cooper siguen brillando y el tráfico sigue parado. Mira hacia el lago Vassbotten, el cual se extiende a su derecha en el sitio donde se hallaba el predecesor del actual pueblo de Vänersborg. El agua refleja la luz del sol que aún se asoma tras el horizonte poblado de coníferas.

Entonces percibe que algo se mueve por el espejo retrovisor. La puerta de la camioneta está abierta y un hombre vestido de oscuro sale del vehículo y comienza a caminar en su dirección. Mona supone que debe querer investigar la razón por la que se ha parado el tráfico.

Al principio piensa en hablarle, pero cambia de opinión. Cierra los ojos y se reclina en su asiento, cantando al ritmo de Knowing Me, Knowing You, de Abba, pero un ruido en la ventana la hace girarse.

Se estremece al ver la cara del hombre muy cerca del cristal.

Esta reacción parece divertir al hombre, ya que sonríe mientras toca a la ventana. Mona extiende la mano de manera automática hacia el elevalunas y baja el cristal, creando una rendija.

—¿Eres consciente de que he estado a punto de chocar hace un momento por culpa de esos faros? —pregunta ella con mordacidad —. Deberías redirigirlos para que no deslumbren a la gente. Además, ni siquiera está oscuro. ¿Para qué los necesitas?

El hombre se queda mirándola un momento y dice:

—¿Mona Schiller?

Ella frunce el ceño, preguntándose si acaso no escuchado lo que acaba de decirle. ¿Y quién es este tipo? Lo mira con atención, pero no consigue recordarlo de ninguna parte.

—He reconocido tu Land Rover —dice el hombre, señalando el coche con la cabeza, aunque ella no ha respondido.

Mona menea la cabeza de manera inquisitiva.

—¿Nos conocemos?

—No. Soy vecino de los Rönnberg. —Sonríe—. Estuviste allí hace unos días, ¿no?

Mona asiente con la cabeza, apartándose de la ventana mientras el hombre se relame los labios secos.

—He reconocido tu coche —explica, sonriendo aún más, como si estuviera orgulloso de ello—. Por eso me he acercado.

En lugar de devolverle la sonrisa, se queda mirando fijamente al extraño hombre.

—¿Puedo preguntar por qué lo has hecho?

—Porque quería saber quién eres —contesta, inclinándose más hacia la abertura de la ventana, permitiendo que ella perciba su

aliento con olor a café—. Hablé con tu asistente ese día. ¿Habéis encontrado a la chica que buscabais?

Mona mira la camioneta negra por el espejo retrovisor y establece la conexión. Debe ser el ayudante de Eva y Fredrik, pero ¿por qué la ha estado investigando? Se vuelve hacia el hombre y observa que tiene una gota de moco en la punta de la nariz y el quepis le cubre parte de la frente. El hombre levanta un brazo para limpiarse la gota con la parte superior de la mano y luego lanza un escupitajo al lado de la carretera.

En lugar de responderle, Mona mira hacia otro lado y menea la cabeza con la esperanza de que se vaya.

—Las personas desaparecen —dice él de repente.

Lo mira sorprendida. ¿Qué demonios significa eso? Parece que la ha estado siguiendo y ahora también le está haciendo una especie de amenaza velada. Lo primero que viene a su mente es Alexander, así que entorna los ojos y dice:

—¿Qué quieres decir con eso?

El hombre endereza la espalda, mira la cola de coches y dice:

—Será mejor que me vaya. Están empezando a moverse.

Mona observa el Mini Cooper delante de ella y comprueba que ya ha comenzado a moverse. Cuando se vuelve hacia el hombre para preguntarle de nuevo a qué se refiere con eso, él ya se alejado hacia su camioneta.

55

Anton observa la delgada figura que camina con premura hacia el colegio. Rosie dijo que prefería salir sola del parque infantil, no en compañía de dos policías, y Anton entiende la situación.

—Es una chica lista —dice, volviéndose hacia Bodil—. Lástima que no haya podido ayudarnos mucho.

—Sí. De verdad esperaba conseguir algo —dice ella, dando un puntapié a una piedra, que vuela hacia lo que antes era un arbusto, pero que ahora es apenas un montón de ramas quemadas frente a los edificios de ladrillo rojo.

—Si al menos tuviéramos el nombre de esa amiga —se lamenta Anton.

—Sí —asiente Bodil—. Voy a llamar a Steffen para pedirle que busque sobre ella en el móvil de Laleh.

—También pídele que busque la foto de la que hablaba Rosie.

Mientras Bodil llama al informático forense, Anton ve que hay un hombre solitario caminando por una extensión de bosque ralo más allá del aparcamiento. Encuentra algo familiar en esa figura, y sus pasos rápidos y decididos hacen que Anton mire hacia donde el hombre está caminando. Mientras oye a Bodil hablar por teléfono con Steffen, observa a una pareja sentada en un banco del parque. Las dos personas están tan cerca entre sí que es difícil saber dónde acaba una y dónde empieza la otra. El hombre se acerca a la pareja, pero ellos no parecen darse cuenta de su presencia. Anton frunce el ceño, pues le parece que hay algo amenazante en toda esta situación.

—¿Qué pasa? —pregunta Bodil, que ya ha terminado la llamada.

—Mira allí.

Anton señala los árboles. El hombre se acerca más a la pareja y estos se alejan al verlo, pero él coge a la chica por el brazo y la pone en pie de un tirón. La chica grita e intenta resistirse, pero no es rival para el robusto hombre. Le da un golpe tan fuerte en la nuca que, si no la hubiera tenido agarrada con la otra mano, habría caído al suelo.

—Pero qué demonios… —dice Bodil, guardándose el móvil, y comienza a correr hacia ellos.

Anton es más veloz y pronto consigue alcanzarlo. El chico también se ha puesto de pie y está en posición de combate, con los puños cerrados cerca de su cuerpo. Tiene el pelo oscuro alborotado y la cara, enrojecida. Anton ve que parece querer impedir lo que está sucediendo, pero algo lo detiene. El hombre parece decirle algo y el chico retrocede unos pasos y luego se queda quieto, viendo que el hombre se aleja con la chica.

—¡Joder! —le grita a Bodil—. Pero ¡si es Kabir Djalali!

—Sí, lo he visto —dice ella con la respiración agitada.

—Con la hermana pequeña de Laleh.

Anton disminuye la velocidad al observar que Kabir arrastra a la chica por el césped hasta llegar al camino peatonal pavimentado en dirección hacia ellos. Kabir levanta la vista y se detiene en seco al darse cuenta de su presencia. Levanta la mano para limpiarse un hilo de saliva que le cuelga de la barbilla. Mientras sigue sujetando con fuerza la parte superior del brazo de la chica, tira de ella para ponerla a su lado.

—Kabir —dice Anton, deteniéndose frente a él.

Kabir lo mira y, cuando Bodil se acerca al lado Anton, su mirada se desliza hacia ella.

—¿Aún os atrevéis a mostrar la cara por aquí? —dice enfadado.

—¿Y por qué no habríamos de hacerlo? —contesta Bodil con la respiración agitada, y después se dirige a la chica—. ¿Estás bien? —le pregunta, y la chica asiente con la cabeza en respuesta.

—Claro que está bien —interviene Kabir—. ¿O qué creías?

Bodil da un paso hacia delante y se pone frente a él.

—La oímos gritar mientras tirabas de ella. ¿Qué se supone que deberíamos pensar? ¿Debemos pasar por alto algo así? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Kabir resopla sin retroceder ni un paso.

—Veis un inmigrante y enseguida sacáis vuestras conclusiones. Pero ¿dónde estabais cuando Laleh os necesitaba? ¿Dónde?

Sus ojos oscuros reflejan un odio vehemente, y su hija hace una mueca de dolor cuando le aprieta el brazo con más fuerza.

—Lo que le hicieron a mi hija nunca debió haber ocurrido. ¿Por qué no la ayudasteis cuando la drogaron, la violaron y la asesinaron?

Anton mira a Kabir y habla con toda la calma que puede:

—Era imposible que lo supiéramos.

—No, claro, si no sabéis nada —responde Kabir con desprecio.

Anton mira a la chica, que intenta liberarse. Nota que tiene un moratón en la mejilla y, de repente, lo sacude la idea de que pueda estar involucrada en lo mismo que Laleh. Su mirada se dirige al bosquecillo, donde el chico delgado sigue mirándolos. Entonces nota algo más alarmante. Un grupo de jóvenes vestidos de negro se ha congregado a lo largo de la vía peatonal, y parecen estar observando todo lo que sucede.

—No lo sabéis, porque no os importa —continúa Kabir con una voz tan enérgica que resuena entre las casas—. No os importa la gente como nosotros.

—Eso no es verdad —replica Anton, haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

—¿Por qué no hacéis algo entonces?

—Para eso estamos aquí ahora mismo.

Kabir no escucha, sino que sigue hablando:

—Mi hija era musulmana. Somos musulmanes. ¿Crees que no me doy cuenta de que querían enviar un mensaje?

Anton desvía la mirada hacia los jóvenes vestidos de negro, que siguen sin moverse.

—¿Qué mensaje? ¿Para quién? —pregunta Bodil.

—Para mí. Y para toda nuestra comunidad. —Gesticula con las manos—. Creo que es hora de que tomemos el asunto en nuestras manos. Hubo un incendio y los bomberos ni siquiera aparecieron.

—Cálmate, por favor —insta Bodil—. No pudieron llegar a causa de todo el caos que había aquí, y la policía no lo provocó. Estaban lanzando piedras a nuestros colegas. Sus vidas estaban un peligro.

—Son solo excusas. —Kabir gesticula con ambas manos—. Eso es todo lo que tenéis. ¡Deberíais hacer algo de verdad!

—¿Es que acaso no lo entiendes? Estamos haciendo todo lo que podemos, pero cada vez que venimos nos llaman cerdos. Créeme, estamos tratando de encontrar al asesino de tu hija.

Kabir resopla.

—No deberías fomentar este tipo de emociones —dice Anton, tratando de dominar él mismo la rabia que le producen las injustas acusaciones de Kabir—. Se está investigado el incidente como un disturbio violento. Incitaste a esas personas a saquear, destrozar y quemar, pero con ello también has provocado que el resto de las personas, los niños y los ancianos, tus vecinos, se sintieran inseguros en sus propias casas. ¿Es eso lo que quieres?

Se miran el uno al otro durante un largo silencio.

—No lo entiendes —dice Kabir al fin—. Si eso es lo que tenemos que hacer para llamar la atención, así será. No puedo permitir que la muerte de Laleh haya sido en vano. Tengo que vengarla. Yo sé

por qué le hicieron eso. Todo el mundo sabe por qué. Incluso la gente de la iglesia. Todos lo creen, excepto vosotros.

Anton menea la cabeza, exasperado. Si tan solo pudiera hacer entender a Kabir, antes de que sea demasiado tarde. Se dedica en cuerpo y alma a la muerte de su hija, pero ¿qué hará el día que descubra que era una prostituta? Que no era la niña buena que él y Prisha creían conocer.

—Tenemos que irnos de aquí —dice Bodil, poniendo una mano en el brazo de Anton y señalando con la cabeza a la cuadrilla, que parece haber crecido, pues hay más personas vestidas de oscuro.

Anton mira hacia los encapuchados y siente que su cólera está a punto de desbordarse. Nota que su pulso se acelera y quiere golpear a alguien con toda sus fuerzas.

56

Hedda pulsa el timbre del piso, pero no pasa nada, así que vuelve a llamar a la puerta y mira alrededor, hacia las puertas cercanas. Todo está exactamente igual que cuando era pequeña. Rita sigue viviendo en el piso de al lado, y huele al mismo estofado que le daba a ella y a Ragnar cuando se compadecía de ellos. Y el viejo Larsson debe estar mirando detrás de la otra puerta. Hedda levanta la mano para saludarlo y sonríe al pensar que ahora debe estar alejándose de la mirilla.

Pero su sonrisa desaparece cuando mete la llave en la cerradura. Gira la llave con el mal presentimiento de lo que están a punto de encontrar. Cuando oye que la cerradura se abre, mira a Wille, que está a su lado.

Al asomarse en el oscuro vestíbulo, arruga la nariz, pues huele a basura y a mierda. Se apoya en las muletas y entra lo más rápido que puede mientras Wille hace lo propio y cierra la puerta tras ella con suavidad.

Se detiene y mira en la caótica cocina, pero no hay nadie. Se adentra en el apartamento y mira en el salón, pero este también está vacío. Solo queda el dormitorio. La puerta está entreabierta y la empuja con su muleta. Las persianas están cerradas y todo está a oscuras, pero lo ve en la cama. Extiende la mano y sacude su cuerpo.

—¿Papá? —dice en voz alta.

El bulto en la cama no responde, pero emite un gruñido que la hace exhalar aliviada. Al menos está vivo. Lo sacude con más fuerza.

—¡Papá, despierta!

La poca luz que entra desde el pasillo parece estar bloqueada y, al girarse, Hedda ve que esto se debe a que Wille se ha acercado a la puerta.

—¿Cómo vas? —pregunta él—. ¿Hay algo que pueda hacer?

Hedda niega con la cabeza y se dirige a su padre una vez más. ¿Cuánto tiempo lleva así? No ha hablado con él en dos meses. Un sentimiento de culpa le llena el estómago de malestar.

—Tenemos que darle algo —dice ella—. Ven.

Hedda se dirige a la cocina y abre la nevera, pero retrocede ante el hedor y la cierra al instante. Hurga en la despensa y encuentra un sobre de sopa de rebozuelos. Aunque la fecha indica que caducó hace seis meses, todavía debe ser comestible. Calienta una taza de agua en el microondas, vierte el polvo y remueve.

—Toma esto —le dice a Wille, y vuelve al dormitorio.

—Siéntate —le dice a su padre, pero él sigue sin responder, así que le quita las mantas, dejando al descubierto su cuerpo pálido y delgado. Tiene la mirada perdida. Parece como si esos ojos rojos no pudieran reconocerla. Un hilo de saliva cuelga de su agrietado labio inferior y ella se lo limpia con la sábana.

Entonces se mueve poco a poco hasta quedar en posición sentada y ella le ajusta la almohada detrás de la espalda. Wille le entrega el tazón de sopa y ella le acerca la cuchara a la boca.

Al principio no abre la boca. Hedda casi tiene que forzar la sopa entre sus labios. Pero, una vez que la prueba, abre la boca como un pájaro. A Hedda le desagrada que se relama los labios con cada cucharada y le cuesta soportar el hedor de su cuerpo. Pero la taza se va vaciando cucharada a cucharada mientras se oye el tintineo causado por Wille en la cocina.

—¡Wille! —grita ella, y el sonido se detiene.

Un instante después, Wille aparece de nuevo en la puerta.

—¿Sí?

—¿Puedes ayudarlo a ducharse?

Le parece que su padre está un poco más espabilado después de

comer la sopa, pero prefiere dejárselo a Wille. Hedda ya ha visto ese cuerpo antes, cuando ella y Ragnar solían quitarle lo peor de la borrachera con una ducha.

Una vez en la cocina, Hedda comprueba que Wille ya ha comenzado con la limpieza, así que pone una cafetera y continúa con el trabajo donde él lo ha dejado. Tira los sobres y la publicidad y pone la vajilla sucia en remojo. Cuando Wille y su padre vuelven de la ducha, todo está limpio y se sientan a la pequeña mesa de la cocina.

Su padre se muerde el labio inferior y ella se avergüenza de él como no lo hacía desde que era una niña. Se balancea en la silla marrón que tiene una pata suelta y mira a Wille. Hubiera preferido que no viera todo esto, pero no parece sorprendido. Debió darse cuenta de la clase de persona que es su padre hace mucho tiempo. O quizá se dio cuenta en la casa de Mona, en Nochebuena, cuando su padre se emborrachó hasta ponerse muy necio. Hedda sabía que eso pasaría cuando lo invitó, pero no podía dejarlo solo.

Se queda mirando el rostro envejecido de su padre, que ahora parece aún más delgado con el pelo fino húmedo y recién peinado. Todavía no le ha dicho nada sobre Belinda, pero ha llegado el momento de hacerlo.

57

—Por favor, Fredrik, entiéndelo. Dos chicas han desaparecido y una está muerta.

Mona llega a Brätte y aparca frente a la casa de los Rönnberg. Cuando se dirige a la entrada principal, oye la voz de Eva. Parece venir de detrás de la tupida cerca de tablones cruzados que tiene la misma altura que una persona de buena estatura. Eva continúa con voz irritada y desesperada:

—No solo el Kristallen está en juego. Si descubren que estamos involucrados y que esas chicas estuvieron viviendo en nuestra granja, estamos perdidos, créeme. Será un escándalo mediático y la credibilidad que tanto nos ha costado ganar se desvanecerá como si nunca hubiera existido.

Mona da un paso hacia atrás de manera cautelosa. La conversación le está dando mala espina.

Se vuelve a oír la voz de Eva:

—Vale —dice Eva—. Vamos a hacer eso.

Todo queda en silencio y Mona permanece inmóvil durante algunos largos segundos. Entonces grita:

—¡Hola! ¡Eva!

Apenas termina de decir esto cuando Eva se asoma por detrás de la cerca. Sale deprisa al camino del jardín y se pone delante de Mona. Los rizos rubios le caen como una nube alrededor de la cara y se los aparta con patente nerviosismo, pero estos caen otra vez sobre sus párpados.

—Pero si estás ahí —dice Mona, con una jubilosa sonrisa. La mirada de Eva se clava en sus ojos, pero ella no se inmuta.

—¿Llevabas mucho tiempo ahí? —pregunta Eva.

—No, acabo de llegar —contesta, señalando con la mano hacia el aparcamiento como para indicar que allí está su coche—. Pero me ha parecido oír una voz, así que he venido aquí en vez de ir a la entrada.

Eva la mira un momento y luego esboza una tensa sonrisa.

—Sí, estaba al teléfono. Vamos a sentarnos fuera, hace un tiempo muy agradable.

—Sí, por supuesto —dice Mona, siguiendo a Eva por el cercado mientras piensa en la conversación que acaba de escuchar. Parece que Eva teme que pueda descubrirse algo en la granja. Entonces recuerda el vídeo que Hedda grabó en su móvil. ¿Tendrá algo que ver con la desesperación de Eva? Eso y Alma, y quizá también Sophie.

—Podemos sentarnos aquí —sugiere Eva, y Mona asiente.

No hay viento y el sol calienta la pared blanca de la casa. Mona se sienta en el mueble de jardín, entre los mullidos cojines, y deja su bolso en el suelo.

—¿Cómo va todo? —pregunta Mona—. ¿Alguna noticia sobre Alma?

—No. —Eva menea la cabeza—. Acabo de hablar con su madre hace veinte minutos y aún no ha aparecido. —Se rasca el cuello y sus largas uñas dejan una marca roja—. Está preocupada.

—Entonces, tal vez nosotras también deberíamos estarlo.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Corrígeme si me equivoco, pero tengo la impresión de que es una mujer que no se preocupa por cualquier cosa.

—Sí, tienes razón. De hecho, al principio no estaba preocupada. Conoce a su hija: dice una cosa, pero hace otra. Su madre pensaba que se había ido de fiesta con algunas amigas en lugar de volver a

casa. Ya ha hecho este tipo de cosas antes. Pero, cuando vio que no había llegado a casa esta mañana, se preocupó.

—¿Tiene alguna razón en particular para preocuparse?

Eva se endereza en la silla.

—Sí, hoy es el cumpleaños de Alma. Cumple dieciocho años. Iban a celebrarlo juntas, de modo que, cuando se dio cuenta de que no estaba en su cama esta mañana y no podía localizarla y no aparecía, supo que algo iba mal. Fue entonces cuando me llamó.

—¿Así que sabía que Alma estaba viviendo aquí?

—Por supuesto. Pero fue una conversación bastante extraña. Tú no conoces a la madre de Alma, pero es, ¿cómo decirlo…? —Se rasca la cabeza—. Un poco especial. Exigente. Y al final se puso a amenazarme con que va a decir a los medios de comunicación que una chica ha desaparecido de aquí si no me aseguro de que llegue a su casa. —Menea la cabeza—. ¿Cómo diablos voy a llevar a Alma a su casa si no tengo ni idea de dónde está? —Eva mira a Mona con desesperación—. Para ser honesta, no sé qué hacer. —Se pasa la mano por el pelo—. Son demasiadas cosas ahora mismo. Estoy trabajando en algo grande para el programa. Si se aprueba, estoy segura de que ganaremos el premio Kristallen.

—¿Algo grande?

Eva no contesta, sino que se queda mirando al frente, sumida en sus pensamientos.

—Si sabes algo, cualquier cosa que puede ayudarme, o a la policía, debes decirlo —explica Mona de manera tajante.

Eva vuelve a la conversación y mira a Mona.

—Lo haré. Pronto. Solo necesito una última pieza del puzle y entonces podré hacer una gran revelación.

—¿Y no quieres decirme sobre qué?

—No, aún no.

Mona se queda insatisfecha con esa respuesta. ¿Qué información tiene Eva que no quiere compartir? Mira su bolso y el móvil asomándose por uno de los compartimentos. La habitación donde Hedda encontró la cámara de vídeo debe estar en el lado corto de la casa. Levanta la vista y mira en esa dirección. No está segura de poder confiar en Eva y Fredrik.

Vuelve a mirar a Eva y dice:

—Volviendo a la amenaza de la madre de Alma, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que se sepa que Alma ha estado viviendo aquí?

—Sí, porque la gente podría pensar que hemos tenido algo que ver con su desaparición. Al menos, los medios lo interpretarán de esa manera. Ya sé cómo funcionan esas cosas. —Menea la cabeza, provocando que sus rizos rubios se agiten—. Si supieran todo lo que hacemos por estas chicas.

—La gente cree lo que quiere creer. Solo puedo decirte que será mejor que os preparéis para ello. Aquí hay mucho que estáis ocultando.

Eva se queda mirándola. De repente, hay un aura de hostilidad entre ellas. Mona tenía la intención de guardar el secreto sobre las chicas que viven aquí, pero ahora también piensa en las palabras de Bjarne. Están desapareciendo de aquí. Y ahora Alma también ha desaparecido.

58

—Estás loco —dice Bodil, cogiendo a Anton del brazo con fuerza, y tira de él.

—¿Qué sucede? —pregunta Anton, volviéndose hacia ella.

Ha estado en silencio todo el camino desde Kronogården hasta la comisaría, y ahora que salen del ascensor parece como si Bodil hubiera salido de la burbuja en la que estaba atrapada hasta este instante.

—Estoy segura de que te diste cuenta de lo que estaba pasando —dice, alzando la voz.

Anton observa las fosas nasales agitadas y los ojos bien abiertos de su colega. Se siente incómodo, ya que no está acostumbrado a verla tan alterada. Mueve el brazo intentando soltarse.

Por supuesto que se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder mientras hablaban con el gritón de Kabir. Vio que los revoltosos estaban agrupándose, pero, en lugar de ceder ante el instinto natural de huir, se dejó llevar por la rabia que sentía hacia Kabir y todos esos imbéciles encapuchados y enmascarados que han prendido fuego a los coches y las casas de su propio barrio. Tenía ganas de que ellos iniciaran la pelea para poder darles su merecido. Estaba a punto de perder el control y con la adrenalina a tope hasta tal punto que, si Bodil no hubiera intervenido, habría dejado que ocurriera lo que tenía que ocurrir.

Pero eso no sucedió. Bodil lo sacó de allí y no hay más que discutir.

—Eh —dice Anton, encogiéndose de hombros—. Voy a por un café. —Se da la vuelta y se aleja, pero casi de inmediato oye los pasos rápidos y decididos de Bodil detrás de él.

—¡Anton! —grita, pero él no responde—. ¡Anton! —grita una vez más, pero se calla cuando ve a Petra pasar deprisa por el pasillo,

con el móvil en la mano.

—Ah, me alegro de veros —dice Petra casi sin aliento, deteniéndose frente a Anton—. Tenemos un problema.

Anton se quita la chaqueta mientras Bodil se acerca a ellos.

—Nos ha llegado una denuncia por la desaparición de una chica de Kronogården. La madre acaba de llamarnos. Se suponía que iba a llegar a casa ayer, pero no ha aparecido por ninguna parte. —Su mirada se desliza entre ambos—. Creo que no hace falta que diga cuáles pueden ser las consecuencias.

—¡Maldita sea! —exclama Bodil, ajustándose las gafas en el puente de la nariz—. Justo acabamos de regresar de Kronogården. —Mira a Anton—. Y no había un ambiente muy acogedor que digamos. Si otra chica de allí está en problemas, no sé adónde irá a parar todo esto.

—¿Y qué estabais haciendo allí? —pregunta Petra, frunciendo el ceño.

—Fuimos a hablar con la amiga de Laleh. Y nos topamos con Kabir Djalali —explica Anton—. El hombre sigue con la idea de que el asesinato de su hija tiene tintes racistas. Y, tal y como están las cosas, bastará que diga unas pocas palabras para que tengamos más disturbios.

—Lo sé —asiente Petra, gesticulando con las manos—. ¿Por qué crees que estoy tan estresada? —Da un vistazo rápido a la pantalla de su móvil—. Tenemos una reunión en cinco minutos. Reuniré a todos y vosotros dos también tenéis que estar allí.

Asienten con la cabeza y Anton se mete las manos en los bolsillos y se marcha hacia su despacho sin mirar a Bodil. Tal vez no esté en su sano juicio, como ha dicho ella. No había pensado que cualquiera de esos revoltosos vestidos de negro podría haber sacado una pistola o un cuchillo, dejándolo lisiado de por vida o incluso muerto. Pero esta idea le hace sentirse libre de una manera extraña.

—Hola, Anton —dice una voz.

Él reconoce la voz y se gira de inmediato.

59

El alto jefe de la prisión de Skogome, Preben Anker, está frente a Anton. Su rasgo más distintivo es la gran barba roja, pero también el hecho de que su estatura lo convierte en una de las pocas personas a las que no tiene que mirar hacia abajo cuando están cara a cara.

—Preben —dice Anton sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

Preben lo mira a los ojos y dice:

—He tenido que venir a hacer algo por aquí, pero luego te he visto y pensaba que quizá podríamos intercambiar unas palabras.

Anton asiente y mira su reloj. Pronto tendrá que irse a la sala de reuniones, pero decide darle un minuto a Preben.

—He oído que fuiste a hablar con Alexander Schiller —dice, pasándose la mano por la tupida barba roja.

—Sí, es correcto. —Anton esboza una sonrisa vacía y piensa en la conversación que tuvo con Alexander. Se pregunta si Preben ha descubierto lo que Alexander se ofreció a hacer y lo insensato que ha sido él al pedirle ayuda. Traga saliva con fuerza—. ¿Hay algún problema?

—No. —Preben menea la cabeza y lo examina detenidamente, como si buscara algo—. Solo quiero hacerte una advertencia.

—Una advertencia —repite Anton, y después suelta una risa de alivio, pero también de confusión—. ¿Qué quieres decir?

Pero Preben no responde a su risa. Ni siquiera sonríe.

—Hay algo en ese hombre que me inquieta mucho.

Anton se queda mirándolo por un instante y luego dice:

—Pero, hombre —exclama al ver que no tiene intención de explicarle nada—, ¿de qué estás hablando?

Preben retrocede sorprendido ante la repentina hostilidad en la voz de Anton.

—Ya veo. Bueno, tendrás que disculparme —explica Anton—. Tenemos una reunión ahora mismo, así que debo darme prisa…

—Sí, entiendo. Seré breve. ¿Recuerdas el suicidio que tuvimos en la prisión antes de Navidad, la última vez que hablamos?

Anton asiente con la cabeza. Recuerda que uno de los presos se ahorcó. Se dijo que fue por la depresión navideña, o al menos esa fue la causa oficial.

—Como te dije entonces, no es raro tener casos de suicidio en la prisión. Todos los convictos van a terapia, pero algunos entran en depresión cuando se dan cuenta de lo que han hecho y no ven otra salida que quitarse la vida.

—Sí, ¿y? —Anton echa un vistazo a su reloj.

Preben nota ese gesto, pero continúa hablando sin prisa con su acento sureño:

—Poco antes de que ese hombre se suicidara, Alexander estuvo hablando con él. Los dos solos, durante una hora entera.

Anton gesticula con las manos de manera inquisitiva, deseando que Preben vaya al grano de una vez.

—No puedo probar nada, pero creo que Alexander sabía que el hombre era frágil y de alguna manera hizo que se quitara la vida.

Anton menea la cabeza y dice:

—Pero ¿por qué haría eso? Y, además, ¿cómo?

Preben se pasa la mano por la barba y dice:

—Eso quisiera saber.

Anton se queda mirándolo a los ojos sin entender lo que quiere decir. ¿Acaso cree que Alexander lo convencerá también para que se suicide? Si eso es lo que piensa, es una idea absurda. Alexander nunca haría algo así. Y, si lo intentara, tampoco tendría éxito.

—No lo creo —contesta Anton, meneando la cabeza—. Me parece una acusación muy extraña.

Preben lo mira y retrocede un paso antes de continuar.

—Ese es el problema con él. Hay muchas cosas extrañas y no se sabe qué le pasa por el cerebro y qué es lo que quiere. Lo único que sé es que tiene una habilidad peculiar para influir en la gente. Encuentra sus puntos débiles y los presiona, y luego…

—Sí, bueno, pero esto ya me lo has dicho antes —lo interrumpe Anton, pero Preben lo mira con tranquilidad.

—¿Por qué fuiste a verlo?

Anton empuña las manos. Si Preben ya lo sabe, ¿para qué hacer todo este juego?

—Es algo privado —dice sin más—. Ahora tendrás que disculparme. Tengo que irme.

—Sí, entiendo —asiente Preben—. Solo ten cuidado. Si yo fuera tú, me alejaría de ese hombre. No es bueno para nadie.

Se miran el uno al otro por un instante y Anton está a punto de marcharse cuando Preben vuelve a hablar:

—¿Y qué fue todo eso de la sala familiar?

Anton se detiene con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—Sí, que él la pidió para tu visita. ¿Para qué la quería?

60

Su padre coge la botella que ella misma había apartado de la mesa. Hace unos años, habría vaciado la botella en el fregadero, pero ya ha dejado de hacerlo. Siempre consigue una nueva, como el adicto que es. Por un momento piensa en dejar que la coja, ya que solo queda un poco en el fondo, pero cambia de opinión y la aleja de él. Aunque, una vez que se hayan ido, no podrá detenerlo y se la beberá.

La mira compungido con los ojos rojos y, al darse cuenta de que no piensa ceder, se sienta en la silla dejando caer todo su peso. Se ve débil. Nada queda de los músculos que alguna vez tuvo, pues ahora la piel cuelga sobre su cuerpo delgado.

Hedda mira a Wille, preguntándose si entiende este juego silencioso. Se vuelve hacia su padre.

—Sé que Belinda Bauer es mi madre —dice sin rodeos.

El hombre se estremece, endereza la espalda encorvada y vuelve la cara hacia ella.

—Pero ¿cómo?

—¿Acaso importa?

Él aparta la mirada hacia la ventana como si deseara poder salir volando por ahí. Hedda percibe la enorme ansiedad que lo corroe, desesperado por un trago.

—¿Me lo vas a decir o qué? —dice ella con dureza, y la mirada de su padre se desvía hacia la botella otra vez. Se relame los labios secos y luego mira a Hedda.

—Dame un cigarrillo aunque sea, mi niña.

—No tengo —contesta malhumorada.

—Están donde siempre.

Hedda duda, pero luego asiente y se levanta, feliz de alejarse de la mesa, aunque sea por un momento.

Los cigarrillos están en una olla rota junto a la estufa. Hedda se da cuenta de que aún es fiel a su marca: John Silver sin filtro. Allí guarda también su encendedor. Un viejo mechero de gasolina que, de manera increíble, ha conseguido conservar a lo largo de los años. Nunca se ha hecho cargo de nada en la vida. Ni siquiera de sí mismo. Pero el maldito mechero siempre está en su lugar.

Coge los cigarrillos y el mechero, vuelve a la mesa y los pone delante de su padre. Él coge el paquete, saca un cigarrillo con las manos temblorosas y se lo lleva a la boca. Falla en encender el mechero una y otra vez hasta que, tras un quinto intento, Wille se acerca y se lo quita, lo enciende y le acerca la llama a la parte superior del cigarrillo. Su padre aspira con avidez el humo del tabaco hasta lo más profundo de sus pulmones. Tose y mira a Hedda. La nicotina lo ha calmado al instante y ahora parece más seguro.

—¿Por qué demonios no me habías dicho nada? —dice Hedda, con ganas de ponerle las manos encima y sacudirlo con fuerza—. ¿Y quién coño es Karin si no es mi madre?

—Es ella —contesta él, dando una calada.

—Si Karin es mi madre, ¿quién es Belinda Bauer?

Casi parece asustado cuando la mira y dice:

—Son la misma persona.

Hedda se queda mirándolo. Karin, el nombre con el que soñaba de pequeña pero que decidió no volver a pronunciar jamás. Mira a Wille, y este encuentra su mirada y levanta el mechero para acercárselo. Tiene las letras «KM» grabadas encima. Ha visto esas letras cientos de veces y sabe qué significan: Karin Magnusson.

—Todo era tan diferente entonces —continúa él, meciéndose en su silla—. Ella, tú, Ragnar y yo. —Suspira—. Han pasado tantas cosas.

—Es como si mi madre hubiera reaparecido de repente después de más de veinte años, con una nueva cara y un nuevo nombre.

Él se limita a dar una profunda calada a su cigarrillo.

—Estuvo aquí una vez. ¿No te acuerdas? —pregunta, sonriendo con cierta malicia—. Cuando eras pequeña. Vino a saludar.

Hedda se endereza en la silla. Conserva algunos recuerdos borrosos de estar sentada en el regazo de una mujer con pelo oscuro en el sofá a cuadros. Recuerda el tacto suave de unas manos acariciándole la mejilla. Siempre creyó que había sido una trabajadora social. ¿Era Belinda?

—Solía enviarnos dinero —explica el padre.

—Qué bien —dice Hedda de manera sardónica.

El padre levanta la vista y habla con una voz más dura esta vez:

—Nunca lo has entendido. Las cosas no son blancas o negras. No se marchó porque no quisiera saber nada más de nosotros. Lo hizo porque no tenía otra opción.

Hedda resopla.

—Siempre hay otras opciones.

—No —contesta él, meneando la cabeza.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

Él deja caer la colilla incandescente en los posos de café, causando un chisporroteo. Se levanta de manera trabajosa y dice:

—Tendrás que preguntárselo a ella.

61

—Han denunciado la desaparición de Alma Olsson, una chica con domicilio en la calle Hovslagaregatan, en Kronogården —dice Petra al grupo reunido en la sala.

Anton, que hasta ahora seguía pensando en la conversación que tuvo con Preben, dirige la mirada hacia ella y levanta la mano.

—Espera. ¿Has dicho que la chica se llama Alma?

Petra se vuelve hacia él, lo observa en silencio y asiente con la cabeza.

—¿Sabes algo de eso?

—Sí, eso creo. Mona se reunió con una tal Alma en la granja de los Rönnberg, en Brätte. Fue ella quien mencionó el nombre de Oliver.

—Sí, es ella —confirma Petra—. Según la madre, Alma había estado viviendo en la granja durante las últimas semanas. —Agita su móvil —. Ya tenemos la orden de registro y vamos a ir allí de inmediato.

—Vaya, qué rapidez —dice Bodil, levantándose y guardándose la caja de snus en el bolsillo del pantalón.

—Sí —asiente Petra, mirando alrededor de la mesa de reuniones—. Estamos ante una situación extrema y quiero que les quede claro a todos que debemos poner toda la atención en esto —explica con solemnidad—. En el espacio de una semana hemos tenido ya una chica de Kronogården violada y asesinada, y ahora una desaparecida del mismo barrio. Esperemos que no haya corrido la misma suerte que Laleh. Y, además de todo eso, tenemos disturbios y un padre enfadado que insiste en que no nos preocupamos por ellos e incita a la gente a armar reyertas.

»Las cosas están tensas, y por ello es importante mostrar que estamos usando todos nuestros recursos para buscar a Alma Olsson

y para investigar el asesinato de Laleh. —Da un golpe con la mano en la mesa—. Nadie puede venir a decir que no nos preocupamos por igual de toda la gente de este pueblo. Además, no debemos dar el más mínimo motivo para más disturbios. —Mira alrededor de la mesa una vez más antes de levantarse—. Vamos.

Los siete agentes arrastran sus sillas por el suelo y se levantan para seguir a Petra. Anton es el último en salir después de quedarse mirando la pantalla de su móvil. Gabbi le ha enviado tres mensajes preguntando si irá a casa para cenar. ¿Qué debe responder? Que no lo sabe y que depende del trabajo. Ella debería ser su prioridad después de lo que han pasado, pero ahora mismo le resulta imposible hacerlo. Deja el móvil y se apresura para dar alcance a sus compañeros.

—¿Sabemos algo del móvil de Alma? —oye que Bodil pregunta a Petra.

—Sí —responde Petra—. Según el operador de telefonía móvil, su teléfono no se ha encendido desde las dos de la madrugada. Y la ubicación en ese momento era el colegio Kronan.

—Pero ¿qué demonios estaba haciendo allí a esa hora?

—No lo sabemos.

Petra sigue adelante, pero levanta la voz para asegurarse de que todos la oigan:

—Tenemos que acordonar el edificio donde Alma estaba viviendo, y también los establos. Es probable que estén usando la granja como campo de reclutamiento para estas chicas.

—Esto me parece muy extraño —comenta Bellini, acercándose a Anton—. Conozco a los Rönnberg. Trabajan para proteger a las chicas. No creo que permitan que su granja se utilice con esos fines. Además, Eva fue agente de policía.

Petra se detiene delante del ascensor y pulsa el botón.

—Quizá no se hayan dado cuenta —dice ella, mirándolo—. No solo nosotros sabemos que hay chicas viviendo en la granja. Puede que

sus actividades hayan atraído a personas no deseadas.

—Pues qué putada si es así —dice Bodil—. Los Rönnberg y su programa de televisión estarán más que jodidos.

62

—¿Qué sucede? —pregunta Eva Rönnberg al abrir la puerta de la casa, parpadeando ante las intensas luces.

—Somos de la policía. —dice Petra, mostrando su identificación—. Se ha denunciado la desaparición de una chica llamada Alma Olsson, y tenemos constancia de que estuvo viviendo aquí y que es aquí donde fue vista por última vez.

Eva da un paso hacia atrás, pero mantiene la mano en la manija de la puerta mientras su mirada se desplaza entre Petra, Anton, Bodil y, finalmente, Bellini.

—Vaya, no me lo esperaba —exclama Eva.

—¿A qué te refieres? —pregunta Petra, guardándose la placa de policía.

Eva menea la cabeza.

—Nunca imaginé que su madre llamaría a la policía. —Levanta las cejas—. Porque es ella quien ha llamado, ¿no?

—¿Quién más podría ser? —pregunta Petra.

—Pensé que tal vez…

—¿Tal vez qué?

Eva mira a Anton y dice:

—Mona Schiller sabe de la desaparición de Alma y he hablado con ella del tema hace apenas una hora. Al principio pensé que era ella la que había llamado porque me sugirió que lo hiciera.

Anton siente la mirada de Petra, pero se queda callado, pues no tiene nada que decir al respecto. Es verdad que su madre se enteró de la desaparición de Alma antes que ellos. Siempre es lo mismo.

Suele conseguir información antes que la policía, y es un maldito misterio cómo lo hace.

Piensa aceptar esa invitación a almorzar con la que su madre ha estado insistiendo. Solo para decirle que no se acerque. Ya es hora de dejar todo claro.

Eva suelta la puerta y retrocede unos pasos.

—Entrad —dice, y continúa—: Sé que ha desaparecido y estoy muy preocupada por lo que pueda haberle pasado.

—Muy bien —asiente Petra—. Entonces, podemos contar con tu ayuda. Necesitamos hablar con todas las chicas que viven en esta granja. Y también con las que han vivido aquí antes.

Eva retrocede un paso y niega lentamente con la cabeza.

—Me temo que eso no será posible.

—¿No se puede? —Petra frunce el ceño—. ¿Qué quieres decir?

—No podemos divulgar esa información.

Petra da un paso hacia delante, situándose muy cerca de Eva.

—Estamos hablando de una chica desaparecida que podría estar relacionada con un asesinato —dice en voz baja—. Consideramos que puede encontrarse en peligro, así que tendréis que darnos la información necesaria.

—No es posible. Hemos prometido a todas las chicas que viven aquí, y también a las que han vivido antes, que no revelaremos sus datos.

Petra menea la cabeza con impaciencia.

—Vuestros acuerdos de confidencialidad no son la prioridad en este momento. ¿Tenéis chicas viviendo aquí ahora mismo?

—Sí.

—Queremos hablar con ellas.

Eva vacila por un instante, pero después asiente.

—De acuerdo. Os llevaré y veremos si quieren hablar. Depende de ellas.

—No creo que tengan otra opción.

Eva mira a Petra con preocupación mientras se pone la chaqueta. Suben al coche para dirigirse a las casas de huéspedes. Después de hablar con dos chicas reticentes, conocen a Julia, quien ha estado viviendo con Alma en la cabaña de huéspedes durante las últimas dos semanas. A diferencia de las demás, no tiene ningún problema con esta irrupción; al contrario, parece muy dispuesta a hablar con la policía.

—Vi a Alma ayer —explica—. Antes de que se fuera.

—¿Sabes cómo salió de aquí? —pregunta Anton, pensando en ese hombre que se hace llamar Oliver y que se llevó a Sophie. Es probable que se haya llevado también a Alma.

Julia se encoge de hombros.

—No lo sé —dice, agitando un frasco de esmalte de uñas negro de manera que la bolita repiquetea contra el cristal.

—¿Dirías que conoces bien a Alma?

—No, la verdad es que no. Nos conocimos aquí.

—¿Cómo la describirías?

Julia abre el esmalte de uñas y el intenso aroma se extiende por la habitación.

—Alma es muy guay. Es genial pasar tiempo con ella. Siempre tiene dinero y le gusta compartirlo.

—Pero, según su madre, no trabaja.

—No —dice Julia, pintándose de negro la uña del pulgar.

—¿De dónde saca el dinero entonces?

Julia mira a Anton, luego a Eva y de nuevo a Anton.

—No lo sé.

—¿Estás segura?

—No sé. Tendréis que preguntárselo a ella.

—Y nos habría encantado hacerlo —dice Petra—. Pero, como sabes, ahora mismo es un poco difícil.

Anton decide cambiar de tema y dice:

—¿Conoces a Laleh Djalali?

Julia mira hacia abajo y continúa pintándose las uñas de manera metódica.

—No. —Levanta la vista—. Solo sé que es la que encontraron en la iglesia. Trollhättan es un pueblecito, así que siempre conoces a alguien que conoce a alguien.

—¿Y a quién conoces que la conozca?

Ella se encoge de hombros y dice:

—Un amigo. Estuvo en la misma clase que Laleh durante unos meses. Parece que hubo algún tipo de lío en su colegio anterior.

Anton asiente con la cabeza. Laleh y Sophie fueron al colegio Strömslundsskolan. Y tal vez también Alma. Puede que sea unos años mayor que las otras dos, pero esto podría ser un denominador común en los tres casos.

63

Uno de los putañeros me llevó una vez a un club clandestino en Gotemburgo. No era un lugar guay, sino un sótano mugriento con orina en el suelo del baño, unos sofás de pasamanería agrietados y pegajosos y un olor a viejo, a sudor y a borracho. Había alcohol de contrabando, drogas y cuerpos jóvenes y llenos de ansiedad a la venta. Había chicas de todas las formas y tamaños: anoréxicas, con sobrepeso, bulímicas, ortoréxicas y drogadictas. Lo único que teníamos en común era que ninguna de nosotras estaba bien.

Después de esa primera visita, volví muchas veces más. Había encontrado mi sitio. Y ya no me sentía sola, pues podía compartir historias sobre putañeros asquerosos con las demás, de la misma forma que compartíamos una botella de vodka o algo más pesado. Muchas chicas pasaron por el club. Algunas aparecían noche tras noche con la mirada vacía y marcas en el cuerpo, mientras que otras simplemente desaparecieron.

64

—Llegas tarde —dice Bodil cuando Anton entra por la puerta de la sala de descanso.

—Sí, ¿y? —Anton sabe que son las diez y que debería haber llegado al trabajo hace dos horas, pero eso no debería ser asunto de Bodil. Además, ¿qué está haciendo ella? ¿No debería estar trabajando en lugar de estar sentada aquí tomando café?

Acaba de tener una enorme pelea con Gabbi esta mañana y no está de humor para esto. Parece que su matrimonio ha llegado a un nuevo nivel. Nunca se habían levantado la voz, pero hoy Gabbi le ha gritado, enfadada de que no fuera a cenar anoche. «Como si no tuviera trabajo que hacer», piensa Anton, poniendo la taza en la cafetera, y la empuja con enfado.

—Si hubieras llegado un poco antes, te habrías enterado ya de que han denunciado la desaparición de otra chica —explica Bodil, ajustándose las gafas.

—¿Qué? ¿Otra? ¿También de Kronogården? —dice Anton, dándose la vuelta.

—No. —Bodil niega con la cabeza—. Esta es del otro lado de la ciudad. Creo que conoces a la madre, Susanne Öberg.

—Sí —asiente Anton—. Su hija se llama Sophie.

Bodil se queda mirándolo.

—¿Cómo lo sabes? Ayer Alma y hoy Sophie. ¿Sabes algo más que el resto de nosotros deberíamos saber?

Anton mira hacia abajo y maldice para sus adentros. No debería haber dicho nada. Se podría haber evitado esta situación. Suspira y contesta:

—Mona me lo dijo.

—¿Y cómo lo sabe ella?

—Le encargaron investigar la desaparición de su hija. Conoce a la familia Öberg desde hace años. No querían poner una denuncia, pero parece que han cambiado de opinión. —Levanta la vista—. ¿Sabes por qué?

—No, eso es todo lo que sé. Están preocupados porque la chica sigue sin aparecer —contesta Bodil, levantándose—. Estaba a punto de ir a hablar con Steffen. Ahora mismo, está examinando tres móviles que la madre encontró en el dormitorio de la chica. Le he dicho que son una prioridad, por la situación en la que estamos. Nunca se sabe, las tres chicas podrían estar conectadas de alguna manera.

—Voy contigo —dice Anton, cogiendo su taza de café, y luego caminan en silencio hasta llegar a la sala de informática forense. Abren la puerta y entran en la sala llena de aparatos electrónicos, cables y cajas negras.

—Hola, Steffen. ¿Cómo va todo? —dice Bodil, acercándose.

Steffen aparta la mirada de la pantalla y esboza una sonrisa, asintiendo con la cabeza.

—Vamos bien. Me has dicho que busque a un Oliver y lo he encontrado en uno de los móviles de Sophie.

—¿Sabes quién es? —pregunta Anton al instante.

—No, pero he visto que invita a mucha gente a sus fiestas. Él se ha encargado de que Sophie tenga clientes y de que estos reciban lo que quieren.

Bodil se mete ambas manos en los bolsillos de los vaqueros y asiente con la cabeza de manera pensativa.

—¿Así que él es el que conecta a todos?

—Sí, exactamente —responde, acomodándose el pelo largo por

detrás de la oreja.

—¿Y dónde son esas fiestas? —pregunta Anton, bebiendo de su taza. El café tiene un regusto amargo, pero no sabe si proviene del contenido o de lo que le acaban de confirmar sobre Oliver.

—No lo sabemos. En los mensajes solo dice «la casa», pero no hay ninguna dirección. Ni siquiera sabemos si es la misma casa o si son lugares diferentes. Pero se deduce que sabía adónde iba.

—¿Has encontrado alguna conexión entre las chicas? —pregunta Bodil.

—No. —Niega con la cabeza—. Sabemos que Sophie ha tenido contacto con Oliver y que ha estado en las fiestas. También sabemos que ella y Alma se han alojado en la granja en diferentes momentos. Pero no tenemos ninguna conexión entre ellas y Laleh.

—Pero hay algo en común entre Sophie y Laleh —dice Anton, mirando a Steffen—. Las dos fueron al mismo colegio: Strömslundsskolan.

Bodil se vuelve de inmediato hacia él.

—¿Es posible que Sophie sea la nueva amiga de la que hablaba Rosie?

Anton la mira a los ojos dice:

—Puede ser —dice, y después se dirige a Steffen—: ¿Has encontrado alguna Sophie o algo que pudiera ser su pseudónimo, como Soffan, SÖ o algo así, en el móvil de Laleh?

Steffen niega con la cabeza y dice:

—Laleh no tenía muchos contactos. Y te puedo asegurar que no hay ninguno de ellos que hayamos dejado sin identificar. Como he dicho, no tenía muchos mensajes, y lo poco que hay es muy inocente. Ni siquiera he encontrado palabrotas.

Anton asiente con la cabeza y mira a Bodil.

—Tenemos que averiguar si Alma también fue a ese colegio. Si es así, tenemos algo que enlaza a las tres chicas.

Bodil asiente con la cabeza y dice:

—Es una pena que no tengamos su móvil y su ordenador.

—¿Y por qué no los tenemos? —pregunta Steffen.

—Los llevaba consigo cuando desapareció.

—Entonces, deben estar en algún lugar —insiste, cogiendo un plátano bastante maduro de entre todos los objetos que tiene en la mesa—. Deberíamos poder rastrear el teléfono. —Levanta la vista, sonriendo—. Tal vez podamos encontrarlo.

—Sí, hazlo —confirma Bodil—. ¿Y qué hay de los tres móviles de Sophie? ¿Ya has averiguado para qué los ha estado utilizando?

—Por supuesto —contesta Steffen, abriendo un documento en su ordenador—. Uno de ellos lo ha estado usando para mantenerse en contacto con Oliver, otro para estar en contacto con diferentes hombres y el tercero parece ser su verdadero teléfono, el que usa para hablar con familiares y amigas.

—¿Y es posible rastrear a esos hombres? —pregunta Anton—. Porque si podemos…

Steffen interrumpe a Anton con un suspiro y comienza a pelar el plátano, llenando la habitación con el aroma dulce de la fruta.

—Lo estamos intentando. Hasta ahora, no hemos podido encontrar a nadie con un número rastreable. Pero estamos trabajando en ello. Estoy seguro de que al menos uno de ellos ha cometido un error que nos permitirá atraparlo. Por cierto, ¿sabéis por casualidad si la chica tiene un móvil donde está ahora?

—Ni idea —contesta Anton, gesticulando con las manos—. No sabemos si tiene otros teléfonos. Al menos, no tenemos ninguna información al respecto.

Steffen se encoge de hombros, tragando el plátano.

—¡Qué pena! Eso nos ayudaría a localizarla.

—Dememos trabajar con lo que tenemos —dice Bodil—. Si conseguimos hallar a ese hijo de puta de Oliver, podremos resolver el caso. Estoy segura de ello.

Anton asiente con la cabeza y se vuelve hacia Steffen.

—Por cierto, ¿has encontrado la foto del caballo en el móvil de Laleh?

—No, no está. Y tampoco entre las fotos borradas. Pero es muy probable que también tuviera un móvil extra. Eso explicaría también el escaso contenido de este móvil.

65

El cuaderno de espiral está lleno de palabras, flechas y figuras cruzadas de un lado a otro en un caos de colores. Hedda lleva varios minutos mirando todo esto cuando, de repente, se da cuenta de algo. Hay un patrón. Todo conduce a la granja en Brätte de una forma u otra.

Se lleva un bolígrafo a la boca y comienza a mordisquearlo. Se relaja con la sensación del plástico duro contra los dientes, mirando el círculo rojo alrededor de las palabras «Eva Rönnberg». Sabe que era agente de policía y que hace siete años publicó su primer libro de reportajes sobre mujeres vulnerables. Y también sabe que desde el año pasado conduce su propio programa de televisión sobre el mismo tema: Deshonra.

La biografía de su marido, Fredrik, es muy diferente a la suya. Se formó en la Facultad de Económicas de la Universidad de Gotemburgo y, tras un par de años como consultor empresarial y algunos puestos ejecutivos, se convirtió en director general de Medikenz. Bajo su dirección, la empresa llegó a ser líder en el sector de los medios de comunicación en los países nórdicos. Sin embargo, Fredrik dimitió poco antes de que la empresa saliera a bolsa. Mona ya sabía esto, pero ella también se pregunta por qué decidió abandonar su carrera meteórica para escribir una novela policiaca. Por supuesto que no es el único que ha hecho algo así. Hay quienes dejan todo para descubrirse a sí mismos o para empezar algo nuevo, ella misma es un claro ejemplo de ello, pero hay algo raro en Fredrik.

Continúa haciendo búsquedas sobre él, pero no encuentra nada nuevo. Muerde con más fuerza el bolígrafo mientras mira una foto retocada, propiedad de la editorial, donde Fredrik aparece sonriendo a la cámara. Entonces deja el bolígrafo, coge el móvil y recorre sus contactos hasta encontrar el que busca.

Pulsa el botón de llamada y oye el sonido de las señales.

—¡Hola, Bisse! —Se inclina sobre la mesa y vuelve a coger el bolígrafo—. Me alegra que lo hayas cogido. Necesito preguntarte algo.

—Ah, ¿sí? —Bisse echa a reír—. ¿Necesitas ayuda para recoger a alguien?

—No, esta vez no —responde Hedda, recordando que la última vez que lo llamó fue para pedirle que enviara un taxi de su empresa y recogiera a un ruso drogado del club de striptease para llevarlo al aeropuerto de Trollhättan. Todo eso debía hacerse de manera discreta y sabía que podía confiar en Bisse. Pero eso ha quedado enterrado en el pasado. Ha cambiado de profesión y él lo sabe—. Se trata de otra cosa. Tú trabajaste en Medikenz hace muchos años, ¿no?

—Sí, así es. Hace mucho tiempo, como siete u ocho años. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Te acuerdas del jefe que tenías entonces, Fredrik Wiglander, que ahora se apellida Rönnberg?

—Sí, claro que sí. —Suelta una carcajada—. Pero no era alguien con quien tuviera mucho trato. Yo era solo un ingeniero de sonido, ya sabes, un empleadillo cualquiera, de esos que rara vez se reúnen con los directivos.

—Entiendo —dice Hedda con impaciencia—. Pero ¿recuerdas algo de él? ¿Algo que haya sucedido o que haya hecho y de lo que te enterases justo antes de su renuncia?

Bisse se queda callado un momento y luego dice con vacilación:

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Estoy investigando algo y me he topado con su nombre.

—¿Es sospechoso de algo o qué?

—No —contesta Hedda, riéndose—. Es solo que necesito información sobre él.

—Mmm, no sé… —Su voz adquiere un tono distinto—. Tal vez quieras hablar con un colega que trabajó allí como informático.

—¿Podrías ser un poco más específico?

—La verdad, no sé exactamente lo que hacía en el Departamento de Informática, pero debe saber un montón. Ya sabes, ven muchas cosas porque se meten en los ordenadores de todos.

—Excelente —dice Hedda, consciente del dilema que implicará revelar secretos de la empresa. Pero no cuesta nada preguntar—. ¿Y qué hace ahora?

—Tiene su propio negocio.

—Ah, vale.

—Voy a llamarlo ahora mismo para ver si quiere ayudarte. Si acepta, él se pondrá en contacto contigo. Se llama Kim.

—Gracias.

Cuelgan y Hedda coge las muletas para ir a la nevera. Coge una Coca-Cola helada y da unos saltos de regreso para sentarse de nuevo. Abre la lata y, justo en el instante en que se la lleva a la boca, recibe una llamada con número desconocido.

—Soy Hedda —contesta sin más.

—Hola, soy Kim. He hablado con Bisse y me ha pedido que te llamara.

—Vaya, qué rapidez.

—Sip.

—¿Te ha dicho de qué se trata?

—Sí. Pero… —Vacila un momento—. ¿Puedo preguntarte algo primero?

—Sí.

—Tú trabajabas en el Privat, ¿no? ¿Con el nombre de Honey?

Hedda suspira al comprobar que siempre habrá personas que sepan de su vida anterior y que la hayan visto bailar en el club de striptease. Esto le hace recordar las palabras de Belinda, cuando le advirtió que nunca podría huir de su pasado. Tal vez tenga razón, pero al menos lo intentará.

Y, en esta situación en particular, podría ser incluso una ventaja.

—Sí, soy yo —contesta Hedda.

—Qué guay —dice, y vacila una vez más antes de preguntar—: ¿Sigues bailando?

Hedda no puede evitar poner cara de fastidio al escuchar su pregunta.

—No. Ahora trabajo como investigadora privada.

Kim suelta una carcajada, pero ella guarda silencio.

—Es broma, ¿no? —dice Kim al fin.

—No. ¿Por qué tendría que serlo?

—No sé… Solo me parece algo inusual. Pero, joder, todo el mundo puede cambiar de oficio, ¿no? Por ejemplo, yo me he convertido en un youtuber con más de quinientos mil seguidores. ¿Quién lo hubiera pensado hace unos años?

Hedda suelta una carcajada.

—Vaya que sí se puede cambiar de registro. Pero ¿ya sabes por qué quería hablar contigo?

—Sí. Bisse me lo ha dicho.

—¿Te acuerdas de Fredrik Wiglander?

—Sí, claro.

—Dimitió de Medikenz, justo cuando la empresa iba a salir a bolsa

hace siete años.

—Sí, dimitió —repite Kim, aclarándose la garganta—. Supongo que es una forma de decirlo.

Hedda se estira sorprendida.

—¿De qué otra forma podría decirse?

—Digamos que no dejó la empresa por su propia voluntad.

66

El restaurante de la casa señorial Ronnum está repleto y Mona oye el sonido de las charlas y el tintineo de la vajilla cuando entra. Ve a Anton casi de inmediato, sentado en una de las mesas, mirando el menú. De repente, tiene la impresión de ver al pequeño Anton, el que atrapaba renacuajos y sonreía orgulloso después de haber perdido uno de los dientes de leche. Daría cualquier cosa por ver esa sonrisa de nuevo iluminando sus ojos azules. Los mismos que ahora la miran con frialdad por encima de las cabezas de los clientes del restaurante, haciendo que se le congele el corazón.

Le prometió a Gabbi que hablaría con Anton, pero, cuando recibió el mensaje en el que decía que podía verse con ella, entendió que era porque está cansado de que le dé la lata y no porque quisiera. Pero da igual. De todas maneras, se alegra de que puedan reunirse aquí, en Ronnum.

—Hola —lo saluda, abriéndose paso entre las mesas, y se pone frente a él.

Anton se levanta y le da un abrazo cortés. Demasiado cortés, en opinión de Mona, que quisiera un abrazo más largo. Se sienta en la silla de enfrente y pasa la mano por el mantel blanco para retirar algo que ella supone que deben ser migas.

No tiene tiempo de decir nada antes de que Anki, la gerente de Casa Ronnum, venga directamente hacia ellos.

—¡Hola! —dice con entusiasmo—. Qué gusto me da tener una visita tan agradable.

Mona le sonríe y se vuelve hacia Anton:

—¿Has encontrado algo bueno en el menú?

—Pensaba pedir el filete de jabalí con pastel de patatas, aunque el guiso de pescado también suele estar muy bueno.

—¿Qué nos recomiendas? —pregunta Mona, volviéndose hacia Anki.

—Yo me quedaría con el jabalí. Es un producto local en todos los sentidos. —Suelta una carcajada y le guiña un ojo—. Es Wille quien lo ha cazado.

—Ah, vale —asiente Mona, doblando el menú—. Entonces, voy a pedir eso.

—Yo quiero pescado —dice Anton con aridez, entregándole el menú a Anki, quien se lo coloca bajo el brazo. Se queda mirándolo por un instante con rostro serio y después se apresura a atender a los demás invitados.

Mona siente que el estómago le gruñe de hambre, así que coge un trozo de pan.

—Bastante admirable, ¿no? —comenta Mona, señalando a Anki con la cabeza—. Comenzó a trabajar aquí cuando era adolescente, primero como anfitriona de desayunos y luego como camarera, y ahora dirige todo el lugar.

—¿Cuántos años lleva trabajando aquí? —pregunta Anton, mirando también en esa dirección.

—Creo que son ya casi cuarenta años.

—Mis respetos —responde, asintiendo con la cabeza.

—Hablando de trabajo. —Mona vierte aceite de oliva sobre el pan y lo espolvorea con sal—. ¿Cómo va eso de los disturbios en Trollhättan?

Anton coge también un pan de la cesta y dice:

—Se ha calmado, por ahora, pero veremos cómo evoluciona. Es una situación muy delicada. La cosa más mínima puede hacer que vuelva a estallar.

—¿Y ya sabéis quiénes están detrás de todo eso?

—Hemos detenido a algunos de ellos, pero suelen aparecer en grupos más grandes cuando oscurece y llevan capuchas y máscaras negras, así que es difícil identificarlos, aunque tenemos imágenes de ellos a través de las cámaras que portamos.

Mona percibe la resignación en su voz, como si se hubiera rendido y aceptado que no hay nada que hacer al respecto.

—Lamento escuchar eso. ¿Y Alma?

Anton se queda callado.

—Vale, entiendo —continúa Mona, sin poder ocultar la irritación en su voz. ¿Por qué insiste Anton en rechazarla si sabe que puede ayudarlo? Lo ha hecho antes y puede volver a hacerlo—. Aunque no quieras hablar de ello, la gente sigue desapareciendo de Brätte.

—¿Quién está desapareciendo? —pregunta, levantando las cejas.

—¡Ah! —exclama, tomando un bocado de pan—. Me sucedió algo bastante extraño. Me quedé atascada en la carretera y detrás de mí había una camioneta negra. El conductor bajó y se acercó mientras esperábamos a que el tráfico comenzara a moverse de nuevo. Me pareció raro que supiera quién soy, y fue él quien me dijo que «las personas están desapareciendo».

Anton asiente con la cabeza y dice:

—¿La camioneta tenía una rejilla con faros en el techo?

—Sí, con unas luces muy fuertes.

—Entonces, debía ser Bjarne Johansson.

—Sí, exactamente, dijo llamarse Bjarne. Parece que hace todo tipo de trabajos en la granja de los Rönnberg.

—Sí, y también en otras granjas. —Anton bebe del vaso de agua—. Bjarne es multiusos. Sabe de casi todo. En cuanto pasa algo, puedes contar con él para hacerse cargo de ello.

—Entonces, quizá haya hecho lo mismo ahora con las chicas

desaparecidas, ¿no?

—Supongo que sí —dice Anton, encogiéndose de hombros—. Suele estar disponible como si fuera una línea de asistencia.

—Entiendo —dice Mona, levantando la vista.

Anki trae la comida en platos blancos. El filete de jabalí está rodeado de una deliciosa salsa cremosa con un toque de limón. El pastel de patatas está condimentado con albahaca y parmesano, y cuando Mona se lleva un trozo a la boca, confirma que es suave y cremoso. Pero le resulta difícil disfrutar de los deliciosos sabores.

—¿Está buena la sopa de pescado? —pregunta ella al fin, sintiendo que le habla a un extraño.

—Sí, muy buena. ¿Y tu comida?

—También —responde ella, cogiendo un trozo de filete con el tenedor, y lo remueve en la salsa.

Anton echa una ojeada a su móvil y luego vuelve a mirarla.

—¿Ya has dejado el caso de Sophie Öberg?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Como su madre ha denunciado, supongo que ya no te necesitan.

Mona deja los cubiertos y levanta las cejas de forma inquisitiva.

—Qué extraño. No me ha dicho nada, pero me alegra que haya puesto la denuncia. De todas maneras, se está volviendo demasiado pesado para mí y para Hedda. Por eso le he dicho a Susanne varias veces que sería mejor contactar con la policía. ¿Cuándo puso la denuncia?

—Ayer.

Mona asiente con una sonrisa, pero no entiende por qué Susanne no le ha informado de nada.

Coge otro trozo de pan y le echa un poco de aceite de oliva. Es hora de ir al grano, no puede perder el tiempo hablando de otros temas. Lo mira a los ojos y dice:

—Tengo entendido que has ido a ver a Alexander.

Anton deja lentamente el vaso de agua y apoya la espalda en la silla. Se pasa una mano por el pelo y sus ojos adquieren de nuevo un aire adusto.

—¿Cómo lo sabes?

—Gabbi me lo mencionó de pasada —contesta ella, inclinando la cabeza—. No quiero que vayas a verlo.

Anton se queda mirándola un largo instante y luego dice:

—No creo que sea de tu incumbencia.

Mona mira hacia abajo y coge una servilleta para limpiarse los dedos, más por hacer algo que porque realmente lo necesite. Siente la mirada de Anton y menea la cabeza como para sacudirse el mal trago.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta Anton, con voz dura—. No puedes volver a mi vida después de quince años y decirme lo que debo y no debo hacer. Quiero conocer mejor a Alexander, y lo haré.

Mona lo mira fijamente. Ahora se da cuenta de que es demasiado tarde. Alexander ya se ha hecho con él. Sabe mejor que nadie lo persuasivo que Alexander puede llegar a ser. Tratará de utilizar a Anton para vengarse de ella. Y está decidida a no permitir que eso suceda. Debe detenerlo antes de que ocurra algo, a Anton o alguien más. Solo que aún no sabe cómo hacerlo.

67

Mona se siente muy llena después del pesado almuerzo de leñador en Casa Ronnum. Pero, a pesar de eso, ha comprado un cucurucho de helado de camino a casa y entra en la cocina de Villa Björkås con el crujiente barquillo entre los dientes.

—Hola, me alegro de verte —la saluda Hedda, apartándose un mechón de pelo oscuro de la cara y sonriendo de tal manera que el pozo de su mejilla se vuelve más profundo—. Estaba a punto de llamarte.

—Antes tengo que decirte una cosa —dice Mona, sacando una silla para sentarse mientras lame el helado que ha comenzado a gotear —. He almorzado con Anton y ¿sabes qué me ha dicho?

—¿Qué?

—Susanne denunció ayer la desaparición de Sophie.

—¿Qué? —Menea la cabeza, sorprendida—. Pero ¿por qué no nos ha dicho nada?

—Extraño, ¿no? La he llamado para preguntarle, pero, como siempre, no contesta.

—Qué raro. —Hedda da un sorbo a la lata de Coca-Cola y se inclina hacia delante—. Yo también tengo algo que decirte.

Mona asiente con la cabeza y da un mordisco al barquillo.

—Conoces a Fredrik Rönnberg o, mejor dicho, Fredrik Wiglander, ¿no?

—Sí, ¿y?

—Sabemos que dimitió de Medikenz y que escribió un libro. Él mismo te lo dijo, ¿no?

—Sí, así es.

—Pues resulta que el bueno de Fred no se fue de Medikenz por voluntad propia. Tuvo que irse.

—¿En serio? —Mona frunce el ceño sorprendida—. Pero ¿por qué?

—Porque era demasiado cariñoso con el personal femenino.

—¿Quieres decir que las acosaba?

—Sí. Y, al parecer, lo hizo más de una vez.

Mona siente que el helado derretido se desliza por su dedo y se estira para alcanzar una servilleta.

—No había nada al respecto.

—Medikenz lo ocultó muy bien, pues nadie querría anunciar que el director general manosea al personal, ¿cierto?

—No, claro que no. Pero ¿cómo lo sabes? Nada de eso salió en los medios.

Hedda sonríe, haciendo girar un bucle de su pelo con el dedo.

—Tengo mis fuentes.

—Sí, pero dímelo —exige Mona con impaciencia—. ¿Cómo te has enterado?

Hedda suelta el bucle de pelo oscuro y dice:

—A través de un amigo de un amigo. Es un tipo que trabajó en Medikenz hace siete años, en el área de informática. Ya sabes, los informáticos tienen acceso a muchas cosas.

—Sí, es verdad —asiente Mona—. Pero por eso no leen todo.

—No. Pero parece que este tipo es bastante curioso. Se estaba especulando sobre las razones por las que el director general había dimitido de manera tan repentina, así que él leyó algunos correos después de que Fredrik devolviera su portátil a la empresa. Se

suponía que el informático debía eliminar todo el contenido, pero tenía curiosidad.

—¿Qué decían los correos electrónicos?

—Fredrik recibió una oferta del presidente del Consejo. O bien dimitía y se marchaba de inmediato y ellos ocultaban lo que había hecho, o de lo contrario tendría que afrontar las consecuencias de sus actos. La primera opción era obviamente la mejor para él.

—Y para la empresa —añade Mona, y Hedda asiente con la cabeza.

—Pero no sé… —continúa Mona, meneando la cabeza—. No creo que el presidente del Consejo envíe ese tipo de información por correo electrónico. Esa gente sabe que un correo puede filtrarse y que alguien puede hacerse con él, y eso puede ser un problema en todos los sentidos posibles. ¿Por qué te dijo esto el informático?

Hedda se encoge de hombros y dice:

—No estoy segura, pero creo que tiene algo que ver con que se siente atraído por mí. De hecho, terminó la llamada invitándome a cenar.

Mona asiente con la cabeza. Sabe que Hedda suele conseguir lo que quiera si utiliza ese lado suyo.

—¿Y has aceptado?

Hedda suelta una carcajada.

—No, por supuesto que no. Y estoy de acuerdo en que no fue lo más sensato enviar un correo, ya que deja un rastro.

—Pero estoy segura de que no se habría hecho de esa manera si hubiera ocurrido en la actualidad. Las empresas son más estrictas ahora que hace siete años. Si se descubre que han cometido faltas éticas o fraude, se corre la voz de inmediato, y eso acarrea graves consecuencias para la empresa. Eso es lo que sucedió en el caso del Bingbank, con sus sobornos y lavado de dinero. Y en Algeron, donde el director general también acosaba al personal femenino. Cuando lo atraparon, emitieron un penoso comunicado de prensa

en el que decían que la empresa tenía que revisar su cultura corporativa. Es terrible para la reputación empresarial. Y hay muchos más casos como estos.

Hedda asiente con la cabeza.

—Si el escándalo de Fredrik hubiera salido a la luz, podría haber afectado la valoración o incluso haber detenido la salida a bolsa. Aunque aún no existía el movimiento #MeToo, creo que habría sido juzgado como algo grave. —Mona se lleva a la boca la última parte rellena de chocolate de su barquillo y mastica con calma.

Hedda levanta la lata de Coca-Cola y bebe de ella.

—Pero eso no es todo —dice, dejando la lata.

—Ah, ¿no? —Mona levanta las cejas con curiosidad.

—¿Sabes quién fue su representante legal durante ese proceso?

—No.

—Susanne Öberg.

68

El día transcurre a un ritmo vertiginoso. Anton y Bodil visitan los clubs clandestinos de Gotemburgo más conocidos y uno más anónimo en el distrito de Kortedala, donde saben que Alma ha estado varias veces. Hablan con el personal y también cuestionan a algunos de los hombres tímidos que miran hacia otro lado y se escabullen por el local intentando salir sin ser vistos. Pero nadie ha visto a Alma desde hace una semana.

La frustración aumenta cuando Anton se pone en contacto con la madre de Alma y se entera de que no ha asistido al colegio Strömslundsskolan. Maldice al darse cuenta de que están ante un callejón sin salida, con las manos vacías. El reloj sigue su marcha. Los medios de comunicación están a la espera de progresos y los políticos no quieren ver más disturbios en Kronogården.

Regresan agotados y fastidiados a la comisaría de Trollhättan y deciden que es hora de irse a casa. Pero entonces suena el móvil de Anton.

—Estoy llamando de la prisión de Skogome. Tengo un mensaje de Alexander Schiller —dice una voz desconocida y, sin esperar respuesta, el hombre continúa—: Alexander tiene algo importante que decirte y quiere que vengas.

Anton casi había conseguido borrar de su mente la última conversación con Alexander, pero ahora vuelve la angustia de lo que ha hecho como si fuera un golpe directo a la mandíbula.

—¿Quién has dicho que eres? —pregunta Anton.

—Eso no importa —contesta el hombre—. Le estoy haciendo un favor a Alexander. O más bien a ti. Es importante que vengas.

Anton mira el reloj y nota que ya son las cuatro. Había pensado hablar con Gabbi esta noche para tratar de hacer las paces después de la pelea. Pero, si Alexander tiene algo importante que decirle,

debe darle prioridad. Gabbi seguirá allí, pero, cuanto más tiempo pasa, menor es la probabilidad de encontrar a Sophie y a Alma con vida.

Decide que Gabbi tendrá que esperar, así que se guarda el móvil, coge la chaqueta y sale corriendo al aparcamiento para subir al coche y conducir de vuelta a Gotemburgo.

Al salir a la autopista, la euforia se apodera de él. Quisiera poder quitársela de encima, o al menos convencerse de que se trata solo de la expectación por lo que Alexander le dirá, pero sabe que es el propio Alexander quien está creando esa sensación de manera premeditada.

En realidad, lo único que debería sentir es rencor. Si no hubiera sido por Alexander, el bebé seguiría vivo. Pero, en lugar de eso, se inventa excusas desde el momento en que inicia el viaje de noventa kilómetros en coche desde Trollhättan hasta que se somete al procedimiento de seguridad con el detector de metales, los rayos X y el perro antidrogas y se le hace pasar a la sala de visitas.

La anticipación aumenta aún más mientras mira por la ventana enrejada. Entonces oye que la puerta se abre detrás de él y se gira al instante. Un guardia penitenciario mantiene la puerta abierta y Alexander entra.

—Anton —dice en voz alta, sonriendo y extendiendo las manos como para abrazarlo.

Anton da un paso atrás y mira al guardia, preguntándose si es el mismo hombre que lo ha llamado por teléfono. No quiere quedar atrapado en ese abrazo, así que busca algo para ocupar las manos y coge el pequeño separador que Preben ha dispuesto entre ellos.

—Qué bien que hayas pedido una sala para adultos esta vez —dice Anton.

Alexander baja lentamente los brazos y, por un instante, parece sorprendido. Luego vuelve a sonreír como antes, con un brillo en sus ojos oscuros.

—¿A qué te refieres?

—La última vez pediste una sala familiar.

Alexander suelta una sonora carcajada y se pasa la mano por el pelo.

—¿De dónde has sacado eso?

Anton da un paso atrás. Alexander dijo que lamentaba mucho lo del bebé, pero ¿cómo se enteró de ello? Siente una ola de malestar al recordar las palabras de Preben cuando le advirtió que debe tener cuidado y alejarse de ese hombre.

—¿Importa de dónde lo he sacado? ¿Acaso no es verdad? —dice con rostro serio.

Alexander solo se encoge de hombros y se acerca a la mesa. Extiende una mano, pero esta vez con una mirada dura.

—¿Te parece si nos sentamos y vamos al grano?

A Anton no le agrada este nuevo tono de voz. La situación se ha vuelto incómoda. No debería haber dicho nada sobre la sala. Ha sido un error. Alexander solo quiere ayudarlo.

—La otra vez me pediste que escuchara lo que se habla por aquí —continúa Alexander.

Anton frunce el ceño, ya que no fue así como sucedió. Alexander fue quien se ofreció. Pero no dice nada, sino que se limita a asentir con la cabeza.

Alexander lo mira a los ojos y dice:

—Ya sé a quién estáis buscando.

69

Mona está sentada en su sillón favorito del salón con una gran taza de té en la mano. Sigue sin comprender lo que está haciendo Susanne. ¿Por qué no le ha dicho que denunció la desaparición de Sophie o que fue representante legal de Fredrik Rönnberg? ¿Está jugando un juego que ella no entiende? En cualquier caso, se está cansando de ella y de su extraño comportamiento, y le cuesta cada vez más contener su irritación.

Menea la cabeza mientras saca su teléfono. Busca el número de Susanne y la llama. Por fin contesta.

—Me he enterado de que denunciaste la desaparición de Sophie a la policía —dice Mona después de que se han saludado.

Solo recibe un silencio por respuesta. Oye voces en el fondo y luego escucha la voz de Susanne de nuevo:

—Sí, lo siento. Es que no he tenido tiempo de decírtelo. Esto ha estado muy ajetreado. Estoy trabajando día y noche —explica, y carraspea—. Pero eso no cambia nada. Quiero que continúes con la investigación. Ya sois varios los que estáis buscando a Sophie y eso está muy bien. Pero, a pesar de la denuncia, sigo pensando que no será un caso de alta prioridad para la policía, sobre todo ahora que tienen tanta presión encima para averiguar qué pasó con las chicas de Kronogården. Si encuentran a Sophie antes que a ellas, van a quemarlos vivos. Aun así, quería denunciar la desaparición. Pero es algo bueno, ¿no? Tú misma me has estado diciendo que lo haga. Por cierto, ¿cómo va todo? Supongo que no tienes noticias, porque, si las tuvieras, ya me lo habrías dicho.

—Así es, nada sobre Sophie, por desgracia —contesta sin más.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes algo más?

Mona mira por la ventana. La tarde ha caído sobre el paisaje. Si recibe suficiente sol, empezará a ponerse verde en pocos días.

—Acabo de enterarme de que fuiste la representante legal de Fredrik Rönnberg cuando salió de Medikenz. Me parece extraño que no hayas dicho nada al respecto, teniendo en cuenta la razón por la que tuvo que irse.

El teléfono queda en silencio.

—No lo entiendo —responde Susanne lentamente—. ¿Por qué debería decírtelo? El hecho de que haya representado a Fredrik hace siete años no debería ser algo extraño. He ayudado a mucha gente a lo largo de los años y no es algo de lo que hable como abogada. Tú mejor que nadie deberías entenderlo.

—Sí y no. En otras circunstancias, lo entendería, pero ahora se trata de Sophie, tu hija desaparecida, la cual estuvo viviendo en la granja de Fredrik durante un tiempo. ¿Acaso no se te ocurrió que podría ser información relevante?

Susanne se queda en silencio y vuelve el sonido de las voces de fondo.

—¿Hola? —dice Mona al fin—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿No sabías que Sophie estuvo en la granja?

—Sí, Rasmus me dijo que le habías hablado de eso. —Vuelve a guardar silencio—. Pero no entiendo qué estaba haciendo en esa granja —continúa—. Allí solo van chicas que… Bueno, que no se sienten bien y que lo pasan mal en casa y eso, ¿no?

Mona menea la cabeza, preguntándose cómo es que Susanne se empeña en creer que su hija está bien y que solo son otras las que tienen problemas.

—¿Quieres decir que Fredrik…? ¿Podría haberle hecho algo a Sophie? Él nunca… —Susanne se calla.

—Pero ¿cómo puedes estar segura de eso? —Mona se sienta en el sillón—. Tú sabes por qué tuvo que salir de Medikenz.

—Ah, eso —contesta Susanne—. Pero no es cierto. La chica se lo inventó, pero, aun así, Fredrik tuvo que dimitir. Ya sabes cómo piensa la gente, que no hay humo sin fuego y todo eso. Por cierto, ¿cómo te has enterado de estas cosas?

No puede decir nada sin exponer a Hedda y al informático, así que toma prestadas las palabras de Hedda:

—Tengo mis fuentes. En todo caso, me parece que falta algo en esta historia.

—No sé qué puede ser. —Susanne cambia de tono y continúa—: Yo solo te digo lo que sé, y eso es más de lo que se puede decir de ti.

—¿Te refieres a que no revelo mis fuentes?

—Exactamente.

—No puedo hacerlo, pero te habría agradecido que me dijeras lo de la denuncia policial y lo de Fredrik. Es difícil trabajar en una investigación si no se tienen todos los datos sobre la mesa, y además, para ser sincera, lo más extraño de todo es que tú eres la clienta y es tu hija la que ha desaparecido.

70

Alguien me dijo una vez que se me daba bien lo del striptease y me entró una especie de arrogancia y traté de conseguir un trabajo en un club de striptease de verdad. Un sitio bonito con guardias y vestuario y todo eso. Incluso hablé con la encargada, una mujer de pelo negro y mirada dura. Pero no me contrató. Dijo que no podía porque aún era demasiado joven.

La recuerdo bien porque fue especial. Fue la única persona que conocí durante todo ese tiempo que parecía entender la situación. Me dijo que sería mejor que parara y volviera a casa antes de que fuera demasiado tarde.

Muchas veces tuve el deseo de que alguien me atrapara en mi caída. Mi familia, mi colegio o mis amigas, pero no había ninguna red de seguridad. Caí por entre los agujeros y todo el mundo hizo como si no hubiera pasado nada. Quizá pensaban que era una fase pasajera y que quería mantenerme fuera del sistema, o quizá nadie se preocupó. Solo era una chica dañada, como muchas otras.

71

Las farolas brillan en el agua negra que fluye bajo el puente del río Göta y el viento sopla en Lindholmspiren, al norte de Gotemburgo, como de costumbre. Pero las chaquetas de Hedda y Wille dejan de ondear y todo parece calmarse cuando se acercan al edificio de ladrillos rojos.

Wille pulsa el portero automático y Hedda lo mira mientras las señales pasan a través de la placa metálica perforada que cubre el altavoz. Está a punto de pedirle que pulse una vez más cuando se oye un ruido y luego una voz:

—¿Hola?

Hedda vacila un momento antes de inclinarse hacia delante.

—Hola, Belinda. Soy yo.

—¿Hedda? —La voz metálica al otro lado del transmisor suena sorprendida—. Pero ¿qué haces aquí?

Hedda frunce el ceño. No esperaba una bienvenida alegre y calurosa, pero al menos sí algo más acogedora que esto.

—Necesito hablar contigo —dice, pero no recibe respuesta. Mira la placa de metal que emite un débil silbido—. Vamos, Belinda —insiste—. Sé que tú también quieres hablar conmigo.

Tras unos segundos que parecen eternos, se oye el timbre de la puerta y se abre la cerradura. Wille mantiene la puerta abierta para que Hedda entre primero, dando saltos con las muletas. Durante el trayecto en ascensor hasta la séptima planta, siente descargas de nerviosismo, rabia y ansiedad. Se mira en el espejo ahumado y piensa que es extraño que no se vea nada en el exterior.

Salen del ascensor en silencio y entran en el piso de Belinda, puesto que la puerta está entreabierta. Hedda estuvo aquí una vez, cuando

iban a ir a una fiesta privada. Ese día la esperó en el mismo lugar del vestíbulo en el que ella los recibe ahora. Sus ojos son duros como siempre y tiene los brazos cruzados sobre los grandes pechos rellenos de silicona. Lleva el largo pelo negro en rizos, una blusa blanca y los labios pintados de rojo en una mueca de seriedad.

No parece sorprendida ante la presencia de Wille, sino que los invita a pasar y les pide que se sienten en el gran sofá blanco. Hay una mesa de cristal con una base dorada que parece pesar varios cientos de kilos y encima de ella hay un ramo de lirios blancos que desprende un aroma pesado y soporífero.

—Y bien —dice Belinda—, ¿a qué debo el honor de tan agradable visita?

Hedda se queda mirándola. Madre es una palabra que debería estar cargada de calidez y amor, pero solo le genera frialdad. Intenta examinarla con objetividad. ¿Hay algo que indique un parentesco entre ellas? Las dos tienen el pelo oscuro y, sin duda, se pueden encontrar otras similitudes si se observa con atención, como esos ojos almendrados. Y seguramente a Belinda también se le hace un hoyuelo en la mejilla en las raras ocasiones en que se ríe.

En ese momento, Belinda se desliza hacia el borde de la silla y estira las piernas al frente, y Hedda se reconoce en ese movimiento. Esto debe ser lo que Mona notó antes. ¿Por qué nunca se dio cuenta? Tal vez le resultaba demasiado inverosímil.

—Supongo que no habéis venido solo para saludarme —continúa, paseando la mirada entre Hedda y Wille.

—Supones bien. —Hedda se inclina hacia delante—. Estamos investigando los casos de las chicas desaparecidas en Trollhättan.

Siente la mirada de Wille, que parece cuestionarla por haber dicho eso. Además, están buscando solo a una chica, no a varias.

—Mmm. Sí, es terrible —dice Belinda, reclinándose—. Espero que las encontréis.

—Sí. Nosotras o la policía.

Belinda asiente con la cabeza.

—¿No tienes alguna idea de dónde podemos buscar? —Hedda aprieta la mandíbula al decir esto. Se enfadó con Mona cuando le sugirió que pidiera ayuda a Belinda, pero lo está haciendo de todos modos. Tal vez está tratando de posponer la verdadera razón de su visita.

Belinda suelta una carcajada.

—Las chicas de esa edad pueden estar en cualquier lugar —contesta, y luego se dirige a Wille—. ¿Tú también estás trabajando en esto?

Wille niega con la cabeza, apoyando el brazo en el respaldo del sofá.

—No, yo soy solo el chófer.

—Ah. —Mira el pie de Hedda—. ¿Y cuándo te quitan el yeso?

Ella se encoge de hombros y dice:

—En un par de semanas.

—Es un fastidio —comenta Belinda, levantando una mano para examinar sus largas uñas rojas, y luego la baja a su regazo—. Hay un club clandestino en Kortedala —dice—. Allí dejan trabajar a chicas menores de edad. Cuanto más jóvenes, mejor. —Menea la cabeza—. Algunas de ellas han venido a pedirme trabajo, pero por supuesto que no las he contratado, aunque sé que estarían mucho mejor conmigo que en ese club de mierda.

Estas últimas palabras transportan a Hedda de vuelta a sus días en el club. Recuerda los olores y los reflectores calientes sobre la piel desnuda, los gritos y las manos agitadas hacia el escenario, los rostros sudorosos, la música a todo volumen, los tacones altísimos y el pesado maquillaje pegado a la cara. Recuerda a Puss, con sus ojos rasgados, y la peluca rubia de Star, y cómo olvidar a las otras chicas sentadas en el camerino, riéndose. Era un trabajo jodido y a veces reñían entre ellas, pero también había cierta camaradería. Del tipo que suele surgir entre personas que comparten la misma miseria.

Pero un club de striptease nunca será un buen entorno de trabajo, aunque quizá Belinda tenga razón en que es mejor que un club clandestino donde arrojan a chicas vulnerables y menores de edad a un infierno de drogas, humillaciones y abusos.

De repente, siente la mano de Wille en el hombro y levanta la vista hacia él. Le dedica una breve sonrisa y luego se vuelve hacia Belinda.

—Sí, ya lo sé.

—Vale —contesta Belinda, sorprendida—. Pero entonces…

—Sé que eres mi madre, Belinda —la interrumpe Hedda—. ¿O debería decir Karin?

72

Las puertas de la iglesia de Trollhättan están abiertas y el fuerte ruido de los trabajos de renovación se oye desde la plaza vacía. Bodil se saca la bolita de snus de debajo del labio y la tira en la papelera negra que está junto a la entrada para luego seguir a Anton por las escaleras de entrada al edificio.

El conserje, Niklas Johansson, está de espaldas a ellos en medio del pasillo, el cual sigue cubierto con cartones protectores.

—¡Niklas! —grita Anton.

El hombre se gira hacia ellos con una sonrisa en el rostro, pero esta se desvanece al comprobar la seriedad de la visita en sus miradas. Los trabajadores parecen interpretar lo mismo, pues se detienen en sus labores y todas las miradas se dirigen a Anton y Bodil.

—Necesitamos hablar contigo —dice Anton, mirando hacia los rostros curiosos antes de volver a mirar a Niklas—. Salgamos de aquí para hablar en un lugar más tranquilo. —Anton señala con el pulgar en la dirección por donde han entrado.

Niklas asiente con la cabeza y camina hacia ellos con la mirada puesta en el suelo. Un bucle de pelo peinado hacia atrás le cae en la frente y se lo aparta con la mano.

Comienzan a caminar en silencio por el pasillo. Niklas recorre las filas de bancos con la mirada y, sin previo aviso, coge velocidad y comienza a correr hacia la puerta de la iglesia.

—¡Hostias! —exclama Anton, cogiendo impulso para lanzarse a por él, pero patina en el cartón protector y casi pierde el equilibrio. Se apoya en uno de los bancos para ponerse en pie y corre a toda prisa tras él.

Niklas es rápido y parece saber adónde va. Corre hacia el agua y se mueve con agilidad entre rocas resbaladizas y árboles caídos. Lleva

ventaja, pero Anton se acerca cada vez más, a tal punto que puede oír la respiración jadeante de Niklas. Extiende el brazo y agarra la camisa del conserje, dándole un tirón que le hace tambalearse.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunta Anton, una vez que ha conseguido detenerlo.

—¡Espera! —suplica Niklas entre jadeos, inclinándose hacia delante con el brazo extendido.

—Ni lo pienses —dice Anton, agarrándolo del brazo con fuerza, y lo lleva hacia el aparcamiento—. Tú te vienes conmigo.

Pasan por el árbol donde encontraron a Laleh y Anton mira los cirios encendidos cuyas llamas parpadean con el viento, las cartas y flores de los dolientes, y los osos de peluche con corazones en la barriga que parecen mirarlos con sus ojos de plástico.

73

El rostro de Belinda se ve totalmente inexpresivo. Se queda mirando al frente sin hacer el más mínimo movimiento que pudiera revelar lo que siente. Hedda reconoce esto de su época en el club y sabe bien lo que significa. El cerebro de Belinda está trabajando a toda marcha para decidir qué es lo mejor para sus intereses. Hedda trabajó con ella el tiempo suficiente para averiguar cómo funciona.

Sin embargo, resulta insultante en exceso que lo haga también ahora. Siente ganas de darle una bofetada y gritarle que no piense tanto, que solo diga la verdad. ¿Quién es? ¿Por qué cambió de identidad? Y, sobre todo, ¿qué quiere en realidad?

Belinda se vuelve hacia Hedda y sus miradas se encuentran.

—¿Cómo te has enterado? Nadie lo sabe. ¡Nadie!

Hedda se encoge de hombros.

—En eso te equivocas —contesta con displicencia, con una sensación de satisfacción por haber conseguido sacarla de quicio.

Belinda asiente despacio con la cabeza, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua.

—Ya lo entiendo. Ha sido Roger, ¿no? Es obvio que no…

—No, no ha sido mi padre —la interrumpe Hedda.

Belinda se queda mirándola mientras su abultado pecho sube y baja a cada respiración.

—Pero ¿quién te lo ha dicho?

—Mona.

Belinda se queda petrificada un momento, pero después se inclina hacia delante en el sillón.

—Pero no es posible. ¿Cómo lo supo?

—Al parecer, no era tan secreto como creías.

Sin embargo, eso no es verdad. Mona lo descubrió por accidente. Comenzó a sospechar cuando reconoció algo en la manera de andar y de moverse de Belinda y, cuando se dio cuenta de que era Hedda la que se parecía a ella, utilizó su red de contactos para investigar y resultó que Belinda Bauer solo lleva existiendo siete años.

Mona se lo pensó bastante antes de decírselo a Hedda, y esta no la creyó, como era de esperar, puesto que se trataba de una idea demasiado absurda. Hedda creía que su madre se llamaba Karin y que había abandonado a su familia cuando ella tenía dos años, así que no podía ser su antigua jefa, la dueña del club de striptease.

—Pero ¿cómo lo supo Mona? —pregunta Belinda de nuevo.

—No importa —contesta Hedda de manera tajante—. Lo que importa aquí es si puedes confirmarlo o no. ¿Eres mi madre biológica?

Belinda se queda mirándola un momento y después asiente despacio con la cabeza.

—Entonces, ¿quién eres en realidad? ¿Por qué te has inventado una nueva identidad?

—No puedo decírtelo. Es mejor que no lo sepas —contesta, bajando la mirada.

Años de ira acumulados se desbordan en Hedda cuando dice:

—¡No vas a decirme lo que es mejor para mí! ¡Eso lo decido yo, no tú!

Belinda junta las manos sobre el regazo y se limita a menear la cabeza lentamente.

—¡Maldita sea! —Hedda golpea el sofá con la mano, frustrada ante el silencio de su madre, a pesar de estar tan cerca de ella. Las lágrimas se asoman bajo los párpados, pero lo último que haría en

este momento es ponerse a llorar.

—Ojalá pudiera decírtelo, pero no puedo —dice Belinda con un suspiro.

—¿Por qué nos abandonaste? —interrumpe Hedda, que solo quiere saber la verdad.

Al escuchar esto, Belinda se levanta para acercarse a la ventana y se queda mirando el puente Götaälvbron con los brazos cruzados.

—Tuve que desaparecer.

—¿De qué estás hablando?

—¿Acaso no lo entiendes? —Se gira para mirar a Hedda—. No puedo decirte más. Pero al menos me aseguré de que tuvierais dinero.

—Sí, dinero que mi padre se bebió —responde con severidad.

—Lo siento. —Baja la vista de nuevo—. Pero ¿qué más podía hacer?

—No tengo ni puta idea. Cualquier cosa hubiera sido mejor que abandonar a tus hijos con un padre chiflado que ni siquiera podía hacerse cargo de sí mismo.

—Lo siento —repite Belinda, dando unos pasos hacia Hedda, pero su rostro vuelve a endurecerse—. Nadie debe enterarse de que eres mi hija. Jamás. ¿Lo entiendes?

Hedda se queda mirándola y sonríe con amargura.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no? —contesta—. Lo sé yo y lo saben Wille y Mona. —Resopla—. Y mi padre, por supuesto.

—Sí, lo entiendo —asiente. Mira su reloj y esboza una sonrisa rígida —. Tendré que pediros que os vayáis ahora, puesto que tengo otra cita.

Hedda se queda helada al escuchar esto. Belinda tiene una cita a la que concede más prioridad. No debería sorprenderse. A estas alturas

debería estar claro que no le importa su hija. Pero da igual. Se las ha arreglado hasta ahora sin una madre. No la necesita. No necesita a nadie.

Se levanta para coger las muletas.

—Vale. Nos iremos. Pero quiero que sepas que esta ha sido tu última oportunidad. A partir de ahora, no existes para mí.

74

—¿Por qué has intentado huir? —pregunta Anton, mirando a Niklas Johansson, que ahora está sentado frente a él en la sala de interrogatorios con sudor en la frente y un rasguño rojo en la mejilla.

—No lo sé. Ha sido una estupidez. Lo siento —responde, estrujándose las manos—. He reaccionado así por el pánico.

—¿Pánico de qué?

Niklas se encoge de hombros y mira hacia la mesa.

—Vamos a ver. —Anton se inclina sobre la mesa y Niklas da un respingo—. Sabemos que eres Oliver. Sabemos lo que sucede en esas fiestas. Estoy seguro de que nuestros técnicos encontrarán muchas pruebas de ello en tu casa. Después de todo, ya conoces a la perra. —Entorna los ojos—. Si la soltamos en tu casa, tú y todos sabemos lo que va a olfatear.

Niklas se endereza, se relame los labios con nerviosismo y cruza los brazos sobre la mesa, apretando con fuerza. La turbación de su mente es más que obvia.

Al principio, Anton rehusó creer lo que Alexander le decía. Le costaba creer que Niklas, el tímido conserje de la iglesia que había trabajado como enfermero, actuara como intermediario en una red de prostitución de menores. Cuando lo buscó en el registro, no encontró ni una multa de aparcamiento a su nombre, así que no tenía muchas esperanzas cuando iban camino a la iglesia. Pero, cuando intentó escapar de ellos, Anton entendió que el humilde conserje estaba ocultando algo.

—¿Vas a decírnoslo? —lo exhorta Anton.

Niklas se hunde en su silla.

—Vale, vale. Os lo diré. —Deja escapar un profundo suspiro—. Pero no es lo que pensáis. No es mi culpa. Todo comenzó con una chica que quería venderme sexo.

—¿Quería? —dice Bodil con determinación—. Ninguna chica quiere vender sexo.

Niklas se queda mirándola y dice:

—Sí, bueno, no es que yo la haya forzado. Ella se anunciaba. Si la chica se anuncia, uno supone que quiere venderse, ¿no?

Bodil está a punto de decir algo, pero Anton levanta la mano para hacer una pregunta:

—¿Qué edad tenía?

—¿Por qué lo preguntas?

—Yo hago las preguntas y tú las respondes. ¿Entendido?

Niklas se rasca debajo de la nariz y asiente con la cabeza.

—Dijo que tenía dieciocho años, pero no sé si era cierto. Es difícil distinguir entre una chica de quince y una de dieciocho, ¿no? —Al no obtener respuesta, continúa—: Era muy impetuosa.

—¿A qué te refieres?

—Empezamos a vernos —continúa, tirando de la manga de su jersey—. Mi casa está en un área bastante remota. En Båberg. El vecino más cercano está a varios kilómetros de distancia. La chica comenzó a traerme a algunas amigas y, bueno… —Gesticula con las manos—. Una cosa llevó a la otra y, de repente, teníamos fiestas casi todos los fines de semana.

—¿Estás diciendo que ella fue quien empezó todo?

—Sí —asiente Niklas de inmediato, complacido de que lo entiendan.

—¿Y qué ocurría en esas fiestas?

Baja la vista y tira de su jersey una vez más.

—Eran fiestas, nada más.

—¿Nada más? —dice Anton, levantando las cejas—. Esa no es la imagen que tenemos.

Niklas vuelve a suspirar con fuerza y mira a Anton a los ojos.

—No tenía la intención de que fuera otra cosa, pero esta chica traía a sus amigas. Lo pasábamos bien, ya sabes, un ambiente cálido y acogedor. Pero, de repente, todo se le fue de las manos y se convirtió en una especie de telaraña. La chica recibía mensajes de todo el mundo en los que le pedían lo que querían. Empezó de manera inocente, pero luego empeoró y ya no pude salirme.

—¿Así que los hombres contactaban con esta chica?

—Sí, y ella les conseguía la carne según lo que pidieran.

—¡¿Carne?! —exclama Bodil sin poder contenerse.

Anton mira a Bodil, sentada con las piernas separadas en la silla de al lado, y nota que está a punto de estallar. Entiende su rabia, pero si no puede mantener la calma, tendrá que salir de la sala.

—Sí, bueno, chicas —corrige Niklas sin atreverse a mirarla—. Le generaba buenas ganancias. Y yo recibía una parte por prestar mi casa. Y, además, conseguía lo que quería. —Pasea la mirada—. Pero he querido dejarlo. Ha ido demasiado lejos.

—¿A qué te refieres con eso?

—Los clientes exigen cada vez más. Quieren tener más control y hacer cosas más extremas. Están dispuestos a pagar más por ello y algunas chicas aceptan —contesta, bajando la cabeza.

—¡Por Dios! Esto tiene que ser una broma —protesta Bodil, golpeando la mesa con la mano.

Niklas parpadea estremecido y se vuelve hacia ella.

—Pero es verdad. Las chicas siguen viniendo. Si no quisieran, no volverían.

—Pero por… —comienza Bodil, pero Anton la interrumpe.

—¿Cómo se llama la chica con la que trabajas?

Niklas traga saliva con fuerza, mirando a Anton y luego a Bodil.

—Alma.

75

La noche que conocí a Alma, estuve con un nuevo cliente en una de las habitaciones del club. Me habían advertido de ello, pero mi ansiedad era como un agujero negro que tenía que llenar de dolor.

Una vez que terminó, dejé el dinero y salí tambaleándome de la habitación. Alguien me dijo que no podía quedarme, pues me veía como una mierda y ahuyentaba a los clientes.

De repente, Alma estaba allí, frente a mí. La había visto antes, pero nunca habíamos hablado. Se apareció como un ángel y me llevó a su casa con manos cálidas y voz suave. Metió mi cuerpo dolorido en un baño de burbujas y me dio chocolate caliente, algo que no había tomado desde que era niña. Por un momento, casi tuve la sensación de que todo estaba bien, que no estaba magullada y destrozada.

Alma se enfadó con la gente del club porque no cuidaban de las chicas que trabajaban allí. Me dijo que no volviera a ir. Prometió que me protegería y que se aseguraría de que estuviera a salvo, y que no tendría que volver a preocuparme por nada.

76

Anton se cruza de brazos y se reclina en su silla.

—Entonces, ¿quieres decir que Alma Olsson es el cerebro detrás del negocio?

Niklas asiente con la cabeza. Su labio superior brilla de sudor y de saliva, puesto que no deja de relamerse los labios.

—¿Y dónde está Alma ahora?

—No lo sé.

Anton se queda mirándolo y dice:

—Pero sí sabes que está desaparecida desde anteayer, ¿no?

—No, no lo sabía. —Niklas mira Anton y luego, a Bodil—. Pero eso explica muchas cosas.

—¿Como qué?

—Como que no he tenido noticias suyas. —Carraspea y baja la voz —: Y no me ha estado dando la lata, lo cual se agradece.

—¿Querías librarte de Alma? —pregunta Anton.

Niklas asiente con la cabeza en un primer momento, pero después abre los ojos con espanto.

—Pero no le he hecho nada, si es lo que estáis pensando —dice, levantando las manos.

—Alma ha desaparecido y Laleh está muerta —explica Anton—. Sabemos que Laleh sufrió graves abusos sexuales. Tenía rastros de ello en todo el cuerpo. Podría pensarse que estuvo en tus fiestas. ¿Sabes algo al respecto?

—No. Además, no eran mis fiestas —añade malhumorado.

—Pero encontramos rastros de Laleh en ti.

—Ya he explicado eso. Fue cuando la vi colgada del árbol y traté de salvarla.

—Sí. Pero también pudo haber sido una buena manera de cubrir tus huellas, ¿no? Es bien sabido que nuestros técnicos forenses pueden encontrar cualquier rastro. Incluso si el cuerpo hubiera sido lavado con esmero, sabías que encontrarían algo en Laleh que la relacionaría contigo. La fibra más diminuta habría sido suficiente. Así que lo mejor era decir que la habías tocado al intentar ayudarla.

Niklas se limpia el sudor del labio superior con la mano.

—Yo no la maté.

—Eso dices tú.

—Pero es verdad. —Pasea la mirada de un lado a otro—. Yo no la maté —dice una vez más.

Anton se inclina hacia Niklas y lo mira fijamente a los ojos.

—Creemos que fuiste tú. Algo salió mal y no tuviste más remedio que deshacerte de ella. Estás aquí porque eres sospechoso de un asesinato.

Al escuchar esto, Niklas menea la cabeza y sus fosas nasales se dilatan. Parece darse por vencido.

—Vale. Os lo diré, ya que no hay más remedio. No soy responsable del asesinato de Laleh, pero sé quién lo hizo.

—¿Quién?

—Fue un accidente. Laleh era una de esas que aceptaban clientes extremos.

—Basta ya —dice Bodil—. A nadie le gusta que la maltraten.

—Déjalo hablar —interviene Anton, lanzándole una mirada de advertencia.

—Es verdad que las cosas se nos fueron de las manos. Yo estaba con algunas de las chicas en el salón cuando Alma vino corriendo. Y enseguida supe que había ocurrido algo grave, porque no es el tipo de persona que se altere con facilidad. Estaba como loca. —Traga saliva—. Me dijo que fuera con ella, y cuando entré en el dormitorio, vi a Laleh en la cama. Me acerqué deprisa y, como no sentía su pulso, empecé a hacerle los primeros auxilios, pero Alma me detuvo y dijo: «Está muerta. No hay nada que puedas hacer. Tenemos que sacarla de aquí». —Carraspea tirando de las mangas de su jersey azul, el cual exhibe el logotipo de la iglesia en el pecho —. Así que la lavamos y la vestimos. Y luego la llevamos a la iglesia.

—¿Por qué a la iglesia?

—Porque lo lógico sería que yo la encontrara allí, pero también había otra razón.

—¿Cuál?

—Fue idea de Alma. Se le ocurrió que, si hacíamos que aquello pareciera un crimen de odio, es decir, que había sido algún racista, quedaríamos libres de sospecha. Era solo cuestión de que el padre de Laleh difundiera ese rumor.

—¿Y por qué estabais tan seguros de que reaccionaría así? Podría sido al revés.

—No. Laleh nos había contado cómo era su padre y cómo era ella en su casa, así que Alma le envió una foto en la que se veía a Laleh posando desnuda. Estábamos seguros de que el padre haría cualquier cosa para evitar que la gente pensara que su hija era una puta. Alma le sugirió que difundiera que había sido un crimen de odio. De esa manera, nadie pensaría en las cosas que había hecho, sino que la verían como una víctima. No fue difícil convencerlo.

—¿Así que Kabir sabía en lo que se había metido su hija?

Niklas asiente con la cabeza y Anton vuelve a pensar que Kabir es culpable de incitar al desorden, ya que sabía la verdad. Pero no es difícil entender por qué actuó así. Quería proteger a su hija y a su familia de una enorme deshonra, y Alma y Niklas se aprovecharon de ello. No se le dio la oportunidad de sufrir su duelo en silencio, y ahora que el secreto de Laleh se hará público, la deshonra será mayor y peor.

—¿Qué hicisteis con su ropa interior? —pregunta Bodil.

—La quemamos —responde Niklas, volviéndose hacia ella—. Pensamos que, de esa manera, sería más difícil que nos rastrearan. Además, Alma dijo que, si aparecía sin ropa interior, el padre estaría aún más dispuesto a ocultar quién era su hija en realidad.

Esto último hiere la sensibilidad de Anton.

—¿Quién era en realidad? —repite de forma enfática—. Laleh no era el tipo de chica que fuera a prostituirse.

—Ah, ¿no? —replica Niklas—. Alma la reclutó. No sé cómo lo consiguió, pero tiene una manera de persuadir a la gente más reacia. Algunos clientes piden chicas con velo. Creen que eso añade un poco de picante al asunto. Ya sabes a lo que me refiero.

Anton traga saliva con fuerza. Pero al menos ahora saben quién era esa amiga de Laleh que era una mala influencia para ella. Alma debió hacerle la vida imposible y es probable que la chantajease para que hiciera lo que quería. Pero aún no saben quién la mató. Niklas sigue sin decirlo. Anton lo mira y pregunta:

—¿Quién más estaba con ella en el dormitorio cuando la encontrasteis muerta?

Niklas baja la cabeza y se oculta el rostro entre las manos.

—Tengo que pensar. Tengo que… —Levanta la cabeza—. No voy a decir nada más hasta que hable con un abogado.

77

Anton baja del coche y respira el delicado aire del anochecer. El gorjeo crepuscular de un mirlo lo recibe mientras camina hacia la casa, pero no lo oye. Está exhausto. Asqueado de la humanidad.

Tuvieron que interrumpir el interrogatorio de Niklas. Al ser sospechoso del asesinato de Laleh, tiene derecho a un abogado. Pero Anton confía en que les dirá todo lo que sabe, aunque solo lo hará para protegerse a sí mismo. Eso significa que mañana sabrán al fin quién maltrató, violó y asesinó a Laleh. Y quizá se enteren también del paradero de Alma y de Sophie. En todo caso, no habrá más de esas fiestas, como las llaman, ni más Oliver.

Cierra los ojos y siente la fresca brisa de abril en la cara. Pero ¿a quién quiere engañar? Ya sabe lo que sucederá. Pueden detener a Niklas y a su club de depravados, pero pronto aparecerá alguien más para tomar el relevo. Así es todo esto, un circo absurdo.

Coge su teléfono y ve que su madre ha vuelto a llamar. Esta vez ha dejado un mensaje de voz. Se detiene y, tras pulsar el código de seguridad, se entera de que Fredrik Rönnberg salió de Medikenz porque había acosado sexualmente a varias mujeres que trabajaban en la empresa. Menea la cabeza, preguntándose una vez más de dónde saca su madre tanta información. Tendrá que hablar con ella mañana. Esta noche quiere estar en paz.

La casa está oscura y en silencio cuando entra. Gabbi ya debe haberse ido a la cama. Se dirige a la cocina y se detiene al ver una carta, con caligrafía impecable, en el centro de la mesa. Se queda quieto mirándola. Aunque está demasiado lejos para poder leerla, entiende de qué se trata.

Así que se acerca y la coge con cuidado para leerla. No es muy larga. Gabbi no necesita tantas palabras para decir lo que quiere.

Se deja caer en la silla con todo su peso.

Gabbi se ha marchado. Dice que no puede aguantar más. Se ha ido a casa de sus padres y no quiere que intente contactar con ella. Quiere estar en paz.

Anton termina de leer, poseído por la rabia. Una maldita carta. Después de todo lo que han pasado, ni siquiera ha podido decírselo en persona. Maldita Gabbi. Arruga la carta en una bola y la tira lejos de su vista.

Ahora no importa nada. Se acerca al armario donde guardan el alcohol. No es mucho. Solo hay una botella de Baileys, media de Martini, una botella de glögg sin abrir y ahí está: la botella de whisky que Wille le regaló por Navidad. Es el único regalo que le ha dado que servirá para algo.

Se oye un chasquido cuando desenrosca el corcho. Se lleva la botella a la boca y da un largo sorbo que le quema la garganta y el estómago. El alcohol lo ayuda a calmar las emociones, pero solo por un momento, pues pronto vuelve a caer en la misma oscuridad.

Coge la botella, abre de una patada la puerta y camina hacia el lago. Sin detenerse, mira hacia la entrada y se pregunta cómo es que no se ha dado cuenta de que el coche de Gabbi no estaba. Ha pasado de largo sin más, sumergido en sus propios pensamientos.

Toma otro trago profundo. Todo está jodido. Antes hablaban de todo, de sus sueños y fracasos, y ahora lo deja así, con una puta carta. Incapaz de cargar su propio peso, siente la dura roca debajo de su cuerpo, convencido de que ya no le queda nada.

Nunca podrá llenar el vacío que lleva consigo. Gabbi tuvo éxito durante un tiempo, pero el vacío siempre vuelve. Toda su vida ha intentado luchar contra ese sentimiento de no pertenencia. De niño intentaba llenarlo con música, pintura y literatura. Y de mayor lo intentó con la jardinería y los proyectos del hogar, como ese maldito pabellón. Coge una piedra y la lanza contra él.

Y el bebé muerto. Años de visitas a médicos y tratamientos que, al final, se fueron a la mierda, como todo lo demás. Por no hablar del oficio de policía, que eligió de manera ingenua pensando que ello lo llenaría al darle la sensación de que era necesario.

Está exhausto. Las personas con las que ha tenido que tratar y la crueldad del mundo. Las imágenes de muerte y destrucción que le han dejado heridas abiertas en el alma. Todo da vueltas en su cabeza.

No quiere seguir.

Culpa a Gabbi de la muerte del bebé. Debería haberse protegido mejor a sí misma y al bebé. Aunque, en el fondo, siente que fue su culpa. Él debería haberlos protegido. Él, y nadie más. Pero no lo hizo.

Se lleva la botella a la boca, mirando el agua quieta e inmensa del lago que brilla en la oscuridad. El aire está frío ahora que el sol se ha ido. Tal vez sea el momento de dejarse llevar y hundirse en el gran azul después de todo.

Se levanta con las piernas tambaleantes y bebe un buen trago de la botella. La inclina y la sacude todo lo posible, pero ya no queda nada. Deja la botella en la superficie y la ve balancearse un instante. Después se adentra en el lago, sin importarle el frío, y el agua lo envuelve.

78

La niebla matutina se abre paso entre los nudosos troncos mientras el agua del deshielo corre por las laderas de la montaña. Se ven los primeros brotes verdes en los árboles y un crujido resuena en el bosque cuando dos ciervos asustados emprenden la huida.

Mona adora los paseos por la montaña con Charles. Siempre ha sido el tipo de persona a la que le gusta hablar mucho, pero con él puede caminar en silencio y disfrutarlo. La llena de una calma que nunca antes había sentido. Pero hoy no es así. Siente una ansiedad tan grande que ni siquiera los profundos bosques pueden curar. Es un presentimiento de que algo ha sucedido.

—¿Estás bien? —pregunta Charles.

—No lo sé —responde ella, levantando la vista.

—¿Estás preocupada por Sophie?

—Sí, y también por los chicos. Bueno, sobre todo por Anton.

—Sí, entiendo.

De repente, Charles la coge del brazo y se queda inmóvil. Un manto de musgo verde cubre las piedras delante de ella y entre las ramas de los árboles se vislumbra una gran sombra. El sonido de una rama que se quiebra resuena en el bosque y, poco después, un alce se acerca a ellos con pasos majestuosos. Se detiene muy cerca de Charles y luego desaparece en el oscuro bosque.

—Anton es un hombre prudente —comenta Charles en voz baja una vez que el alce se ha ido—. Ya verás que estará bien.

Mona se vuelve hacia él y le acaricia la mano.

—Sí, tienes razón —dice, aunque piensa que Charles no conoce a Anton tan bien como ella. No sabe nada de esa melancolía y esa

oscuridad que lleva consigo. Además, es difícil entenderlo cuando no lo ha sentido uno mismo.

—Volvamos a casa para tomar una taza de café —sugiere él.

Mona le sonríe y se dan la vuelta. Coco, que los ha acompañado en el paseo, corre apresurada delante de ellos, como suele hacer al darse cuenta de que volverán a casa.

Al llegar al parque, ven a una mujer mayor con dos niños pequeños junto al estanque que está frente a Villa Björkås. Mona tiene la impresión de reconocer a su abuela. Lleva un trozo de pan en la mano y lo hace trocitos, que da a los niños para que estos los tiren hacia los patos. Las aves se aglutinan, riñendo por la comida, y Mona oye el eco de las tiernas risas infantiles hasta la casa.

Al entrar en la casa, encuentran a Hedda, recién despertada, en la cocina. Está untando mantequilla en un bocadillo, vestida con bragas y camiseta, y lleva el largo pelo recogido en una coleta alta y desordenada.

—Buenos días —la saluda Mona, poniéndole una mano en el hombro—. ¿Cómo te fue ayer con Belinda?

Hedda da un mordisco al bocadillo y mira a Charles, que se ha detenido en la puerta.

—Tenías razón —responde con comida en la boca—. Sí es mi madre. No me lo puedo creer. Pero no quiso decirme nada más. Todavía no sé quién es en realidad o por qué nos abandonó.

Mona menea la cabeza maldiciendo para sus adentros a Belinda Bauer por no haberle dado las respuestas que se merece.

—Es una pena.

Hedda se encoge de hombros y dice:

—Da igual. Puedo vivir sin ella. Siempre lo he hecho.

Mona asiente, pues sabe que Hedda puede cuidar de sí misma. No conoce a nadie más independiente que ella. Pero no merece que la

traten de esa manera.

Vuelve a mirar a Hedda y extiende los brazos para atraerla hacia ella.

—Lo siento —repite, sintiendo que el cuerpo rígido y reacio de Hedda se ablanda poco a poco contra el suyo. Le acaricia la espalda con la mano—. Pero tal vez tengas razón. Estás mejor sin ella.

Aunque hay algo que sigue sin entender. ¿Por qué Belinda buscó y contrató a Hedda en el club? Debía querer tenerla cerca. De lo contrario, podría haber decidido seguirle la pista a distancia o no haberle seguido la pista en absoluto. Es una contradicción.

Mona le da una palmadita en la espalda y la suelta. Entonces la mira a los ojos y dice:

—Vamos a solucionar esto.

Hedda se encoge de hombros y coge su bocadillo y su vaso de leche con chocolate para sentarse a la mesa.

—Wille va a venir más tarde.

—Pasáis mucho tiempo juntos últimamente —dice Mona con una sonrisa.

—Sí, me cae bien —contesta, levantando la vista.

—¿O algo más que eso tal vez?

Hedda esboza una sonrisa socarrona.

—Ya veremos qué pasa —responde, dando un mordisco a su bocadillo.

79

Anton abre los ojos y, por unos instantes, se pregunta dónde está. Entonces reconoce el empapelado verde de las paredes y los dos cuadros desde los que unos troles, semiocultos tras los troncos en un bosque oscuro, lo miran con ojos grandes.

Está en la cama de la habitación de invitados. Es la misma cama en la que dormía de niño cuando sus abuelos vivían aquí. Parece como si el tiempo se hubiera detenido. La vieja mecedora sigue en el rincón y la alfombra hecha de retazos sigue en el suelo. Esta era la habitación que iban a utilizar para el bebé.

Un ruido lo ha despertado, y ahora vuelve a oírlo. Se incorpora y se da cuenta de que proviene de su móvil. Está tirado en el suelo, con la pantalla encendida, así que lo recoge y contesta.

—¿Por qué no contestas? —le pregunta Petra Tallberg.

—Eh… —Anton busca algo que decir—. Estaba en el baño.

—¿Dónde estás?

Anton mira su reloj y ve que son las ocho y media.

—Ya voy a la comisaría. —Carraspea. Tiene la boca seca y con un mal sabor—. He tenido que hacer algo. —No ve más remedio que mentir.

—Vale. Pero ¿está todo bien? Suenas un poco decaído.

—Sí, sí, estoy bien. Solo es un poco de alergia —responde, sorprendido por la facilidad con que la que está mintiendo.

—Ya veo. Bueno, solo quiero que sepas que Niklas Johansson ya ha hablado con su abogado defensor y ha señalado a Fredrik Rönnberg como el asesino de Laleh. Y eso no es todo. La hermana de Sophie recibió un mensaje de ella el otro día por Snapchat. Y los

informáticos comprobaron que salió del móvil de Fredrik. Vamos a ir a la granja de Brätte ahora mismo. Ve tan pronto como puedas.

Anton mira sorprendido hacia el trol que parece sonreírle desde uno de los cuadros.

—¿Fredrik Rönnberg? —repite, mientras se masajea el rígido cuello. Pero ¿qué está pasando?

—¿Vas a venir?

—Sí, pero espera. —Anton le habla del mensaje de voz que su madre le dejó ayer—. Quizá valga la pena investigar eso, ¿no?

—Sí, haremos eso mientras llegas. Vamos, date prisa.

Terminan la llamada y, al levantarse, Anton se da cuenta de que aún no está totalmente sobrio. Pasa tambaleándose junto a la pila de ropa mojada que dejó en el suelo y entra en la cocina. Abre el grifo y deja correr el agua para que esté bien fría. Llena un vaso hasta el borde y bebe con avidez. Pone la cafetera y, mientras la máquina trabaja, va a ducharse.

Intenta recordar lo que sucedió ayer. Gabbi lo ha dejado, eso sí lo recuerda. También recuerda haber estado en el agua helada del lago, con la ropa puesta. Reprime un eructo ácido, negándose a admitir que lo que hizo ayer fue algo más que un baño.

—¡Joder! —exclama en voz alta. También tiene un vago recuerdo de haber llamado a Hedda.

Se envuelve en la toalla y va a la cocina para coger su móvil y comprobar las llamadas salientes. Esperaba haberse equivocado, pero no es así. Primero llamó a Gabbi más de veinte veces sin que esta respondiera, y después llamó a Hedda y habló con ella durante veintitrés minutos, pero no recuerda de qué.

Se rasca la mejilla sin afeitar y mira abatido a su alrededor. La carta que arrugó y tiró al suelo sigue en el mismo lugar.

80

—Hombre, pero qué pinta tienes —dice Petra, mirando a Anton de pies a cabeza cuando este sale del coche en el aparcamiento de la granja de Brätte—. Debe ser una alergia muy fuerte la que tienes.

Anton asiente mientras desenrosca la tapa de la botella de agua que tiene en las manos. Entonces observa que Bodil está apoyada en el coche, mirándolo boquiabierta. Toma un gran sorbo de agua y la saluda con un gesto de la cabeza.

—Hoy no me siento muy bien.

No está mintiendo. Es verdad que no está bien. No solo por esa resaca que ni siquiera cuatro tazas de café y una ducha fría le han podido quitar, sino por la angustia que siente. Y siempre ha sabido que la mejor manera de evitarla es manteniéndose ocupado.

—No sabía que tenías alergias —dice Bodil en voz baja.

—Pues claro, es que no lo sabes todo sobre mí —contesta, y se vuelve hacia Petra—. ¿Así que fue Fredrik Rönnberg? —pregunta, mirando hacia la enorme construcción de color blanco—. Me cago en diez.

—Eso dice Niklas Johansson, pero hay que comprobarlo —dice Petra.

—Ah, ¿sí? —contesta él, entornando los ojos al máximo.

Petra se ajusta las gafas y dice:

—Solo quiero asegurarme de que estamos haciendo lo correcto.

—¿A qué te refieres?

—No se trata de cualquier persona, sino de alguien que muestra un interés público en ayudar a las chicas vulnerables. Si lo acusamos

de lo contrario y luego resulta que no es culpable, nos tacharán de incompetentes. —Se inclina hacia delante—. Sobra decir que eso traería graves consecuencias para el cuerpo de policía. Es mi responsabilidad evitarlo.

Anton se queda mirándola. Ya ha notado esto antes. A Petra le gusta trabajar con casos de perfil alto de los que pueda presumir, pero, si su reputación está en riesgo, se pone en guardia de inmediato.

—Sí, pero nuestra mayor responsabilidad es ayudar a las víctimas y atrapar a los delincuentes —dice Anton, y da un sorbo a su botella de agua—. Tenemos tres chicas, una de ellas violada y asesinada. Y se ha demostrado que las otras dos tienen una conexión con esta granja. También tenemos a alguien que señala a Rönnberg como el autor del crimen. Yo diría que tenemos muchas pruebas que nos justifican. No debería importarnos que Fredrik y Eva sean famosos por los medios de comunicación.

Petra lo mira sorprendida. No está acostumbrada a que Anton se exprese en ese tono. Pero a él le da lo mismo en este momento. Ni siquiera sabe por qué está explicándole a su jefa cuál es su misión. No debería tener que hacerlo. Menea la cabeza y cambia de tema.

—¿Has comprobado la información que envió Mona?

—No he podido contactar con nadie que pueda confirmarlo. Y tu madre se niega a decirnos de dónde sacó todo eso.

Anton parpadea con aire de cansancio. ¿Por qué tiene que lidiar con esto una y otra vez?

—Eso me importa una mierda —dice, gesticulando con las manos.

Después de decir estas palabras, se acerca al edificio mientras las furgonetas grises de los forenses entran en el aparcamiento por segunda vez en dos días. No se molesta en mirar hacia atrás, pero oye que los demás lo siguen. Entonces ve entre los edificios rojos del establo que un tractor viene hacia ellos. Bjarne está sentado al volante, observándolos con los ojos muy abiertos.

—¡Bellini! —dice Petra, señalando hacia Bjarne con la mano—.

¿Quieres charlar con el hombre del tractor y echar un vistazo a la casa?

Anton sube las escaleras en dos pasos y llama a la puerta. Casi de inmediato, y para su gran sorpresa, Susanne Öberg la abre y detrás de ella están Fredrik y Eva.

—¿Qué sucede? —pregunta Susanne, cruzando los brazos.

—Estamos aquí para hablar con Fredrik y hacer un registro —explica Petra, que se ha situado al lado de Anton, observando a Fredrik y Eva.

Susanne parece sorprendida.

—Por un momento pensé que… —comienza, pero se detiene—. ¿Orden de registro? ¿Por qué?

—Voy a tener que pedirte que te apartes —dice Petra con autoridad, poniéndose frente a ella y extendiendo el brazo con firmeza.

Pero, en lugar de alejarse, Susanne menea la cabeza y dice:

—¿Cuáles son vuestros motivos para una orden de registro?

—¿Y cuál es tu papel aquí? —responde Petra, mirándola a los ojos.

—Yo soy la representante legal de Fredrik.

—Ya veo. Entonces, debes saber que el único motivo que necesitamos es que se haya cometido un asesinato.

Petra tiene razón y Susanne lo sabe. Un crimen como el que están investigando los autoriza a registrar la casa, así que no le queda más remedio que moverse cuando Petra, con su equipo a cuestas, se abre paso a la fuerza.

Anton está a punto de seguirla cuando ve que una joven se acerca a Susanne. Lleva unos vaqueros negros ajustados y un gran jersey. Un gorro le cubre parte de la frente y el pelo rubio y rizado cuelga sobre su pecho.

—¿Sophie? —pregunta sorprendido, deduciendo que esto era lo que Susanne quería decir cuando abrió la puerta. Pensaba que habían venido por el caso de Sophie.

Susanne rodea a su hija con el brazo y mira a Anton.

—Es solo que no he tenido tiempo de informaros, pero parece que Sophie ha estado aquí todo el tiempo.

Anton ve a Petra hablando con Fredrik un poco más adentro en el vestíbulo y vuelve a mirar a Susanne y a su hija, sin poder decidir si debe sentirse enfadado o aliviado.

—Explícamelo —exige sin más.

Susanne suspira y dice:

—Sophie dice que simplemente necesitaba alejarse de todo por un tiempo.

Anton mira a la chica y luego a Susanne y dice:

—¿Así que solo quería alejarse? Pero si tiene a todo el mundo preocupado por ella, desperdiciando nuestros recursos. ¿Qué clase de comportamiento es ese? —pregunta con voz dura, y Sophie se esconde detrás de su madre, mirándolo con espanto.

—¿Qué está pasando? —interviene Eva, que ha escuchado las palabras de ambos.

Anton se vuelve hacia Eva y más allá ve a Fredrik y a Petra, que se han adentrado unos pasos en el pasillo. Se pasa una mano por el pelo con aire molesto y se encuentra con la mirada de Eva.

—¿Sabes qué? —comienza Anton—. Hasta cierto punto, entiendo que una adolescente pueda actuar de esa forma. Pero no entiendo por qué no has dicho que estaba aquí.

Eva retrocede un paso.

—No, no es lo que tú crees. Tenemos un acuerdo con cada una de las chicas que vienen a quedarse aquí. No podemos revelar que

están aquí si no quieren. Julia, la chica con la que habéis hablado, aceptó que compartiéramos esa información, pero es diferente con otras chicas, así que tenemos que cumplir nuestras promesas. Las chicas que vienen a nosotros no confían en nadie. Por el contrario, vienen de un entorno lleno de engaños y mentiras. Queremos que confíen en nosotros. Esto ya lo he explicado antes.

—Sí, pero ¿nunca se te ocurrió que hemos empleado muchos de nuestros recursos en buscar a Sophie? Además, su familia estaba preocupada por ella. Entiendo que tenéis vuestros principios, pero a veces es necesario hacer excepciones.

Eva lo mira un momento y parece querer decirle algo, pero luego se encoge de hombros al darse cuenta de que no puede ganar esta batalla.

—¿Esto quiere decir que estaba aquí hace dos días? —pregunta Anton.

Eva asiente con la cabeza.

—¿Estaba escondida entonces?

—No, bueno, sí, estaba en la cabaña para huéspedes.

Anton la mira sin comprender, así que Eva continúa:

—La propiedad es muy grande y hay una cabaña que pertenece a ella. Se encuentra a un par de kilómetros al oeste. Ahí es donde estaba viviendo Sophie.

Anton vuelve a mirar a Sophie, quien sigue mirándolo con espanto, y le pregunta:

—¿Qué fue lo que te hizo querer dejar de esconderte?

Ella tira del gorro con sus delgados dedos temblorosos de modo que casi le cubre los ojos.

—Nada en especial —contesta con voz débil—. Solo quiero ir a casa, dormir en mi cama y estar en paz. Pero sí avisé de que estaba bien —dice en voz baja—. Envié un mensaje a Madeleine con el

móvil de Fredrik.

La mirada de Sophie refleja una profunda oscuridad que Anton reconoce, pues es como si mirara sus propias penas y angustias en ella. Comprende que ha pasado por muchas cosas y que le queda un largo camino por delante antes de poder salir de todo eso. Se hace a un lado y dice:

—No tengo tiempo para esto ahora. Ya hablaremos otro día.

Susanne le dedica una mirada y una sonrisa de agradecimiento al tiempo que rodea a su hija con el brazo una vez más.

—Vamos a casa —dice Eva, y ambas se alejan de allí.

Anton las sigue con la mirada y se siente aliviado de saber que Sophie no está muerta, pero también de que tiene una madre que se ocupará de ella. Estará bien. Ahora, solo tienen que encontrar a Alma.

Se da la vuelta cuando oye a Petra hablar con Fredrik:

—Vamos a necesitar tu móvil y tu ordenador para que nuestros técnicos puedan echar un vistazo, y también tenemos que registrar la casa.

—¡Vale! Adelante —contesta Fredrik—. Puedo deciros que encontrareis información sobre Alma y Laleh en mi ordenador. Y también os daré el móvil que he utilizado para contactar con Oliver. El haber conseguido limpiar esta organización es lo más grande que Eva y yo hemos hecho, y vamos a revelar todo lo que hemos investigado en nuestro próximo programa.

—¿Así que no tienes nada que ver con el asesinato de Laleh?

—No, claro que no —contesta, mirándola con repulsión—. Es totalmente absurdo. He estado trabajando para denunciar a quienes se aprovecharon de ella. —Gesticula con las manos—. ¿Acaso no lo entiendes? Yo soy uno de los buenos.

Petra esboza una sonrisa rígida y dice:

—¿Cómo conseguiste toda la información?

—Me infiltré en el grupo.

—¿Así que estuviste en la casa de Niklas Johansson?

—Sí —asiente Fredrik con seriedad—. Estuve en la casa, pero por supuesto que no toqué a ninguna de las chicas. Me quedé un rato un par de veces, es verdad, pero solo estuvimos charlando. Nada más.

—Niklas Johansson afirma otra cosa.

—Claro. Quiere salvarse a sí mismo.

—¿Como lo hiciste tú una vez? —interviene Anton, dando un paso hacia delante.

—¿De qué estás hablando? —dice Fredrik, volviéndose hacia él.

—Sabemos por qué saliste de Medikenz: por el acoso sexual a las chicas de la empresa.

Fredrik lo mira sorprendido, deja escapar un profundo suspiro y menea la cabeza.

—Esa vieja historia otra vez. Supongo que tendré que vivir con ello el resto de mi vida. Es verdad que tuve una aventura con una compañera de trabajo, y admito que fue una estupidez, pero nunca fue con mala intención. Aunque suene tonto, debo decir que estaba enamorado, pero con el tiempo descubrí cosas de ella que no me gustaban, así que quise terminar la relación.

»Pero se lo tomó muy mal y buscó vengarse alegando que me había aprovechado de mi posición para llevarla a la cama. Con una salida a bolsa a punto de realizarse, el consejo de administración no podía arriesgarse y yo tampoco iba a ganar nada si salía a la luz esa historia inventada, así que cogí el dinero y me fui. —Se pasa una mano por la cabeza afeitada—. Admito que tal vez no fue la decisión más valiente, pero al menos hizo el menor daño y fue lo mejor para todos los involucrados.

—Parece que eres una de esas personas que siempre se meten en

problemas aunque nunca hagan nada malo.

Fredrik menea la cabeza y dice:

—Podéis creer lo que queráis. Pero allí está mi bitácora, donde he anotado todos los acontecimientos y contactos que he tenido con Laleh y las demás personas de la red. Puedo explicarlo todo. —Hace un gesto con la mano para invitarlos a entrar—. Adelante, como he dicho, haced vuestro trabajo. No tengo nada que ocultar.

81

El lugar a donde Alma me llevó era una enorme casa en ruinas, al final de un estrecho camino de tierra que estaba bordeado por un bosque denso y sombrío. Iba unas cuantas veces a la semana, a veces durante el día, a veces toda la noche o los fines de semana. Además de Alma y yo, había otras chicas que iban y venían. Yo creo que ninguna tenía más de dieciséis años. El dueño de la casa también estaba allí. Cuando no iba a recoger o a dejar a las chicas, se paseaba como un gallo en un gallinero, creyéndose con derecho sobre todas nosotras.

Los clientes llegaban por sí mismos. Las llamábamos fiestas y, ciertamente, había mucha fiesta. Al principio, los hombres parecían bastante normales, pero después se volvieron más exigentes. Creo que el dueño de la casa cobraba más si se les permitía ponerse más rudos. Pasado un tiempo, comenzó a quedarse con mi dinero y a pagarme con alcohol y tabaco. Solo me daba un poco de dinero de bolsillo. Me decía que el resto era para el alquiler de la habitación y para llevarme y recogerme.

Quise parar, pero entonces me enseñó la foto de mi hermana pequeña que tenía en su móvil. Sentí muchas emociones fluyendo por mi cuerpo, pero sobre todo miedo. Cuando le pregunté por qué tenía la foto, solo me miró y se echó a reír, y yo entendí que era una amenaza.

82

Una fina llovizna envuelve el paisaje crepuscular entre neblina, de manera que la carretera apenas es visible. Mona conduce hacia Brätte para hablar con Fredrik sobre lo que sucedió realmente en Medikenz hace siete años. Enciende las luces largas del coche, pero las vuelve a cambiar al darse cuenta de que solo empeoran la visibilidad. El presentimiento que tuvo durante el paseo matutino le hace querer llamar a Anton para saber que todo está bien, pero este le ha dejado muy claro que debe alejarse, así que no lo hace.

De repente, ve un par de luces entre la neblina y poco después ve la silueta de un coche. Una vez que el coche ha pasado ve que, detrás de él, viene una vertiginosa hilera de coches de policía. ¿Ha pasado algo en la granja? En los medios de comunicación se habla de que han detenido a un hombre por el asesinato de Laleh, así que ahora se pregunta si podría ser Fredrik.

Se encuentra con el último coche de la cohorte cuando pasa por delante de la casa de Rönnberg. Ve que es Anton el que conduce e intenta llamar su atención gesticulando con la mano, pero él no la ve o pretende no reconocerla. Le duele pensar que sea esto último, pero al mismo tiempo se alegra de comprobar que está bien.

Apaga el motor y, a la luz del patio, ve que Eva pasa caminando con prisa. Pero, cuando Eva la ve, se detiene y espera a que salga del coche.

—¿Qué está pasando? —pregunta, cerrando la puerta tras ella—. He visto un montón de coches de policía.

Eva asiente con la cabeza y Mona repara en su inusual aspecto: lleva la espesa melena rubia desordenada y tiene una mirada tensa.

—Estoy agotada —responde, haciendo un gesto de resignación con las manos—. Los policías llevan horas aquí. Fredrik ha sido acusado de asesinar a la chica que encontraron junto a la iglesia de Trollhättan y de estar implicado en toda esa red de prostitución de

menores.

Mona respira hondo y se echa la capucha sobre la cabeza para protegerse de la lluvia, que poco a poco va cobrando fuerza.

—Es una locura —continúa Eva indignada—. Después de todo lo que Fredrik y yo hemos hecho para infiltrarnos y documentar esa organización, se nos acusa, o mejor dicho a él, de los mismos delitos que estamos intentando combatir. —Menea la cabeza—. Afortunadamente, podemos demostrar que las acusaciones en su contra son falsas.

Mona asiente despacio con la cabeza y dice:

—Qué horrible debe ser que te acusen de algo así, pero ¿eso significa que la policía ha identificado a Oliver y puede poner a fin a su red?

—No lo sé. No me quieren decir todo. —Eva camina hacia su coche —. Pero ya hablaremos más tarde. Tengo que irme. Esto me ha llevado todo el día y el equipo de producción está esperando y cobrando por su tiempo. —Desactiva la alarma del coche, abre la puerta y se detiene—. Ah, una cosa más. Sí sabes que Sophie ya ha vuelto con su madre, ¿verdad?

—No, no lo sabía. —Niega con la cabeza, maldiciendo para sus adentros a Susanne al tiempo que siente una ola de alivio—. Pero ¿cuándo? ¿Y dónde ha estado todo este tiempo?

Eva abraza el marco de la puerta y vacila un instante.

—Aquí —contesta con incomodidad.

—¿Aquí?

—La policía no se lo tomó bien, y comprendo que tú tampoco lo harás, pero Sophie ha estado aquí todo el tiempo. Tenemos una cabaña fuera de la granja donde se ha estado quedando.

—¿Estás bromeando? —Mona se queda mirándola y el alivio que antes había sentido se convierte en ira.

Eva menea la cabeza sin más.

La rabia hace que las mejillas de Mona se enrojezcan. Así que después de todas las conversaciones sobre su trabajo para proteger a las chicas, le ha mentido a la cara. Incluso dijo que Sophie había estado allí hacía un mes. Todo ello sin el más mínimo temblor en la voz o parpadeo en los ojos.

Pero entonces Mona recuerda la sensación de que los Rönnberg escondían algo. Tenía razón. Era Sophie a la que escondían.

—Así que aquí estaba, oculta, mientras todos la buscábamos y nos temíamos lo peor.

Eva levanta la barbilla de manera desafiante.

—Sí, aquí estaba. Vino a nosotros muy deprimida. La acogimos y la protegimos. La ayudamos a alejarse de todo y a cortar todo contacto con el mundo exterior para no volver a caer en patrones destructivos. De verdad que lo necesitaba, y nos dejó muy claro que no contactáramos con nadie. Estábamos pensando en ella ante todo.

—¿Susanne sabía de esto?

Eva niega con la cabeza y el enfado de Mona cede ligeramente. Después de todo, lo importante es que Sophie está sana y salva.

—¿Sophie también fue víctima de la red de explotación sexual?

Eva vacila.

—Vamos —dice Mona, tiritando bajo la lluvia.

—Sí. Nos contó muchas cosas y nos ayudó a desarrollar nuestro plan. La historia va a salir en el próximo programa. No lo sabemos todo, pero lo que tenemos es suficiente para un buen reportaje.

Sus palabras disgustan a Mona. Está hablando de una chica de quince años vulnerable, deprimida y separada de sus padres. Eva y Fredrik la entrevistaron para conseguir material para su programa de televisión. Piensa en la chica del vídeo que grabó Hedda. ¿Qué están dispuestos a hacer los Rönnberg solo para conseguir material

para su programa?

—¿Y dónde está Sophie en estos momentos? —pregunta Mona, volviéndose hacia el coche.

—En casa. Susanne ha venido a recogerla. Ha dicho que iba a llamarte.

—¿Y qué opina sobre la presencia de Sophie en el reportaje?

—Sophie no aparece. Al menos, no su nombre o su rostro.

—¿Y Fredrik? ¿Está ahí dentro?

—No. Ha tenido un día espantoso, así que se ha ido al picadero. Nada despeja la mente como montar a caballo. Yo quisiera hacer lo mismo, pero tendrá que esperar. Antes de eso tengo que hacer una última grabación.

—Entiendo. No quiero retenerte más tiempo. —Mona percibe la amargura en su voz, y la mirada que recibe de Eva sugiere que ella también la ha notado.

Mira a Eva cerrar la puerta de su coche y después se acerca a su Land Rover, sube y lo pone en marcha. Los faros iluminan la dehesa vacía que tiene delante mientras se oye el sonido de un tractor a lo lejos.

83

Cuando no estaba en la casa, me enviaban mensajes de texto para hacer reservas. Siempre venían de un tal Oliver, pero nunca supe quién era en realidad. A veces pensaba que era el dueño de la casa, a veces Alma, pero en ocasiones tenía la sensación de que había otra persona involucrada. Creo que el mensaje donde se me indicaba que tenía que ver a un viejo que me quería de manera exclusiva vino de esa persona desconocida.

Había sido vendida otra vez. El viejo me daba dinero y alcohol y yo le daba sexo. Me sentía cada vez más degradada y sucia, y cada cita con él era una confirmación de que no era digna de nada mejor. Pero sentía una especie de gratitud retorcida, no porque me gustara lo que me hacía, sino porque el abuso era coherente con la imagen distorsionada que tenía de mí misma. Estaba recibiendo lo que me merecía.

Me resultaba más sencillo estar con personas como él, que no cuestionaban mi odio a mí misma sino que lo alentaban y se aprovechaban de él.

84

Desde el interior del coche, donde el agradable calor aún no se ha disipado, Mona observa las luces traseras de Eva desaparecer bajo la lluvia. Coge su teléfono con las manos frías y envía un mensaje de texto a Hedda diciéndole que ya han encontrado a Sophie. Luego llama a Susanne.

Mientras oye las señales, respira hondo, diciéndose a sí misma que debe mantener la calma y no abrumar a Susanne con acusaciones, pues ella no sabía nada de esto. Y, aunque haya sido un error por parte de Sophie, se entiende que actuó así porque ha pasado por algo muy traumático.

—Hola. Estoy en casa de Eva. Acabo de enterarme de lo de Sophie —dice una vez que Susanne coge la llamada.

—Sí, sí —responde Susanne con una risa de alivio—. Estamos muy contentos. Estaba a punto de llamar para avisarte.

—¿Está bien? —pregunta Mona sin responder a su risa.

—Dentro de lo que cabe, sí. Pero ha pasado por muchas cosas.

—Entiendo. Entonces, supongo que podemos dar por cerrado el caso. Voy a redactar un informe y a enviártelo, y vosotras dos podéis ocuparos la una de la otra.

Susanne guarda silencio por un momento y luego dice:

—No, no hace falta que lo hagas. Yo digo que podemos borrar esto y olvidarnos del tema. Sophie ya está en casa y, como puedes imaginar, agradecería que no habláramos más de lo ocurrido. Envíame la factura final para archivar esto y darlo por concluido.

Mona entiende que esta es la forma en que Susanne afronta las cosas. Pero de todas maneras escribirá un informe con todo lo que sabe sobre el hombre que se hace llamar Oliver y que recogió a

Sophie de la granja, y sobre el hombre con el que ha vuelto en el pasado a pesar de los abusos. Susanne recibirá el informe y luego podrá hacer lo que quiera con él.

—Tenemos que… —dice Susanne, pero una voz al fondo la interrumpe—. Sí, vale, lo preguntaré —responde antes de volver a la conversación con Mona—. ¿Dices que estás en la casa de Eva?

—Sí, estoy a punto de irme.

—¿Puedo pedirte un favor? Sophie se ha dejado su bolso en la cabaña donde ha estado viviendo estos días. ¿Podrías recogerlo y pasarte por aquí de camino a casa? Sé que es mucho pedir, pero ella insiste en que lo necesita ahora.

Mona duda un momento. No está segura de querer ayudar a Susanne, pero tampoco quiere ser una persona mezquina.

—Sí, claro. Podéis contar con ello.

85

Anton es el último de la caravana de coches en atravesar el camino flanqueado por abedules que conduce a la granja de los Rönnberg. Pasa por un campo arcilloso donde un par de caballos se han acurrucado bajo un árbol de ramas nudosas para protegerse de la lluvia. Todos conducen de vuelta a la comisaría de Trollhättan, pero él ha dicho que quiere ir solo en el coche para pasarse por casa y ver a Gabbi. Una vez más, le ha sorprendido la facilidad que tiene para mentir.

La bitácora de Fredrik Rönnberg ha confirmado todo lo que les dijo. Anton no duda de que, efectivamente, se infiltró en la red de explotación de menores con el objetivo de desenmascararla en su programa. La visita policial de hoy también aportará un toque extra a su programa, ya que podrán decir que no se detienen ante nada con tal de descubrir la verdad, y que trabajan de manera tan encubierta y peligrosa que incluso la policía ha llegado a sospechar de ellos. Pero aún queda por ver cómo se juzgará el trabajo de la policía. Puede resultar que Petra tenga razón y que se les pinte como incompetentes.

Sin embargo, le sigue molestando que los Rönnberg insistan en que están dispuestos a llegar a cualquier extremo para proteger a las chicas y que al mismo tiempo las utilicen para crear contenidos para su programa de televisión. Si la policía hubiera tenido acceso a la información que los Rönnberg obtuvieron por medio de las chicas, podrían haber derribado esa red de explotación de menores mucho antes. Pero parece que su programa es más importante, y se remiten al argumento de que buscaban garantizar la protección de sus informantes. Aunque, en realidad, tienen razón, pues debe respetarse el anonimato de las chicas según la Ley de Libertad de Prensa. Y, si los Rönnberg se amparan en ella, la policía no podrá hacer nada al respecto. No queda más que mirar hacia delante. El caso de Sophie ha quedado solucionado, pero aún tienen que encontrar al asesino de Laleh. Y también tienen que encontrar a Alma.

La pregunta es ¿por qué Niklas Johansson ha señalado a Fredrik como el asesino? A través de Alexander, Anton ha averiguado que Niklas es Oliver y este ya lo ha admitido, pero se niega a asumir cualquier responsabilidad por Laleh. ¿Estará intentando culpar a Fredrik para protegerse? Debería comprender que es casi imposible inculpar a un hombre inocente por un delito como el asesinato.

Anton se rasca el brazo pensando en la posible respuesta. Niklas aún no debe haberse enterado de que Fredrik se infiltró en la red, sino que cree que es un auténtico comprador de sexo. Por eso pensó que su plan podría funcionar.

Anton frena de golpe al notar que sus colegas se han detenido delante de él. Las luces amarillas de advertencia parpadean en la distancia. Se detiene detrás del coche de Bodil. No le queda más que confiar en que las obras de reparación en la carretera no los retrasen demasiado. Entonces sonríe con amargura al darse cuenta de que eso ya no importa, pues no hay nadie esperándolo en casa.

Se inclina para subir el volumen de la música y de pronto recibe una llamada de Bodil.

—Acabo de hablar con Rosie —explica—. Le he enviado una foto de Fredrik, y está segura de que no es el mismo hombre que aparece en la foto de Laleh.

—Entiendo —responde Anton, siguiendo el movimiento de los limpiaparabrisas con la mirada—. Eso simplemente confirma lo que ya sabemos, ¿no?

—Sí. Pero ha dicho que quiere venir a la estación mañana para ayudarnos a obtener un retrato robot.

—Muy bien.

Se quedan en silencio mientras los limpiaparabrisas se mueven en un nuevo arco.

—Anton… —dice Bodil al fin.

—¿Sí?

—¿Está todo bien?

Anton aprieta el volante con más fuerza.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? —dice, aunque quisiera gritarle que todo está lejos de estar bien, que todo es una mierda. Pero se calla al recordar que Petra está sentada junto a Bodil.

—Sí, solo pensaba que… —Hace una pausa—. ¿No quieres ir a tomar una cerveza más tarde?

En un primer momento, se siente atraído por esta invitación, pero después se imagina a Bodil haciéndole preguntas que no quiere o no puede responder y concluye que es mejor estar solo.

—Hoy no puedo. Tengo otros planes. Y ahora tengo que colgar. Prometí que llamaría a Gabbi cuando estuviera de camino.

Termina la llamada con la sensación de que mentir se ha vuelto algo habitual. Se queda mirando las luces amarillas intermitentes y oyendo el golpeteo de los limpiaparabrisas hasta que se cansa. No soporta quedarse allí más tiempo, así que da marcha atrás y luego hace un giro de ciento ochenta grados para seguir la carretera de Trollhättan por Båberg.

No ha conducido muy lejos cuando ve que algo parpadea en los campos a la derecha de la carretera. La luz viene de la finca de los Rönnberg. Unos potentes faros se mueven entre la niebla y Anton vislumbra un tractor. Entonces recuerda las palabras que Bjarne le dijo a su madre: «Las personas están desapareciendo». Puede que lo hayan descartado demasiado pronto. Debe saber algo, ya que trabaja en la granja. Es cierto que Bellini ya lo ha interrogado, pero quizá se haya perdido algo.

En lugar de continuar hacia Båberg, decide tomar un estrecho camino de tierra lleno de agujeros y charcos. Anton es consciente de que, en realidad, solo está demorando su regreso a la comisaría. Bjarne no le dirá nada que no le haya dicho a Bellini, pero esto le da una excusa para evitar a sus colegas durante más tiempo.

El camino conduce alrededor de un enorme garaje. Disminuye aún

más la velocidad y avanza con cuidado por la pronunciada curva. Al doblar la esquina, los faros iluminan un tractor cuya silueta parece borrosa por la lluvia. Anton detiene el coche y ve algo que se mueve en la oscuridad. Se inclina sobre el volante entornando los ojos. Pronto distingue una figura que se acerca con movimientos irregulares. Se detiene en medio del círculo de luz y lo mira con atención. Es Bjarne.

Anton apaga el motor y sale del coche. Siente la lluvia helada en las cálidas mejillas y se ciñe la chaqueta.

—¡Hola, Bjarne! ¿Cómo estás?

Bjarne se queda rígido como un corzo atrapado a la luz de los faros. El quepis le cubre parte de la frente. Mantiene una mano a la espalda y con la otra tira del borde de su chaqueta oscura.

—Mal tiempo para salir a trabajar, ¿no? —continúa Anton al no recibir respuesta. Mira a su alrededor y algo llama su atención. Está en el suelo, al borde de la luz de los faros. Lo primero que viene a su mente es que se trata de un animal, pero la forma y el tamaño no coinciden. Entonces distingue una bota. Es una bota con un tacón alto.

Levanta la vista y está a punto de decir algo cuando Bjarne se lanza de pronto hacia él. Oye un zumbido y libera un grito antes de rebotar en el capó del coche y desplomarse en el suelo mojado, retorciéndose de dolor.

86

Las hayas se mecen con el viento y la lluvia vapulea las ventanas de Villa Björkås. Coco está tumbada en su manta, roncando con fuerza, y Hedda le pone una mano encima para acariciarla. Esta casa se ha convertido en su hogar. Se ha habituado a Mona, que la acogió cuando más lo necesitaba, y a la perra. «Y también a Wille», piensa, levantando la vista cuando este vuelve con una lata de Coca-Cola para dársela.

—Aquí tienes.

—Gracias —dice ella, sonriéndole.

Ha tenido suerte y se siente agradecida por ello. Le importa una mierda que su relación con la loca de su madre haya terminado por completo. Tiene todo esto para compensar.

Mira a Wille de soslayo. No le ha dicho nada sobre la llamada de Anton. Sonaba muy borracho cuando la llamó para decirle que Gabbi lo había dejado. Estaba muy agobiado y delirante, así que Hedda ha decidido no dar más importancia a su charla de borracho y a la declaración de amor que le hizo en medio del hipo. Con suerte, él también la habrá olvidado y, si tiene más suerte aún, Gabbi volverá, porque está claro que ella es la mujer que Anton ama en realidad.

—¿Has visto a quién han detenido por el asesinato de Laleh? —dice Wille, poniendo un cuenco de patatas fritas en la mesa.

—No —responde ella, retirando su mano del cuerpo caliente de Coco—. ¿A quién?

—Al conserje de la iglesia, Niklas Johansson.

Hedda levanta las cejas.

—Joder. El mismo que la encontró. —Abre la lata de Coca-Cola con

un chirrido—. ¿Esto lo has leído en TTELA?

—No. Está en Flashback.

Hedda suelta una carcajada.

—Ah, vale, entonces debe ser verdad.

—Tal vez no —responde Wille, encogiéndose de hombros—. Allí dice que intentó escapar cuando llegó la policía, pero un agente de dos metros de altura corrió tras él y lo derribó.

—Ese tiene que haber sido Anton.

—Exacto.

Hedda bebe de la lata y siente el cosquilleo del ácido carbónico en la nariz. Luego mira a Wille y dice con seriedad:

—¿No te parece que Anton ha cambiado últimamente?

Wille se vuelve hacia ella, asintiendo despacio con la cabeza.

—Sí. Se ha vuelto, cómo decirlo… —Frunce el ceño—. Mucho más duro de cierta manera.

—Sí —asiente Hedda—. Pero supongo que es normal, teniendo en cuenta lo que ha pasado. Lo siento mucho por él.

—Sí. Cualquiera que pase por algo así tiene que terminar afectado. Sobre todo, alguien como Anton —explica, cogiendo un puñado de patatas fritas.

—¿A qué te refieres?

Wille suspira y dice:

—Podría pensarse que Anton siempre está bien y contento. Que es una persona supergenial y segura de sí misma a la que le gusta hornear pan de masa madre y pastelitos y hacer arreglos a la casa y todo tipo de cosas. Pero siempre ha tenido períodos en los que se deprime mucho. Desde que era niño. Ha mejorado desde que

conoció a Gabbi. Antes le sucedía casi todos los años. Pero una vez… —Wille se calla y se lleva las patatas a la boca.

—¿Una vez qué?

—Una vez creo que estuvo a punto de suicidarse —dice Wille, volviéndose hacia ella.

Hedda lo mira sorprendida. Anton es la persona más equilibrada que ha conocido en la vida. Al menos, el lado que ella ha llegado a conocer. Pero ¿cómo le irá ahora que Gabbi lo ha dejado?

—Nadie más lo sabe —explica Wille—. Mi padre lo sabía, pero nunca se lo he dicho a mi madre, así que tendrás que guardar el secreto. Anton tenía quince años cuando ocurrió. Fue poco después de que mi madre se fuera a Londres. Lo encontré en el ático, sentado en una silla, con una soga en el regazo. Yo creo que, si no hubiera llegado en ese momento, habría sucedido algo malo. —Se encoge de hombros—. Desde ese día, siempre he temido que pueda hacer alguna locura. Aunque seamos muy diferentes y tengamos una relación un poco distante, es mi hermano y lo quiero.

Hedda asiente, pero estas palabras le recuerdan algo.

—¿Puedes pasármelo? —pide, señalando el portátil que está en la mesa.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta él, entregándoselo.

—Solo quiero comprobar una cosa que me preocupa. Sé que he visto algo, pero no sé qué es.

Hedda comienza a buscar en Google. Está tan sumergida en esto que apenas percibe cuando Wille se levanta y va a la cocina. Poco después, Coco se levanta y salta del sofá con un ruido sordo. Oye el sonido de sus patas golpeando el suelo cuando corre tras él y luego oye que Wille rebusca en la cocina hasta encontrar lo que necesita. Vuelve a leer el titular «Una intervención admirable» en el viejo diario Elfsborgs Läns Allehanda.

Levanta la vista cuando Wille vuelve de la cocina y luego gira el portátil hacia él.

—Lee el pie de foto —le dice.

Wille asiente con la cabeza y se agacha para leer: «Los dos hermanos Bjarne y Niklas Johansson intervinieron de manera admirable, sorprendiendo al ladrón en el acto». En la foto figuran dos chicos flacos posando con una gran cruz de plata entre ellos.

87

Una barba oscura de pocos días y una boca inexpresiva. Unos ojos que lo miran fijamente y unas manos que hurgan bajo su chaqueta y sacan algo. Anton tarda un instante en darse cuenta de que acaba de ser despojado de su arma de servicio.

Apenas ha levantado las manos para intentar alcanzar a Bjarne cuando oye el zumbido de las descargas eléctricas y grita de dolor al sentir las rápidas sacudidas que recorren su cuerpo. El ataque lo obliga a quedarse en el suelo, incapaz de moverse.

Los mocos que gotean de su nariz se mezclan con la lluvia al tiempo que su mirada se posa en el cuerpo sucio que yace en el suelo. No puede reconocer a esa persona, pero las botas le indican que debe ser una mujer. ¿Será Alma la que yace allí?

Recupera poco a poco el control de sus movimientos y se pone en posición fetal. Luego intenta sentarse.

—Bjarne. ¿Qué estás haciendo? —pregunta con una voz arrastrada que apenas puede reconocer como suya.

Bjarne no le contesta, sino que simplemente se gira para mirarlo con ojos enrojecidos por debajo del quepis. En la mano derecha sostiene un bastón corto y plateado, y Anton comprende entonces por qué su cuerpo ha sido sometido. Bjarne tiene en sus manos un bastón eléctrico, un arma con mayor amperaje que una pistola eléctrica, diseñado para causar el máximo dolor a la víctima.

Bjarne se lleva la mano libre a la cabeza, se quita el quepis y se rasca la cabeza calva sin dejar de mirar en Anton. La cabeza calva le recuerda a la foto que Laleh le mostró a Rosie. ¿Era Bjarne? ¿Es él el hombre calvo de la foto?

Vuelve a mirar el cuerpo inmóvil y luego, a Bjarne.

—Eres tú el que mató a Alma, ¿no? —pregunta Anton. «¿O tal vez

también a Laleh?», piensa.

Bjarne no responde. Sostiene el bastón plateado a un costado, golpeándolo lentamente contra su muslo. Anton maldice para sus adentros. No debería haber venido. Debe haber interrumpido a Bjarne cuando este se disponía a esconder el cadáver. La pregunta es, ¿qué hará ahora que Anton lo ha visto?

Cierra los ojos y gime dolorido, pero agradece la lluvia fría que le refresca la cara.

—Joder… —dice Bjarne de repente, haciendo estremecer a Anton —. Habéis estado aquí durante horas, incluso habéis venido a la granja dos veces, y no la habéis encontrado.

Anton siente todavía los efectos de las descargas eléctricas en el cuerpo y el cerebro le trabaja con lentitud, pero sabe que Bjarne tiene razón. Un escuadrón completo de policías y forenses ha estado en el lugar de los hechos, pero a nadie se le ha ocurrido mirar en las fosas de estiércol. Es cierto que están lejos de los edificios principales, pero no es excusa. Han hecho su trabajo de manera incompetente.

Al mirar una vez más el cadáver sucio, entiende por qué Bjarne está aquí.

—¿Por eso la sacaste? ¿Para que la encontráramos?

Bjarne sonríe.

—Sí. —Se gira para mirarla—. Pero ahora tengo que ocultarla de nuevo.

—Yo sé que ves y oyes cosas por aquí —dice Anton lentamente.

Bjarne asiente con la cabeza y, de repente, su rostro se tuerce en una maligna sonrisa. Anton se da cuenta entonces de que el hombre delante de él ha estado escondiéndose tras un espléndido disfraz durante todo este tiempo. Ha pasado desapercibido ante todo el mundo con su mono sucio y su quepis, siempre con esa expresión bobalicona. Mientras hacía trabajos de todo tipo en las granjas locales, encontró una mina de oro en la granja de los Rönnberg. Es

aquí donde él y Alma reclutaban a las chicas menores de edad.

La mirada de Anton vuelve al cadáver como si fuera atraída por una fuerza magnética, pero se da cuenta de que esta acción ha sido error cuando Bjarne le apunta con el bastón eléctrico.

—¡Levántate! —le ordena con ferocidad.

Al ver que Anton no se mueve, Bjarne le acerca el bastón. Mira el arma de soslayo y su pulso se acelera, puesto que el dolor de la última descarga aún está bastante fresco en su mente. Hace lo que Bjarne le pide y se pone en pie con las piernas temblorosas. Tiene que escapar de aquí. Pero ¿cómo?

—No tengo tiempo para esto —amenaza Bjarne, dando un paso hacia él y acercándole el bastón al muslo. La descarga es todavía peor esta vez y su grito de dolor se entrecorta debido a los espasmos corporales. Percibe el sabor a sangre en su boca al tiempo que oye el viento agitando las ramas de los árboles a lo lejos y ve la lluvia que cae a la luz de los faros de su coche y del tractor.

Bjarne se queda mirándolo con cierta curiosidad, como para ver si todavía es capaz de defenderse.

—Levántate —le exige una vez más.

—Joder, Bjarne, no querrás… —Anton se calla al oír el sonido crepitante del bastón eléctrico, dándose cuenta de que no lo dejará ir—. ¿Acaso estás loco? ¡¿No entiendes que no puedes matar a un policía?! —balbucea.

—Eres tú o yo —dice Bjarne.

Anton se levanta poco a poco y mira hacia el pozo de estiércol. Es allí donde Bjarne quiere tirarlo. Se pregunta qué profundidad tendrá y si podrá trepar entre toda esa mierda líquida. Parece poco probable.

Mira a Bjarne de nuevo, consciente de que, si cae en el pozo, no volverá a salir. Tiene que intentar escapar de aquí. Se gira y da un primer paso para huir, pero entonces siente como si un golpe le partiera la espalda por la mitad. Gime y jadea, derribado sobre sus

extremidades.

Bjarne vuelve a presionar el bastón contra el cuerpo de Anton y esto lo hacer caer de bruces contra el suelo. Siente más espasmos en el cuerpo y el sabor a sangre se intensifica. Lo único en lo que puede pensar es en cómo escapar del dolor, pero Bjarne continúa con las descargas eléctricas hasta hacerlo perder todo control de su cuerpo.

El castigo se detiene y Anton gimotea, aliviado. Trata de moverse a pesar del intenso dolor cuando de repente oye el sonido de un motor. Siente las manos de Bjarne y, al ser incapaz de oponer resistencia, deja que lo haga rodar sobre algo duro que, supone, debe ser la cuchara del tractor.

La cuchara se levanta y su cuerpo con ella. Entiende lo que está sucediendo, pero no puede hacer nada para evitarlo. Su cuerpo no lo obedece.

El movimiento se detiene en seco y Anton se revuelca dentro de la cuchara del tractor. Esta comienza a bajar poco a poco y él hace un esfuerzo por recuperar el control de sus movimientos. El hedor es cada vez más intenso. Por un instante, consigue agarrarse al borde de la cuchara, pero entonces esta se inclina para hacerlo caer hacia el fango frío y maloliente.

88

La cabaña roja luce abandonada al final de una carretera sinuosa a pocos kilómetros de la granja. Mona se acerca tanto como puede y aparca delante del pequeño pabellón de la entrada, dejando los faros del coche encendidos. Al abrir la puerta del coche, oye el ruido del viento en las copas de los abetos y el sonido del agua que cae en un barril desde un canalón roto.

Se apresura agazapada hacia la puerta, sube los tres escalones y entra en el pabellón. Se da la vuelta, estira el brazo y desliza los dedos por un tablón alto hasta toparse con lo que busca. La llave está donde Susanne dijo que estaría.

Baja la llave y la mete en la cerradura, y esta se abre al girar la llave, haciendo un clic. Empuja la manija y abre la puerta con un chirrido para asomarse en la oscuridad de la cabaña. La idea de que Sophie vivió sola en esta cabaña remota la hace vacilar. Presiente que algo no está bien.

Se queda junto a la puerta, intentando escuchar algo dentro de la casa, pero su teléfono suena en ese momento, rompiendo el silencio. Deja escapar una risa ante este sobresalto y saca el móvil de su bolsillo mientras busca un interruptor a tientas con la otra mano. El vestíbulo se baña de luz al mismo tiempo que oye la voz de Hedda por el teléfono:

—¿Dónde estás?

—Ahora estoy en la cabaña donde Sophie estaba viviendo, para recoger un bolso que olvidó aquí.

—Ah, vale —continúa Hedda sin más—, quería decirte que he descubierto algo.

Mona se sienta en un taburete mientras escucha lo que Hedda tiene que decirle.

—¿Así que Niklas y Bjarne son hermanos? —dice, una vez que Hedda ha terminado de hablar.

—Sí. No sé qué significa esto para nuestra investigación, pero he intentado averiguar todo lo que he podido sobre ellos y parece que no son tan inocentes como uno creería. El artículo dice que Bjarne y Niklas atraparon a un ladrón con las manos en la masa, pero después se descubrió que, en realidad, ellos eran los ladrones. Se inventaron esa historia cuando estaban a punto de ser atrapados.

Mona intenta asimilar esta información. Bjarne, el hombre extraño que la siguió y le dijo que las personas están desapareciendo, es el hermano del conserje de la iglesia que ha sido detenido por el asesinato de Laleh. ¿Bjarne estaba tratando de advertirle sobre su hermano? El multiusos, al que nadie escuchaba, quizá comprendió que esta vez tampoco nadie lo escucharía y trató de prevenirlos a su manera.

—Tenemos que avisar de esto a Anton —dice, levantándose.

—He intentado llamarlo, pero no contesta. Pensé que tal vez tú sabrías dónde está.

Mona piensa en la imagen de Anton sentado en su coche, pasando por delante de ella.

—Lo he visto cuando llegaba a Brätte y él estaba a punto de irse con sus colegas. Ya debería estar en la comisaría.

—No, no está allí. Ya he llamado a la centralita, pero no saben dónde está.

—Llama a Bodil y dile todo esto. Voy a volver a casa ahora mismo.

89

—El pozo tiene tres metros de profundidad —dice Bjarne—. La succión del estiércol hará que te hundas. Es como si fueran arenas movedizas.

Bjarne se acerca al borde de la fosa y lo observa sosteniendo su bastón eléctrico. Anton traga saliva de manera espasmódica. El hedor y los gases que emite el estiércol dificultan la respiración. Al tratar de alcanzar el borde, solo ha conseguido hundirse más rápido. Se obliga a permanecer quieto, pero su cuerpo sigue siendo absorbido poco a poco. Entonces estira los brazos hacia los lados para flotar mejor. Sigue hundiéndose, pero más despacio.

Levanta la cabeza y mira el cielo nocturno. Algunas nubes negras ensombrecen la luz de la luna. Tiembla de frío, consciente de que la única forma de salir de esto es que alguien lo ayude. Pero, por otro lado, sabe que es muy poco probable, pues nadie sabe dónde está ahora mismo.

Cierra los ojos y siente las finas gotas de lluvia en el rostro. Tal vez sea mejor que esto ocurra. Así no tendrá que volver a casa, a su soledad. Todo esto debe estar pasando por una buena razón.

Pero, al sentir que se hunde un poco más, algo en su interior le dice que no quiere morir. No de esta manera.

—¡Bjarne! —grita, pero no obtiene respuesta. Gira la cabeza a uno y otro lado, pero no lo ve. ¿Se ha ido?

Un ataque de ansiedad lo lleva a intentar nadar, pero lucha por contenerse al saber que será contraproducente.

—¡Maldita sea! ¡Bjarne! —Percibe el pánico en su propia voz y carraspea—. No te saldrás con la tuya.

Entonces ve el quepis azul y luego la cara redonda de Bjarne asomándose por el borde.

—Yo no estaría tan seguro de eso —replica Bjarne—. Creo que tus colegas concluirán que viste a Alma y trataste de salvarla, pero no mediste el peligro de entrar en la fosa llena de estiércol, donde tu cuerpo pesado se hundiría sin remedio. —Sonríe—. Pero mira el lado bueno: morirás como un héroe.

Hay algo en la voz de Bjarne que Anton no había notado. Habla de manera más clara y rápida que antes. Ya no masculla entre dientes, como si estuviera disculpándose por existir. ¿Así que este es el verdadero Bjarne?

—¿Por qué Alma? ¿Qué te hizo? —pregunta, en un intento de hacerlo hablar. Cualquier cosa es mejor que nada.

Bjarne lo mira y suspira.

—Porque lo arruinó todo.

—¿Cómo? —Anton piensa que quizá todavía pueda persuadirlo—. Ya sé que todo fue idea de Alma. Niklas Johansson, el conserje de la iglesia, me lo dijo.

Algo se enciende en los ojos de Bjarne.

—¿Qué te dijo? —pregunta.

Al escuchar esto, Anton vislumbra un rayito de esperanza.

—Que ella estaba detrás de toda la operación.

—Mmm, más o menos. —Bjarne pone un brazo en el borde del pozo para apoyarse—. Pero yo no diría eso. Ella empezó todo, es cierto, pero yo soy el que la encontró y el que hizo que todo esto funcionara.

El tono de insatisfacción en la voz de Bjarne hace pensar que le molesta que alguien más se lleve el mérito, pues él se considera el autor intelectual.

—¿Así que todo fue idea tuya? —pregunta Anton para provocar que siga hablando.

—Bueno, tal vez fue su idea. Me dijo que había una manera de que ambos pudiéramos ganar dinero sin ningún riesgo. Lo único que le faltaba era un lugar donde hacerlo. Algún lugar remoto y apartado. Así que pensó en mi granja. —Menea la cabeza—. Una tremenda estupidez. Como si yo fuera a traer a toda esa gente a la casa de mis padres. —Mira hacia arriba—. Pero Niklas vive solo en una casa grande y alejada en medio del bosque.

Bjarne se queda en silencio, así que Anton continúa:

—¿Cómo conseguiste que accediera a eso? Si es un hombre de la Iglesia.

Bjarne lo mira sorprendido y suelta una carcajada.

—Un hombre de la Iglesia —repite—. Sí, y como muchos otros hombres de la Iglesia a lo largo de la historia, sigue los deseos de la carne. Mi hermano siempre se ha dejado llevar por su polla, así que no pudo resistir la idea de tener un montón de carne. Le envié a Alma y no fue difícil convencerlo de que nos dejara usar su casa. Es de esas personas que funcionan mejor cuando se les dice lo que tienen que hacer. No le gusta pensar por sí mismo. Lo sacó de nuestra querida madre. Ella nos enseñó que es preferible tener la boca cerrada a que te rompan la cara. Por eso somos buenos en parecer invisibles. Esto lo aprendimos muy pronto.

—¿Así que Niklas es tu hermano? —pregunta Anton sorprendido, hundiéndose más y luchando por controlar las náuseas ahora que su cara está más cerca del estiércol. Maldice para sus adentros por ser tan alto y pesado.

Bjarne asiente con la cabeza en respuesta.

—Pero ¿por qué mataste a Alma si estabais trabajando juntos?

Bjarne deja escapar un profundo suspiro y dice:

—Le entró mucha codicia y trató de inculparnos. Sabíamos que los Rönnberg estaban investigando, y yo les dije que teníamos que parar y borrar todo rastro, pero a ella no le importó y el pánfilo de Niklas no se decidía. Estábamos arriesgando demasiado por culpa

de ella y yo no iba a dejar que eso sucediera. Éramos Niklas y yo los que íbamos a salir perdiendo, no ella, que no tenía ni una granja ni una casa. Por eso plantó pistas para que tú y Mona Schiller nos vierais como sospechosos. Yo creo que su plan era deshacerse de nosotros y continuar por su cuenta. Al final, podía decir que solo había sido una víctima y que nosotros la habíamos utilizado. —Sonríe con ironía—. Pero eligió joder a la persona equivocada. No soy el perdedor que ella creía.

—Dices que tú hiciste que todo funcionara. ¿Cómo?

—Yo estaba a cargo de gestionar las reservas. Me aseguraba de que todos los putañeros recibieran lo que pedían. Preparábamos todo de manera eficaz y discreta.

Gracias al informe de la autopsia de Laleh, Anton está al tanto de todas las aberraciones que su cuerpo tuvo que soportar. ¿A eso se refiere Bjarne cuando dice que lo preparaban todo?

—¿Así que tú eres Oliver?

Se queda mirando la silueta oscura de Bjarne y nota que este asiente con la cabeza.

—Sí, junto con mi hermano y Alma.

—¿Sabes que Fredrik se infiltró en tu grupo y que revelará todo lo que habéis hecho en su próximo programa? Vais a caer por ello, pero aún tienes una posibilidad de reducir tu condena. Ayúdame a subir y podemos…

Bjarne lo interrumpe con una carcajada.

—Joder, pero qué desesperado estás. Pienso seguir con mi plan. Fredrik no sabe quién soy. Solo me conoce de esta granja, y en un papel completamente distinto. Y Niklas nunca diría nada.

Bjarne se da la vuelta para marcharse, pero cambia de opinión.

—Por cierto, ¿sabes qué le ocurre a un cadáver en un pozo de estiércol? El amoníaco lo carcome, así que desaparece. —Levanta las cejas—. No quedará nada de ti, a menos que tus compañeros te

encuentren.

Bjarne vuelve a desaparecer y Anton mira al cielo. Poco después, se oye el motor de un coche acercándose.

90

Mona conduce despacio por el estrecho camino cuando, de repente, ve una luz a lo lejos. Al acercarse, comprueba que proviene de un tractor y de un coche que están aparcados en una pendiente al lado de la carretera. Entorna los ojos y tiene la impresión de reconocer el coche de Anton. Luego mira hacia el tractor. ¿Es el tractor de Bjarne?

Sin pensárselo demasiado, acelera, sube la cuesta, abre la puerta y se baja. Resbala en el barro y pone una mano en el coche para no caerse mientras echa un vistazo rápido a lo que tiene delante.

Los faros iluminan unas huellas de tractor profundas y lodosas. Entonces nota que algo se mueve. Una figura oscura sale de detrás del tractor. Al principio, piensa que se trata de Anton. Pero no es él. Es Bjarne Johansson.

Mona y Bjarne se quedan inmóviles, mirándose uno a otro. Siente la lluvia en el rostro y, de repente, oye algo. Es una voz. Viene del interior del pozo de estiércol. Reconoce el coche de Anton y su pulso se acelera. Se vuelve hacia Bjarne y dice:

—¿Qué demonios has hecho?

Bjarne se acerca a Mona con el bastón en la mano y ella retrocede un paso, resbala de nuevo y se apoya en el capó. Bjarne se acerca con pasos rápidos y ella nota la luz azul en el extremo del bastón. Da otro paso atrás y vuelve a oír la voz de Anton, pero aún no sabe qué debe hacer. Mira hacia el pozo de estiércol y después hacia Bjarne, quien ahora está a pocos metros. Entonces se decide a actuar. Se gira, abre la puerta del coche y se desliza dentro. Baja el seguro de la puerta casi al mismo tiempo que Bjarne llega a la ventana. La mira, levantando el bastón que ilumina su cara con un brillo azul.

—Sal de allí —le ordena Bjarne.

Mona menea la cabeza, sacando el móvil de su bolsillo. Se le ocurre que puede intentar llamar sin que Bjarne se dé cuenta. Pero esto es imposible, pues la luz de la pantalla brilla en el oscuro interior del coche y ella tiene que desbloquearlo a través del reconocimiento facial o el código.

Bjarne golpetea la ventana con el bastón y dice:

—Si no sales de allí, Anton morirá.

Mona duda una vez más y acerca la mano poco a poco hasta el seguro de la puerta. Se encuentra con la mirada de Bjarne y comprende que matará a Anton y también a ella sin importar lo que haga. Pero su instinto es hacer todo lo posible por salvar a su hijo.

Desbloquea su móvil, pulsa la última llamada y oye las señales. Bjarne se da cuenta y ella observa sorprendida que corre hacia el tractor. Hedda responde al mismo tiempo que Bjarne se agacha para coger algo del tractor y se vuelve hacia Mona.

—¡Llama a la policía y ven de inmediato a los pozos de estiércol en la granja de los Rönnberg! —grita Mona al teléfono, mirando el rostro distorsionado de Bjarne a través de la ventana bañada por la lluvia. Observa que le apunta con algo y un segundo después se da cuenta de que es una pistola.

—¡Ven rápido! —grita, soltando el móvil. Enseguida, pone el coche en marcha y pisa el acelerador. Los limpiaparabrisas se encienden y la tracción de las cuatro ruedas hace lo propio. La voz de Hedda resuena en el coche, pero Mona no puede oír lo que dice. Al ver que el coche avanza, Bjarne dispara y la bala deja una serie de grietas alrededor del agujero de entrada en el cristal. El coche se sacude al impactar con el cuerpo de Bjarne y ella pisa el freno.

Abre la puerta y sale corriendo bajo la lluvia. Bjarne está tumbado delante del coche e intenta levantarse. Mona mira frenéticamente a su alrededor hasta encontrar lo que busca. El arma está a unos metros, sobre uno de los surcos formados por el tractor. Se apresura a recoger la fría pistola y luego la apunta hacia Bjarne mientras camina hacia él.

—¡Baja eso! —exige él, ya de pie, embarrado y con la cabeza descubierta, puesto que el quepis ha salido volando en la caída.

Mona niega con la cabeza.

—Vamos, vieja, nunca te atreverías.

Al escuchar esto, Mona entorna los ojos, libera el seguro y aprieta el gatillo. Bjarne emite un alarido de dolor y de sorpresa cuando la bala impacta en su rodilla derecha. Ella vuelve a disparar, esta vez en la rodilla izquierda, provocando que Bjarne caiga como un árbol.

—¡Maldita sea! —grita Bjarne, llevándose las manos a una de las rodillas. La sangre corre entre sus dedos, mezclándose con el barro, mientras Mona se dirige hacia el pozo donde Anton sigue hundiéndose.

91

Anton oye disparos y gritos. Luego viene el silencio. Se queda mirando el borde del pozo donde antes estaba Bjarne durante lo que parece una eternidad hasta que, de repente, una luz cegadora lo obliga a cerrar los ojos.

—¡¿Estás bien?! —grita una voz. ¿Acaso es la voz de su madre?

Al abrir los ojos, ve la silueta oscura de Mona tendiéndole la mano desde el borde del pozo.

—¡No se puede! —grita él—. ¡Estás demasiado lejos!

—¡Maldición! —exclama Mona—. ¡Espera, ahora vuelvo!

Mona reaparece con una cuerda, se la arroja y grita:

—¡Toma! ¡Coge la cuerda!

Parpadea ante la luz y ve la cuerda enrollada como una serpiente sobre la superficie fangosa. La cuerda empieza a hundirse poco a poco y él estira la mano para cogerla, pero el movimiento hace que el barro viscoso se adhiera todavía más a su cuerpo. Lucha por no ser arrastrado hacia abajo, pero la resistencia es demasiado grande y ya no le quedan fuerzas. Entonces cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás y dice:

—No puedo.

—¡Vamos! —grita Mona con determinación—. Haz lo que te digo. ¡Coge la cuerda!

A pesar del agotamiento, no puede evitar sonreír. ¿Cómo se las arreglará su menuda madre de apenas sesenta kilos para tirar de sus noventa kilos atascados en estiércol de caballo en estado líquido? Siente ganas de echar a reír, pero hace lo que ella le dice. Con sus últimas fuerzas, y con extrema lentitud, consigue levantar el brazo

derecho. Siente que la cuerda se tensa en sus manos congeladas y se aferra a ella de manera casi frenética. Está tan cerca del borde, pero a la vez tan lejos. Mona tira, pero no puede con su peso, como era de esperarse.

—¡No te rindas! —grita Mona, y vuelve a desaparecer.

Anton oye que el motor de un coche se pone en marcha y se acerca. Siente un tirón de la cuerda y después Mona se asoma otra vez.

—¡Aguanta allí! Voy a subirte con el coche.

Anton asiente y se enrolla la cuerda alrededor del antebrazo para asegurarla. Entonces siente que su cuerpo es arrastrado hacia afuera centímetro a centímetro. Pero, al acercarse al borde del pozo, su cuerpo se topa con algo. Hay algo grande delante, entre él y el muro de hormigón.

Intentar mover con la mano el objeto que se interpone mientras el coche sigue tirando de su cuerpo, y este termina arrastrando el objeto fuera del fango. Es entonces cuando ve el rostro sucio de un ser humano.

92

Anton siente que el suelo húmedo y frío se mueve bajo su cuerpo. Presiona los dedos en el fango y apoya la espalda en el exterior de la pared de cemento de la fosa de estiércol. Cuando el balanceo se detiene, abre los ojos y mira a su alrededor.

El cuerpo de Alma yace cubierto con una lona y las personas se mueven de un lado a otro en la lluvia como figuras borrosas a la luz del tractor.

—¡Traed una manta, por Dios! —grita alguien, y Anton reconoce la voz de Bodil. Ella y Petra fueron las primeras en llegar al lugar, seguidas poco después por Hedda y Wille, que fueron enviados a casa de inmediato bajo el argumento de que «aquí no hacen falta espectadores».

Anton respira hondo y se agacha para vomitar. Escupe una y otra vez, pero no consigue deshacerse del asqueroso sabor que tiene en la boca.

—¡Y agua! —grita Bodil.

—Bien hecho, Anton —dice Petra, acercándose a él con un impermeable brillante y la capucha echada sobre la frente—. Ya hablaremos más tarde de todo.

Después de estas palabras, asiente satisfecha y sigue su camino. Anton observa que se acerca a supervisar el trabajo de los técnicos que ahora están sacando el cadáver de la fosa de estiércol. Es otra chica muerta. Puede percibir la energía que irradia Petra. El caso está resuelto y con ello ha dado un paso más hacia el puesto de alta dirección al que siempre ha aspirado.

Comprende que él también tiene razones para sentirse contento, ya que está vivo. Pero lo único que quisiera ahora es ver a Gabbi.

No soporta seguir sentado, así que intenta ponerse de pie. Tiene los

músculos rígidos y doloridos. Alguien le tiende una manta y él la acepta de inmediato.

—Tengo que quitarme la ropa —dice, quitándose la chaqueta, y la tira. Después se deshace del jersey. Aunque todavía huele a estiércol, se siente mucho mejor sin toda esa ropa sucia. Entonces se quita también los zapatos y los pantalones. Se queda desnudo frente a ellos, temblando de frío.

Se echa la manta sobre los hombros y su madre se acerca para darle una botella de agua.

—Toma esto —dice ella—. Bebe.

Se lleva la botella a la boca y el agua le sabe más deliciosa que cualquier otra que haya probado en su vida. Bebe un trago tras otro hasta que la vacía por completo.

—¿Has tragado algo dentro del pozo? —pregunta Mona, mirándolo con preocupación.

Anton asiente con la cabeza, sintiendo escalofríos por todo el cuerpo. Ha tragado muy poco, pero debe bastar para darle diarrea y dolores de estómago durante semanas.

—Tienes que ir a un hospital —dice ella, levantando la vista—. ¡¿Puedes llamar a una ambulancia?! —le grita a Bodil.

—Ya lo he hecho —contesta Bodil—. Debería llegar pronto.

Mona le pone una mano encima y dice:

—Necesitas entrar en calor. Venga, vamos al coche.

Anton tira de la manta y su madre y Bodil se acercan a él para acompañarlo, una a cada lado con el brazo alrededor de su cintura, mientras caminan despacio hacia el coche. Tiene la respiración agitada y todavía le duelen todos los músculos del cuerpo por las descargas eléctricas.

Pasan junto a Bjarne, quien yace en el suelo gimiendo de dolor, y ven a varios policías inclinados sobre él. El bastón eléctrico está en

el suelo a poca distancia de ellos y Anton se estremece una vez más al recordar el dolor que le ha causado.

Bodil parece darse cuenta de ello y dice:

—Mona le disparó en ambas piernas.

Anton mira a su madre y esta se encoje de hombros.

—Ya, ¿qué puedo decir? Tengo muy buena puntería. Además, me había llamado vieja, así que tenía que pagar por ello.

Anton esboza una sonrisa. El humor también es una manera de afrontar situaciones difíciles. Los dos saben que, si hubiera llegado un minuto más tarde y no hubiera hecho lo que hizo, él no estaría vivo ahora.

—Pero ¿cómo te has enterado de que yo estaba aquí? —pregunta, escuchando la sirena de la ambulancia que se acerca.

—Ya hablaremos de ello después.

—No, quiero saberlo ahora.

Suben al coche y, mientras Mona arranca el motor y enciende la calefacción, le habla de la llamada de Hedda y de cómo vio su coche y cómo consiguió la pistola.

—Bjarne me la quitó —explica Anton.

—Por suerte para mí —dice ella.

—Y para mí —responde él, mirándola de soslayo.

Ha estado enfadado con ella porque le mintió sobre Alexander y está seguro de que oculta otros secretos. Pero nada de eso importa ahora mismo. Es ella la que está aquí, la que golpeó a Bjarne con el coche y le disparó en las rodillas. Es ella la que lo sacó del pozo y le salvó la vida. Nadie más haría algo así por él.

Tiene claro que no debe volver a visitar a Alexander. Debe estar al lado de su madre, como ella estaría al lado de él. No importa lo que

haya hecho.

Cierra los ojos y se siente lleno de paz. Es una buena decisión la que ha tomado. Lo siente en todo su cuerpo dolorido.

—Creo que es hora de que salga a ayudar a los demás —dice Bodil desde el asiento trasero, abriendo la puerta del coche.

Anton se vuelve hacia ella y dice:

—No me vendría mal esa cerveza ahora mismo.

Bodil le sonríe, ajustándose las gafas que mantiene unidas con cinta adhesiva.

—Claro, pero solo si te duchas primero.

93

Encontré un frasco de pastillas para dormir, pero no tenía ni idea de cuántas tenía que tomar para morir. Vertí una docena sobre la mesa, le quité el corcho a la botella de licor y me serví un par de tragos.

Había pensado en las opciones disponibles y concluí que una sobredosis de somníferos sería lo mejor, e imaginé que me sumergiría en un apacible letargo y luego dormiría para siempre.

Me tomé dos pastillas y pensé en mi madre, mi padre y mi hermana. Estarían mucho mejor sin mí. Todo lo que hacía era causarles lágrimas y dolor.

Estaba sentada en el sofá con las tabletas en la mano cuando sonó mi teléfono. Aunque había decidido suicidarme, leí el mensaje. Decía que quería que fuera. Ahora.

Me quedé allí con el móvil en una mano y las tabletas en la otra, y acabé respondiendo que iba de camino. Así de fuerte era el control que él tenía sobre mí.

No morí ese día, sino que decidí vivir para advertir a otras personas. Mi historia no es única ni mucho menos. Hay chicas que caen en esta trampa todo el tiempo. Pero quiero contárosla para que todos sepáis cómo nos sentimos.

La mayoría de la gente es como esos tres monos que no oyen nada, no ven nada y no dicen nada. No quieren enterarse de lo que sucede dentro de las casas de sus vecinos o en la casa de ese simpático compañero de trabajo. Prefieren creer que solo existe un tipo de persona que se aprovecha del sufrimiento de los demás o que solo afecta a cierto tipo de chicas. Así es más fácil de sobrellevar. Pero se equivocan. Esa chica podría ser tu hija y ese hombre podría ser tu hermano.

La chica rubia mira a la cámara. Es pequeña y menuda, y tiene ojos

claros. Tiene un hematoma bajo el ojo y el labio inferior agrietado. Anton ha escuchado su historia y siente como si la chica le hablara directamente a él.

Cambia de posición en la silla. Todavía le duele el cuerpo y tiene el estómago revuelto, pero está vivo. A continuación, el vídeo muestra a la chica levantándose y comenzando a desabrocharse los botones de la blusa. Lleva una venda alrededor de la muñeca y, cuando se la quita, Anton ve que tiene una larga cicatriz roja que le atraviesa el pecho.

Eva Rönnberg se acerca para detener el vídeo y se dirige a Anton y a los demás policías de la sala.

—Así es como se ve todo el cuerpo de Nelly. Todo comenzó con una violación cuando tenía doce años. Nunca habló de eso con nadie y nunca superó el trauma. Cuando era adolescente, empezó a hacerse daño a sí misma. Vivía cada vez más fuera de control y empezó a vender su cuerpo. —Eva mira hacia abajo—. Vino a nosotros hace unos años y quiso contarnos su historia. Sabía acerca de nuestro programa y quería participar en él. Lo documentamos todo a través de estas entrevistas. Ella fue la primera. Luego hubo otras y sabemos que hay muchas más. Demasiadas.

Eva mira alrededor de la mesa.

—Un día dejó de venir y no pudimos localizarla. Ahora sabemos lo que le pasó. Nelly fue asesinada y arrojada en un pozo de estiércol en nuestra granja.

Mira a Anton, quien se estremece al recordar la cara sucia de la chica en el pozo.

—Vamos a dedicar un programa entero a la memoria de Nelly. Su deseo era contar su historia y advertir a otras chicas, y así será.

94

Mona está sentada en el sofá de su casa con Coco a su lado y un capuchino recién hecho en la mano. En el telediario de la mañana, ve que la presentadora se inclina sobre la mesa y sonríe.

—Enhorabuena por el Kristallen. ¿Esperabas ganar?

Eva Rönnberg le devuelve la sonrisa con sus brillantes labios pintados de rojo y niega con la cabeza, haciendo que los rizos rubios se agiten alrededor de su cara.

—No, de verdad que no —contesta con elegante modestia, levantando las manos—. La competencia ha sido muy reñida y todos los nominados eran excelentes.

—Para los que no lo sepan, su programa Deshonra ha ganado el premio al programa social del año con la siguiente justificación. —La presentadora mira sus notas y comienza a leer—: «Deshonra atrapa la atención del público de principio a fin. Expone el alto grado de vulnerabilidad de las chicas y los depredadores que se aprovechan de ellas. Se adentra en un mundo oculto que revela muchas verdades incómodas».

Eva se pone las palmas de las manos sobre el corazón y hace una ligera reverencia en señal de agradecimiento.

—¿Crees que ha sido el último programa de la temporada el que ha convencido a los jueces de premiar vuestro programa? —pregunta la anfitriona, vestida con un traje de lino de color claro, inclinándose hacia Eva—. Es justo decir que lo que habéis descubierto es intensamente desgarrador.

Eva la mira con rostro serio y dice:

—Es importante recalcar que nuestro objetivo nunca ha sido ganar premios. Nuestra motivación es y ha sido contar la verdad y hacer que la gente conozca las condiciones en las que viven muchas

chicas, incluso niñas. De eso se trata todo.

Fredrik toma el relevo y habla con una voz tan potente que casi grita en el estudio.

—Hemos visto que hay muchas muertes relacionadas con este tipo de abuso. Como resultado de la violencia directa, pero también indirecta, cuando las víctimas de los abusos se quitan la vida. Queríamos contaros acerca de sus vidas, porque nosotros lo hemos visto de primera mano y hemos vivido con ello durante mucho tiempo. Estoy muy agradecido por haber ganado este premio, ya que atraerá más atención sobre los problemas que abordamos en Deshonra.

—Sí, exactamente —dice la presentadora, mirando sus notas—. Tengo entendido que habéis trabajado en este reportaje durante algún tiempo.

—Así es.

—E incluso os habéis infiltrado en ese grupo criminal —dice, inclinando la cabeza—. ¿Está permitido hacer algo así?

—¿Te refieres al periodismo encubierto? —pregunta Eva—. Este tipo de periodismo se ha hecho durante más de cincuenta años.

—Pero es un método controvertido.

—Sí, es cierto.

—En vuestro caso fue muy especial. ¿Podríais hablarnos de esto?

—Sí, podría decirse que hubo una especie de doble infiltración. Al mismo tiempo que nosotros les seguíamos la pista, alguien de ellos se infiltró para vigilar lo que hacíamos.

—Oh, qué interesante. Pero ¿cómo lo hicieron?

—La maquinaria que estaba detrás de esta red eran básicamente dos hermanos de unos cuarenta años y una chica de dieciocho. Y, al parecer, se enteraron de que les estábamos siguiendo la pista a través de una de las personas que entrevistamos. En nuestra granja

de Brätte, hemos creado un refugio para chicas con problemas. Esta gente lo sabía, y la chica se aprovechó de ello. Nos pidió ayuda y se mudó a la granja. Nosotros nos basamos en el principio de que las víctimas dicen la verdad. Pero hay que aclarar que, aunque esta chica formaba parte de la red criminal, también era una víctima, ya que solo entró en contacto con los dos hermanos cuando ella vendía sexo.

—Lo lógico hubiera sido que quisiera escapar de ellos, y no relacionarse con ellos —añade la mujer.

—Es probable que haya querido escapar en un principio, pero este tipo de actividad se convierte en una especie de secta. Las chicas caen en un círculo vicioso de adicciones y daño autoinfligido, y es muy difícil salir de eso.

—El dinero también puede ser un factor importante, ¿no? —interviene el compañero de la presentadora.

—Así es —dice Fredrik, dirigiéndose a él—. Pero en muchos casos las chicas tiran el dinero porque lo asocian con la vergüenza y la ansiedad que sienten. Sin embargo, en este caso, el dinero sí era una motivación importante para la chica.

—¿Y ella también es una de las que perdió la vida de manera trágica?

—Sí. —Eva mira a la presentadora con rostro serio—. Era una vida muy arriesgada, pero algunas de estas chicas están acostumbradas a ello. Solo que, en este caso, lo pagó muy caro.

—¿Ella no fue la única que perdió la vida?

—Así es —asiente Eva con cara de tristeza.

—Una de las muertes provocó los disturbios en Trollhättan hace un mes.

—Sí. Había rumores de que el asesinato tenía tintes racistas, pero no fue así. La pobre chica murió asfixiada en uno de los juegos sexuales extremos a los que era sometida.

«Pobre Laleh», piensa Mona. Qué difícil debió ser para ella vivir en dos mundos. Su familia, sobre todo el padre, se aferraba a las viejas tradiciones, pero ella quería ser como cualquier otra chica sueca. Alma jugó con sus sueños, y le bastó una foto suya para engancharla. Aceptó cualquier cosa con tal de mantener el secreto. Prefirió morir antes que avergonzar a su familia.

—¿Y la tercera víctima?

Mona se inclina hacia delante. Sabe que la chica muerta en la fosa de estiércol ha sido identificada. Una foto de una joven rubia llena la pantalla y ella la reconoce del vídeo de Hedda.

—Se llamaba Nelly Bengtsson —dice Eva—. Nuestro primer programa de la próxima temporada estará dedicado a ella.

—Y los dos hermanos están acusados de proxenetismo con agravantes, complicidad en una violación, compra de sexo con menores, homicidio y complicidad en un homicidio.

—Es correcto.

—Pero ¿qué llevaría a dos hermanos aparentemente normales a meterse en este tipo de negocios? Uno de ellos era conserje en una iglesia y el otro trabajaba como granjero.

—Esa es la cuestión —contesta Eva, mirando a la cámara—. Nunca se sabe quién está involucrado en este tipo de cosas. Podría ser un vecino, un pariente o un amigo cercano. Hay que mantener los ojos siempre abiertos. Pero, en este caso concreto, se ha descubierto que los hermanos tuvieron una infancia llena de abusos y maltratos. En cierto modo, ellos también fueron víctimas. Aunque, obviamente, eso no justifica lo que han hecho, al menos puede aportar una explicación. Si alguien ha sido víctima, es más probable que abuse de otras personas en el futuro.

La entrevista termina y Mona se lleva el capuchino a la boca. Le gustaría poder hacer un pan de plátano y llevárselo a Gabbi, pero todavía no ha vuelto a vivir con Anton. Solo el tiempo dirá si alguna vez decide volver con él.

Mira los árboles, verdes al fin, por la ventana. Ella también debe tomar una decisión sobre su futuro en Vargön.

© Kamilla Oresvärd, 2021

© de esta edición: Word Audio Publishing International/Gyldendal A/S Copenhagen 2023

Klareboderne 3, DK-1115

Copenhagen K

www.gyldendal.dk

www.wordaudio.se

Título original: Skamsnaran

ISBN: 978-87-02377-63-7

Traducido por: Osvaldo Rocha

Diseño de cubierta: Anders Timrén

Edición y corrección final: Word Audio Publishing Intl.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).